

Hilda Rojas Correa

*Y llegó con
el verano*



ROMANCE & LETRAS

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Epílogo](#)

Una vida sin amor es como un año sin verano.
Proverbio sueco

Prólogo

Para entender a Frank Smith, sexto marqués de Somerton, no bastaba con haber intercambiado algunas palabras en una conversación, o haber sido uno de sus compañeros de estudios, o haber bailado un vals en una fiesta, o haber trabajado en algún caso con él.

Nadie, salvo el círculo de amigos y parientes que lo rodeaba, lo conocía. Solo aquellos que fueron testigos, en mayor o menor medida, de lo que vivió, podían entender el motivo por el cual él decidió iniciar una vida que estaba lejos de las expectativas que la sociedad tenía para él.

Todo se remonta a la lluviosa noche del primero de mayo de 1810, cuando Frank Smith, su padre, el quinto marqués de Somerton, esperaba el nacimiento de su primogénito, rogando que fuera un varón. Su esposa, Minerva, llevaba más de doce horas de labor de parto, y no se vislumbraba que aquello fuera a terminar pronto.

El marqués era un hombre que, a sus treinta y dos años, se había casado por conveniencia con Minerva. En ese entonces, ella era la señorita Witney, quien estaba a punto de convertirse en solterona por la mala reputación de su familia, ocasionada por sus progenitores, los que al morir la habían sumido en la pobreza junto con sus hermanos.

La modesta dote que la joven otorgó a la unión —cortesía de su tío paterno— fue suficiente para sanear la deuda más grande del marquesado y, de este modo, Somerton logró evitar la ruina, aquella a la que tanto le temía su madre, Charlotte, quien siempre ejerció un gran poder sobre él.

Charlotte siempre lo presionó. Primero, para que saneara todas las deudas que él heredó de su padre —el cuarto marqués de Somerton—, quien fue un hombre mediocre y soberbio, y perdió la vida al caer de su caballo.

Tras cinco años de arduo trabajo, Somerton se demostró a sí mismo que era mucho mejor que su antecesor. En el transcurso de ese tiempo, intentó cortejar a cuanta heredera que poseyera una gran dote, para salir más rápido de su precaria situación. No obstante, la pobreza de su título ya era información de dominio público, y lo convertían en un candidato menos que apropiado para cualquier dama con orgullo y visión de futuro.

Hasta que, de la nada, apareció Minerva. Ella estaba tan desesperada como él para contraer matrimonio. Todo fue rápido, apenas tres meses de compromiso y ya estaban casados. Minerva era hermosa y, a pesar de ser todo lo que se esperaba de una esposa; callada, femenina, obediente y conocedora de su rol, parecía estar siempre triste y melancólica.

Para Somerton, el matrimonio y todo lo que conllevaba era un deber incómodo. Él no logró desarrollar ninguna clase de afecto hacia su esposa; indiferencia era una buena palabra para describir lo que ella le provocaba. Pero no era de extrañar, él jamás había sentido algo parecido al amor. Ni siquiera en su más tierna infancia, su corazón no había sido capaz de evocar tal sentimiento.

Sin embargo, aquello no le importaba mucho. Estaba casado, era lo que su madre quería y era suficiente para vivir tranquilo.

No pasó demasiado tiempo y Dios les concedió el ansiado heredero sin muchos esfuerzos ni intentos, y para Somerton ya no era necesario visitar la alcoba de su esposa. Sus apetitos carnales —lujuria, eso sí podía sentir— los saciaba con una amante con la que llevaba unos cuantos meses, gracias a que empezaba a tener ganancias suficientes para mantenerla.

Lógicamente, la madre de Somerton desconocía su doble vida y el nulo afecto que él sentía hacia Minerva. De haberse enterado, Charlotte habría convertido la existencia del marqués en un

verdadero infierno, haciéndolo escuchar día y noche interminables sermones y reproches. No obstante, él debía admitir que le gustaba jugar al filo del peligro. Disfrutaba de lo prohibido, se deleitaba con esa exquisita tensión que le proporcionaba saber que podía salirse de los límites sin que nadie lo notara... Sin que su madre lo notara.

Un llanto vigoroso irrumpió en medio del sonido de la lluvia. Somerton sintió una suerte de escalofrío, una sensación nada natural ante el nacimiento de un hijo.

Al cabo de unos minutos, su madre salió con un bulto entre sus brazos.

—Es un varón, Somerton —reveló Charlotte con una sonrisa llena de orgullo aristocrático—. Es idéntico a ti y, por supuesto, se llamará como tú. Toma a tu heredero, el nuevo conde de Dunster.

«Frank Smith... como los cuatro anteriores a mí», pensó Somerton con sorna mientras recibía a su hijo, sosteniéndolo en sus brazos. Se preguntó qué clase de sentimiento habría experimentado su padre cuando lo recibió. Nunca lo supo en realidad, tampoco podía imaginárselo. Ante ese hecho escalofriante, el pánico le atenazó el corazón.

Nada. Un vacío enorme. Ni un sentimiento. No sentía nada por ese niño. La única sensación que recorrió cada fibra de su ser, fue el alivio. No más presiones.

Había cumplido con su deber, tenía un heredero... Tal como Charlotte deseaba.

—En cuanto se recupere tu esposa, tendrás que engendrar al segundo de repuesto —sentenció su madre.

La sensación de alivio había sido demasiado efímera.

—En cuanto se recupere —convino Somerton sin emoción, devolviendo su primogénito a los brazos de su madre. Esa tarea de procrear a otro vástago la iba a retrasar tanto como fuera posible. No toleraba estar a solas con su esposa por más de medio día y, a su juicio, Minerva era de ese tipo de mujeres que ni siquiera servía para el sexo.

El hijo de repuesto llegó tres años después. Charlotte lo nombró Ernest.

El primer recuerdo del pequeño Frank Smith, hijo, que conservaba de su padre, fue a los cuatro años.

Podía recordar con claridad que jugaba con un soldadito de plomo y su hermanito dormía en una cuna. De pronto, entró a su campo visual una bota enorme. Frank alzó la vista, era su padre, quien lo contemplaba con una expresión que no supo interpretar. El pequeño sonrió y le estiró los brazos con ilusión, a lo mejor, ahora lo iba a alzar como lo hacía siempre su madre.

Su padre no respondió. Hizo una mueca de rechazo, dio media vuelta y salió de la estancia.

El niño no sabía qué había hecho mal. Miró a su madre buscando una respuesta, al tiempo que le invadían unas inusitadas ganas de llorar. Ella observaba cómo la puerta se cerraba dando un golpe seco, y su rostro tenía una expresión tan acongojada, que al pequeño le hizo sentir peor.

—¡No llores, Dunster! —espetó su abuela con dureza—. Solo las niñas lo hacen, ¿acaso eres una?

Frank, asustado, se limpió la cara con premura. En el pecho sintió un dolor sordo y agudo por el esfuerzo supremo de contener sus lágrimas.

Minerva se acercó a su hijo. Estaba a punto de tomarlo en brazos cuando Charlotte la fulminó con la mirada.

—No te atrevas a fomentar su debilidad. Dunster debe forjar su carácter, será un marqués. No puedes transformarlo en un pelele —espetó con ese tono de voz con el cual oprimía a Somerton

y humillaba a Minerva, despojándola de autoridad frente a todos.

Minerva no replicó. Sin embargo, en un silente acto de rebeldía, tomó a su hijo en brazos y se lo llevó de la estancia, dejando a su suegra con la palabra en la boca.

—Llora, Frank. Si quieres hacerlo, hazlo, porque vendrán días en que no podrás, hijo mío —susurró Minerva con su voz estrangulada, mientras se dirigían a la habitación infantil.

Y, sin más, Frank lloró arropado en el cálido cobijo y consuelo de los brazos de su madre. Nunca más se permitió que su abuela lo viera derramar lágrimas, ni tampoco se atrevió a pedirle a su padre una muestra de amor.

Tres años después, Charlotte murió. Nadie la lloró, ni siquiera Somerton. Frank tenía siete años y a partir de ese instante, esa vida carente de afectos —salvo el de su madre y hermano— se transformó en una verdadera pesadilla.

Somerton, al verse liberado del yugo que representaba Charlotte en su vida, desató su verdadera naturaleza. Él era como una tormenta que arrasaba y destruía todo, y comenzó a llevar una vida alejada de los preceptos a los que lo había sometido su madre. Ya no disimulaba ser un hombre de conducta intachable y desarrolló una compulsión por las apuestas, fiestas, alcohol y orgías.

Si para Minerva ya era humillante la indiferencia de su esposo y las beligerantes intervenciones de su suegra, lo que vino después fue peor; la vida colmada de vicios de Somerton llegaron a su propia casa, que a fin de cuentas jamás pudo llamar hogar. Fiestas decadentes y hedonistas, borracheras, sexo sin pudor en cada habitación de su casa. Minerva terminó recluida junto con sus hijos en la habitación infantil, hasta donde llegaban los sonidos ahogados de los excesos de su esposo.

No podía escapar, ella no manejaba dinero, ni siquiera poseía algo propio para empeñar y marcharse con sus hijos. No obstante, si ocurría el milagro de hallar algo de dinero, tampoco era muy alentador, pues no tenía un lugar donde llegar o cómo subsistir después de la huida.

Minerva tenía dos hermanos, pero lamentablemente, no podía contar con ellos, mas no por falta de cariño o voluntad; el menor, Andrew, era un veterano de las guerras napoleónicas, y con suerte se mantenía a sí mismo en un puesto mediocre en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Su otra hermana, Margaret, por más que intentara aparentar lo contrario, estaba en una situación matrimonial tanto o peor que la propia Minerva. No iba a hacerles la vida más difícil a sus hermanos, cada uno llevaba su propia carga como podía.

Todo era negro, no veía salidas.

Estaba resignada, su destino estaba atado a ese hombre. Minerva no tenía armas para enfrentarse al mundo sin caer en el abismo de la pobreza, prostitución y muerte, al cual arrastraría inexorable a sus hijos.

No tenía más opción que soportar la situación hasta las últimas consecuencias.

El pequeño Frank era consciente de aquello; cuando veía a su madre llorar sin consuelo; cuando su padre entraba borracho en su habitación para humillarlos, solo por el placer de hacerlo; cuando no podía dormir en las noches, porque escuchaba extraños gritos de mujeres, o las fiestas nunca llegaban a su fin; cuando no podía despertar a su madre de sus largas siestas y parecía muerta.

Todo eso lo hacía sentir más pequeño e insignificante de lo que ya era. Quería proteger a su madre y a su hermano de todo eso, pero lo único que lograba era distraer a Ernest con juegos,

simulando que eran niños felices, que tenían otra vida, otro padre, y que su madre era amada.

Una noche, en la plenitud de esta, Frank despertó sin motivo aparente. Su octavo cumpleaños había pasado sin notarlo. En la estancia solo había oscuridad y silencio... ¡Eso era! Lo había despertado el silencio. Lejos de tranquilizarlo, aquello lo inquietó.

No pudo dormir bien esa noche, ni las siguientes, como si esperara algo grande y demoledor.

Y llegó en pleno verano, en un día del mes de agosto. Primero fue el barrullo de los sirvientes, cuando todos se fueron de la mansión para gran desconcierto de Minerva. Ella no se enteró de ese hecho hasta que notó que no llevaban el desayuno a la habitación infantil. No había rastro de Somerton desde hacía días, solo rumores de que estaba de viaje.

Frank no supo si estar feliz o no, pero sí supo que estaban a punto de emprender un viaje sin retorno cuando vio a su madre frenética, llenando baúles con ropa. Fue como si ella hubiera despertado de un profundo letargo, jamás la había visto tan viva, tan desesperada. No le dio miedo verla así, en el fondo, ese cambio le daba esperanza, la cual se reforzó cuando salieron de la casa con unos objetos metidos dentro de una bolsa. Alquilieron un carruaje al que subieron los baúles con sus pocas pertenencias, y anduvieron por calles que Frank apenas recordaba, hasta llegar a un lugar cuyos escaparates estaban atestados de objetos tan disímiles, que él no podía definir qué tipo de establecimiento era. Su madre le dio al hombre que estaba detrás del mostrador unos candelabros, cubiertos y su anillo de matrimonio, el que perteneció durante generaciones al marquesado de Somerton. A cambio de ello, le dieron dinero.

Tomaron un carruaje de postas y abandonaron Londres. Minerva les contó en el camino que llegarían a la mansión de tío Andrew, quien, por azares del destino, era el nuevo vizconde Rothbury desde hacía muy poco. Nada hacía presagiar que allí, en la propiedad de su tío, encontrarían de todo, menos tranquilidad.

No fue fácil al principio, por culpa de Minerva, principalmente. Su alma, su mente y su corazón estaban tan dañados, que no dimensionaba lo amargada, ciega y dolida que estaba, llegando al punto de desquitar su tormento en Andrew.

Frank no entendía del todo la situación; la única certeza que poseía era que ningún día era igual al anterior. A veces, su madre dormía sus largas siestas, otros días ella discutía con su tío Andrew, en otra ocasión fue a la iglesia. Había momentos en los que ella ordenaba que él y Ernest no jugaran con los otros niños de la mansión, para luego cambiar de opinión. Se le veía triste, enojada, a veces tranquila, otras veces lloraba.

Frank y Ernest se sentían a la deriva... Era extraño, estaban en un lugar en que todos los miembros de esa familia les brindaban un verdadero hogar, seguridad y cariño, y Minerva parecía no aceptarlo.

Sin embargo, esa turbulenta situación llegó a su fin. Frank nunca olvidó que fue un domingo. Minerva había llegado de la iglesia, tras ella iba Andrew furioso y estalló una gran discusión entre ellos. El vestíbulo se atiborró con los ecos de los gritos, llantos y recriminaciones que se propinaron, y que se escucharon en cada rincón de la mansión. Fue terrible, una agonía para Frank, que espiaba tras la balaustrada de la escalera junto con Ernest. Por un momento, temieron que se tendrían que ir.

Pero nada de eso sucedió, Minerva cambió.

Fue prodigioso. La tranquilidad llegó como un cálido manto que abrigó a la familia llenándola de una atmósfera confortable. Minerva aceptó el pasado, comenzó a vivir el presente y ver con esperanza el futuro.

Durante todo ese tiempo, no tuvieron noticias sobre Somerton. Se lo había tragado la tierra.

Luego vino el cambio mayor, irreversible.

Apareció un hombre, abogado, viudo, padre de gemelos. Su nombre era August Montgomery, y fue un amigo de la infancia de Minerva. El más querido, su primer amor.

Todos los días él aparecía en la mansión con sus hijos, Justin y Horatio, para visitar a Minerva. Frank tardó poco en descubrir que ese hombre amaba a su madre y ella lo amaba a él. Ellos eran felices cuando estaban juntos, se les veía en las caras, en la forma en que se miraban, en el respeto que se prodigaban.

August, cuando llegaba de visita, los saludaba a él y a su hermano con cariño, les revolvía el cabello, una caricia en la mejilla y les preguntaba cómo estaban, si habían hecho travesuras o si habían estudiado. Era un hombre sereno, tierno en sus afectos y firme en sus enseñanzas. Con el tiempo se convirtió en el padre que nunca tuvieron, y les pareció natural cuando Minerva les comunicó que se iban a vivir con August y los gemelos.

Meses después, se casaron.

Ese fue el indicativo para Frank de que algo le había sucedido a su padre. No sabía cómo sentirse ante esa velada evidencia, porque cuando el marqués se fue y los abandonó sin decir nada, solo dejó de existir.

Frank no quiso averiguar qué había pasado, le temía a la verdad que subyacía en ese hecho. Nada iba a empañar eso que empezaba a disfrutar y apreciar; ser un niño feliz, con una familia que lo amaba y que crecía, una madre dichosa y sonriente, un hombre que era más que un padre. Frank sentía que tenía todo lo que siempre deseó para todos, una existencia sin sufrimientos.

Sin embargo, a los nueve años, curiosamente en agosto, a unas cuantas semanas antes de empezar sus estudios formales en Eton, August lo llamó a la biblioteca. Quería tener una conversación de padre a hijo. En esa instancia, él le reveló el fatídico destino de quien lo engendró; Frank Smith, quinto marqués de Somerton, había fallecido escapando de la justicia por haber asesinado un hombre. Lo irónico era que no era cualquier hombre, sino que se trataba de lord Swindon, el esposo de su tía Margaret. En pocas palabras, Somerton mató a su tío. El chico intuía que su progenitor había terminado mal, pero nunca a ese nivel.

Atrás quedaba el conde de Dunster. Su título de cortesía ya no le pertenecía, y su hermano, Ernest, era quien se había transformado en el nuevo heredero del marquesado. Mientras que él, era el nuevo marqués de Somerton.

Su progenitor era el asesino del padre de su primo, Thomas, el nuevo conde de Swindon, con el cual iba a entrar a estudiar a Eton.

—¿Thomas lo sabe? —preguntó Frank críptico, con el temor lamiendo sus entrañas.

—Sí, hijo. Tu primo lo sabe todo —respondió August con esa voz grave, suave y conciliadora.

—¿Mi primo no me odia?

August sonrió con bondad.

—No, hijo, Thomas no te odia, sino todo lo contrario... Es el que mejor te comprende, pues su situación es muy parecida a la tuya. El destino de Somerton y Swindon fue unido por el azar, los vicios y la fatalidad. —August suspiró y continuó—: Sin embargo, es más importante el motivo por el cual te he revelado todo esto. En un mes más entrarás a Eton y es más que seguro que la fama de tu padre te precederá. Te acosarán, te molestarán, te humillarán, intentarán doblegarte. Los niños son crueles, hijo mío, pero ellos no deben convertirse en un impedimento para que estudies en el mejor colegio del país. Debes unir fuerzas con tu primo, juntos podrán hacer frente a quien ose intentar hacerles sentir mal por algo que no tuvieron culpa. Dirán cosas horribles de tu padre, de Minerva, de mí, de tus hermanos. Debes ser fuerte...

—No lloraré —prometió Frank.

—Llorarás —contradijo August—. Y hazlo, pero que ellos no te vean o será peor.

Frank asintió vehemente.

—Seré fuerte —afirmó.

—Sé que lo serás —aseguró August con fe y convicción—. Recuerda siempre; no importa lo que haya hecho tu padre, tú no eres él.

—Él no es mi padre —negó Frank.

—No, hijo... no me has entendido, tú no eres como tu padre...

—No... —interrumpió el niño con firmeza—. He entendido bien, él nunca fue un padre, él no fue como tú... Tú eres mi padre.

August abrió sus ojos, sorprendido y honrado. Frank notó que los ojos castaños de su padre putativo, se humedecieron de verdadera emoción.

—Oh, Frank, hijo... —August abrazó al niño, a quien consideraba su hijo. Desde el instante en que Minerva volvió a su vida, sabía que no debía amarla solo a ella, sino también a Frank y a Ernest. Si hacía esas odiosas diferencias, iba a condenar a esos niños que no eran culpables de nada. No supuso mayor esfuerzo, August era un hombre que tenía una fuente inagotable de bondad y amor y, a su vez, Frank y Ernest estaban sedientos de amor paternal—. Para mí es un gran honor que me consideres de ese modo.

—Siempre me has llamado «hijo»... papá —respondió Frank, probando en sus labios esa dulce y amorosa palabra que anhelaba decir desde hacía tiempo, mas por un infundado temor, no se atrevía.

Y, por primera vez en su vida, Frank derramó cálidas lágrimas de felicidad.

Tal como pronosticó August, los primeros meses en Eton fueron un infierno para Frank y Thomas. Los acosaban constantemente, les lanzaban pullas e insultos. Todos los días les decían, de un extremo a otro de la sala, que sus progenitores eran verdaderos demonios; un asesino, un estafador, ambos pecadores, viciosos y libertinos. Enlodaban el nombre de sus madres, tratándolas de furcias adúlteras, a sus hermanos los ofendían dándoles el epíteto de bastardos, y se burlaban de sus padres adoptivos, denominándolos como «perros», porque se comían las sobras.

Frank y Thomas eran los «Herederos del Diablo», quienes habían recibido un deshonesto legado manchado de deudas, pecado, vergüenza y crimen.

Ambos niños aguantaron estoicos por un tiempo, pero toda paciencia tiene un límite. Y cuando ese límite se rebasó, comenzaron a devolver cada palabra, cada insulto y cada golpe de un modo sucio, artero y cruel, tal como su fama lo dictaba. Ya que eran demonios, se iban a comportar como tal para defenderse.

Empezaron por los más débiles del grupo que solía atacarlos. Uno por uno, fueron sometidos al castigo que consistía en dejar «sutiles advertencias» en sus camas, tales como ranas muertas, gusanos, barro, hiedra venenosa, espinas y heces de animales. Tendieron elaboradas emboscadas que terminaban con niños colgados de los pies en un árbol, maniatados dentro de un armario o hundidos hasta el cuello en el fondo de una pestilente letrina. Nadie sabía quién era la siguiente víctima de esa venganza, solo sabían que los autores de esos pequeños crímenes eran «Amudiel» —Frank— o «Alastor» —Thomas—, sobrenombres que ellos mismos habían escogido.

Así fueron escalando, hasta tomar revancha de cada uno de aquellos que osaron ofenderlos a ellos o a sus familias. En todo el colegio comenzó a extenderse el inquietante rumor que rezaba:

«Si te metes con Los Herederos del Diablo, tarde o temprano te llega la hora de pagar tus pecados en el infierno».

A Amudiel y Alastor no les importaba si los profesores los castigaban por sus travesuras, ni que llamaran a sus padres para quejarse por su mal comportamiento. Al llegar las vacaciones de verano, ya nadie se atrevía a molestarlos.

Los Herederos del Diablo habían triunfado, y sus fundadores, Amudiel y Alastor, habían allanado el camino de sus hermanos, amigos y parientes, transformándose en una verdadera cofradía donde primaba el respeto, el apoyo, el cariño y la unión.

Eran implacables, duros, inflexibles y vengativos.

Esa reputación persiguió a Frank, e influyó en cada ámbito de su vida. Incluso veintidós años después, seguía siendo el demonio Amudiel.

Nadie lo conocía, ya sea por temor o por falta de voluntad, no querían saber qué había más allá de ese sobrenombre.

Pero eso estaba a punto de cambiar.

Capítulo I

Somerton, 1 de julio de 1840.

Diana Gallagher se secaba el sudor de su frente en medio del cloqueo de las numerosas gallinas que acababa de alimentar. La mañana estaba soleada y calurosa, y el negro de su atuendo no ayudaba en nada para evadir esa sofocante sensación.

Todos los días eran iguales, Diana se levantaba antes de la salida del sol, cuando *Alectrión*, el gallo de la granja, anunciaba con su potente canto que, en breve, otra intensa jornada de trabajo iba a comenzar.

Por algún motivo que ella no comprendía, alimentar las gallinas era una tarea que siempre le relajaba. Pocas oportunidades tenía para hacer algo que le brindara una brizna de paz. Poseía sesenta acres de tierra que administraba, cultivaba y le proveía de sustento a ella y a su hijo.

Tenía pocos trabajadores y arrendatarios, la mayoría mujeres, pero fieles y respetuosos, por lo que no podía extraer todo el potencial de las extensas tierras de Greenfield. Su reputación solía ser el primer obstáculo para ello. Había que tener valor y poco aprecio a la reputación para pedirle trabajo a Diana Gallagher.

Suspiró y miró al cielo, sus pensamientos se fueron hacia el viejo Abel, ¡cómo lo extrañaba! Sus enseñanzas, amistad y su cariño fueron un tesoro de valor inestimable. Todos los días lo recordaba, pero lo que más añoraba, por sobre todas las cosas, eran esas conversaciones a las cuales se había aficionado desde que puso un pie en el pueblo.

Había transcurrido un poco más de ocho años desde que eso sucedió. En ese entonces, Diana era una muchacha irlandesa de veinte años vestida de luto, con un hijo a cuestas y con el dinero suficiente para comprar una pequeña porción de propiedad que Abel Grant tenía a la venta. Él quería retirarse, vivir de sus ahorros y no seguir partiéndose el lomo con el trabajo de la tierra. Estaba viejo, solo y era demasiado cascarrabias y quisquilloso para seguir aguantando a la gente.

Ese fue el inicio de una gran amistad —y de un sinfín de habladurías de gente que no tenía vida—. Con la compra de la propiedad, ellos se convirtieron en vecinos. Abel le enseñó a Diana todo lo que sabía; agricultura, administración, cuidado de animales, tratar heridas y enfermedades, contabilidad... y sobre la vida misma. Aquella relación pura y estrecha fue la chispa que encendió la frágil reputación de Diana, y la redujo a cenizas.

No obstante, ella aprendió que mientras tuviera para comer, lo que dijeran los demás, debía importarle bien poco.

Con el pasar de los años, Abel le terminó vendiendo todo, y firmaron un acuerdo, en el cual él permanecería en la propiedad hasta su muerte, y luego Diana pasaría a ser la propietaria legal.

Ese día, se cumplían seis meses desde la muerte de Abel, ella se había convertido en la dueña de Greenfield, por lo que se fue a vivir a Grant House, la gran casona de la propiedad. Diana era la terrateniente más grande y adinerada de Somerton, solo después de las tierras que poseía el marquesado —y que colindaban con las suyas—, la cual llevaba décadas funcionando sin la presencia del marqués, y eran administradas por un tal August Montgomery, a quien nadie lo conocía, y vivía en Londres.

—¡Máááá! —la llamó Jacob, que iba corriendo a su encuentro. Diana lo observó esbozando una sonrisa y lo saludó haciendo un gesto vigoroso con su brazo.

Siempre le sorprendía lo grande que estaba. Los años habían pasado muy deprisa —nueve

para ser precisos—, y ya no quedaba en él algún rasgo infantil. Su hijo se estaba convirtiendo en un jovencito muy guapo. Había heredado todos los rasgos de su padre, excepto el color y forma de los ojos, que eran grandes y marrones como las avellanas. Su aspecto contrastaba tanto con el de ella que, si no fuera por la mirada, todos dirían que no compartían la misma sangre. Los cabellos de Jacob eran negros como las alas de un cuervo, con ondas desordenadas y brillantes, muy diferentes a los de Diana, que eran de color caoba, largo y ondulado. La piel de él era morena como si hubiera pasado una larga temporada en el Mediterráneo; la de ella, era blanca como la leche y bastaba poco esfuerzo para que se sonrojara.

—Mamá... te busca... Lord Radcliffe —informó Jacob jadeante cuando llegó al lado de su madre. El acento del muchacho era una extraña mezcla entre británico —cortesía de Abel— e irlandés —cortesía de ella—.

—¿Lord Radcliffe? —Diana frunció el ceño, muy extrañada. No solía recibir visitas masculinas, y mucho menos de algún lord o caballero—. ¿Te dijo qué quería?

—Solo dijo: «muchacho, llama a tu madre, quiero hablar con ella» —repitió, imitando el tono pomposo del sujeto en cuestión—. La señora Lewis lo está atendiendo en la sala matinal.

—Solo a él se le ocurre hacer una visita a esta hora en que todos estamos trabajando —masculló molesta, quitándose el delantal y sacudiéndolo. Miró de reojo a las gallinas, tres de ellas tenían un aspecto sospechoso. Sacudió la cabeza, después vería ese tema.

Su inoportuna visita la esperaba. Lord Radcliffe era un barón, miembro de la pequeña aristocracia de Somerton, y no se sometía a los rigores del trabajo de la tierra. Él solo se beneficiaba de sus rentas.

—¿Me veo presentable? —preguntó Diana a su hijo mientras adecentaba su ropa.

—Tan presentable como para alimentar a las chicas —bromeó el muchacho mirando a las gallinas gordas, rojas y ruidosas—. Lord Radcliffe tendrá que aguantar que estés con ropa de trabajo.

—Mi reputación me precede —declaró ufana—. Bien, vamos a ver qué es lo que quiere ese hombre.

Atravesó el patio trasero a grandes y vigorosas zancadas, hasta llegar a la gran casa señorial. Decidió entrar por las puertas francesas que daban una gran vista del jardín —el cual ella cuidaba con esmero— y a la postre, se internó en la sala matinal que todavía conservaba el estilo masculino de Abel. Diana no lo había cambiado, le gustaba que fuera de esa manera.

El barón estaba sentado en una de las poltronas y le daba la espalda, mientras sostenía un vaso de limonada fría y probaba unas galletas que la señora Lewis, el ama de llaves de Grant House, le había servido. El sonido de la puerta al abrirse la delató, lord Radcliffe dejó su vaso y se levantó para saludarla, tal como dictaba la buena educación. Al verla, no alcanzó a ocultar su sorpresa.

El atuendo de Diana era de varón y a la vez no lo era; llevaba botas de trabajo de buena manufactura, pantalón ceñido, al igual que la camisa y el chaleco, todo de color negro, lo que hacía resaltar su curvilínea figura, el color de la piel y los cabellos de ella que estaban sujetos en un moño severo.

—Lord Radcliffe, buenos días —saludó Diana con cortesía. Su acento irlandés ya no era tan pronunciado como cuando llegó, los años lo habían difuminado, pero siempre lograba llamar la atención de algún modo u otro.

—Señora. —Inclinó su cabeza a modo de saludo—. Es un gusto verla tan... tan... saludable.

Diana rio femenina, casi coqueta. Aunque su intención no lo fuera.

—Saludable es una buena palabra, sin duda. Por favor, tome asiento, milord —invitó y ella

hizo lo propio sentándose en la poltrona que estaba al lado del barón. Sus ademanes eran tan elegantes como se lo permitían los pantalones. Tomó la jarra de cristal que reposaba sobre la mesita auxiliar y se sirvió un vaso de limonada—. ¿Cómo está su madre? —preguntó por mera cortesía, dado que la baronesa viuda la odiaba desde que se cruzaron en el mercado por primera vez. Bebió un sorbo que le refrescó la garganta.

—Saludable —respondió lord Radcliffe y carraspeó.

—Saludable... —repitió Diana con diversión y bebió otro sorbo de limonada, tal parecía que ese día el vocabulario del barón era reducido—. Y... ¿A qué le debo el honor de esta visita? Debo ser honesta, su presencia en Grant House es tan extraña como la mía en la iglesia.

—He venido a proponerle matrimonio.

Diana, impertérrita, bebió un poco más de limonada, como si no lo hubiera escuchado. Se secó los labios con una servilleta, ejecutando movimientos en extremo parsimoniosos.

El hombre era un buen partido, no había duda de ello; el soltero más codiciado de la zona, joven, bien parecido, tenía todos sus dientes, olía bien, poseía una gran fortuna y era encantador... cuando quería.

Miró al barón y le sonrió.

—El negro es un color que me gusta mucho y prefiero seguir usándolo.

El barón intentó replicar, pero no hallaba sentido a las palabras de la señora Gallagher.

—Soy viuda. Me bastó estar casada una vez y no quiero repetir la fabulosa experiencia —ironizó—, prefiero seguir de ese modo, milord —aclaró con respeto—. Muchas gracias por su propuesta.

—Pero no puede negarse tan a la ligera, piénselo, señora Gallagher. Una unión entre nosotros le proporcionará muchas ventajas.

—¿Ventajas? —Diana alzó sus cejas—. Yo no veo ventajas, al menos, no para mí.

—Usted es la que más saldría ganando con esta unión; tendrá la protección que le puede brindar mi nombre, obtendrá una nueva posición ante los demás, su reputación ya no se pondrá en tela de juicio y nuestras tierras unidas...

—Ahí está el problema, lord Radcliffe —terció Diana controlando su indignación—. Ahí, precisamente. «Nuestras tierras unidas», eso jamás será así, porque si yo me caso con usted, mis tierras —recalcó— pasarán a ser sus tierras —volvió a recalcar—. Y eso sucederá sobre mi cadáver, Greenfield es mi legado para Jacob. Su protección, su posición y su reputación no son ventajas para mí. Lo siento y se agradece la propuesta, pero la respuesta es no, milord —sentenció Diana firme, rayando la altanería.

«Y ni siquiera ofrece cariño o respeto el muy cretino, pues puede irse a la...»

—Está jugando con fuego, señora Gallagher —advirtió lord Radcliffe—. Cambiará de opinión cuando el medio hermano del difunto señor Grant impugne la venta de las tierras ante el magistrado local.

«¿Ya llegó el reemplazo del magistrado?», se preguntó Diana sin evidenciar sorpresa alguna, su expresión era insondable. El señor Knight —el antiguo magistrado— llevaba un par de meses muerto.

—Todo está en regla, milord. Barnaby Grant perderá tiempo en impugnar. No tengo nada que temer —zanjó ella.

—¿En serio? Parece que es verdad todo lo que se dice en el pueblo, que sedujo al viejo Abel para que le vendiera las tierras.

—Pueden decir de mí lo que se les antoje. —Diana se levantó de su asiento con dignidad—. Si fuera tan amable, retírese de mi casa, milord.

—Mi oferta todavía está en pie, mi señora. —Se inclinó soberbio y se retiró de la estancia dando un portazo.

Diana resopló y se arregló un mechón de cabello que cayó rebelde sobre su frente.

«Imbécil arrogante».

Se dirigió a la biblioteca mascullando maldiciones al ritmo de sus pisadas. Entró y fue su turno de dar un portazo, respiraba agitada como una bestia salvaje. Miró a su alrededor, centró su atención en la licorera. Se sirvió un dedo de whiskey —porque, según Abel, si bebía más de eso en el día se iba a volver alcohólica— y lo bebió de un solo trago. El fuego del alcohol le quemó la garganta y paladeó el sabor remanente en su boca con los ojos entornados.

Al abrirlos, contempló la biblioteca que estaba en el lado opuesto de la estancia. La familia Grant era muy aficionada a la lectura, por lo que ese lugar tenía muy bien puesto el nombre. Se dirigió a los anaqueles llenos de libros, muchos de ellos se notaba que habían sido leídos más de una vez. Se agachó, acarició el lomo de los volúmenes de una enciclopedia que estaba el último nivel, contó hasta el décimo tomo, titulado *Coprolitos milenarios y dónde encontrarlos*, y lo inclinó hacia ella.

Se escuchó un clic. Toda una sección de anaqueles conformaba una puerta. Al abrirse esta, dejó al descubierto una caja fuerte.

Diana la abrió y sacó del interior todos sus documentos, los cuales leyó para convencerse y comprobar que no había nada que temer. Al cabo de unos minutos, respirando tranquila y aliviada, los volvió a guardar y cerró la caja con dificultad. Había que tener maña con esa vieja caja fuerte.

Abel se lo había advertido, los hombres no toleran a una mujer que tenga demasiado poder y dinero, de inmediato quieren ponerle el pie encima para conservar el *status quo*.

Se habían demorado demasiado en reaccionar, pero ella estaba lista para dar la pelea.

Nadie le iba a quitar Greenfield.

Desde lo alto de la colina, Frank admiró la extensión de sus tierras, montado en *Maximus*, un excepcional purasangre bayo, que piafaba y resoplaba inquieto. El animal quería seguir galopando a rienda suelta, pero su amo lo había obligado a detenerse.

—Tranquilo, *Maximus* —murmuró Frank con cariño a su caballo y le palmeó el cuello—. Ya llegamos, lo has hecho bien.

El campo se veía precioso bañado en la luz dorada del crepúsculo. El valle era presentado como una gran alfombra verde, salpicada de bosques, prados, sembradíos y árboles enfilados que delimitaban su vasta propiedad.

Según su padre, August, todo debía estar en orden para su llegada a Somerton Court. Contrató sirvientes que atendieran sus necesidades básicas; ama de llaves, cocinera, un encargado para el establo y un par de chicas para el aseo general, quienes habían llegado hacía varias semanas para tener la mansión funcionando con precisión. Había que sacarle provecho a los cien acres de fecundas tierras que pertenecían a su título. Frank sentía que debía, en cierto modo, devolverle el honor al lugar que le había dado un nombre.

El marqués anterior —su progenitor, mas no su padre— había sido vicioso, libertino, soberbio y asesino; una muy mala combinación para el título, al que llevó a la más absoluta ruina. Fueron años de trabajo, August lo interiorizó a él y a su hermano Ernest en la administración desde pequeños. Ambos sabían lo que había costado sacar a flote todo su

patrimonio. Si bien Ernest era su heredero aparente, mientras él no se casara y engendrara uno, no era el típico hermano vago y segundón de un título. Frank le había asignado las tierras que no estaban ligadas al marquesado, para que las administrara y ganara un sueldo. Debía admitir que su hermano había sido muy astuto, porque lo que obtenía de su trabajo lo invertía en una compañía ferroviaria que solo daba ganancias. Lamentaba que Ernest no influyera en los planos del ferrocarril, el cual todavía no llegaba hasta Somerton, por lo que a Frank no le quedó más alternativa que viajar a caballo desde Londres, tal como lo hacían los caballeros desde tiempos inmemoriales.

Lo bueno de haber sido criado y educado por un hombre que se ganaba el sustento con su trabajo, y que amaba a su madre al punto de la veneración, era que le había dado una perspectiva de vida muy diferente a la de sus pares de la aristocracia. Por eso estudió leyes en Oxford y, al recibir su título, ejerció varios años como abogado —algo extraño y fuera de lugar para un marqués—, y la fama que arrastró en sus días de estudio, repercutió en su profesión. Cuando aparecía en la corte, los jueces lo saludaban diciendo: «Las puertas del infierno se han abierto y Amudiel ha llegado». Debía reconocer que disfrutaba de esa reputación que, por sí sola, alejaba a cualquier persona que carecía de carácter, y le permitió obtener un cupo en la corte de Bow Street. Él trabajaba, le gustaba hacerlo, no era un simple aristócrata que recibía una renta anual por sus tierras.

Frank era un hombre que necesitaba mantenerse ocupado y que esa actividad rindiera frutos. Cuando se enteró de que había fallecido el señor Knight, el antiguo magistrado, no perdió el tiempo y solicitó el cupo a la comisión que otorga los cargos, con el compromiso de residir en Somerton. No quiso perder la oportunidad, y gracias a sus estudios y trabajo como abogado, era el mejor candidato.

Inspiró el tibio aire estival, sentía que los pulmones se le hinchaban con una acogedora serenidad, la misma que experimentaba cuando era niño y retornaba a su hogar por las vacaciones. Disfrutaba y atesoraba su tiempo con su ruidosa y numerosa familia, padre, madre, tres hermanos y tres hermanas.

Cualquiera diría que a sus treinta años estaba escapando de Londres, para pasar el verano en su propiedad, y después volver a su rutinaria actividad en la corte.

No, la verdad sea dicha, él quería dejar atrás la bulliciosa capital, con sus bailes, debutantes, cotilleos y crimen. Vivir en el apacible campo y ejercer el cargo de magistrado era un plan de vida más que perfecto. Resolver casos pequeños con el mayor profesionalismo, le iba a permitir sentar un precedente en la justicia. Todos los magistrados debían ser competentes e imparciales, por muy pequeña que fuera la localidad donde ejercieran sus labores.

Y si de este modo podía dedicarle todo su tiempo a revivir la antigua gloria de Somerton Court, tanto mejor.

Quería dejar su huella, una que fuera capaz de borrar el detestable legado del hombre que le dio la vida. Quería ser recordado como un buen hombre que logró muchas cosas con su esfuerzo y trabajo. Demostrar su valía, que su sangre no portaba el pecado que era capaz de corromper el alma de quien la llevara en las venas.

Espoleó a *Maximus*. Deseaba llegar pronto al lugar que quería llamar hogar.

Sentía que era el auspicioso comienzo del resto de sus días.

Capítulo II

—¡Lo sabía! —masculló Diana molesta al ver el minúsculo tamaño del huevo—. ¡Esa vieja envidiosa me las va a pagar! —Miró a la gallina que torcía su cabeza como si le entendiera—. Oh, no, tú no, gallinita preciosa... Apuesto que la vieja esa ni siquiera te ha puesto nombre. Te llamarás... —La contempló por un instante y decidió—. *Leila*.

Tomó el resto de los huevos que puso *Leila* y los depositó con cuidado en la canasta. Comparado con el tamaño de los demás, los huevos de la gallina usurpadora parecían de codorniz. Lo mismo ocurrió con otras dos, a las cuales llamó *Laila* y *Lila*. Ya era bastante sospechoso el comportamiento de esas gallinas que no obedecían las órdenes, y tardaron demasiado en poner esos «intentos de huevos».

Diana salió del gallinero, pensando seriamente en que la situación debía llegar a su fin de un modo definitivo y ejemplar.

Nadie podía robarle tres gallinas —las mejores ponedoras del pueblo— y reemplazárselas con tres ejemplares que solo servían para hacer una sopa... Aunque, ahora que ya les había puesto nombre, no podía comérselas.

A menos que imaginara que la sopa era de pato y que no eran gallinas cuyos nombres eran *Laila*, *Leila* o *Lila*...

Dejó de divagar.

—¡Mamá! —la llamó su hijo que iba corriendo a su encuentro. La situación parecía un sueño que se repetía más seguido de lo que hubiera pronosticado.

Diana, como cada vez que se repetía la situación, saludó con su mano en un ademán vigoroso. Cuando Jacob llegó jadeante a su lado, su madre alzó un dedo.

—¿Quién vino ahora? ¿El señor Fletcher? —interrogó a su hijo, quien alzó sus cejas pensando que su madre era adivina.

—¿Cómo supiste, má? —preguntó el muchacho asombrado.

—Es el cuarto hombre soltero del pueblo que ganaría algo con un matrimonio conmigo —respondió resuelta—. Apuesto que te dijo: «muchacho, llama a tu madre, quiero hablar con ella» —aventuró, imitando el acento y tono del señor Fletcher.

—¡Fueron esas mismas palabras, mamá! —exclamó Jacob, agregando mentalmente esa capacidad recién descubierta de su madre, al extenso catálogo de habilidades que ella poseía. ¡Lo sabía todo!

Diana dio un prolongado suspiro y enfiló sus pasos hacia la casa con todo y canasta. Llegó hasta las puertas francesas y, al abrirlas, vio al señor Fletcher bebiendo limonada, el cual, al reparar en la presencia de la señora Gallagher, se levantó para saludar.

—Buenos días, señor Fletcher —saludó Diana y alzó su dedo para impedir la forzosa cortesía—. Nos vamos a ahorrar todo el mal rato para ambos. La respuesta es no, muchas gracias. —Dio media vuelta y se dirigió a la salida de la estancia.

—Oh, entonces, es verdad que ha rechazado tres propuestas. —Rio el señor Fletcher socarrón—. Sin embargo, no he venido a proponerle matrimonio.

—¿De verdad? —preguntó Diana suspicaz.

—Mis intenciones son inocentes y honorables —aseguró alzando sus manos—. Al menos más honorables que su atuendo —señaló con censura.

—Intente llevar una propiedad con un vestido que estorba a cada pisada —contestó

desafiante.

—Veo que esos rumores también son ciertos... —señaló el señor Fletcher, mientras recorría con la mirada a Diana de arriba abajo sin disimulo. Ella carraspeó incómoda por aquel descarado escrutinio, y él parpadeó volviendo al momento—. Perdón, ¿en qué estábamos?

—En sus intenciones supuestamente honorables.

—Oh, sí que lo son... —Volvió a quedarse ensimismado en la cintura estrecha y anchas caderas de Diana.

—Las intenciones de los otros caballeros también eran honorables —replicó ella, elevando un poco el tono de su voz para que el señor Fletcher centrara su atención en la conversación.

El señor Fletcher volvió a parpadear y la miró a la cara.

—Las mías solo son con fines sociales, no matrimoniales y patrimoniales —aseguró con ligereza.

Diana volvió sobre sus pasos, dejó la canasta de huevos en el suelo y se sentó en la poltrona que estaba al lado del señor Fletcher. Con un gesto altivo, lo invitó a que tomara asiento para que expusiera el motivo de su visita.

—Soy toda oídos —animó Diana a su casi inocente visitante.

—El nuevo magistrado ha llegado a Somerton —informó sin más preámbulos.

—Eso no es ninguna novedad, ya me lo han contado, creo que llegó el cinco de julio.

—Le contaron mal, llegó en la tarde del primero. El día cinco fue cuando nos dimos cuenta de que ya estaba instalado en su propiedad —precisó como si fuera un dato que no debía pasar desapercibido.

—¿Y eso tendría que importarme?

—Por supuesto, se trata de su vecino.

—Perdón, ¿me está hablando de lord Radcliffe? —interrogó confundida. El barón era su único vecino.

—No, por Dios, Radcliffe apenas tiene cerebro para atender sus propios asuntos... Su otro vecino, el marqués.

Diana abrió su boca y sus labios describieron una perfecta «O».

—¿Lord Somerton? ¿Él es el nuevo magistrado?

—En efecto. Frank Smith, marqués de Somerton, lleva una semana en el pueblo y ya le ha hecho justicia a la fama que arrastra desde Londres.

—Me va a disculpar mi ignorancia, pero, ¿cuál es esa fama?

—Es un hombre severo, inflexible y sumamente reservado... Y Dios pille confesados a sus enemigos.

»En fin, acabo de hacerle una visita para invitarlo a un baile de bienvenida que está organizando mi madre y adivine quién estaba ahí...

—Barnaby Grant —pronosticó Diana con cierto hastío.

—¿¡Cómo lo adivinó!?

—Suelen decir ese nombre cuando me proponen matrimonio. Al parecer, es verdad que quiere impugnar la compra de mi propiedad —pensó en voz alta—. ¿Y qué más sucedió?

—El viejo Grant salió hecho una furia, mascullando algo sobre una furcia embaucadora, cuentas bancarias y documentos legales. Tal parece que solo llevaba como único argumento que usted sedujo a Abel para obtener esta propiedad.

—Si Barnaby hubiera visitado al menos una vez a su hermano en los últimos diez años, sabría que eso es falso. Abel Grant fue como un padre para mí. —Hizo una pausa. La desolación embargó su corazón, al recordar la soledad en la que vivía Abel antes de que se conocieran—. Si

antes guardaba luto por mi difunto esposo, ahora lo hago por mi gran amigo... —Miró al señor Fletcher, suspicaz—. ¿Por qué me dice todo esto?

—Porque adoro el cotilleo —reveló con picardía—. Y también, para matar dos pájaros de un tiro. Dado que su propiedad estaba de camino, le vengo a entregar su invitación para el baile. —El señor Fletcher le ofreció a Diana una invitación escrita a mano con una preciosa caligrafía.

—¿En serio? —cuestionó asombrada, recibiendo la invitación—. Digo, ¿está seguro de invitarme? No es un secreto que la crema y nata de la sociedad de Somerton no me tiene en muy alta estima.

—Algunos no pensamos lo mismo, pero no nos gusta contradecir a nuestras madres. Insistí en que se debía invitar a todo el pueblo, sin excepción. Lo cual aprobó lord Somerton sin objetar nada, lo dijo con estas mismas palabras: «así no me hacen perder el tiempo y los conozco a todos de una vez».

—Vaya, es un poco...

—¿Cascarrabias? ¿Quisquilloso?

—No, práctico. Se nota que no le tiene aversión a mezclarse con los que no son de su propia clase.

—No lo había notado desde ese punto de vista, y tiene mucha razón, un magistrado debe tratar con toda clase de gente... Bien, no le quito más tiempo, he de seguir con mi labor. —Se levantó de su asiento y Diana hizo lo mismo.

—Muchas gracias por la invitación, señor Fletcher. Le confirmaré durante la semana.

—Insisto en que vaya. Hay pocos bailes a los que usted puede asistir sin que el anfitrión le ponga mala cara.

Diana esbozó una sonrisa e hizo una leve reverencia. El señor Fletcher hizo lo mismo con mucho respeto.

Al quedarse a solas, Diana comenzó a reflexionar. La conversación con el señor Fletcher había sido muy reveladora.

En primer lugar, ya podía especular el motivo de las inesperadas proposiciones de matrimonio que le habían hecho. Era cierto que Barnaby Grant pretendía quitarle sus tierras, y si él lo lograba, se podría convertir en el terrateniente más grande de Somerton, incluso por sobre el marqués, lo que le daría un poder sobre los demás y le permitiría subir varios peldaños en la escalera social y política de la región. Era de dominio público su ambición por llegar a la Cámara de los Comunes.

Diana comenzó a caminar en el salón, dando pasos lentos de un lado a otro, cavilando. En el supuesto caso de que Grant lograra su cometido, todos esos caballeros que le propusieron matrimonio quedarían en desventaja, pues tenían el mismo objetivo. El poder.

Si ella aceptaba cualquiera de esas proposiciones, todo su trabajo habría sido en vano. Todos ellos solo querían obtener el poder que suponía el hecho de casarse con ella. ¿Y qué recibía a cambio? Nada, porque ella no les importaba... y mucho menos Jacob.

—Todos esos imbéciles son unos verdaderos hijos de... —masculló sin terminar la oración en voz alta, pero sí derramó unos cuantos juramentos mentales.

Al menos podía estimar que el nuevo magistrado, lord Somerton, no era un imbécil que tomaba en cuenta solo la palabra de un sujeto para declarar una demanda como admisible. Había que presentarle pruebas tangibles, no dudas razonables basadas en rumores malintencionados. Si Grant quería sus tierras, tendría que sudar sangre para encontrar algún resquicio legal para impugnar la venta de Greenfield, y eso era imposible.

Abel había previsto todo eso, y más.

—Gracias, amigo mío —murmuró Diana—. Hiciste todo por protegernos, pero si Barnaby llega hasta las últimas consecuencias... —Suspiró largo y profundo—. No sé si estoy preparada para ello.

Cragside, jueves, 10 de julio de 1840.

Querido hijo:

Ya han pasado casi dos semanas desde que te marchaste y te extrañamos mucho. Hace cuatro días, tal como teníamos planeado, hemos llegado a la propiedad de tu tío Andrew para pasar unas cuantas semanas y disfrutar del aire puro de Cragside. Tu tía Olivia y tus primos te envían saludos y cariños.

Espero que nuestra estancia nos distraiga a todos de tu ausencia. Emily, Sophie y Eleanor se sienten raras sin tus habituales bromas. Ernest mira de reojo tu asiento vacío en la mesa, mientras que Justin y Horatio intentan animar a sus hermanas, fingiendo que lo pasan muy bien acompañándolas a sus paseos por el campo, o de compras en el pueblo. Tu padre las intenta consolar, recordándoles las largas temporadas de tus años de estudio.

A mí me cuesta acostumbrarme a la idea de no verte todos los días, mas entiendo tus motivaciones. En ese sentido, te pareces mucho a August, eres un perfeccionista y quieres hacer bien las cosas, pero tampoco buscas glorias vacías.

Estoy tan orgullosa de ti. Sé que le devolverás al marquesado de Somerton la dignidad de antaño. Me atrevería a decir que ya lo has hecho, en mi corazón siento que has cumplido tu meta. Pero sé que te sientes en deuda con el bastión de tu nombre.

Todos te amamos y extrañamos. Si Dios nos lo permite, esperamos visitarte pronto.

Tu madre que te adora.

Minerva Montgomery.

Frank, con una sonrisa adornando sus labios, dobló la carta y la guardó en el bolsillo interno de su chaqueta. Tomó un sorbo de su café y luego le dio una mordida a su tostada. Miró de reojo a la cocinera y el ama de llaves, quienes estaban un tanto incómodas con el marqués desayunando donde lo hacían los sirvientes.

—Señora Wilde, debería acostumbrarse a mi presencia en la cocina —amonestó a la ama de llaves, volviendo a dar una mordida a su tostada.

—Usted debería desayunar en el comedor o en su despacho, milord —respondió la mujer con sinceridad. Tenía una apariencia lozana, una rubia exuberante que ocultaba sus atributos en vestidos de colores oscuros y peinados severos. Era tan solo un par de años mayor que su señor, pero se expresaba como si tuviera veinte más.

—¿No le cansa tener esta conversación cada maldita mañana? —replicó Frank sin medir su vocabulario.

—No, hasta que tome el lugar que le corresponde, no junto con la servidumbre —replicó la señora Wilde, a quien no le impresionaba en lo absoluto el irrespetuoso despliegue lingüístico de

su señor. Ella había escuchado juramentos peores en sus años de juventud, pues había trabajado en un burdel, vida que abandonó hacía dos años, cuando el hermano del marqués la convenció de asistir a una academia para mujeres, un lugar especial para quienes quisieran cultivar su intelecto, aprender un oficio respetable y dejar de ganarse el sustento en la profesión más antigua del mundo. De hecho, todo el personal doméstico de Somerton Court provenía de dicha academia, a excepción de George, el encargado de los establos.

—Pues va a tener que esperar sentada, porque no me iré de aquí. Detesto comer solo. —Y dicho esto, bebió más café.

Una risita mal disimulada provino de la jovial voz de la cocinera. Frank la miró y la muchacha apretó los labios, mas no podía ocultar que la situación le provocaba gracia, sus vivaces ojos verdes la delataban.

—Señora McDowell, ríase con ganas, eso demuestra que el berrinche matutino de la señora Wilde es muy gracioso —dijo Frank mirando a la aludida—. Llevo dos semanas aquí, ya debería tener claro que no voy a cambiar de parecer. Tal vez lo haga cuando forme mi familia.

—Entonces, eso sucederá dentro de poco —terció la señora McDowell.

—¿Por qué lo dice? —interpeló cruzándose de brazos.

—Porque es más que seguro que se convertirá en el soltero más codiciado de este pueblo, cuando las damas lo vean en el baile —respondió.

—Todas las madres que tienen hijas casaderas querrán ponerle sus garras encima —agregó la señora Wilde con malicia, al notar esa postura tan a la defensiva que había adquirido el marqués—. Es más que seguro que alguna lo logrará... Usted tiene todo lo que una mujer quiere —especificó alzando sus cejas y fijando sus ojos en él, como si fuera un postre apetitoso.

Había cosas que no olvidaba de su antiguo oficio, como fingir una mirada depredadora ante un atisbo de inseguridad de su presa. A ver si con eso incomodaba lo suficiente al marqués y lograba expulsarlo de la cocina.

—¿En serio? —interpeló haciéndose el desentendido.

—No le responderé, milord. Creo que usted sabe qué es lo que le devuelve el reflejo del espejo.

Frank rio y negó con la cabeza.

Se levantó de su asiento, agradeció el maravilloso desayuno y se dirigió a su despacho a paso relajado. Al poco andar, llegó al vestíbulo y luego entró a la estancia que ya sentía suya. Tenía vagos recuerdos de Somerton Court, pero ninguno era feliz. No obstante, aquello no lo desanimaba, sino todo lo contrario. El tiempo pasaba volando ocupándose de sus tierras y aclimatándose a los cambios. Tal como había pronosticado, los asuntos relacionados con su magistratura no eran complicados de resolver, algunos eran hasta casi graciosos.

Sin embargo, uno le preocupó en particular.

Toda su servidumbre provenía de Londres, y llevaban unas cuantas semanas más que él en Somerton, por lo que poco y nada sabían de sus habitantes y no le podían proporcionar información útil. La oportuna visita del señor Fletcher y su afición a los cotilleos, le había brindado los antecedentes suficientes para confirmar que la ambición del señor Barnaby Grant era peligrosa. Esperaba haberle dejado más que claro que difamar a una mujer no daría resultado mientras él fuera magistrado, y si no tenía pruebas de alguna ilegalidad en la compraventa de la propiedad, poco importaba si la señora Gallagher fuera la furcia más grande del reino.

Se sacudió un poco para quitarse la creciente molestia al recordar al señor Grant, y procedió a entintar su pluma, iba a responder la carta de su madre.

Pero su acción quedó a medio camino. La voz de varias mujeres rompió la quietud del

momento. Era un alboroto con todas sus letras.

Segundos después, golpearon su puerta.

—Pase —autorizó Frank. Se trataba del ama de llaves que entraba con solemnidad en la estancia.

—La señora Diana Gallagher y la señora Honoria Anderson solicitan audiencia con usted. Vienen a denunciar un robo de gallinas —anunció con voz monocorde.

Frank, sin evidenciar su sorpresa, asintió con la cabeza y el ama de llaves salió por breves segundos. El marqués dirigió su atención a la puerta. El bullicio volvió a escucharse y fue aumentando de intensidad, hasta que penetró en su despacho.

Una mujer vestida de varón, llevaba atado a un joven; a la saga, venía una mujer mayor, y varios muchachos llevaban dieciocho gallinas rojas, grandes y gordas confinadas en jaulas.

En medio de los cacareos de las gallinas, la mujer mayor insultaba a la más joven, la cual le respondía de peor manera. El muchacho apresado, con la cabeza gacha, no decía nada, al igual que los demás.

Ellas, por sí solas, daban un espectáculo dantesco.

—¡Silencio! —exclamó Frank.

Aquello no dio resultado.

—¡¡SILENCIO, SEÑORAS!! —Eso sí funcionó de inmediato. Las mujeres callaron, e incluso las gallinas cesaron con su histérico cacareo. Se podía escuchar hasta el aleteo de una mariposa a cinco leguas de distancia—. Una palabra más y las hago inaugurar el calabozo —amenazó mirándolas alternadamente—. Bien, ¿quién de ustedes viene a hacer la denuncia?

—Yo —dijeron las mujeres al mismo tiempo. Se miraron con odio.

Frank se pellizcó el puente de la nariz. Las volvió a observar. Supuso que la señora Gallagher era la que vestía de varón, iba más acorde con la fama que ya le habían colgado.

—¿Usted es la señora Diana Gallagher? —preguntó mirándola a los ojos. La mujer asintió segura—. Necesito que me dé su versión de los hechos.

Diana, sin vacilar, explicó que había descubierto que le habían robado tres gallinas, y las habían reemplazado por otras tres, de idéntica apariencia. Admitió que dejó pasar el asunto, a pesar de tener fuertes sospechas del perpetrador del delito, pensando que no volvería a repetirse. Pero una semana después descubrió el mismo ardid; tres gallinas robadas que fueron reemplazadas. Eso fue la gota que rebalsó el vaso, por lo que ordenó vigilar el gallinero durante la noche.

—Eso fue hace seis días. Anoche, descubrimos in fraganti al sirviente de la señora Anderson, intentando reemplazar tres gallinas más —prosiguió Diana—. Lo apresamos, y antes del amanecer, fui a buscar las gallinas que me robaron y que se encontraban en el gallinero de la propiedad de esta mujer.

—Y ahí fue cuando sorprendí a esta delincuente —intervino la señora Anderson—... ¡Robando a mis gallinas! ¡Su acusación es totalmente infundada! ¡No conozco a este muchacho!

—¡Por supuesto que lo conoce! ¡No sea mentirosa, vieja sinvergüenza!

Y comenzó de nuevo el escándalo en el despacho de Frank.

Él las ignoró. Mientras resonaba en sus oídos el griterío de las mujeres y el cacareo de las gallinas, abrió una caja de madera, tomó un cigarro de tabaco cubano, cortó un extremo y lo encendió con parsimonia. Aspiró varias bocanadas hasta que salió un humo denso y blanco.

El fuerte olor a tabaco en el ambiente hizo que las mujeres dejaran de discutir, y miraron desconcertadas al magistrado que parecía estar en otro mundo.

El silencio se cernió en la estancia. Las gallinas cloqueaban tranquilas.

—Ya veo que han terminado. Sus cacareos no son muy diferentes al de esas gallinas —aseveró Frank con desdén.

Ambas mujeres ahogaron un grito, ofendidas. Frank aspiró su cigarro, degustó y expulsó el aire, indolente. Miró al muchacho que la señora Gallagher había capturado.

—¿Cuál es tu nombre?

El muchacho negó con la cabeza, miró de soslayo a la señora Anderson, quien intentaba ignorarlo.

—Se llama Nathan Lee, es mudo, milord —respondió Diana.

—¡Qué conveniente! —ironizó Frank—. Señora Gallagher, yo veo dieciocho gallinas exactamente iguales, ¿cómo puede comprobar cuáles son las suyas y cuáles son las «impostoras»?

—Mis gallinas obedecen por sus nombres —aseveró con cierto orgullo—. Son muy inteligentes.

—Entonces, si hacemos el experimento de soltar las gallinas y las llama, estas vendrán a usted —conjeturó Frank un tanto incrédulo y volvió a aspirar su cigarro.

—Es tal cual como lo dice —afirmó Diana haciendo un ademán con su mano, el olor del cigarro era molesto.

—¡Esto es ridículo! ¡Solo son gallinas! —intervino la señora Anderson con altivez.

—No son solo gallinas —replicó Diana—. Son las que me han dado de comer cuando llegué a este pueblo, nadie vende mejores huevos que yo, los más grandes y sabrosos. Los huevos que ponen las gallinas impostoras no son más que una pobre imitación.

—Bien, procedamos —resolvió Frank, apagando su cigarro en un cenicero de cristal—. Si las gallinas obedecen a su dueña cuando las llama por su nombre, sin ningún otro incentivo, entonces, tomaré su denuncia, señora Gallagher. Si resulta lo contrario, usted devolverá las gallinas robadas a la señora Anderson y procederé como dicta la ley, junto con el joven Lee.

Diana esbozó una sonrisa triunfal. Los muchachos que llevaban las jaulas las abrieron y dieciocho gallinas rojas se dispersaron en el despacho de Frank. No había forma de saber cuál era cuál. Pero ella ya había hecho contacto visual con una de las aves.

—*Petu... Petu, Petu, Petu, Petu, Petu* —llamó Diana a la primera gallina con un tono de lo más cómico.

Frank casi estalló en carcajadas, pero para su asombro, una de las gallinas fue rauda hacia la señora Gallagher, quien tomó al ave entre sus brazos y le dio una caricia como si se tratara de un cachorro.

—Buena chica... ¿me extrañaste, *Petu* bella? —Metió a la gallina en una de las jaulas y miró ufana a Frank, quien le alzaba una ceja.

Estaba bastante impresionado. Era casi como ver un número circense.

—Eso solo fue suerte —desestimó la señora Anderson.

—Es una duda razonable —admitió Frank—. Prosiga con la prueba, señora Gallagher.

Diana ya estaba mirando a su próxima gallina.

—*Tita. Tita... Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita, Tita...* —llamó rápido a otra.

El ave, que estaba buscando comida en un rincón del despacho, alzó su cuello y emprendió una carrera acelerada hacia su ama.

Una tras otra, las gallinas obedecieron a los nombres de *Nani, Mima, Popi, Lula, Pipi, Noni y Loli*. Y así, la prueba llegó a su fin.

La señora Anderson miraba con nerviosismo la salida de la estancia.

—A las tres primeras impostoras también les puse nombre —aseveró Diana—. No pondrán buenos huevos, pero también son obedientes... ¡Lila!... ¡Leila!... ¡Laila!

Las gallinas impostoras también fueron al encuentro de Diana. Frank estaba realmente impresionado, miró adusto a la señora Anderson.

—Señora Anderson, no puede negar que esas gallinas le pertenecen a la señora Gallagher. Si fueran suyas, no habrían acudido al llamado. Creo que usted no tenía idea de este hecho. —La mujer no respondió—. No solo orquestó un robo, sino que también insultó la inteligencia de la señora Gallagher al dejarle otras gallinas que reemplazaran a las robadas. ¿Sabe cuál es el castigo por ser el autor intelectual de este delito?

La señora Anderson negó con la cabeza.

—El que planea un crimen es tan culpable como quien lo ejecuta. Por la gravedad, tendría que derivar este caso al tribunal trimestral y usted entraría a prisión mientras espera su juicio. Probablemente, la sentencia que recibirá será enviarla por una larga temporada a las colonias. El señor Lee también tendrá igual destino —respondió severo.

El rostro de la mujer palideció, al igual que el de su evidente y mudo secuaz.

—Pero, pero, pero... —balbuceó.

—Insisto en que el robo es un delito grave, más si es el sustento de otra persona. Da lo mismo que sea una terrateniente y que le sobren recursos para obtener más animales, el robo no deja de serlo... Ahora, dígame, ¿usted mandó a robar esas nueve gallinas?

La señora Anderson solo miró el suelo, negándose a decir alguna palabra.

—Señora Anderson, soy el magistrado de esta localidad y soy un representante de la ley. Si usted se niega a colaborar, de todas formas tomaré una decisión con las irrefutables pruebas que se me han presentado.

La mujer lo miró aterrada. Solo se escuchaba el cloqueo de las gallinas.

—Bien, ¿no se defenderá? —Silencio—. No me deja más alternativa.

—Milord —intervino Diana—. ¿Y si me retracto?... tengo a mis gallinas de vuelta... No es necesario hacer todo esto.

Frank la miró, ceñudo.

—Señora Gallagher, si se retracta, me habrá hecho perder mi tiempo, y mis sirvientes tendrán doble trabajo para limpiar las heces y plumas que han dejado sus animales en mi despacho.

—Yo limpiaré la suciedad.

Frank la observó, impertérrito.

—¿Está segura de querer retirar esta denuncia? Cabe la posibilidad de que ellos reincidan. Deberían recibir un castigo ejemplar.

—La retiraré, pero quiero que la señora Anderson no se acerque a mi propiedad, al igual que Nathan.

Frank miró a la señora Anderson, sin rastro de emoción.

—Señora, ¿entiende el alcance de la inmensa bondad de la señora Gallagher? —Diana alzó las cejas, sorprendida ante ese elogio—. Si no fuera por ella, yo estaría enviando su caso al tribunal, y créame que no hay piedad para los ladrones. Hubiera estado diez años trabajando en una colonia y habría arruinado su vida y la del señor Lee.

La señora Anderson susurró un «sí». Apenas podía emitir una palabra entre la vergüenza, la humillación y la expectativa de pagar demasiado caro por un crimen que no era necesario cometer. Estaba tan segura de que nadie le creería a Diana Gallagher, que no dimensionó la gravedad de sus actos.

—Bien... Señora Anderson, míreme a la cara. —La mujer obedeció, sus ojos estaban llorosos

y rezumaban temor—. Queda estrictamente prohibido acercarse a la propiedad de la señora Gallagher. Si me entero que usted o el señor Lee están a un palmo de los límites de la propiedad, me encargaré yo mismo de enviarla a la colonia más lejana del imperio... ¿O prefiere la horca? Las dos sentencias llevan a la muerte, pero una es más lenta que la otra... Dígame, ¿entendió?

La mujer susurró una respuesta ininteligible.

—No escuché bien. Tuvo la valentía de robar, responda como mujer y como una persona adulta que se hace cargo de sus actos —amonestó el magistrado con voz glacial.

—Sí, milord —chilló nerviosa.

—Señor Lee, ¿usted ha entendido?

El muchacho abrió muy grandes sus ojos y asintió con vehemencia, al tiempo que emitía una especie de gemido.

—Perfecto. Ya que la señora Gallagher ha recuperado sus gallinas, y se ha comprometido a limpiar el piso de mi despacho, esta audiencia ha llegado a su fin. Pueden retirarse. —Todos comenzaron a abandonar el despacho en silencio—... Excepto usted, señora Gallagher.

Capítulo III

Diana detuvo sus pasos y dio media vuelta. El magistrado la miraba imperturbable.

—Tome asiento, por favor, señora Gallagher —invitó Frank, su tono era comedido, grave, sereno. Diana se sentó en la silla que estaba frente al escritorio del magistrado—. ¿Desea algo de beber? ¿Té, limonada, agua?

Diana meditó rechazar el ofrecimiento, pero la verdad sea dicha, estaba con la boca reseca.

—Una limonada sería fabuloso. Muchas gracias, milord.

Frank hizo sonar la campanilla.

Se quedaron en silencio. Él no dejaba de mirarla a los ojos y ella reparó en el azul frío de los de él. Esos iris eran un verdadero par de zafiros.

En ese instante golpearon la puerta y entró el ama de llaves. Mientras el marqués le solicitaba una limonada, Diana observó discretamente a la mujer; una rubia preciosa y despampanante, cuya sensualidad no podía ser escondida en el riguroso vestido que llevaba puesto. Si ella fuera hombre, sin duda se la comería con los ojos. No obstante, y para su sorpresa, el marqués trataba a su empleada de una forma muy respetuosa. El coqueteo era inexistente por parte de ambos, y ella era capaz de identificar hasta la señal más sutil.

Impresionante. El marqués parecía inmune a los encantos de su ama de llaves.

Quedaron a solas otra vez. Él volvió a mirarla fijo.

—Usted dirá, lord Somerton —exhortó Diana para romper el silente manto que los había envuelto por breves segundos. No fue capaz de sostener ese escrutinio al que él la sometía, lo sentía demasiado intenso.

Frank se aclaró la garganta.

—Me han hablado mucho de usted, señora Gallagher...

—Ya imagino qué cosas le habrán contado, milord —interrumpió Diana con acritud.

A ella le pareció ver el atisbo de una sonrisa en él, sin embargo, desapareció tan pronto que ella pensó que había sido su imaginación.

—No soy un hombre que juzga a las personas sin pruebas y hechos concretos, y los chismes nunca han sido fehacientes para mí —declaró firme, frunciendo un poco el entrecejo—. No tiene por qué tomar una actitud a la defensiva, señora Gallagher. Usted no me conoce.

Diana apretó los labios formando una fina línea tensa, le costaba no ser de ese modo. Desde el nacimiento de Jacob, había aprendido a no bajar la guardia y preparar siempre una respuesta. Ella tenía que quedarse con la última palabra.

—¿Podría ir al punto?, no quisiera quitarle más tiempo, milord.

Frank resopló de un modo contenido que denotaba cierta molestia y aquello no pasó desapercibido para Diana.

—Tiene razón, mis disculpas, señora Gallagher... Bien, hace una semana vino el señor Grant con el propósito de impugnar la compraventa de las tierras que usted posee.

—De eso ya he sido informada —confirmó serena.

—Debo suponer que fue nuestro buen amigo, el señor Fletcher.

—Supone bien. Le aseguro que tengo a buen recaudo mis documentos y todos están en regla. El señor Grant solo está siendo demasiado ambicioso, siempre ha esperado heredar esas tierras, pero Abel prefirió vendérmelas antes que testamentar a favor de su medio hermano. Lo que ese hombre pueda decir o hacer contra mí me tiene sin cuidado.

—Confío entonces, en que usted está tranquila respecto a ese asunto —dijo Frank reclinándose en el respaldo de su asiento y entrelazando sus dedos.

—Completamente, milord.

En ese instante entró la señora Wilde portando una jarra de limonada fresca. Sirvió con eficiencia un vaso y se lo entregó a Diana, quien bebió un sorbo, pero le fue imposible ser comedida, no pudo detenerse hasta ver el fondo del vaso.

A Frank no se le movió un músculo ante esa falta de refinamiento.

—Mis disculpas, de verdad estaba sedienta —explicó Diana, sintiendo que sus mejillas se azoraban—. Y la limonada está muy deliciosa.

El ama de llaves le sonrió con simpatía.

—Si me permite, le volveré a servir, señora Gallagher —ofreció la señora Wilde y Diana aceptó susurrando un «gracias».

Al terminar, el ama de llaves los dejó nuevamente a solas.

Frank tomó aire.

—Bien, el motivo principal por el cual le he comentado todo esto es porque, como magistrado, mi deber es velar por el bienestar de la comunidad, y me preocupa que esta situación pase a mayores. Debo confesarle que no me gustó la actitud del señor Grant, él no dudó en poner su nombre por el suelo. Las personas que basan sus argumentos en algo tan relativo como la reputación, suelen perder su credibilidad conmigo y es muy difícil que vuelva a tener una buena opinión respecto a ellas —declaró severo.

Diana no supo qué replicar, en cambio, bebió un poco de limonada. No sabía si confiar en las palabras de lord Somerton, que eran justas; mas su mirada era gélida, no expresaba ningún sentimiento, ni bueno ni malo.

—Señora Gallagher —continuó Frank ante el mutismo de ella—, sé que usted es una mujer próspera en Somerton, y sé que aquello le ha acarreado más de algún problema... A lo que quiero llegar, es que deseo que sepa que puede acudir a mí para buscar consejo, asesoría o ayuda ante cualquier problema que se le presente, y sienta que no pueda manejar del todo. Primero fue Barnaby Grant, hoy fue la señora Anderson y sus nueve gallinas, sabe Dios qué será en el futuro.

Diana asintió con un leve y femenino gesto de cabeza.

—Muchas gracias, lord Somerton. Le prometo que le haré saber cuando necesite sus servicios —dijo con verdadera gratitud, mas no sabía qué otra cosa añadir. No estaba acostumbrada a que le hicieran ese tipo de ofrecimientos sin pedirle nada a cambio.

La amable y desinteresada actitud del magistrado le hacía sentir desorientada. Intentó descifrar algo más en el semblante de él, pero no había nada más que un hombre serio, muy atractivo y hermético.

—Será un placer estar a su servicio, señora Gallagher. —Frank se levantó, gesto suficiente para indicarle a Diana que la audiencia había llegado a su fin, por lo que ella dejó el vaso con la limonada a medio terminar y también se puso de pie.

—Si me dispensa, milord, me gustaría ir hablar con su ama de llaves. —Miró de soslayo el piso reluciente, pero salpicado de suciedad y plumas—. Es para que ella me oriente en cómo debo limpiar el desastre de mis gallinas.

Frank sonrió.

A Diana le pareció ver a otra persona que había tomado el lugar del marqués. El cambio en las facciones de él era prodigioso. Si ya era atractivo siendo serio, sonriendo era hermoso, su cabello rubio, ligeramente ondulado, le rozaba los hombros y le confería un aire fresco y despreocupado que no había notado antes.

—No se preocupe, señora Gallagher, uno de mis muchachos limpiará. No es demasiado, después de todo. —Diana lo observó casi incrédula.

—No, milord, me comprometí a limpiar esto. Ese fue el acuerdo.

—Y le agradezco que quiera cumplir con su palabra empeñada, en serio, pero... —Frank se sintió en la necesidad de explicar—. No me agrada la idea de ver a una mujer de rodillas limpiando el piso, y mucho menos una señora tan digna como usted.

Diana no sabía cómo responder aquella aseveración. ¿Era un halago?

—¿Ha venido a pie desde su propiedad? —preguntó Frank cambiando de tema. Diana parpadeó y se espabiló.

—Vinimos en una carreta —respondió Diana—. Mis muchachos me están esperando afuera.

—Muy bien, es una distancia larga desde Grant House hasta acá —comentó—. Espero que llegue sin contratiempos a su casa.

—Muchas gracias, milord... —Hizo una leve reverencia y Frank respondió solemne.

—Si me permite... —Frank se adelantó unos pasos y le abrió la puerta—. La guiaré hasta la salida.

—No se tome la molestia, conozco el camino.

—Insisto.

Diana, con un gesto, claudicó y salió de la estancia. Frank caminó a su lado con las manos en la espalda y atravesaron el amplio vestíbulo, en el cual había cuantiosas plumas rojas en el suelo. Ella hizo una mueca, se apiadó del muchacho al cual le encomendarían la misión de limpiar aquel estropicio.

Al llegar a la puerta, Frank la abrió.

—Ha sido un placer conocerla, señora Gallagher. —Hizo una breve pausa... ¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta?

Diana arqueó sus cejas, no se imaginaba qué tipo de pregunta le iba a hacer lord Somerton. El hombre era impredecible.

—Adelante... —autorizó, sintiendo un leve temblor en sus piernas.

—Verá, no he socializado mucho en el pueblo y quisiera saber a qué atenerme... Ahora que lo pienso mejor, son dos preguntas indiscretas.

—Hágalas con toda libertad.

—Muy bien... —Carraspeó—. ¿Toda la gente en el pueblo suele hablar mal de usted?

—Principalmente, los otros terratenientes y aristócratas. —Se encogió de hombros, resignada—. Me da igual, de todas formas compran lo que venden mis muchachos en el mercado.

—Mmmm... Entiendo... Mi otra pregunta es, ¿usted sabe qué tan desesperadas están las damas casaderas en el pueblo?

Diana rio. El duro marqués de Somerton temía ser cazado.

—Oh, milord, ellas están tan desesperadas como lo puede estar cualquier mujer que cumple dieciocho años, pero hay que agregar el poco entusiasmo de los caballeros disponibles...

—Diana sonrió—. Si me permite el atrevimiento, cuando lo conozcan, encabezará la lista de «Los solteros más codiciados de la región».

—Curiosamente, mi cocinera dijo esas mismas palabras durante el desayuno —replicó balanceando su peso en un movimiento casi inapreciable.

—Pues créale a su cocinera, sus ojos deben estar tan buenos como los míos —añadió Diana con soltura—. No se preocupe, usted viene de Londres, sabrá lidiar con eso.

—No tan bien como lo imagina... Supongo que usted irá al baile que organizan los Fletcher.

—Ahora que lo he conocido, enviaré mi confirmación de asistencia. Solo por el placer de ver las caras de las matronas al ver que usted me dirige la palabra.

—No dude que intercambiaré unas cuantas palabras corteses con usted, y tal vez haga algo escandaloso.

—Con el simple hecho de saludarme, usted provocará el gran escándalo de la década, milord.

—Escándalo es mi segundo nombre, pero ese es un secreto que conservaremos usted y yo. —Esbozó una mirada que contenía cierta picardía—. Muchas gracias por sus respuestas.

—Ha sido un placer... Hasta pronto.

—Hasta pronto, señora.

Frank se quedó observando en el umbral de la puerta cómo Diana se acercaba a la carreta tirada por un caballo. Sus muchachos esperaban por ella con las bulliciosas gallinas. Subió grácil al pescante, tomó las riendas con habilidad, azuzó al animal y emprendió rumbo hacia el camino bordeado de robles.

Frank cerró la puerta, apoyó la frente sobre ella y resopló frustrado.

¡Dios santo! ¡¿Qué le estaba pasando?!

Cuando le hablaron sobre la señora Gallagher, imaginó a una joven matrona viuda con exceso de personalidad, y que por ello se había granjeado mala reputación, pero jamás se le cruzó por la cabeza que fuera alguien como ella.

Con razón ya le habían propuesto tres veces matrimonio. Sí, reconocía que sus tierras eran el motivo principal de esos hombres, pero ¡por Dios!, cualquier sujeto con sangre en las venas estaría feliz por casarse con ella.

Y para qué decir de su ropa de varón, ¡no dejaba nada a la maldita imaginación! No era que nunca hubiera visto a alguna dama vestida de ese modo. Sin ir más lejos, Grace, una querida amiga, y la madre de esta, lady Ravensworth, solían cabalgar en el campo ataviadas de ese modo. Ellas eran desenfadadas y vivaces, incluso podía decir que eran un poco masculinas. Pero en Diana Gallagher, el efecto era diferente, su feminidad se exacerbaba; su rostro delicado y arrebolado, sus ademanes, su forma de inclinarse, su voz y su aroma. Ella manejaba el sutil arte del flirteo con naturalidad, era algo sumamente remarcable que ella no necesitara recurrir a tácticas artificiosas de seducción. Probablemente, si la señora Gallagher hubiera usado vestido no sería tan impactante, pero para su desgracia, la ropa negra le calzaba como guante, como si la tuviera pegada a la piel, delineando el seductor contorno de su felina figura.

Si hubiera permitido que ella limpiara el suelo de rodillas, habría sido un martirio erótico para él. Su imaginación ya estaba volando demasiado alto. No podía permitirse perder el control ni ponerse en evidencia. Jamás le había pasado algo semejante, de tan solo ver una mujer y que le provocara tal atracción. Y no es que ella fuera de una belleza sobrenatural, era bonita; rostro redondo, ojos grandes, nariz pequeña, piel de alabastro, no muy alta; podría decirse que era normal, pero ella poseía algo que no podía explicar con palabras, y que lo atraía como si fuera la fuerza de gravedad.

Siempre había dominado sus pasiones, era un hombre que no se guiaba por el instinto ni dejaba que sus actos fueran dominados por la lujuria. Desde que conoció los exquisitos placeres de la carne, supo que se volvería adicto si lo practicaba muy seguido, por lo que se propuso mantener a raya la compulsión. No podía permitir que gobernara sus sentidos, o sucumbiría como el hombre que lo engendró.

Y lo había logrado. Frank creía que tenía todo bajo control.

Diana Gallagher, con tan solo respirar, derrumbó sus defensas como si fuera un castillo de naipes.

Frank se refregó la cara, molesto consigo mismo.

Comenzó a caminar dando largas y vigorosas zancadas en dirección al establo para ensillar a *Maximus*. Visitar a sus arrendatarios y recorrer sus tierras iba a ser una buena forma de disipar de su memoria a la seductora señora Gallagher.

Si tenía suerte, al atardecer todo volvería a su cauce normal.

Mientras Diana conducía la carreta, sus pensamientos iban una y otra vez hacia lord Somerton. Nunca se le cruzó por la cabeza que él fuera un hombre joven, sino todo lo contrario, se imaginó a un viejo pomposo, calvo y orondo. Si no hubiera sido por el conflicto de las gallinas, que le tenía hirviendo la sangre y le había enceguecido por instantes, habría estado balbuceando como una jovencita inexperta, y ella ya no estaba para brindar esos espectáculos ante un extraño muy alto de cabellos rubios, frente amplia, nariz no tan recta, facciones viriles y extraordinarios ojos azules.

Suspiró, debía reconocer que, aparte de ser muy atractivo, el marqués era un hombre intrigante, e intrigante era una palabra poderosa, porque nadie en Somerton y sus alrededores podía catalogarse de ese modo.

Los hombres solteros del pueblo jamás la impresionaron; los burgueses y aristócratas eran una horda de clasistas, presuntuosos y prejuiciosos, que confundían la fuerza del carácter con la arrogancia. En cambio, los más pobres, no lo eran solo en dinero o posesiones, lo eran en espíritu, educación, valores y ambiciones... El factor común entre todos ellos era que siempre la trataban con desdén. Ella no era merecedora de respeto, la consideraban una furcia, y era bien sabido que las furcias no son personas ni tienen sentimientos, solo sirven para abrir las piernas y ganarse la vida.

No obstante, ese desprecio le facilitó la tarea de mantenerse firme, de pie, inexpugnable. No se podía dar el lujo de pensar en el sexo opuesto más allá que como compradores de su mercancía. El amor y el matrimonio fueron una hermosa ilusión que llevaba muerta tantos años, que ya la había olvidado.

Lord Somerton era peligroso, porque a pesar de ser inescrutable, sus actos y palabras revelaron que era un hombre que bien podía valer su peso en oro; respetuoso, noble, justo y generoso... y ella no se podía permitir admirarlo, ni que llamara su atención; pues la desviaría de su principal objetivo en la vida, y ese era uno solo: Jacob. Debía afianzar el futuro de su hijo y por eso se desvivía por Greenfield. No podía fallar.

Diana volvió a suspirar, pero esta vez, acongojada, y se reprendió mentalmente. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta de su velado flirteo. A veces no lo podía evitar, era difícil desarraigar algo que estaba tan dentro de ella, y no quería que el marqués la malinterpretara. ¿Cuántas veces su hermana, Juno, le había amonestado por ello? Siempre le decía que le acarrearía graves problemas si no controlaba esa parte de su forma de ser. Dios sabía que ella intentaba que no se le notara, pero era tan distinta a Juno, quien era tan tímida, sensata y reservada.

Todos los días la recordaba, su hermana era su gran consejera, y siempre se preguntaba ante la duda, ¿qué habría dicho Juno?, ¿cómo habría actuado?, ¿lo hubiera aprobado? Mientras estuvo a su lado, ella siempre le brindó equilibrio, era su brújula... La extrañaba tanto cuando se encontraba en conflicto consigo misma, y en ese momento sentía la necesidad de obtener su guía.

Se prometió ir a Bristol y visitarla apenas pudiera, Greenfield consumía todo su tiempo.

Diana sentía que estaba metida en un buen lío, le había dicho al magistrado que iba a asistir al baile, pero ahora se arrepentía en el alma. Debía reducir el contacto con él a toda costa, era la tentación en persona, no podía siquiera mirarlo con inocencia, que él le hiciera sentir algo... cualquier cosa.

«Llegado el día podría aducir una jaqueca para no ir», maquinó. «Oh, pero no me puedo perder la cara que pondrán esas viejas vinagres, cuando el marqués me salude como si fuera una dama de verdad». Ese era un placer que Diana no disfrutaba todos los días. Una parte de su alma necesitaba el dulce sabor de una pequeña revancha. No era una santa, su afición favorita no era poner la otra mejilla cada vez que surgía un rumor, ni le gustaba bajar la mirada cuando la despreciaban con sus comentarios desdeñosos.

Hubo una lejana época en que era una mujer respetada por todos, sin excepción y, en cierto modo, podía decir que tenía el mundo a sus pies. Era bonita esa sensación de ir tranquila por la calle sin que nadie murmurara a sus espaldas con descaro. Era una lástima que no apreciara en su momento esos pequeños privilegios de la vida y que daba por sentado.

Bien valía la pena aguantar por unas cuantas horas a esas viejas vinagres, para que presenciaran en primera fila cómo recibía de buen grado el saludo cortés de un caballero apuesto que no la despreciaba.

Sí, tal vez podía darse ese ínfimo lujo, porque después de ese baile, seguro que él cambiaría de opinión respecto a ella. Era casi imposible no prestar oídos a las habladurías, pues tal como rezaba el refrán, «no hay humo sin fuego»^[1]. Tarde o temprano, lord Somerton la iba a evitar sin disimulo.

Por tercera vez suspiró. Sí, era lo mejor... para ella era lo mejor sofocar cualquier chispa que amenazara con un incendio, que después no podría controlar.

Capítulo IV

Ya estaba hecho.

Diana sintió una ominosa sensación al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse.

«No seas tonta, es solo un baile que te subirá la moral», se convenció para desestimar esa opresión que sentía en el pecho, la misma que sentía cuando era niña y su madre la descubría en una de sus tantas travesuras.

Suspiró.

Habían pasado veinticuatro horas desde que conoció a lord Somerton, su vecino y magistrado local. No había pensado en él hasta ese instante, mas debía admitir que aquello no era por un simple olvido, sino que lo había hecho a propósito. El día anterior se empeñó en llenarse de trabajo para distraerse y quitarse esa inquietante sensación del cuerpo.

Pero ahora estaba al filo del arrepentimiento, acababa de enviar a un muchacho para que entregara su confirmación de asistencia al baile que organizaba la madre del señor Fletcher, la cual se llevaría a cabo en tres días.

Sí, no había duda que esos días serían suficientes para volver a la normalidad. La próxima vez que viera a lord Somerton, le iba a ser tan indiferente como cualquier otro hombre sobre la faz de la tierra.

El plan a seguir era perfecto, por lo pronto, buscaría en su guardarropa ese hermoso vestido que se mandó a hacer para aquella fiesta en que la invitaron, y luego la anfitriona no la dejó entrar. Eso la animaba, iba a estar de luto pero espectacular.

Dos días después, Frank recorría con *Maximus* los límites de sus vastas tierras, las cuales eran delimitadas por una hilera de añosos álamos y que concluían cuando eran intersectadas por la orilla del río Cary, cuya geografía era bastante irregular. En algunas zonas era tan ancho que se debía cruzar en bote. En otras, como en Somerton Court, no era más que un hilo de agua que no superaba las seis yardas de un lado al otro. Pero sin importar cómo fuera su curso, el río era suficiente para abastecer al pueblo de agua limpia y fresca.

Su estómago protestó, a juzgar por el tiempo que llevaba fuera de casa, debían ser pasadas de las dos de la tarde.

Observó las tierras que estaban en la ribera opuesta del Cary, eso era Greenfield, la propiedad de la señora Gallagher. Frank había evitado pasar por ahí desde hacía varios días para no pensar en ella, pero ya no podía seguir posponiéndolo, pues era el último tramo que debía supervisar antes de volver a empezar. Se preguntó si ella también recorría sus dominios como él, ¿lo haría vestida de amazona o como varón?

Maximus relinchó inquieto y le impidió a Frank seguir evocando a esa mujer. Agradecido por esa providencial interrupción, le palmeó el cuello con cariño a su fiel animal.

Miró hacia Somerton Court. Desde que llegó, dedicaba varias horas al día para reconocer su propiedad y familiarizarse con ella. Visitaba a sus arrendatarios, conversaba con ellos y tomaba notas de sus necesidades, de sus historias, empapándose de sus vidas. Hacía lo que un verdadero señor debía hacer.

No como el anterior marqués, que solo se dedicó a derrochar más de lo que ganaba...

Todavía no podía comprender cómo era posible que compartieran la misma sangre. Un daño

colateral de decidir vivir en Somerton, fue recordar más de la cuenta a su progenitor. No volvió a referirse a él como padre desde que tenía ocho años, pero al parecer, después de tomar esa decisión, a todo el mundo le pareció imprescindible recordárselo.

«¿Qué se siente ser el hijo de una furcia adúltera y un asesino, Somerton? No mereces estar entre nosotros, eres menos que el estiércol que mancha mis botas...»

Recordó el dolor por medio segundo y reprimió el impulso de tocar el torcido hueso de su nariz.

Entornó los ojos y se sacudió el recuerdo. No dejó que lo golpearan y humillaran demasiadas veces, pero no pudo evitar que quedaran cicatrices en su alma y algunas desperdigadas en su cuerpo. Si no hubiera sido por su primo Thomas, quien nunca lo abandonó, las cosas habrían sido distintas.

Al acercarse a la orilla del río, divisó al otro lado a un niño que estaba leyendo a la sombra de un árbol. Frank frunció el ceño al notar que tres jóvenes, mucho más grandes que él, se acercaban sigilosos a sus espaldas. No era necesario ser un genio para notar que estaban a punto de molestar al que leía.

Y, en efecto, eso sucedió. El libro cayó al agua.

Frank, sintiendo una inusitada y creciente angustia, guio las riendas de *Maximus* dando media vuelta y emprendió una desesperada carrera, alejándose del río.

—Miren a quién tenemos aquí... si es el pequeño bastardo Gallagher.

Risas burlonas celebraron la «ingeniosa» ofensa.

Jacob fingió que no los escuchó y no despegó la vista de las líneas del libro que ya no leía. Eran los mismos de siempre, sus voces eran inconfundibles. Intentó ignorarlos, tal como su madre le aconsejó la última vez.

—Aparte de bastardo es sordo —agregó otro y le dio un puntapié al libro, arrancándolo de las manos de Jacob.

—¡No! —exclamó Jacob, estirando el brazo en un intento infructuoso por alcanzarlo. El libro cayó directo al agua y se fue flotando río abajo.

Sintiendo que la sangre le hervía por la impotencia, Jacob se levantó y los miró; Alan Grant —el hijo de Barnaby— y sus amigos —secuaces—, Clark Simmons y Humphrey Wayne. Llevaban meses molestándolo, curiosamente, desde la muerte de Abel. Jacob todavía llevaba un brazalete negro en su brazo como símbolo de su luto. Lo extrañaba mucho, su pérdida fue irreparable.

—¿Hasta cuándo van a seguir invadiendo Greenfield? —interpeló, intentando adoptar el tono autoritario y altanero de su madre.

—Hasta que dejes de respirar —respondió Alan, con fría indolencia.

Clark y Humphrey tomaron a Jacob de los brazos, el muchacho se retorció y pataleaba intentando zafarse.

Alan se le acercó lo suficiente para que las patadas que propinaba Jacob no lo tocaran. Su sonrisa era perversa, disfrutaba de la humillación que le estaba infligiendo al chico.

—Tu madre es una furcia que abre sus piernas al que se le ponga por delante, e intenta meterse a la fuerza en nuestro círculo para que un bastardo como tú tenga un lugar. Esta tierra es de mi familia. ¡No les pertenece!

Jacob no replicó la injuria, y no porque no quisiera defender a su madre, ya lo había hecho

muchas veces. Sabía que no era un bastardo, él era un hijo legítimo. Sin embargo, cuando negaba las venenosas palabras de Alan, era como si le echara más leña al fuego y más pequeño se sentía él.

—Ahora el bastardo es mudo —se mofó Humphrey.

—Bastardo, sordo, mudo... Comprobemos si puede respirar bajo el agua —añadió Clark.

—Sí... comprobémoslo —sentenció Alan.

Jacob abrió los ojos evidenciando su terror. Comenzó a retorcerse con más brío para zafarse, pero ellos eran más fuertes que él, sus manos eran verdaderas tenazas y le provocaban dolor. No se esforzó en clamar por ayuda o piedad, era inútil porque nadie oía, y también el hecho de alzar la voz parecía animar a sus enemigos a ensañarse más.

Lo arrastraron hasta el río. Jacob comenzaba a perder el vigor en sus brazos y piernas. Sintió que su ropa se mojaba y que una mano empujaba su cabeza para sumergirla en el agua, al tiempo que él se resistía con todas sus fuerzas.

No soportó más.

Intentó aguantar la respiración lo más que pudo. Los segundos transcurrieron dolorosamente largos, parecía que no iban a soltarlo. Jacob, finalmente, abrió la boca obedeciendo al instinto vital de obtener aire, pero solo entró agua.

De un tirón, salió a la superficie en medio de crueles risotadas. Jacob tosía y boqueaba empapado. Comenzó a llorar en silencio, lleno de impotencia, su cara mojada ocultaba las lágrimas, y cuando pensó que ya se habían divertido lo suficiente, su cabeza volvía a estar hundida en el agua.

Pasaron tortuosos segundos, sus pulmones resistieron el suplicio menos tiempo que la vez anterior, Jacob sentía que se iba a desmayar...

De pronto, lo soltaron.

Jacob se alzó libre y resollando, al tiempo que un caballo bayo atravesaba el río de un salto y salió persiguiendo a los tres niños que corrían como los cobardes que eran. Apenas recuperando el aliento, Jacob comenzó a salir del agua con dificultad, pero resbaló y cayó, provocándole un agudo dolor en la rodilla.

Volvió a levantarse, pero se quedó inmóvil. Cada vez que intentaba dar un paso, el dolor aumentaba. No le agradaba la idea de arrastrarse, sentía que había tenido suficiente humillación por un día. Abatido, bajó la vista, notó que la sangre manaba de su rodilla y era diluida por la corriente del río.

El sonido de los cascos se hizo más fuerte, Jacob alzó su mirada y vio que el jinete desconocido estaba a unas cuantas yardas. Desmontó con urgencia y corrió hasta llegar a él, sin importar que el agua le empapara las piernas.

Sin mediar palabras, el hombre lo alzó sacándolo del agua y lo llevó hasta llegar al lugar donde empezó todo.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre con timbre de voz sereno, depositándolo en el suelo. Se acuclilló para poder quedar a la altura del niño.

—Sí —respondió Jacob—. Gracias, señor.

—Era mi deber... ¿Quiénes eran esos cobardes? —interrogó.

—Los mismos de siempre. —Jacob hizo una mueca y se encogió de hombros, daba lo mismo si decía sus nombres o no.

—No deberías andar solo si siempre te molestan.

—Quería un lugar tranquilo para leer —explicó—. ... No sé, dónde sea que vaya solo, siempre me encuentran.

—Ya veo... ¿Quiénes eran? —insistió el hombre.

—Grant, Simmons y Wayne —respondió lacónico.

—Conque Grant... Al parecer la bravuconería es de familia. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Jacob Gallagher, señor.

—¿Eres pariente de la señora Diana Gallagher?

—Soy su hijo —respondió firme, esperando el cambio de actitud. La amabilidad del desconocido se debería esfumar en unos cuantos segundos.

—Sin duda es su hijo, tiene sus ojos —aseveró el hombre, cambiando su trato a uno más formal hacia el niño—. Soy Frank Smith, marqués de Somerton. Un placer conocerlo, joven Jacob. —Le ofreció la mano.

El niño, sin ocultar su sorpresa —tanto por el trato, el gesto amable, como por la identidad del hombre—, observó la mano suspendida en el aire, esperando a ser estrechada.

«Si un caballero te ofrece la mano, debes sostenerla firme, pero sin demasiada fuerza», recordó el niño la enseñanza de Abel, y que nunca había podido poner en práctica.

Esa era una buena ocasión, y así lo hizo.

—El placer es mío, milord —respondió—. Gracias por ayudarme y por hacer justicia con mi madre. El antiguo magistrado nunca la recibía.

Frank no pudo evitar fruncir el cejo. ¿Cuál era el problema de esa gente con la señora Gallagher? ¿Era porque era mujer, irlandesa, próspera e independiente? En verdad no comprendía esa animadversión, ¿había alguna clase de justificación razonable, o se trataba solo de la insana costumbre social de apartar al ostracismo a quienes son diferentes?

—Lo acompañaré a su casa.

—No se moleste, milord. Ha hecho suficiente con auxiliarme —negó el niño con orgullo. Se levantó con dificultad para demostrar que podía ir solo, pero la herida de su rodilla le recordó que no avanzaría mucho. Su gesto se contrajo ante el dolor.

Frank, sin pedir permiso, examinó la rodilla. Tenía un corte de unas dos pulgadas y la sangre empezaba a coagular, pero era necesario que fuera tratada con puntos. Era perentorio llamar a un cirujano.

—Me temo que no tiene opción, Jacob —dictaminó Frank, al tiempo que se levantaba y buscaba a *Maximus* con la mirada. Lo halló pastando a unas cincuenta yardas.

Hizo un sonido extraño, un chasquido con su lengua, y el animal obedeció al llamado, dando un suave trote. Al llegar, Frank alzó a Jacob y lo sentó a horcajadas en la silla de montar.

—Afírmese del pomo de la silla —indicó el marqués poniendo un pie en el estribo y montó detrás del niño—. ¿En qué dirección está Grant House?

—Por allá. —Señaló Jacob, apuntado con su índice hacia el este.

Diana salió hacia el establo con una creciente inquietud. Era la hora del almuerzo y Jacob todavía no volvía. Su hijo le había dicho que iría a leer a la orilla del río, pero de eso ya habían pasado tres horas y él no solía tardar tanto.

No se había dado cuenta del paso del tiempo, estaba tan ocupada con sus labores habituales, que no notó la falta de su hijo hasta que sintió el hambre. Diana, presa del sentimiento de culpa que la embargaba, comenzó a autocastigarse con dureza, recriminándose lo descuidada que era con Jacob. ¿Cómo era posible que fuera tan irresponsable con sus deberes?, era la peor madre del mundo, ¡la peor!

—Espero que se haya quedado dormido —suplicó al cielo, al tiempo que ensillaba con rapidez y pericia a *Hércules*, su castrado marrón. Maldijo entre dientes la ligera falda que llevaba puesta ese caluroso día. No tenía tiempo para perder en cambiarse de ropa, lo primordial era buscar a su hijo.

Puso un pie en el estribo y montó a lo amazona, chasqueó las riendas de *Hércules* y este comenzó a galopar de inmediato.

La carrera solo duró unos cuantos minutos. En dirección contraria, Diana divisó que venía un caballo bayo con un par de jinetes a quienes reconoció de inmediato.

—Jacob —musitó Diana mientras iba al encuentro de ellos.

Cuando ambas monturas se encontraron, Diana ahogó un grito al ver a su hijo empapado y con la rodilla herida. Olvidó toda cortesía y solo atinó a interrogar:

—¿Quiénes fueron?

—Los mismos de siempre —contestaron Jacob y Frank al mismo tiempo. El niño esbozó una sonrisa ante la cómplice actitud de lord Somerton.

—Malditos mocosos —masculló Diana enojada. No le importó decir palabrotas en frente de su hijo y su vecino.

—Tomaré cartas en el asunto —anunció Frank con su tono de voz severo—. El ataque pudo pasar a mayores, estaban ahogando a Jacob y... —Frank dejó la oración en el aire, recordando a esos muchachos. Estaban completamente eufóricos y enajenados, no iban a detenerse hasta que Jacob dejara de luchar, y eso habría sido demasiado tarde.

Le recorrió un escalofrío por la espalda, la crueldad juvenil no solía medir consecuencias hasta que era demasiado tarde. A veces, solo podía catalogarla como monstruosa.

—Cielo santo —susurró Diana.

—Pero primero necesitamos un cirujano o un médico...

—Ellos no vienen aquí —terció Diana con resignación y amargura—. Siempre me han negado ayuda —comentó ante el gesto interrogante de Frank, como si tal cosa fuera normal en todo el mundo—. Sé tratar heridas, Abel también era cirujano, por lo que él me enseñó...

—Entonces, no hay que perder tiempo, no podemos permitir que la herida se infecte.

—Vamos.

No fue necesario decir nada más, emprendieron rumbo a Grant House.

—Listo —sentenció Diana al terminar de vendar la herida de su hijo. Le acarició el rostro y se le apretó el corazón cuando vio sus ojos llorosos. Mientras ella le curaba la herida, Jacob no se quejó ni se movió—. Has sido muy valiente, hijo mío. Gracias por facilitarme la tarea, sé que debió dolerte mucho.

Jacob esbozó una sonrisa triste.

—Perdí el libro que me regaló Abel, cayó al río y... —No pudo terminar y las lágrimas brotaron. Le dolía más eso que la herida.

—Oh, no... —Diana abrazó a su hijo—. Lo siento mucho, cariño...

Frank observaba la escena en silencio. Al llegar a Grant House, él notó que no había ama de llaves, o servidumbre. La señora Gallagher se ocupó de calentar agua, buscar el botiquín y preparar todo para atender a su hijo, mientras que él se quedaba con Jacob en su habitación. Era una casa enorme, no comprendía cómo ella la llevaba sola.

—¿Tienes hambre? —preguntó Diana a Jacob. El niño asintió—. Muy bien, te traeré un

emparedado y leche.

Se levantó de la cama y se limpió sus lágrimas con discreción. Se encontró con los ojos de Frank.

—Me quedaré con Jacob, no se preocupe —anunció Frank.

—Gracias, milord —susurró Diana.

Al quedar a solas, Frank se acercó a Jacob y se sentó a los pies de su cama.

—¿Estás bien? —preguntó Frank con interés.

El chico todavía se limpiaba las lágrimas, con cierto pudor por la presencia del marqués, y no respondió.

—Llore, Jacob. Si quiere hacerlo, hágalo, porque vendrán días en que no podrá —aconsejó, sintiendo que si bien era su voz la que decía esas palabras, éstas no le pertenecían—. Muchos dicen que los hombres no deben llorar... no obstante, es una gran mentira.

—Mamá dice lo mismo... pero los demás se burlan si lloro.

—¿Vas a la escuela?

—Voy a la escuela dominical cuando puedo, a veces mi mamá también me enseña... Me gusta leer mucho, a veces aprendo solo.

—¿Qué libro perdió en el río?

—«Frankenstein o el moderno Prometeo».

Frank alzó sus cejas, no sabía si ese libro era apropiado para un niño tan pequeño.

—¿No le da miedo esa historia?

—La primera vez que lo leí me dio mucho miedo, pero no podía parar de leer. Ahora lo estaba haciendo por segunda vez y me he dado cuenta de cosas que no percibí la vez anterior. Comprendo más al monstruo y me da un poco de tristeza, Víctor era un cobarde egoísta, pudo haber sido mejor persona y... —Se quedó callado, se estaba emocionando mucho—. En fin, ya no podré terminarlo...

—Concuerdo con su opinión sobre Víctor, no era un hombre compasivo con su creación... —opinó Frank para animar un poco a Jacob—. Es usted un niño muy valiente. Reconozco que cuando lo leí hace un par de años, solo lo hacía de día, porque de noche me daba mucho miedo. Y si bien es una obra fascinante, no me he atrevido a leerlo de nuevo.

Jacob lo miró sorprendido, y luego rio. Pensó que el marqués le estaba haciendo una jugarreta, era imposible que le temiera a ese libro. Era un hombre grande.

—Es cierto, no he podido —aseveró Frank sonriendo.

En ese momento entró Diana con una bandeja con emparedados y un vaso de leche.

—Come e intenta dormir una siesta, ¿está bien? —propuso Diana a su hijo, quien ya atacaba el emparedado y asentía con un gesto de cabeza—. Te perdonaré esa falta de modales solo porque estás herido —amonestó con cariño. Miró a Frank y, sin palabras, lo invitó a salir de la habitación.

Él se dejó guiar por su anfitriona. Diana vestía una sencilla falda larga y negra, un chaleco gris ajustado, camisa blanca y pañuelo negro. Podía interpretar esa combinación como semi luto. Frank debía admitir que en ella, la ropa de mujer era tan halagadora como la de varón. No importaba lo que su vecina vistiera, se dio cuenta de que ella por sí misma lo impresionaba.

Llegaron hasta el gran comedor, lugar donde había una bandeja de emparedados y tazas de té listas para ser servidas.

—Por favor. —Diana hizo un gesto invitando a Frank a sentarse a la derecha de la cabecera de la mesa, lugar donde ella se disponía a sentarse.

—Permítame. —Se adelantó Frank y corrió un poco la silla para que ella se sentara.

—Gracias —dijo ella con un leve rubor. No recordaba la última vez que había sido objeto de amable caballerosidad.

—Un placer —respondió él mientras se sentaba en su puesto.

—¿Té? —ofreció.

—Por favor, sin azúcar.

Diana sirvió las tazas con habilidad y elegancia. Frank se sentía famélico, el estómago le rugía, pero no podía empezar a comer antes que la señora de la casa.

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta? —dijo Frank al tiempo que recibía la taza de té.

Diana esbozó una sonrisa.

—Se merece hacer todas las preguntas indiscretas que desee —respondió revolviendo el azúcar de su té. Al instante se reprendió internamente, volvía a coquetear.

—¿No tiene servicio doméstico? Al entrar noté que la casa estaba un poco... vacía.

—Oh, sí lo hay. Son dos personas; Ada es una joven que viene a limpiar tres veces a la semana y la señora Lewis, mi ama de llaves, me solicitó unos días libres, su hija dio a luz ayer y ella quería ayudarla mientras se recupera. Esta semana será un poco más pesado el trabajo, pero creo que no será tan terrible.

—Entiendo... de todas formas son pocas las personas que atienden esta casa tan grande.

Diana asintió, tomó un emparedado y empezó a comer. Frank hizo lo mismo.

—Nadie quiere trabajar aquí... —agregó Diana—. Estas tierras son extensas, pero cultivo lo justo y necesario. Algunos muchachos llevan a cabo esa faena y venden mi cosecha en el mercado. También tengo un par de arrendatarios.

Continuaron almorzando en un cómodo silencio. Al acabar el segundo emparedado y una taza de té, Frank retomó la conversación.

—Corríjame si me equivoco. Tengo entendido que Greenfield son unos sesenta acres de tierra y, de acuerdo a lo que me ha contado, su renta le debe dar lo suficiente para mantener un estilo de vida más que digno y sin mayores sobresaltos económicos.

—Así es.

—Me intriga por qué no le saca todo el provecho a Greenfield.

—Porque no puedo descuidar la crianza ni la educación de Jacob... —Hizo una pausa, comió un bocado de emparedado, más para tragar el nudo en su garganta que por hambre—. Cuando recién asumí el control total de Greenfield, descuidé mucho a mi hijo y esos niños empezaron a molestarlo. Jacob es un niño al que le gusta leer, ir a la escuela, disfruta estudiando, ¿lo puede creer?... incluso pagué para que fuera a la institución privada de la señorita Castle, pero le hicieron la vida imposible el poco tiempo que asistió. Ahora solo va a la escuela dominical de la vicaría y yo asumí darle el resto de su educación en mis tiempos libres.

—¿Y si contrata una institutriz? —sugirió Frank. Diana negó con la cabeza.

—Ya lo hice, pero la señorita renunció un mes después, porque trabajar para mí era malo para su reputación. Tendría que conseguir a alguien que no sea de la zona y probar, pero, francamente, no tengo tiempo ni ganas de hacer un esfuerzo así y volver a pasar por lo mismo.

—No es fácil asumir dos roles incompatibles; dueña y señora de una propiedad y madre —caviló—. No es porque usted no sea capaz, sino porque ambas labores demandan tiempo, concentración y cuidados. Es difícil si no tiene a quien delegar algunas de sus tareas.

—No tengo alternativa, debo ser realista con mis límites o no lograré nada. —Suspiró hondo—. Jacob algún día heredará estas tierras, se casará y Greenfield podrá convertirse en lo que debe ser.

—Y por eso mismo no se casa de nuevo —se aventuró a conjeturar Frank.

—Perdería mi patrimonio para mi hijo. Una vez casada nadie me asegura que estas tierras serán para Jacob.

—Hay formas legales para evitar eso —aseguró Frank—. Antes de casarse, puede traspasar la propiedad a Jacob y...

—Pero si me caso —intervino Diana—, mi esposo sería tutor de mi hijo y la propiedad la administraría él y...

—Y nunca se sabe, ¿cierto? —finalizó Frank.

Diana asintió. Frank notó cierta tristeza en la mirada de ella. ¿Habría recordado a su difunto esposo?

—Nunca se sabe —concordó ella—. Es una ironía, debo ser una de las pocas mujeres a las que no le conviene el matrimonio. Los caballeros elegibles de Somerton solo desean Greenfield... La furcia de Abel y su bastardo son un daño colateral que puede ser escondido con la buena posición de un hombre. No estoy dispuesta a vender mi alma de ese modo, una reputación inmaculada es algo que ya no tiene valor para mí. Prefiero seguir siendo una furcia.

—Sé que usted y su hijo no son lo que dicen. No es necesario que se exprese de esa manera —la reprendió, pero su voz era como una caricia.

—Lo es, milord. Para el resto del mundo lo soy.

«Y pronto lo convencerán de ello».

Ambos se miraron casi sin parpadear. Al cabo de unos segundos, Diana fue la primera en romper el contacto, se había expuesto demasiado. Había cometido un grave error. Le había proporcionado información preciosa que él podía usar en su contra cuando las cosas cambiaran.

Estaba segura de que eso sucedería después del baile de los Fletcher, el cual se llevaría a cabo al día siguiente. Pero no pudo evitarlo, lord Somerton había sido tan atento, solícito y amable que bajó sus defensas sin darse cuenta. En cierto modo, le hizo recordar la sensación de seguridad y confianza que le brindaba Abel.

—Su acento delata que es de Irlanda. ¿Hace cuánto que vive aquí? —preguntó Frank para cambiar de tema.

—Un poco más de ocho años... pero prefiero no hablar de mi vida antes de llegar a Somerton.

—Entiendo... Mis disculpas si me he extralimitado.

—Hay cosas que prefiero guardar para mí.

—No se preocupe, es comprensible...

El silencio volvió a reinar por un largo y denso minuto que fue interrumpido cuando Frank tomó aire y dijo:

—Sabe, tengo una idea para solucionar sus problemas domésticos, espero que la considere en el futuro —propuso con cierto entusiasmo.

Diana alzó sus cejas, sorprendida. Sin embargo, alzó su dedo índice.

—Sé que usted tiene muy buenas intenciones, pero ¿le puedo pedir un favor?

—El que quiera.

—Guarde sus buenas intenciones por una semana... —pidió con un atisbo de súplica.

—¿Una semana? —interpeló confundido.

—Por si se arrepiente de empeñar su palabra después del baile —aclaró aparentando ligereza en su tono de voz—. Ha sido muy amable con nosotros, mas no quiero que se sienta obligado.

No obstante, a Frank no lo engañó, frunció el ceño... pero luego lo relajó.

—Entonces, vendré una semana después del baile a darle mi idea. Estoy seguro de que no cambiaré de opinión.

«Ojalá», fue la ferviente, efímera e involuntaria plegaria que lanzó Diana al cielo, y que no alcanzó a encerrar en un rincón oscuro de su corazón.

Capítulo V

Estimada señora Gallagher:

Lo siento mucho, no podré ir esta noche a cuidar al joven Jacob, mi hermana decidió a última hora asistir al baile y me ha pedido quedarme con mis sobrinos y no pude decirle que no.

Discúlpeme, por favor.

Ada Townsend.

Diana suspiró resignada doblando la nota que le había entregado un muchacho. Lo que había pretendido en un comienzo, terminó volviéndose realidad. No podía ir al baile... Bueno, sí podía, pero no quería dejar a Jacob solo en esa casa sin que nadie cuidara de él; la señora Lewis, el ama de llaves, volvía en un par de días, y Ada, la chica que aseaba la casa, le acababa de avisar que no podría ayudarla.

No es que Jacob fuera a hacer alguna travesura, o que no pudiera prepararse un vaso de leche si despertaba durante la noche, él era un niño independiente, sensato y responsable. Tal vez ella pecaba de exagerada y sobreprotectora, pero, simplemente, no le agradaba la idea de dejarlo solo, indefenso.

Después del ataque que recibió Jacob, Diana tenía una sensación de vulnerabilidad que no sentía desde el primer día en que se enfrentó a la vida sola y con un hijo.

Miró el crepúsculo por la ventana, el cielo se teñía de naranja, rojo y azul.

Tragó un poco de saliva, debía deshacer el nudo que se le formó en la garganta. ¿Por qué se sentía tan abatida?

—Es solo un estúpido baile —masculló orgullosa—. No lo necesito.

Dicho esto, se marchó a la cocina, tenía una cena que preparar.

—¿No vas a ir al baile, mamá? —preguntó Jacob mientras degustaba la deliciosa sopa que preparó Diana.

—No, cariño. —Compuso una débil sonrisa—. Ada me avisó que no podía venir a cuidarte, no puedo dejarte solo.

Siguieron comiendo, Diana bebió un sorbo de vino.

—Te prometo que no me quedaré dormido con la vela encendida —dijo el niño. Diana quedó con la cuchara suspendida en el aire.

—Sé que eso no sucederá, pero no quiero que estés solo. —Y siguió comiendo.

—Pero, má... Puedo quedarme solo, ya estoy grande.

—No tanto como supones.

—Pero, má...

—No, Jacob, ya dije —zanjó elevando el tono de su voz.

—Nunca puedes ir a ningún baile o divertirte —insistió el niño en voz baja, acto seguido, la miró con inocencia—. ¿Tienes miedo de que intenten hacerte daño?

Diana suspiró, temía que dañaran a Jacob, lo del día anterior había sido la gota que rebalsó el vaso.

—No se trata de miedo, sino de tu seguridad.

—Pero si Grant House es el lugar más seguro del mundo, mamá.

«No como lo imaginas».

El sonido de la aldaba interrumpió la conversación y Diana frunció el entrecejo. Se limpió la boca con la servilleta y se dirigió a la puerta de acceso de Grant House. Al llegar, apégó su oído a la puerta y dijo en voz alta y severa:

—¿Quién es y qué busca?

—Soy la señora Wilde, ama de llaves de Somerton Court —se presentó una voz femenina del otro lado de la puerta.

—¿Cómo sé que usted es quien dice ser? —interpeló con desconfianza, no recordaba la voz del ama de llaves del marqués.

—Lord Somerton me envió porque sabe que está sin personal doméstico, y pensó que alguien debía cuidar al joven Jacob para que usted pudiera asistir al baile sin preocupaciones.

Diana alzó sus cejas con sorpresa, solo él sabía esa información. Entreabrió la puerta con cautela, y ante ella estaba la hermosa ama de llaves del marqués dándole una sonrisa amable.

—Buenas noches, señora Wilde, disculpe mis modales —saludó Diana, abriendo más la puerta para que la mujer entrara. A no mucha distancia, divisó que había un sencillo tálburi a la espera.

El ama de llaves le hizo una seña y el cochero asintió levemente.

—No se disculpe, señora Gallagher. Nunca se es demasiado precavido —tranquilizó el ama de llaves ingresando al vestíbulo.

—Estaba terminando de cenar con mi hijo, ¿desea acompañarnos? —ofreció Diana con amabilidad, al tiempo que cerraba la puerta.

—Con razón usted le simpatiza —murmuró la señora Wilde mientras avanzaba.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Diana intrigada. No había alcanzado a escuchar las palabras del ama de llaves.

—Que no se preocupe, ya he cenado. —Se detuvo y la miró con interés—. Mi señor también ha dispuesto que vaya al baile en el tálburi en el cual he venido.

—Vaya, pensó en todo... —musitó Diana. Hasta hacía algunas horas, antes del mensaje de Ada, ella pretendía ir al baile montada a caballo. No pudo evitar pensar que lord Somerton era una extraña, masculina y atractiva versión del hada de «La Cenicienta». Le sonrió al ama de llaves—. Muchas gracias, sé que esto no es parte de sus labores habituales.

—De nada, señora Gallagher. Lo hago con mucho gusto, se me dan bien los niños. —«A ver si en un tiempo más el marqués deja de desayunar en la cocina», pensó con desenfado.

—Bien, la guiaré al comedor, le presentaré a Jacob y me iré a arreglar.

El baile en la casa del señor Fletcher era todo un éxito. Todo el pueblo había asistido para dar la bienvenida al marqués, celebrar el retorno a sus tierras y además que fuera el nuevo magistrado. No había estancia que no estuviera abarrotada de personas, sin embargo, en todos los espacios se notaba aquella línea invisible que separaba a los invitados según su clase.

Frank, guiado por su anfitrión, era presentado solo a los aristócratas y terratenientes más respetados. A lord Somerton esto no le asombró, en todas partes era igual; tanto en los lujosos salones de Londres, como en la casa de un hombre influyente en el pueblo, se extendía esa brecha insalvable que él detestaba, y aunque los códigos de conducta y de opinión de su posición

le dictaban que no podía ir en contra de las tradiciones, él solía quebrar las reglas y salir airoso.

Porque podía. Porque quería.

Desde pequeño, nunca rigió su vida ante esos cánones, porque si hubiera seguido las normas, no habría sobrevivido a su primer año de internado en Eton. De esa forma, aprendió que si no quería que lo pisotearan, él debía pisar más fuerte, de frente, sin dar puñaladas por la espalda, sin ambigüedades.

—Supongo que ser juez de Bow Street no se compara con sus actuales ocupaciones, pero ¿cómo ha sido ser magistrado aquí en Somerton? —preguntó lord Radcliffe, con ese tono que Frank identificaba como adulator.

—Ciertamente es menos sórdido que en Londres —respondió Frank—. Uno de los aspectos que más me desagradaba de mi trabajo en Bow Street era tener que juzgar a los niños.

—Un delincuente, siempre es un delincuente —observó Radcliffe con cierto tono de desdén.

—Nuestra sociedad los ha orillado a delinquir, y no es lo mismo un delincuente de siete o nueve años que uno de quince. ¿Es justo condenar a un niño de siete años al exilio? ¿Usted sabe qué pasa en esos barcos donde hay adultos? —espetó con acritud. Lord Radcliffe no podía encontrar una palabra que suavizara la imagen mental que se había hecho—. Los niños son ultrajados, muchos no alcanzan a llegar a destino —reveló con premeditada crueldad—. Si un niño delinque, nuestra ley es implacable, se le trata como un adulto. En mi opinión, debería ser más misericordiosa y darle a ese niño una oportunidad de rehabilitarse, entregándole educación, comida y, ojalá, afectos. Pero esa rehabilitación no existe, porque es difícil llevarla a cabo, es más fácil enviarlos a morir, ¿no?

—Oh, creo que ahí está el señor Grant —intervino el señor Fletcher con franca incomodidad—. Si nos disculpa, lord Radcliffe, iremos a saludar.

Lord Radcliffe asintió con su cabeza, aliviado de esa intervención. No esperaba semejante respuesta ni que el tema de conversación se desviara tanto, hasta provocarle náuseas. Miró al marqués que se alejaba con el señor Fletcher y no pudo reprimir un estremecimiento en la espina dorsal.

—Te dije que era un demonio, siempre logra ese efecto en las personas. No esperes que sea un hipócrita —comentó Frederick Clearwater, primo de lord Radcliffe que provenía de Londres y estaba de visita—. En Oxford lo llamaban Amudiel.

—¿Como el ángel caído? ¡Vaya sobrenombre!

—El que no sirve a Satanás ni a Dios. Era mejor no hacerlo enojar, ni ser su enemigo. Somerton tiene demasiadas conexiones y logra enterarse de todos tus secretos... Al menos en Londres es así, y aquí solo será cuestión de tiempo que ostente ese poder.

—Dios nos libre —murmuró lord Radcliffe.

Frank llevaba dos horas siendo presentado a los invitados más distinguidos y, a juzgar por los hechos acaecidos diez días atrás, el señor Fletcher decidió que el marqués saludara al final a Barnaby Grant.

Una jugada sensata e inteligente.

Somerton se preguntó a qué hora llegaría la señora Gallagher, no dudaba que, si ella tenía las condiciones adecuadas, nadie la detendría.

—Señor Grant, creo que ya conoce a lord Somerton —señaló el señor Fletcher, al tiempo que Frank se inclinaba levemente, presentando sus respetos.

—Por supuesto que he tenido el placer —respondió con frialdad el señor Grant, emulando el saludo del marqués.

—Oh, no sea rencoroso, señor Grant —intervino el señor Fletcher.

—Solo hacía mi trabajo, le aseguro que no ha sido nada personal —terció Frank con estudiada amabilidad—. La ley es imparcial, la reputación de una persona no es suficiente prueba de delito... Si encuentra alguna evidencia fehaciente de sus sospechas, no dude en que mis puertas estarán abiertas para recibirlo —aseguró sin titubear.

—Téngalo por seguro —replicó Barnaby Grant aplacando su agresividad.

—¿Ves, Barnaby? Te dije que lord Somerton era un hombre razonable. Suelen ofuscarte con facilidad —intervino el señor Fletcher más tranquilo, ya veía que Grant montaba un espectáculo.

—Por cierto, el día de ayer tuve el placer de conocer a su hijo —añadió Frank con ligereza—. Alan es su nombre, ¿cierto? Unos quince años, alto, muy parecido a usted. Iba con dos amigos de la misma edad... ¿Simmons?, ¿Wayne?

—Sí, Alan es mi hijo, y ha acertado con su edad, tiene quince años... Clark y Humphrey han sido sus amigos toda la vida —aseveró orgulloso—. ¿Dónde lo conoció?

—Ahogando al hijo de la señora Gallagher.

A Barnaby se le descompuso la cara. El señor Fletcher quedó boquiabierto.

—S-son cosas de niños —balbuceó.

—Creo que a los quince años ya no son tan niños, mi estimado señor —replicó Frank con un tono de voz monocorde—. No soy un hombre dado a la exageración, pero castigar a un niño de nueve años ahogándolo entre tres en el lecho del río Cary, no se puede catalogar como «cosa de niños», sino como intento de asesinato.

—Esto debe ser un malentendido, Alan no haría algo así —defendió Barnaby con cierta nota de nerviosismo en su voz.

—Ojalá fuera un mal entendido, pero si de algo me puedo jactar es de mi buena vista. Si yo no llego e intervengo para impedir que continuara el ataque, el cadáver del joven Jacob habría sido encontrado flotando río abajo... —continuó sin emoción en su voz—. Fue una lástima no haber podido aclarar el asunto con Alan, porque tenía que elegir entre perseguirlo o auxiliar al joven Jacob.

»Le sugiero que converse con su hijo para que reflexione los alcances de sus peligrosas acciones. Si algo malo le sucede al joven Jacob en el futuro, créame que Alan y sus amigos estarán encabezando la lista de sospechosos —advirtió. Su mirada era gélida, no había censura ni reproche. Grant no sabía qué era peor, si tan solo el magistrado demostrara molestia se sentiría mejor, al menos sabría a qué atenerse.

—Hablaré con Alan. —Logró articular con nerviosismo.

—No esperaba nada menos que su comprensión, señor Grant. En las discordias entre los adultos no deben intervenir los jóvenes, suelen ser más apasionados y no miden la gravedad de sus actos, pero eso no los exonera de la culpa.

—Por supuesto, milord.

El señor Fletcher ya tenía los nervios de punta; por una parte, porque la situación era bastante impredecible, y por otra, ya quería ir corriendo para esparcir el chisme y contárselo a su madre en primer lugar. Ella detestaba ser la última en enterarse.

Morgan Fletcher era un hijo muy diligente.

—Oh, creo que mi madre me llama —anunció el señor Fletcher—. ¿No se molesta si lo abandono, lord Somerton? —preguntó zalamero.

—Estoy seguro de que podré arreglármelas sin su guía, ha sido un espléndido anfitrión —aseguró Frank aliviado de ser liberado de la compañía de Fletcher.

—Oh, es usted muy amable. —Se inclinó ante Frank y luego hacia el silente señor Grant—. Por favor, diviértanse.

Frank le dedicó el esbozo de una sonrisa, luego miró a Barnaby.

—Si me dispensa, iré a buscar algo de beber...

El marqués se dirigió al mesón, tomó un vaso de limonada y lo probó...

Horroroso.

Apuró el trago y contuvo el impulso de devolver el sorbo de limonada al vaso, el cual dejó sobre el mesón. Demasiado ácido, tibio, desabrido, sin dulzor.

Será ponche, entonces.

—No deje que esa mujer provoque simpatía en usted, milord. —Una voz femenina susurró a sus espaldas.

Frank reprimió el impulso de demostrar su enojo, sabía de quién le hablaba, y ya estaba harto de todos. Dio media vuelta y se encontró con una de las mujeres más respetadas del pueblo, se la habían presentado hacía media hora, ¿cómo era su nombre?

Oh, sí...

—Lady Ledbury —llamó Frank. La mujer, una altiva baronesa, hizo una reverencia. A su lado estaba su hija, la señorita Anne, quien imitó a su madre—. Perdón, mi señora, pero ¿de quién me habla?

—Diana Gallagher —respondió escupiendo el nombre con desdén—. Ha tenido la desfachatez de asistir. Si se le acerca, ignórela —aconsejó.

—¿Y por qué mi vecina no debe despertar mi simpatía? —preguntó con fingida inocencia, al tiempo que sintió cierto orgullo, ella había asistido a ese baile que era una verdadera hoguera de vanidades.

—Esa mujer sedujo a Abel para quedarse con todas sus tierras y dicen que fue la única beneficiaria de su testamento —argumentó lady Ledbury—. No me diga que usted no lo sabe.

—Oh, eso. Ya me lo han insinuado al menos la mitad de las damas presentes. Pero usted ha sido la más directa —respondió, logrando que la baronesa le regalara una mirada de satisfacción—. Tan directa que está al borde del mal gusto, solo falta que ahora comience a exaltar las cualidades de su hija, que sin duda ha de poseer, para lograr que la invite a bailar —amonestó altivo—. No es necesario que me enseñe cómo juzgar a las personas, lo he hecho los últimos cuatro años. La única evidencia tangible que tengo es que la señora Gallagher le compró las tierras al difunto señor Grant.

—Bueno, si a «eso que usted sabe» se le puede llamar dinero...

—Pagué un total de treinta mil libras, a lo largo de ocho años, milady —intervino la voz de Diana, a espaldas de Frank—. En efectivo, no con notas bancarias fraudulentas —agregó.

Frank contuvo el prístino impulso de dar la vuelta y admirar a Diana.

—Es fácil decir que pagó —espetó la baronesa, ignorando a Diana—. No obstante, no hay evidencia de ello.

Diana ahogó un grito de indignación, intentó avanzar un paso para quedar al lado del marqués, pero él alzó su mano para detener la arremetida de ella.

—También es fácil enlodar el nombre de una persona solo por rumores infundados —defendió Frank sin cambiar el matiz de su voz—. Lady Ledbury, el difunto señor Grant era un adulto y sabía lo que hacía. ¿Acaso usted era cercana a él para que le interesara tanto su vida sexual? ¿O él le contaba cómo pagaba los supuestos favores que le brindaba la señora Gallagher? ¿Los vio teniendo relaciones sexuales? ¿No me diga que es de las que les gusta observar?

Ahora fue el turno de lady Ledbury y la señorita Anne de ahogar un grito de escandalizada indignación. De haber podido, la baronesa habría tapado los oídos de su hija para que no escuchara semejante respuesta. Las palabras de Frank habían sido en exceso descarnadas e

indecorosas, dirigidas sin respeto o sutileza para los oídos de la insoportable lady Ledbury y la virginal señorita Anne.

La baronesa les propinó una furibunda mirada a Diana y luego a Frank.

—No diga que no le advertí.

—La única mujer que puede lanzarme advertencias está vacacionando en Craggside y es mi madre —replicó con su voz de glacial indiferencia.

Frank le dio una respetuosa reverencia, dando por finalizado el intercambio. Lady Ledbury alzó su mentón con altivez y se llevó a su hija de la mano.

—No sé si sentirme halagada o furiosa, milord —sentenció Diana. Frank dirigió su atención hacia ella.

No importaba que ella estuviera ataviada en su riguroso y habitual luto. Se veía absolutamente soberbia.

Diana destacaba entre todas las demás con su vestido negro de seda, el cual revelaba las curvas de su cuerpo maduro y exponía su piel de alabastro. El esbelto cuello femenino ostentaba un hermoso collar de perlas ovaladas. El escote de su atuendo era suficiente para espolear el deseo de cualquier hombre con sangre en las venas; danzaba entre lo recatado y lo atrevido. Su cabello caoba daba reflejos rojizos y presentaba un gran contraste con su tentadora apariencia, estaba confinado en un tirante moño que exhibía los sobrios zarcillos que hacían juego con el collar.

En ella, el negro no era un símbolo de duelo, sino de seducción.

—No quería que esa mujer obtuviera lo que buscaba —respondió Frank sin cambiar el matiz frío de su voz.

—Ella obtuvo lo que buscaba —replicó Diana. «Sembró la duda».

—No, ella buscaba que usted se le lanzara como leona y montara un escándalo. Sabía que usted estaba aquí y solo quiso azuzar su impetuoso carácter.

Diana dio un resoplido.

—¿Impetuoso carácter? De nuevo, no sé si sentirme halagada o furiosa.

—Halagada, por supuesto. Me han presentado a cuanta dama soltera hay en este pueblo y ha sido una experiencia más que decepcionante.

—Es porque solo le han presentado la parte aburrida del pueblo. El resto es mucho más estimulante.

—Estaba por darme una vuelta por esos rumbos. Pero primero debo saludarla apropiadamente. —Tomó la mano enguantada de Diana y posó sus labios sobre el encaje negro con un toque breve y respetuoso. Ella no recordaba cuándo había sido la última vez que le habían besado la mano—. Buenas noches, señora Gallagher. Es un placer verla aquí.

—El placer es mío, milord —musitó Diana, presa de una inusitada euforia. De pronto se sintió observada y no precisamente por lord Somerton, quien no dejaba de mirarla con esos penetrantes ojos azules.

—Creo que somos el centro de atención —susurró Frank con cierta socarronería, confirmándole que esa sensación no era producto de su imaginación.

Y a Diana no le cupo duda que él estaba disfrutando de ello.

—Así es. Estoy segura de que todas las matronas me están fulminando con la mirada en este momento, y eso que usted solo me ha saludado como si fuera una dama.

—Lo que hace a una dama no es el estatus, son otras cualidades; humanas, principalmente. Usted es mucho más honorable que ellas. Para mí, muchas de las damas aquí presentes son víboras con vestido.

«¡Dios santo! ¡Necesito alejarme de este hombre!».

—No soy lo que piensa —dijo Diana por puro instinto de supervivencia.

Frank se encogió de hombros, indolente. Todas las personas guardan secretos, incluso él.

—Tanto mejor para seguir con el escándalo. Se lo he prometido, dije que le iba a dirigir palabras corteses e iba a hacer algo más. —Ofreció su mano con regia caballerosidad—. ¿Me podría conceder la siguiente pieza de baile?

Capítulo VI

Diana miró la palma de Frank que estaba extendida hacia ella. Él no evitó pensar que la dama parecía una gata desconfiada, meditando si acercarse a un humano o no. Veía la duda, el temor, el instinto de conservación, la lucha interna de ceder o huir.

No la culparía si hacía lo último.

—No muerdo, señora Gallagher —susurró Frank—. Solo se trata de darle mi apoyo en público —aseguró—. Si hay algo que no tolero es que me digan qué debo hacer o no, y menos si me parece incorrecto que barran el suelo con la dignidad de una mujer.

Diana lo escrutó con la mirada. Tal parecía que el marqués estaba cavando su propia tumba, y lo más insólito de todo era que él sabía que lo estaba haciendo. Venía de Londres, en la capital todo era cien veces peor.

—Después no me culpe si los demás le hacen la vida imposible, milord —advirtió Diana y, acto seguido, tomó la mano de Frank. Él sonrió.

Y fue absolutamente seductor.

—Siendo franco, mi señora. Lo que ellos opinen de mí, me tiene sin cuidado.

Somerton escoltó a Diana hasta el salón de baile, los invitados se abrían a su paso dejando tras de sí una estela de susurros, miradas furtivas y curiosas, gritos ahogados llenos de incredulidad, y no faltó quien pensó que aquello era una verdadera afrenta a la decencia.

Al llegar, la orquesta se estaba preparando para tocar la siguiente pieza musical. Frank guio a Diana al centro de la pista.

—¿Sabe cuál es el siguiente baile? Llegué hace poco —preguntó Diana, sintiéndose expuesta, no había más parejas uniéndose a ellos.

—No me había preocupado de ver el programa... Deme un segundo. —Caminó raudo hacia el pianista, intercambiaron unas palabras y volvió—. Es una cuadrilla, pero como nadie se une, lo cambiaré por un vals. ¡Vaya escándalo! Seremos la única pareja de bailarines. Esto es mejor de lo que me propuse.

La orquesta comenzó a tocar, Diana, ruborizada por ser el centro de atención, hizo una reverencia y Frank se inclinó regio.

Sin dejar de mirarse a los ojos, sus manos se tomaron y empezaron a balancearse al ritmo cadencioso del «un, dos, tres». En un solo movimiento, Frank elevó su mano izquierda unida a la mano derecha de ella y acortó la distancia entre los dos, la abrazó dejando su cálida mano sobre la espigada espalda femenina y ella se aferró a él con delicadeza, dejando su otra mano sobre su hombro.

Y empezaron a bailar.

Diana, al estar tan cerca, no pudo evitar aspirar el tenue aroma que el marqués desprendía, un aroma masculino, limpio. Sándalo y tabaco entraron por sus fosas nasales provocando que su pulso se acelerara. Lord Somerton era un ataque a sus sentidos, el férreo control masculino guiándola por el salón, el calor que él irradiaba y que ella percibía a través del contacto de sus manos, el roce de las piernas en sus faldas, la dureza de ese cuerpo alto, sumamente varonil, enfundado en un pantalón color marfil, una elegante levita azul marino, la cual ostentaba en su cuello y pecho un intrincado diseño de hojas doradas, y que dejaba ver el pañuelo rojo como la sangre. Todo en él simbolizaba fuerza y vigor.

Sentía que eran tan opuestos como el cielo y el mar.

Y solo por ese momento se iba a permitir el decadente y egoísta lujo de pensar que estaban en ese ínfimo punto del horizonte, en donde ambas inmensidades se unían en la eternidad.

¿Por qué no vivir un instante de fantasía?

«Porque no puedes, él es peligroso».

—Gracias por enviar a la señora Wilde —susurró Diana para acallar su mente—. No debió tomarse tantas molestias.

—Fue un placer. Después de lo ocurrido ayer, consideré que era lo mejor para que pudiera asistir y disfrutar de la velada con tranquilidad.

—Debo reconocer que solo he venido para vivir este instante y lo estoy disfrutando cómo no lo imagina. Sin embargo, también tengo que admitir que no ha resultado como esperaba.

—¿No?

—Estoy acostumbrada a que hablen a mis espaldas, pero no de esta manera, con todos presentes en el mismo lugar.

—Comprendo. Es difícil lidiar con todos a la vez... Creo que fue un error haberla sometido a esta exposición, no lo pensé de ese modo —razonó, reprendiéndose a sí mismo por su impulsividad—. Por favor, disculpe mi falta de criterio. Lo que menos quiero es hacerle daño.

—No, no se preocupe, sé que sus intenciones son honorables —desestimó Diana, fallando estrepitosamente en aparentar naturalidad—. Solo... no me suelte, milord.

—Puede confiar en mí, no la soltaré... Imagine que aquí solo estamos usted y yo.

Diana asintió, esbozando una sonrisa.

Y siguieron bailando.

Frank le sonreía y la guiaba con maestría, sus pies eran tan ligeros que ella sentía como si flotaran. Él concentró sus esfuerzos en distraerla, haciéndola girar por todo el salón.

Y, como si fuera magia, le hizo olvidar. No había nadie más.

Por breves minutos ella era solo una mujer que bailaba con un apuesto caballero, al cual le sonreía coqueta, femenina, invitándolo a seguir con ese juego de sutil e inocua seducción.

Jamás se había sentido segura en los brazos de un hombre.

Con lord Somerton no sentía miedo.

Podría estar así toda la vida, inmersa en la tibieza de su contacto.

Y la música cesó.

Sus pasos se ralentizaron.

Se separaron.

Dieron una digna reverencia.

Y la magia se esfumó.

Frank parpadeó, desconcertado, vacío.

Necesitaba más. Solo un poco más de ella...

Y la dejaría ir.

Le ofreció el brazo con galantería y abandonaron el salón de baile.

—El señor Fletcher me ha presentado a todas las personas que consideró dignas de su círculo social, mas usted dijo que los demás eran mucho más estimulantes.

—Y lo sostengo.

—¿Por qué no me presenta al resto?

—¿Yo? Me temo que tampoco soy lo suficientemente respetable para ellos. —Rio por la ironía—. Estoy en lo que llamo el «limbo social», soy demasiado indecente e irlandesa para ser considerada parte del pueblo, tanto por los ricos como por los pobres... Hay cosas que el dinero no puede comprar, milord. Parece que hoy no podré serle de ayuda... Y, a decir verdad, no me

agrada la idea de que me dirijan la palabra solo porque usted está a mi lado.

—Entiendo...

Por unos segundos, no dijeron nada, cierta incomodidad se había cernido entre ellos, palabras que querían ser dichas, sentimientos que empezaban a asomarse sin permiso desde el mismo núcleo de sus corazones.

—Bueno, he tenido mis minutos de gloria —dijo al fin Diana—. Ha sido suficiente y tiene toda mi gratitud, milord.

—¿No hay forma de convencerla de que sea mi guía?

—Usted proviene de Londres, sin duda ha lidiado con situaciones más feroces.

Frank sonrió, dándole la razón a Diana. Resignado, tomó aire para despedirse...

—Señora Gallagher —intervino lord Radcliffe. El gesto de incredulidad y sorpresa que se reflejó en el rostro de Diana fue notable para Frank, menos mal que el barón estaba a sus espaldas.

Diana dio media vuelta e hizo una reverencia.

—Buenas noches, milord —saludó.

—Si no la hubiera visto bailar con lord Somerton no habría notado que usted había asistido.

—Llegué hace poco, milord, ¿será una media hora? —interpeló a Frank para que él confirmara y se uniera a la conversación.

—Apenas llegó entablamos una estimulante charla —respondió Frank—. Finanzas, principalmente. La señora Gallagher resultó ser una terrateniente muy capaz. ¿Sabía que todas sus gallinas obedecen por su nombre? Es algo impresionante de ver.

—Sin duda debe serlo...

Diana no sabía si el resto de las personas estaban enteradas del incidente de las gallinas usurpadoras. Tal vez la señora Anderson decidió mantener el secreto, después de todo, quien contaba con un respaldo confiable de su versión de los hechos era ella.

—¿En qué le puedo ayudar, milord? —preguntó Diana con curiosidad.

—¿Me concede la siguiente pieza de baile?

Diana entreabrió la boca, y logró evadir que siguiera abriéndose más componiendo una sonrisa afable.

No podía decirle que no, era un desaire imperdonable. Aunque el barón fuera un imbécil pomposo.

No podía pagar con la misma moneda. Debía allanar el camino social para su hijo, esa podía ser una oportunidad.

Al menos no era un vals.

—Con mucho gusto —accedió, miró a Frank e hizo una reverencia—. Lord Somerton...

—La esperaré aquí, para que sigamos conversando. —Fue la discreta indicación de que al terminar el baile, el barón debía devolverla a él.

Lord Radcliffe le ofreció el brazo a Diana y ella lo tomó. Al pasar por el lado de Frank, él le susurró al oído:

—Acaba de salir del limbo.

Y así fue.

Diana no podía creer la ridícula influencia que ejercía el marqués en los demás.

¿En qué radicaba ese poder?

¿Título? ¿Tierras? ¿Dinero? ¿Posición? ¿Género?

¿Todo?

¡Era absurdo! Llevaba más de ocho años viviendo en Somerton, pocas personas la aceptaban, jamás pudo ser parte del pueblo y, sin más, el marqués solo por el hecho de apoyarla públicamente le abrió las puertas de la sociedad...

En vez de ser al revés. Solo por hablarle a ella debieron darle el portazo en las narices a él.

¡Era injusto!

Lógicamente, no culpaba a lord Somerton, solo podía darle las gracias por hacer de su velada algo inolvidable. La acompañó a todas partes, era caballeroso, encantador, amable y tenía un gran sentido del humor.

Oh, su sonrisa... preciosa

«¡Basta, Diana! ¡No tienes quince años!»

Suspiró hondo.

El asunto fue que bailó el resto de la noche con todos los caballeros respetables del pueblo y, cuando eso sucedía, el marqués también bailaba con alguna señorita que no había sido elegida, o con alguna anciana con ganas de bailar —evitando así a las víboras—. También presentó al marqués a las personas más humildes —quienes no la trataron con desdén— y recibió menos miradas asesinas por parte de las damas refinadas, incluso la señora Fletcher halagó su vestido.

«Si hubiera sido rojo, se habría visto devastadora».

Impresionante. Diana se preguntaba si al día siguiente su vida volvería a ser como antes, que el hechizo se rompiera, tal como en un cuento de hadas.

Miró de soslayo al marqués. Su varonil silueta se recortaba en la penumbra. Faltaba poco para el amanecer. Ella iba en el tálburi y él iba montado a caballo, escoltándola.

—Señora Gallagher —llamó Frank, rompiendo el monótono sonido del carruaje y los cascos de los caballos en medio del trinar de las aves.

—Dígame, milord.

—Hace años que no lo pasaba tan bien. Usted tenía razón, solo me habían presentado la parte menos estimulante del pueblo.

Diana sonrió, se sintió complacida.

—Me ha tocado ser una observadora.

—Ojalá eso cambie... —Hizo una pausa. Estaban llegando a la entrada de Greenfield, Grant House se alzaba en el horizonte—. Si vuelve a tener problemas el joven Jacob, ¿me lo hará saber?

Diana recordó el entusiasmo de su hijo al relatarle lo que había sucedido, a cada hora recordaba un nuevo detalle y lo añadía a su historia. El marqués se había convertido en su héroe.

—Por supuesto —prometió—. Muchas gracias, milord.

No dijeron nada más.

Al llegar a Grant House, Frank se apeó del caballo con presteza y le ofreció la mano a Diana para que bajara del tálburi. Diana la tomó sin titubear, en una noche su contacto se había vuelto algo tan natural y, a la vez, esperado.

La relación entre ambos se estaba transformando. Lord Somerton no era solo ese hombre sin rostro del que todos hablaban cuando había llegado al pueblo. Ni era el magistrado que resolvió su conflicto de una manera justa...

Era su muy amable vecino.

Ella estaba empezando a confiar en él. Parecía ser un buen hombre...

—Bien, ha llegado sana y salva —dijo Frank al llegar a la puerta de acceso de Grant House.

—Ha sido muy amable, milord —replicó Diana. Alzó su mano para tocar la aldaba, pero la puerta se abrió súbitamente. Era la señora Wilde, quien al verlos esbozó una sonrisa.

—Bienvenida a casa, señora Gallagher, milord —saludó el ama de llaves.

—Gracias, señora Wilde —respondió Diana entrando en el vestíbulo. Notó que Frank se quedaba en el umbral—. Por favor, no se quede ahí, pase. —Miró al ama de llaves, quien se estaba abrigando para marcharse—. ¿No tuvo problemas con Jacob?

—Oh, no. El joven Jacob es un encanto —alabó la señora Wilde con sinceridad—. Después de que usted se fuera, me ofreció una interesante conversación, luego se retiró a lavarse los dientes y se fue a acostar, solo me pidió media hora para leer antes de dormir.

Diana sonrió con orgullo, su hijo era maravilloso.

—Muchas gracias por haber cuidado de él. —Miró a Frank que estaba bostezando—. Gracias de nuevo, milord.

—Es un placer estar a su servicio, señora Gallagher... Bien, señora Wilde, veo que está tan fresca como el rocío matutino.

—Dormí toda la noche —respondió con desenfado—. Lo esperaré afuera.

El ama de llaves hizo una reverencia a Diana y se retiró. Ella sabía cuándo sobraba.

Silencio...

Ambos estaban frente a frente. Se sonrieron con cierta timidez, estaban solos.

¿Por qué tenía que acabar?

Silencio...

¿Tenía que acabar?

Silencio...

—Hasta la próxima, mi señora. —Frank tomó la mano de Diana y se la besó—. Después de esta noche, no tengo dudas de que tengo la mejor vecina —elogió, sin poder evitar que su voz bajara un par de tonos, lo suficiente para que él lo notara demasiado tarde. Soltó la mano de ella, dándole una fugaz caricia.

—Lo mismo digo, tengo el vecino ideal —respondió Diana sin pensar ni calcular las consecuencias—. Sé que los chismes que se esparcirán por el pueblo no le afectarán.

—Dudo que haya algo que cambie mi opinión sobre usted.

Esa inocente y segura sentencia fue un balde de agua fría para ella. Diana despertó, mas no replicó las palabras de Frank, solo le ofreció una trémula sonrisa.

Frank había visto demasiados acusados en el banquillo, y ese gesto, esa mirada, eran evidencias de que algo escondía la señora Gallagher. Y era enorme.

¿Qué era?

Lo que fuera, cualquier cosa, tenía una explicación.

Siempre había una.

A la noche siguiente, Frank cenaba en la cocina bajo el escrutinio del servicio doméstico que lo acompañaba en la mesa. Cuatro pares de ojos femeninos que todavía no se acostumbraban a que un marqués comiera con ellas.

Bendito sea entre todas las mujeres.

La señora Wilde lo miraba de soslayo cada cierto rato, tal parecía que el marqués no se enteraba de nada.

Decidió informarle. Si tenía suerte, lograría expulsarlo de la cocina si lo exponía.

—Hoy en la tarde llegó el pedido de artículos de aseo, milord —anunció.

Frank dejó la cuchara a medio camino. Era una situación inusual, Wilde no solía dirigirle la palabra en la cena... en ninguna de las comidas, la verdad sea dicha. Ya se había cansado de mandarlo al comedor, y su estrategia había cambiado a ignorarlo; hablaba con todos, menos con él.

La cuchara volvió al plato.

—¿Y? ¿No había dentífrico? —interpeló.

—Llegó el pedido íntegro, milord... El joven que trajo el pedido fue muy conversador.

Frank frunció el ceño, pero su gesto era de curiosidad.

—¿Ah, sí? ¿Conversador del estilo de periodista social?

La señora Wilde miró el techo, sopesando el eufemismo, y decidió asentir con la cabeza.

—Supongo que desea compartir con nosotros su información —animó Frank socarrón.

El ama de llaves sonrió y a él no le pasó desapercibida su malicia.

—Por favor, si fuera tan amable —insistió.

—Bueno, este chico, Archie, me dijo: «¿Así que el marqués está buscando esposa?» —remedó imitando la gangosa voz de Archie—. Y yo le dije: «Pues no. Hasta donde yo sé no está en la labor». Él puso cara de sorpresa y me dijo: «¿En serio?» Y yo le dije: «Sí, en serio».

—¿En serio? —interpeló Frank con guasa, casi estallando en carcajadas. La señora Wilde era muy divertida contando lo acontecido, gesticulaba exagerada, como si fuera una obra de teatro.

—En serio... Entonces, Archie me dijo: «Es el soltero más codiciado de la zona. Todas andan aligerando sus faldas por él, pero en el baile le concedió el honor a las más feas y solteronas. Claro que la más linda fue con la que empezó a degustar a las damas... la viuda». Yo sabía de qué viuda estaba hablando, pero yo le pregunté, haciéndome la tontita: «¿Cuál viuda?». Y él me puso cara de: «¿Está de broma?», a lo que yo le puse mi cara inocente de «No, no estoy de broma». «Diana Gallagher», me dijo. —La señora Wilde ahogó un grito y se llevó la mano al pecho, replicando su reacción—. «¡No!». Archie me respondió: «La viuda ha rechazado tres propuestas de matrimonio. Es lógico que ella va por un pez más gordo. ¡Lo está logrando! En el baile llamó la atención desde que llegó atrasada dos horas, ¡dos horas! Fue con un vestido negro que, ¡válgame Dios! Dejó aturridos a todos los caballeros y bailó con cada uno de ellos, pero el marqués no se despegó de su lado a pesar de haber bailado con las demás. Advuértale a su señor, la viuda es mala, dicen que nunca habla de su difunto esposo porque lo mató».

—No me diga, ¿y qué más hablaron? —intervino Frank, pensando que era el colmo de la elucubración.

—Cuando dijo eso, yo le espeté muy seria: «Ustedes tienen una imaginación muy sórdida, si la señora Gallagher fuera una asesina, habría matado al mocoso que molesta a su hijo». Ahí Archie me puso cara de no saber nada, yo le entrecerré los ojos y me crucé de brazos. —Wilde hizo el gesto—. «No se haga el tonto, Archie».

—¿Cómo sabe usted lo del joven Jacob? —preguntó Frank, imitando la postura del ama de llaves.

—Tuve una conversación muy interesante con el niño —respondió con naturalidad—. Si su madre fuera todo lo que dicen en el pueblo, el joven Jacob sería muy diferente... Una cosa que me ha enseñado la vida es que los hijos reflejan a sus padres, sus formas de expresarse, sus creencias, el cómo ven el mundo. El niño será un hombre extraordinario en el futuro.

«Como su madre»...

«¿¡Qué demonios ha sido eso!?», pensó Frank a medio camino entre la sorpresa y el miedo.

—¿Por qué puso esa cara, milord? —espetó Wilde.

—¿Cuál cara?

—Pues, esa. —Levantó su dedo índice hacia él—... Como si hubiera cometido un crimen.

—Pamplinas. —Carraspeó y cambió su expresión rápidamente—. ¿Y qué más dijo Archie?

—¡Ah! —Sonrió inocente—. También me preguntó: «¿Sabe si el marqués hizo un pacto con el diablo?». Yo me reí a carcajadas. —Y comenzó a reír—... y le pregunté por qué pensaba tamaña... —Risas—... tamaña idiotez. Archie solo se encogió de hombros y dijo... —Risas—... y dijo: «Tiene un nombre de demonio». —Carcajadas imparables y burlonas—... Yo dije: «¿“Frank” es un nombre de demonio? ¡Por favor!». —Carcajadas con lágrimas—. Archie me miró con cara de inocencia. —La voz de Wilde se agudizó de la risa y se llevó las manos al estómago—. Pobrecito, es un idiota... y me dijo... «¿No es Amudiel?». —Wilde no pudo seguir relatando porque las carcajadas eran demasiadas.

Frank la miraba sin explicarse lo gracioso de todo.

—¡No puedo más, estoy que me hago pis! —La mujer reía y de pronto salió corriendo de la cocina.

Todo el servicio doméstico apretaba los labios intentando reprimir las carcajadas.

Frank también.

Pero no pudo aguantar, las espontáneas carcajadas de todos inundaron la estancia... Wilde perdió su batalla por el control de su cuerpo, y dejó su involuntario y húmedo rastro en el suelo de la cocina.

Capítulo VII

—Señora Gallagher —llamó la señora Lewis mientras entraba a la biblioteca. Diana estaba atendiendo los libros contables junto con Jacob—. Han enviado este ramo de flores —informó exhibiendo una docena de rosas rojas.

«Frank».

A Diana le dio un vuelco el corazón.

«No seas idiota, no puede ser él... ¿;Por qué lo llamas por su nombre de pila!?».

La cara de horror de Diana fue evidente. Jacob la miraba interesado.

—¿Qué hago con las flores? —preguntó el ama de llaves un tanto nerviosa, la expresión de su señora era como si le hubiera informado que llegó una caja llena de serpientes.

—¿Quién las envía? —interrogó con su voz un tanto aguda. Carraspeó—. ¿Venía con alguna tarjeta?

La señora Lewis sacó un sobre pequeño que estaba entre los tallos de las rosas y se lo entregó a Diana.

Frunciendo el ceño, abrió el sobre y desplegó la nota.

Una rosa por cada beso que quisiera robar.

Esta tarde iré a buscar el primero.

Suyo.

F.

Diana no pudo evitar ahogar un grito y se llevó la mano a la boca.

«¡No puede ser él!».

No... ¿o sí?

—¿Qué hago con las flores, señora? —insistió el ama de llaves.

Diana volvió a carraspear.

—Póngalas en agua y déjelas en el salón matinal.

—Muy bien.

—Gracias, señora Lewis.

El ama de llaves abandonó la estancia y dejó a madre e hijo a solas.

—¿Quién es «F»? —preguntó Jacob con curiosidad.

Diana lo reprendió con la mirada.

—No deberías leer correspondencia ajena, es de muy mala educación —espetó doblando la nota y la metió de nuevo en el sobre.

—No pude evitar leerla —respondió despreocupado, y centró su atención a la adición que estaba calculando—. Es muy atrevido y poco caballeroso ese mensaje.

Diana alzó una ceja, ese comentario le producía mucha gracia.

—¿Cómo sabes lo que es caballeroso y qué no es?

—Yo no le escribiría algo así a una dama —respondió sereno, sin dejar de anotar números.

«Creo que solo tú me ves como una dama, hijo mío», pensó con ternura y una pizca de orgullo. Solo le importaba la opinión de Jacob.

«No solo la de él, mentirosa».

—¿Y qué escribirías tú? —interpeló intrigada, deshaciéndose de ese impertinente

pensamiento fugaz.

Jacob detuvo su lápiz grafito y caviló por unos segundos.

—«Una rosa por cada minuto a su lado. Esta tarde intentaré ganarme ese honor» —recitó Jacob y continuó con su labor.

—Oh, eso sí es menos atrevido y mucho más caballeroso. Eres todo un poeta, hijo. Bendita sea la que se case contigo en el futuro —elogió con una sonrisa.

La breve conversación con Jacob había sido muy esclarecedora. Esa nota no era de lord Somerton. No lo conocía muy bien, pero podía aventurarse a conjeturar que él no era de ese estilo.

Para empezar, él mismo habría traído las rosas.

Y un atisbo de decepción se instaló en su corazón.

Diana suspiró.

Al menos aquello le facilitaba la tarea para rechazar a aquel misterioso «F», que pretendía robarle besos como si ella fuera a permitirlo solo porque le habían enviado flores. ¡Ella no era una casquivana!

Jamás lo había sido y no iba a empezar a serlo a esas alturas de su vida.

«Lo que hace a una dama no es el estatus, son otras cualidades; humanas, principalmente. Usted es mucho más honorable»...

Las palabras de lord Somerton, dichas dos días atrás, llegaron como una epifanía a su memoria.

Definitivamente, el marqués no era ese tal «F».

El reloj que estaba sobre la chimenea del salón matinal dio cinco campanadas. La estancia estaba vacía.

Diana jardineaba con afán, mientras Jacob leía en la pérgola, no muy lejos de donde ella estaba.

Después de desentrañar a medias el misterio sobre el autor de la nota, Diana decidió que no le daría más vueltas al asunto, y que no se sentaría a esperar a que la identidad de su admirador fuera revelada a la hora del té.

Tenía cosas más importantes que hacer. Como cavar un agujero y trasplantar unas matas de lavanda.

A sus oídos llegó el sonido de los pasos del ama de llaves.

—Señora Gallagher. —Escuchó Diana al cabo de unos segundos—. La busca el señor Clearwater.

Diana recordó al instante quién era. Había bailado con él en el baile del señor Fletcher. Se trataba del primo de lord Radcliffe. Todo parecía indicar que «F» era Frederick Clearwater.

Ahora tenía sentido la osada nota... O, al menos, eso creía Diana.

—Guíelo al salón matinal, por favor, señora Lewis. Estaré ahí en unos instantes.

—De inmediato.

—Muchas gracias.

Diana se lavó las manos en un balde de agua que tenía cerca. Estudió sus uñas, le habían quedado hechas un desastre, tendría que escobillárselas cuando finiquitara el asunto con el señor «F».

Se levantó, se quitó el delantal y sacudió su vestido.

Enderezó su espalda y se dirigió a las puertas francesas que daban acceso al salón matinal.

Al trasponer el umbral, se encontró con el señor Clearwater observando el ramo de rosas. Tenía las manos en los bolsillos y esbozaba una sonrisa de arrogante orgullo.

—Señor Clearwater —llamó Diana entrando en la estancia—. Qué sorpresa verlo aquí, ¿a qué le debo el honor de su visita?

—Mi señora —respondió Frederick dando una leve inclinación—. El honor es mío de verla una vez más.

—Oh, qué halagador... Tome asiento, por favor —invitó señalando una poltrona—. ¿Desea tomar un té o una limonada? —ofreció mientras ella tomaba lugar al lado de él.

—Un té sería perfecto.

Diana esbozó una sonrisa y tocó la campanilla. La señora Lewis apareció de inmediato.

De hecho, había sido sorprendente su presteza.

—Señora Gallagher... Lord Somerton desea hablar con usted.

—¿En serio? —preguntó asombrada, recompuso su expresión—. Lo recibiré aquí y, si fuera tan amable, ¿me podría traer té y limonada?

—Enseguida.

—Muchas gracias, señora Lewis. —Miró a Frederick—. Lord Somerton es mi vecino —explicó con naturalidad, como si fuera algo habitual recibir sus visitas, pero por dentro su corazón golpeaba las paredes de su pecho.

—Oh, sí, algo había oído.

—Definitivamente, habrá oído muchas cosas.

En ese momento la puerta se abrió.

—Lord Somerton —anunció el ama de llaves con un ligero rubor en sus mejillas. Detrás de ella iba el marqués impertérrito, pero Diana logró reconocer cierto gesto socarrón, el cual desapareció en cuanto él reparó en la presencia de Frederick.

—Milord. —Diana se levantó de su poltrona y dio una leve reverencia.

Frank se acercó, tomó su mano y la besó. Ella sintió la tibieza de los tersos labios sobre su piel, y en ese momento maldijo haber jardineado, sus manos debían estar ásperas.

¡Y sus uñas, un horror!

—Señora Gallagher —dijo al soltar la mano y dirigió una mirada a aquel hombre que no esperaba ver ahí, de pie, esperando a dar su saludo de rigor—. Clearwater —saludó lacónico, recibiendo una sonrisa tirante y una leve inclinación—. Lamento no haber avisado mi visita con anticipación. Si quiere vuelvo otro día.

—Oh, no se disculpe, milord, usted siempre es bienvenido en esta casa —contradijo Diana—. Por favor, acompáñenos —invitó Diana con una sonrisa afable.

—Muchas gracias, señora Gallagher.

Frank se sentó en la poltrona que estaba al otro lado de Diana, ella estaba en medio de los dos caballeros.

Hubo una pausa. Bastante larga. Incómoda.

Diana tomó aire para iniciar la conversación.

Discretos golpes en la puerta anunciaron al ama de llaves.

La señora Lewis entró portando una bandeja con limonada, té y galletas. Diana, inquieta con el denso silencio, sirvió té para el señor Clearwater, ofreció algo de beber a Frank quien eligió limonada y comió unas galletas. Ella también se sirvió un vaso.

—El señor Clearwater llegó hace unos instantes —comentó Diana a Frank para llenar el silencio, se sentía un poco nerviosa porque nunca había recibido a dos varones en su casa—. Hoy

ha sido un día extraño.

—¿Extraño? —preguntó Frederick.

—Sí, me ha llegado un ramo de rosas rojas. Lo ha firmado un tal «F» —comentó fingiendo que no sabía nada.

—Su admirador tiene un gusto exquisito —acertó a decir Frank mirando de soslayo las flores.

—Tiene buen gusto en lo referente a las rosas, pero para las notas, deja bastante que desear, me sentí ofendida. Mi primer impulso fue arrojar las rosas a la basura, pero esas preciosidades no debían sufrir tan triste destino. Solo espero que ese admirador no se aparezca por aquí, el muy sinvergüenza pretende venir a robar besos. ¡No sé qué se ha imaginado que soy!

El señor Clearwater se atragantó con el té.

—Oh, válgame, señor Clearwater, ¿se encuentra bien? —preguntó Diana haciendo un gesto vacilante de si palmearle la espalda o no.

Frank ni siquiera hizo el ademán de auxiliar al otro invitado.

Después de estar recuperándose durante un minuto, el señor Clearwater tenía el rostro congestionado y los ojos llorosos.

—¿Se siente mejor? —le preguntó Diana solícita.

—Mejor, muchas gracias.

Diana le sonrió amable, pero por dentro estaba disfrutando con someter a esa tortura al impertinente señor Clearwater.

—Ese señor «F» podría ser cualquiera de nosotros dos —observó Frank—. Pero yo le traería las flores personalmente.

—Eso pensé yo... —convino Diana—. Y el señor Clearwater es demasiado distinguido como para actuar de semejante manera.

—Además, «F» puede ser la letra inicial del nombre o el apellido —especuló Frederick, y se aclaró la garganta. Todavía sentía el sabor del té en la nariz.

—Dígame, señor Clearwater, ¿cuál es el motivo de su visita? —preguntó Diana con inocencia.

—Ejem... Me comentaron que su biblioteca es la más grande de Somerton —explicó Frederick, tenso y envarado—. Me preguntaba si tiene un libro que me pueda prestar. La biblioteca de mi primo es muy limitada.

—Oh, es cierto que tenemos una biblioteca grande, pero supongo que la de Somerton Court debe superarla por mucho, ¿no es así, milord? —señaló Diana intentando incluir a Frank en la conversación.

—No me gusta ser jactancioso, pero, efectivamente, tenemos una colección de cientos de libros de los más variados temas. Pero los últimos años se ha inclinado hacia el derecho y he acumulado algunas novelas románticas, son muy especiales porque el autor las combina con algo de suspenso y crítica social... ¿Conoce a Hubert White?

—¡Sí! —afirmó Diana con entusiasmo—. A Abel le gustaban mucho sus novelas y heredé varios libros de él. Adoro la pluma del señor White, pero el libro que más me gusta se titula «Volver a ti».

—Ese también es mi favorito —coincidió sincero—. Tengo la fortuna de poseer todos sus libros autografiados. Son un verdadero tesoro —presumió Frank.

—¡No se lo puedo creer! —Frank asintió esbozando una ufana sonrisa—. Sin duda es un tesoro, ¡qué envidia! —exclamó Diana con entusiasmo—. Debe cuidar mucho esas novelas, van a valer oro en el futuro.

—¿Qué tipo de lectura está buscando, señor Clearwater? —preguntó Frank al otro invitado

para que no fuera tan evidente que monopolizaba la conversación.

—Ivanhoe —respondió secamente.

—¿Ivanhoe? —repitió Diana, se quedó unos segundos en silencio haciendo memoria—. Creo que tengo un ejemplar. Si me disculpan, lo iré a buscar.

Diana se levantó y ambos hombres hicieron lo mismo, tal como dictaba la cortesía. Al abandonar la estancia, ellos volvieron a sentarse.

—¿Ivanhoe? ¿En serio? —interpeló Frank alzando una ceja burlona—. Clearwater, ni siquiera en la universidad tomabas un libro, excepto cuando tenías que rendir un examen, ¿y ahora te interesa la literatura? —cuestionó.

—Oh, Amudiel... Si no fuera por tu inoportuna visita no estaría pidiendo un libro que no voy a leer.

—Más te vale devolverlo en unos días, la señora Gallagher aprecia sus libros —replicó ignorando su sobrenombre—. Y sé perfectamente cuáles eran tus intenciones. La nota de mal gusto es un recurso propio de ti que te ha dado buenos resultados con cierto tipo de mujeres, pero no sucederá con ella. Te lo advierto, no importa lo que diga tu primo o todos los demás en Somerton, la señora Gallagher es una mujer que se hace respetar.

—Yo no estaría tan seguro... Si hubieras llegado media hora más tarde, probablemente ella no te habría podido recibir por estar «ocupada» conmigo.

—Si hubiera llegado media hora más tarde, probablemente ella habría estado ocupada, pero estrellando el florero en tu cabeza... Ahora que lo pienso, debí demorarme un poco más, solo para darme el lujo de quebrarte las costillas.

—La defiendes demasiado... —Frederick alzó sus cejas—. ¿Acaso te interesa, demonio?

—¿No te gusta la competencia? —espetó Frank mordaz.

—¿La tuya? —Hizo un gesto desdeñoso—. No vale la pena competir contigo. Sería un esfuerzo descomunal por algo que vale tan poco.

Frank sintió unas ganas irrefrenables de arrancarle la lengua a Clearwater, pero ese sujeto era el que no valía el esfuerzo de cometer un asesinato sangriento.

Además que era ilegal.

—Radcliffe no opina lo mismo, hace unas semanas le propuso matrimonio —señaló con indiferencia y se comió una galleta.

—Radcliffe será mi primo, pero por ello no deja de ser un idiota. Casarse con una mujer con una reputación como la de Diana Gallagher habría sido un suicidio social. No sé si lo valen sesenta acres de tierra.

—La señora Gallagher vale más que tú, sin duda... Y te sugiero que dejes de insultarla en mi presencia.

Clearwater no dijo nada más. Cuando Frank usaba el verbo «sugerir» era mejor callar, aquello era una soterrada advertencia, la antesala de que él podía hacer algo mucho peor.

Algo que era mejor no provocar, porque Amudiel era impredecible.

«Las puertas del infierno se han abierto»...

—Un caballero sabe cuándo retirarse.

—Tú lo has dicho, un caballero. Has demostrado que estás muy lejos de serlo. Tus intenciones poco honorables hablan por sí solas. La señora Gallagher merece más que una revol...

El sonido del picaporte interrumpió las palabras de Frank. Le dio una mirada asesina a Frederick.

Diana volvía a la estancia con el libro en sus manos, pero Frank notó un cambio en el gesto de

ella. ¿Habría escuchado su conversación con Clearwater?

—Disculpen la demora, mi hijo había cambiado de lugar el libro, es un ávido lector —explicó—. Señor Clearwater, me lo puede devolver cuando tenga que volver a Londres —dijo Diana con suavidad, entregando el libro.

—Es usted muy amable, señora Gallagher —agradeció Frederick, poniéndose de pie—. Me quedaría un rato más disfrutando de la conversación, pero debo atender un par de asuntos que acabo de recordar. Le prometo que devolveré el libro en unos días. —Hizo una leve inclinación que Diana respondió, y luego miró a Frank—. Lord Somerton.

—Clearwater.

Frederick abandonó la estancia, la cual se colmó de silencio. Diana y Frank observaban la puerta, aguzando el oído; escuchando los pasos que se alejaban, las palabras ahogadas e incognoscibles del ama de llaves, el sonido de la puerta principal al cerrarse.

Ambos soltaron el aire de sus pulmones a la vez.

—Es un imbécil —masculló Diana al tiempo que se dirigió a la poltrona y se sentaba con cierta brusquedad.

—Coincido con usted. Ojalá que entregue el libro por medio de un mensajero...

Diana soltó un bufido rabioso, pero muy femenino. A Frank le pareció casi adorable.

—¡Lo sabía! —exclamó irritada—. Sabía que él había sido el de esa horrorosa nota.

—¿Escuchó nuestra conversación, señora Gallagher? —interrogó Frank.

—No... bueno, solo lo último que usted estaba diciendo... —admitió. Era cierto, ella estaba a punto de entrar al salón matinal y solo de curiosidad espió por unos instantes—. Fue muy amable en defender mi honor. No tenía que hacerlo.

—No me gusta que la insulten en mi presencia. Me pone violento cuando alguien se expresa de esa manera, sobre todo si a quienes ofenden son las personas que me importan —declaró vehemente.

Diana luchó contra todas sus fuerzas para no demostrar que las últimas palabras del marqués no le habían afectado... Ella le importaba a él. No le interesaba en qué sentido —aunque eso no fuera del todo una verdad, se empeñaba en convencerse de que ella le importaba al marqués solo como un prójimo—, desde la muerte de Abel que no tenía un apoyo desinteresado. Lord Somerton arriesgaba mucho —no solo su reputación, sino su labor de magistrado— si la situación se le salía de las manos.

Era tan difícil aparentar que no le afectaba.

—Pues, en ese caso, reciba mi más infinita gratitud —respondió Diana.

—Es un placer.

—Bien... supongo que usted no ha venido de visita solo para defender mi honor.

—Tiene razón, el motivo inicial era para hacerle una propuesta, mucho más decente que la de Clearwater.

—Ha quedado claramente demostrado que cualquier propuesta que venga de usted es más que decente, milord —declaró desenfadada.

Frank rio.

Era la primera vez que ella escuchaba ese sonido. Si no fuera por la gravedad de la voz, Diana hubiera creído que era un niño travieso y encantador, y ella también rio con ganas.

Por unos instantes se sintió más joven, como en aquellos años en que nada le preocupaba.

Y a Frank le encantó escucharla reír, con esas carcajadas diáfanas y abandonadas al disfrute, sin la necesidad de obedecer a lo que dictaba el decoro.

«Si tan solo riera más seguido».

—Usted siempre me distrae, señora Gallagher —confesó Frank cuando cesaron sus carcajadas, pero se mantenía su sonrisa—. Bien, la propuesta. Estoy organizando una comida para mis arrendatarios y sus familias, y ya que usted tiene unos cuantos, me gustaría que lo hiciéramos en conjunto, para que nos conozcamos mejor y tengamos una mejor relación vecinal. Así contaremos con una red de apoyo y confianza entre Somerton Court y Greenfield. Quiero que nuestros arrendatarios sepan que pueden contar con nosotros y que nosotros podemos contar con ellos, ¿qué le parece?

Diana alzó las cejas, sorprendida, pero encantada con la idea. Era una gran oportunidad.

—¿Y cuándo pretende hacer esa comida?

—Tenía pensado hacerlo este viernes.

—Viernes. —Se quedó pensativa—. ... me parece perfecto.

—Bien, si está de acuerdo, podemos realizar la comida en el límite de nuestras propiedades, a la orilla del Cary; de este modo Grant House estará cerca en caso de cualquier imprevisto.

—Usted ha pensado en todo, estoy más que complacida —celebró Diana, no tenía nada que objetar.

—Mi objetivo es complacer —replicó.

Diana se ruborizó.

—Bien, mi señora, no la importuno más, aunque supongo que ya es tarde para seguir ocupándose de su hermoso jardín. —acotó. Frank se levantó, tomó la mano de Diana y se la besó dejando una leve caricia en los nudillos—. He cumplido con mi objetivo el día de hoy. Le estaré escribiendo en la semana para afinar detalles.

—Muy bien... —afirmó Diana sin poder agregar nada más. ¡Él había notado sus manos! ¡Maldición!

«Pero tampoco te dijo nada desagradable, es más, elogió tu trabajo».

—Adiós, señora Gallagher.

—Adiós, milord... y gracias por todo.

Frank esbozó una sonrisa, dio media vuelta y se marchó.

Diana se tocó las mejillas, ¡las tenía ardiendo!

Frank divisaba Somerton Court con una leve sonrisa en los labios. El informante de la señora Wilde resultó ser bastante acertado con el rumor que trajo.

—Ni se imagina, milord, lo que me contó Archie —anunció el ama de llaves cuando le llevaba un tentempié de almuerzo, mientras él contestaba un par de cartas.

Frank, conservando a pura fuerza de voluntad sus ganas de reír, frunció el ceño, y sin palabras la instó a continuar.

—Archie me dijo: «No sabe na'á» —comenzó a relatar con la voz gangosa del muchacho—, y yo le dije: «No, pues, no soy adivina, sino no sería ama de llaves». El muy ladino me dijo: «Usted debería ser una reina» y yo me quedé seria... Así. —Wilde se cruzó de brazos e hizo una especie de puchero exagerado—. «¿Va a soltar el chisme o se las va a dar de galán?», le insistí porque ya estaba perdiendo la paciencia, no me gusta cuando se ponen idiotas.

—Vaya al grano, mujer —presionó Frank.

—A eso voy, milord, no sea impaciente... ¿En qué iba?

—Iba en que Archie es un idiota.

—Ah, sí... bueno, él me dijo en voz baja: «En la florería escuché al primo de lord Radcliffe... Filthywater^[2]». «Clearwater», le corregí, ni siquiera puede recordar bien un apellido, aunque es más acorde con su honor —divagó.

—Resuma, Wilde —apremió.

—En eso estoy, milord. Archie dijo: «Filthywater le decía a uno de sus amigos que iría a la hora del té a Grant House, para comprobar qué tan fácil era la supuesta señora Gallagher». Yo le dije: «Noooooo, ¿en serio?», y él me respondió: «Con estos oídos escuché cada palabra... ¿Se imagina si en un tiempo más la ven preñada? Ya sabremos quién fue, ¡já!». En ese momento me enojé, de verdad, milord, ya sabe que me simpatiza mucho la señora Gallagher y le espeté: «Usted es un papanatas insufrible, ¿cómo se le ocurre que ella va a permitir que un pueril petimetre citadino la seduzca como si fuera una pequeña cabeza hueca! Ella tiene lo que muchos no tienen acá, y eso es dignidad». La gente aquí es muy prejuiciosa y tiene demasiada imaginación para inventar estupideces.

Frank no pudo estar más de acuerdo con su ama de llaves.

—¿Y qué pretende que haga contándome esto? —interpeló Frank severo.

—¿Yo? Nada, solo le informo... usted no es muy sociable que digamos. Alguien tiene que ponerlo al día sobre lo que se dice en el pueblo.

—Soy sociable, señora Wilde, lo que no tengo es paciencia para tolerar ciertos vicios deleznales de la pequeña aristocracia y burguesía local.

—¿Va a ir a la hora del té a Grant House? —preguntó directa.

—¿Usted qué cree?

Capítulo VIII

Somerton Court, martes 22 de julio de 1840.

Mi muy estimada señora Gallagher:

Le escribo con el fin de consultarle sobre la cantidad de personas de Greenfield que asistirán a nuestra pequeña celebración. Tengo contabilizados a su servicio doméstico —si no mal recuerdo son dos personas—, al joven Jacob y, lógicamente, a vuestra merced... Necesito saber cuántas personas son en total, entre sus trabajadores y arrendatarios, para calcular cuántos animales sacrificaremos; tanto para consumir en la cena, como para obsequiarle a cada uno de ellos un buen trozo de carne.

También quiero preguntarle si tiene alguna preferencia en lo que a dulces se refiere. La señora McDowell, la cocinera de Somerton Court, es especialmente hábil con los postres —permítame recomendarle el crème brûlée, es una verdadera delicia—.

Otro asunto que he considerado importante es la música. Entre la gente de mis tierras no tengo ninguno que toque algún instrumento musical, ¿entre los suyos hay alguien apto y que esté dispuesto para amenizar la comida y luego el baile? —me reservo el placer de solicitarle dos piezas—.

Creo que eso es todo por el momento.

Siempre a vuestro servicio.

Afectuosamente.

Frank Somerton.

Greenfield, martes, 22 de julio de 1840.

Mi muy estimado lord Somerton:

En respuesta a sus consultas, le informo que entre los dos arrendatarios con sus familias, y mis trabajadores de la granja, suman veinticinco personas a las que debe considerar —quienes están más que entusiasmados, ¡nunca habíamos hecho una celebración!—. Por ese mismo motivo, empezaron a construir un puente de madera, para que no tengan que dar un rodeo considerable al cruzar el río y llegar a Greenfield, así nos facilitaremos la tarea a todos.

Apenas recibí su mensaje esta mañana, envié a Jacob a preguntar si alguno tiene alguna habilidad musical, pero su misión falló. Por lo que fui al pueblo, y me he tomado la libertad de contratar a los músicos que participaron en la fiesta del señor Fletcher —afortunadamente, todavía seguían en Somerton—, por lo que ese tema está zanjado y tendremos unos cuantos reels, valeses y polkas —creo que será más adecuado que la música a la que está habituado, pero considero que nuestra fiesta es más informal—. Y, por supuesto que le concedo las dos piezas de baile, si me permite elogiarlo, usted es la mejor pareja de baile que he tenido en toda mi vida.

Respecto a su sugerencia del crème brûlée, la acepto. Nunca he escuchado

hablar de ese postre, por lo que espero con ansias probar la especialidad de la señora McDowell.

Tengo que admitir que esta celebración me ha puesto muy contenta. Muchas gracias por hacerme formar parte de esto.

Siempre a vuestro servicio.

Afectuosamente.

Diana Gallagher.

Somerton Court, miércoles, 23 de julio de 1840.

Mi muy estimada señora Gallagher:

No tengo ninguna duda en que usted es la mejor socia para este tipo de organizaciones. Muchas gracias por hacerse cargo del asunto de los músicos, su idea fue brillante.

En la caja que envió junto con esta misiva, hay muestras de varios postres. Le dejo a usted la misión de elegir cuáles de ellos ofreceremos a los comensales —la señora McDowell me regañó por solo ofrecer el crême brûlée, si viera lo ofendida que estaba—. Espero que los disfrute.

También debo darle las gracias por el inesperado pero bien recibido obsequio. La canasta de huevos de sus magníficas gallinas han causado furor en el desayuno, nunca antes creí posible distinguir el sabor de un huevo u otro, siempre me supieron igual, pero los de su granja son verdaderamente sobresalientes —ahora comprendo su furia por la usurpación y la ambición de la señora Anderson por obtener unas cuantas de sus gallinas—. ¿Sería mucho el atrevimiento de pedirle una canasta más? De este modo, la señora McDowell podrá preparar una buena cantidad de los postres que usted elija.

Pasando a otro tema, ¿la ha vuelto a importunar Clearwater o cualquier otro «caballero»? ¿Han vuelto a acosar al joven Jacob? Me aventuro a especular que en el pueblo aún no se enteran de nuestra celebración —yo espero que lo hagan cuando sea ya muy tarde—, por lo que asumo que su persona no es objeto de maliciosos rumores dada su renovada popularidad...

Ahora que lo recuerdo, usted me dijo que esperara una semana después del baile del señor Fletcher, para hacerle saber mi propuesta que podría solucionar algunos de sus problemas domésticos —lógicamente, mi solución no es el matrimonio. Mi concepto de la sagrada institución, es mucho más significativa que una transacción comercial—, le adelanto que, a estas alturas, nunca cambiará mi buena opinión sobre usted.

El día sábado, a la hora del té, le contaré mi idea.

Siempre a vuestro servicio.

Afectuosamente.

Frank Somerton.

Greenfield, miércoles, 23 de julio de 1840.

Mi muy estimado lord Somerton:

¿Cómo pretende que elija los postres de esta manera? Todos fueron

deliciosos, ¡no me puedo decidir! La señora McDowell tiene un talento indiscutible para la repostería, por favor, dele mis más fervientes felicitaciones. Si no puede hacer la variedad completa que ofreció —porque imagino la tarea titánica que ha de ser— que ella elija a su criterio, y espero que la cantidad de huevos enviados sean suficientes.

Respecto a si nadie nos ha importunado, le aseguro que no ha vuelto a suceder. Es más, hace unos instantes un muchacho trajo de vuelta el libro que le presté al insolente señor Clearwater...

Jacob encontró un buen lugar en la pérgola para leer, aunque extraña el sonido del río porque lo relajaba, pero prefiere no volver a ese lugar. Es realmente triste ver que incluso su libertad dentro de sus tierras ha sido coartada por esos seres despreciables.

Le agradezco en el alma toda su amabilidad hacia nosotros...

Debo admitir que, desde la muerte de Abel, no nos sentíamos seguros. Como si fuéramos una hoja de otoño a la deriva del viento, ¿puede creer eso? Ahora nos damos cuenta de ello, porque se ha ganado nuestra confianza y aprecio, y usted solo nos ha entregado algo tan sublime como una desinteresada y pura amistad. Creo —no, mejor dicho, estoy segura— que si los rumores que dicen de mí fueran ciertos, usted nos trataría del mismo modo; cordial, sin mezquindad ni prejuicios.

Milord, ha sido una bendición que llegara a nuestras vidas, no sé cómo retribuir esta preciosa amistad que atesoramos en nuestros corazones.

El día sábado, tomaremos el té y escucharé su propuesta —no matrimonial—.

Siempre a vuestro servicio.

Afectuosamente —y tenga por seguro que no es mera cortesía—.

Diana Gallagher.

Somerton Court, jueves, 24 de julio de 1840.

Mi muy estimada señora Gallagher:

Estoy muy honrado de la confianza depositada en mi persona, y créame que es recíproca. Vine a Somerton a cumplir con una meta personal y jamás imaginé encontrar a una mujer tan extraordinaria como usted. De todas las personas que he conocido y he tratado en este lugar, usted y su hijo son el tipo de personas con las que disfruto pasar mi tiempo.

Nos vemos a las once de la mañana.

Ya tengo ganas de que pasen pronto las horas, sé que será el principio de algo grande.

Siempre a su servicio.

Afectuosamente.

Frank Somerton.

Greenfield, jueves, 24 de julio de 1840.

Mi muy estimado lord Somerton:

Lo será...

Si todo resulta bien, le propongo que lo instauremos como tradición vecinal.

Nos vemos mañana a la hora señalada.

Siempre a su servicio.

Afectuosamente.

Diana Gallagher.

El día de la celebración llegó. Frank arribó con puntualidad a la orilla del río Cary, montado sobre *Maximus* y vestido con extrema sencillez; camisa blanca, chaleco beige, pantalones de cuero sin teñir y botas marrones. Parecía un campesino, pero su porte masculino y aristocrático lo distinguía por encima del resto de los hombres. En el lado opuesto del río, estaba Diana, con ropa de varón en su tradicional luto, montada a horcajadas sobre *Hércules*.

Le sonreía contenta.

Él respondió del mismo modo, e hizo un gesto vigoroso con la mano.

Ninguno de los dos lo quiso reconocer en ese momento, pero al cruzar sus miradas en la distancia, sus latidos se aceleraron.

Frank movió las riendas y se dirigió al nuevo puente, el cual tenía una sólida apariencia. Cruzó con seguridad y fue al encuentro de Diana.

—Mi muy estimada señora Gallagher —saludó Frank al llegar a su lado, sin dejar de sonreír.

—Mi muy estimado lord Somerton —respondió ella.

—Veo que hoy va a trabajar duro. —Frank señaló con un gesto el atuendo masculino. Diana alzó sus cejas, intrigada—. Lo digo, porque cuando usa vestido, quiere decir que no ha estado trabajando en el campo.

Diana asintió complacida.

—Es la primera vez que alguien no se refiere a mi ropa con alguna mirada desagradable o me lanza algún comentario despectivo. No me sorprende viniendo de usted.

—Ni se imagina la cantidad de mujeres que conozco que tienen su misma costumbre —respondió, como si aquello fuera algo habitual.

—¿En serio? —interpeló con naturalidad, pero en su pecho brotó un sentimiento extraño.

—En serio. Provengo de una familia atípica en donde las mujeres ostentan un poder inusual, si lo comparamos con el resto de la sociedad. Una prima, una amiga y su madre suelen vestir así cuando están en sus residencias campestres. Montar de lado no es lo suyo —acotó—. Espero que algún día las conozca, sé que se llevarían bien.

Diana no sabía cómo obedecer a los dictados de su soliviantado corazón. La aclaración del marqués le había apaciguado ese atisbo de...

Un silbido agudo rasgó el aire y unos cuantos pájaros emprendieron el vuelo, sobresaltados.

Frank miró hacia el horizonte y saludó con su mano, a no mucha distancia, venía una numerosa caravana.

—Ahí viene todo Somerton Court —señaló Frank, y acto seguido dirigió su atención a Diana para admirarla por breves segundos, mientras ella estaba pendiente de las carretas, caballos y personas que se aproximaban—. ¿Y su gente?

Diana parpadeó, se había quedado ensimismada.

—Deberían llegar en cualquier momento, milord. —Dirigió las riendas de *Hércules* y dio media vuelta para otear hacia sus tierras—. Sí, ahí vienen. Nuestra caravana es mucho más pequeña. —Se llevó un par de dedos a los labios y emitió un agudo y potente silbido, que fue respondido a los pocos segundos. Frank alzó las cejas, jamás había podido silbar así, nadie lo

sabía. Esbozó una sonrisa, riéndose de sí mismo en secreto.

Armaron varios mesones hechos con banquetas y tablones. Los vistieron con manteles de muchos colores. Jacob jugaba feliz con los niños de ambas fincas. Las mujeres preparaban las verduras para un estofado, los hombres faenaron a los animales para luego asar la carne. Limonadas, té y vino acompañaban las conversaciones.

Pronto llegaron los músicos y la celebración comenzó a avivarse todavía más.

La mayoría de los hombres daban miradas furtivas y embobadas a las mujeres que componían el servicio doméstico de Somerton Court, y a Diana aquello no le sorprendió. Ellas eran preciosas, jóvenes, curvilíneas, voluptuosas, educadas y alegres. Les prestó especial atención cuando hablaban con su señor, había una extraña, fraternal y respetuosa pero distendida relación. El marqués no las miraba como los otros hombres... y era asombroso. Diana podía ver que él se dirigía a ellas con simpatía, bromas y un nulo contacto corporal, no había roces casuales ni gestos que indicaran algún atisbo de deseo. Era como si ellas fueran hombres, a decir verdad.

Las risas y los bailes comenzaron a abundar gracias al vino, la comida y el buen humor.

Frank conversaba con todos, miraba de soslayo a Diana; al principio, ella se mostraba tímida con los arrendatarios de Somerton Court, quienes la estudiaban con disimulo. Sin embargo, ellos pronto descubrieron el encanto que ella poseía, lo poco presuntuosa y generosa que era. Aquello se confirmó, cuando de sorpresa, llegó una carreta con canastas que contenían miel, queso, azúcar, té, jabón y harina, una para cada familia. Todos estaban encantados con el presente, no era ostentoso ni extravagante, solo eran cosas útiles y esenciales que nunca estaban de más.

Poco a poco, ellos la empezaban a ver como él.

La deliciosa comida fue servida en abundancia bien avanzada la tarde, y los postres fueron celebrados y degustados. Nadie se quedó sin probar el delicioso crême brûlée, la sabrosa tarta de fresa, la maravillosa crema de limón, los exquisitos merengues y los esponjosos bizcochos.

En los rostros de todos los invitados se reflejaba la alegría de disfrutar de una fiesta que parecía no tener fin, porque no importaba que el sol se estuviera ocultando. Volvieron a brindar, a bailar y a jugar, a preparar un caldo para reponer energías y seguir disfrutando.

Frank y Diana poco y nada pudieron conversar, y mucho menos bailar las piezas que se prometieron. Su rol de anfitriones les impedía un instante de camaradería, el cual anhelaban desde el fondo de sus corazones.

Tan solo unos minutos y sería suficiente.

Jacob estaba exultante de energía, parecía que nunca se cansaba de correr y jugar. En el transcurso del día se formó un grupo de niños tan disímil pero afianzado. Él era el más alto y le habían otorgado el rol de dirigir el juego y de integrar a los más pequeños, tenía una facilidad innata para interactuar con cualquiera sin importar la edad.

—¡Jacob! —llamó una niña que llegaba corriendo hacia él—. El marqués... quiere... verte —informó intentando recuperar el resuello y con sus mejillas encendidas por la carrera.

—¿Dónde está? —preguntó sin poder distinguirlo entre el gentío.

—Yo te guío. —Sin más, la niña le dio la mano y se fueron corriendo hasta la zona donde estaban las carretas y los caballos.

Ahí fue donde Jacob encontró a lord Somerton, buscando algo dentro de la alforja de su impresionante caballo. La niña, conforme con su misión, lo dejó para seguir jugando.

Frank notó que Jacob había llegado y le dedicó una afable sonrisa. Tenía un paquete en sus

manos.

—Milord, ¿me llamaba? —preguntó el niño, extrañado por el inusual encuentro.

—Sí, joven Jacob... Tengo un obsequio para usted, no se lo pude entregar antes —anunció Frank y le entregó el paquete.

—¿Para mí? —interrogó lo más que obvio, pero el niño no solía recibir regalos que no fueran hechos por su madre. Sonrió y la emoción pronto se agolpó en su garganta—. Muchas gracias, milord.

—Ábralo, para ver si es de su agrado, si no es así lo podemos cambiar.

El muchacho abrió la sencilla envoltura, embargado por la sensación de anticipación y nerviosismo, porque podía intuir su contenido. Y no se equivocó.

Era «Frankenstein». El libro que había perdido a causa de Alan Grant y sus amigos.

Jacob no pudo contener la emoción al leer la dedicatoria escrita en la primera página del libro.

*Para
Jacob Gallagher
de la autora.*

Jacob miró con los ojos desorbitados a Frank y luego la dedicatoria. Una y otra vez.

Tenía un libro firmado por su autora, por la misma señora Mary Shelley. ¡Era un tesoro tan invaluable como el que había perdido!

Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas, las que se limpió pero sin reprimirlas, porque eran de una felicidad incontenible.

—Gracias, milord —agradeció en un hilo de voz, sorbiendo con su nariz—. Gracias...

—No sustituiré el libro que te legó Abel, pero...

Jacob lo interrumpió con un abrazo espontáneo que lo silenció. Frank lo estrechó firme, respondiendo a esa muestra de profunda gratitud y cariño, porque lo entendía, no había palabras para expresar lo que el niño sentía.

—Lo guardaré en la alforja de *Hércules* —anunció Jacob con la voz ahogada, al cabo de unos minutos—. Muchas, muchas gracias, milord.

—Fue un gran placer.

El chico lo dejó a solas, fue más allá a guardar su nuevo tesoro y luego volvió a la fiesta. Frank miró el cielo, casi nada quedaba del crepúsculo, y las estrellas empezaban a titilar con fuerza. No muy lejos, la celebración seguía su curso; una fogata iluminaba y alimentaba a todos con su luz y calor, y se encendieron las antorchas para iluminar más allá.

Inspiró satisfecho, todo había sido un éxito. No importaba si no había podido compartir demasiado con su vecina. La presencia de Diana Gallagher iba más allá de su atuendo masculino o de su turbia reputación. Era una mujer admirable que no necesitaba a un hombre para continuar con su vida. Se las había arreglado para prescindir de ello y, no obstante, no era soberbia, también tenía la valentía y humildad de reconocer que, a veces, necesitaba de la contención y apoyo que brinda la amistad, sin importarle de dónde proviniera, porque a ella no le afectaba esa «verdad universal» que promulga que un hombre y una mujer no podían ser amigos.

Y él también lo creía con firmeza, contaba con amigas de toda la vida que eran casi hermanas,

y esa experiencia reafirmaba su convicción. Él tenía toda la férrea y honorable intención de ser su amigo. Pero debía reconocer que era cada vez más difícil verla de ese modo tan inocente y fraternal, y para restarle brío a ese inefable sentimiento que empezaba a crecer —y que creía que no era capaz de experimentar—, se decía que no podía aspirar a nada más. Diana Gallagher era una mujer inexpugnable.

Ella erigía un muro en su corazón. Frank lo intuía, ella guardaba un secreto, mas no lograba vislumbrar qué era. No sabía qué tan marcada la había dejado su difunto esposo, ni por qué no abandonaba el luto. ¿Era devoción? ¿Era un disfraz? ¿Era una coraza? ¿Todo era para no perder las tierras?

Trató de imaginarla con colores, un vestido turquesa resaltaría toda su belleza. Sí, Diana era bella; no le importaba lo pálida que se veía de negro, o las leves ojeras que a veces lucía, o que se viera cansada todo el tiempo, porque con tan solo una sonrisa ella se transformaba y cautivaba...

Diana Gallagher lo cautivaba.

Y, como si la hubiera invocado con sus pensamientos, ella llegó.

A medida que se acercaba a él, notó sus ojos llorosos, y aquello lo alarmó... y lo enfrió.

—¿Ha sucedido algo malo? ¿Alguien la ofendió? —preguntó atropellándose con sus palabras, avanzando hacia ella con largas y decididas zancadas.

Diana negó con su cabeza, y sus lágrimas brotaron, dejando su húmedo sendero sobre sus mejillas.

—Jacob... —Inspiró—, me ha contado... el libro... —Suspiró entrecortado. No pudo continuar, la voz no le salía.

Frank, aliviado, sonrió amable.

—Fue un placer darle ese regalo. Mi madre pertenece a un círculo de lectores y editores del cual soy benefactor, y pedí el favor de conseguir el libro, lo que no imaginé nunca fue que podía lograr una dedicatoria —explicó.

—La firma es un valor añadido —logró articular Diana, por fin—. Lo hermoso es el simple hecho de que haya pensado en Jacob y se hubiera dado el trabajo de restituirle ese libro. Me conmueve cómo no lo imagina, milord.

Frank, acortó la distancia y se permitió tomarla de los hombros con delicadeza. Diana lo miró a los ojos que estaban velados por la creciente penumbra.

—Le tengo gran aprecio a Jacob, lo hice con mucho gusto y con la ilusión de hacerle un regalo que fuera significativo —respondió, bajando el tono de su voz, haciéndolo más grave e íntimo—. Lo hice porque me importa y, en cierto modo, me recuerda mucho a mí mismo a su edad... En aquel entonces estaba educándome en un internado, en Eton, para ser más preciso. Yo era el hijo de un asesino que abandonó a su familia, dejándola en la calle, sumida en la ruina y pobreza —confesó Frank sin saber a ciencia cierta por qué lo había hecho—. Para los demás, mi madre fue una adúltera que no esperó a ser viuda para rehacer su vida.

»No fue fácil al principio, pero tenía el apoyo de mi primo, quien había entrado junto conmigo, logramos que no nos doblegaran... a pesar de que su padre murió en manos del mío.

—¡Cielo santo!

—Lo primero que aprendí fue que, si mi primo no me juzgaba, no me debía importar lo que dijeran los demás... —Hizo una breve pausa—. ¿No lo sabía? Creí que todos manejaban esa información en el pueblo.

Diana negó con la cabeza.

—Supongo que veintidós años es mucho tiempo, creo que mi propia fama me precede, y no la

del antiguo marqués... Jacob no está en una posición sencilla, solo quería que él supiera que siempre puede contar conmigo.

Diana rompió en un sentido llanto. Frank, nervioso, sin saber si hacía lo correcto, la atrajo hacia su pecho y la abrazó para consolarla, ignorante de que ella no solo lloraba por todo lo sucedido. Diana imaginó el suplicio que sufrió el marqués, de convivir día y noche con el constante acoso de niños crueles. En su mente vio al pequeño Frank vulnerable, siendo insultado, golpeado y humillado.

Ser el hijo de un asesino era tanto o peor que ser el hijo de una furcia embustera.

Frank sintió que la camisa se le humedecía con el llanto de Diana, pero no le importó, dejó que ella se desahogara, porque dudaba que ella se permitiera llorar, tenía que ser siempre el firme pilar de la existencia de Jacob.

Conforme pasaron los minutos, las lágrimas de Diana remitieron poco a poco, hasta convertirse en un leve espasmo entrecortado.

—Le he dejado la ropa hecha un desastre —señaló Diana, sin atreverse a levantar la vista, el cálido pecho del marqués era un lugar reconfortante. Solo necesitaba unos segundos más para resignarse a la idea de separarse, antes de que fuera peligroso para ella. No quería arruinarlo todo...

Perderlo todo.

Se separó secándose las lágrimas con el dorso de su mano, convenciéndose de que la distancia era un refugio frío y seguro para su corazón.

Frank sintió que Diana volvía a ser inexpugnable.

—No se preocupe, señora Gallagher.

De pronto, ambos fueron conscientes del ruido. A sus oídos llegaron los sonidos de las risas, los aplausos y la música.

Un vals.

—Me debe un baile, señora Gallagher —recordó Frank estirando su mano.

Diana no pudo resistirse. Mejor dicho, no quiso.

Volvió a sus brazos.

Y bailó...

No hubo palabras, ni fueron necesarias.

No hubo testigos, salvo la luna, las estrellas silentes y el río arrullador.

Diana se dejó llevar por el firme control de Frank, que giraba con gracia y la sostenía con seguridad entre sus brazos como si nunca fuera a dejarla caer.

Se miraban a los ojos, mas cada uno estaba inmerso en su propia fantasía en donde el pasado era irrelevante y no existían secretos, dudas ni temores. Se sonreían cómplices en ese inofensivo flirteo, danzando como si lo hubieran hecho toda la vida, sin dar un paso en falso.

¡Fuego!

El baile terminó de súbito.

—¡Fuego! —Un grito a lo lejos y sus ojos comenzaron a buscar desesperados.

—¡¡Fuego en Grant House!!

Capítulo IX

Ambos miraron en dirección a Grant House. La gran casa, habitualmente, no se veía a simple vista desde ese lugar. Pero en medio de la reinante oscuridad, era como ver una inmensa hoguera dorada que emergía por sobre las copas de los árboles.

Era dantesco.

Diana no podía creer lo que sus ojos veían. Era una pesadilla. En tan solo un instante, los últimos ocho años de su vida pasaron ante sus ojos; jornadas duras de trabajo, noches sin dormir, las valiosas enseñanzas de Abel, los innumerables recuerdos dulces y amargos.

—Vaya a buscar a Jacob... —Escuchó Diana a lo lejos, no podía abstraerse de esa infernal visión—. ¡Diana!

Ella miró a Frank que ya estaba montado sobre *Maximus* y la observaba con el ceño fruncido.

—Señora Gallagher, vaya a buscar a Jacob, yo me adelantaré a Grant House. La espero allá —ordenó firme, sin llegar a ser autoritario.

Diana se deshizo del estupor de ver su hogar en llamas y asintió. Frank, ya estando seguro de que ella ya había vuelto en sí, comenzó a dar órdenes:

—¡Los hombres a Grant House! ¡Mujeres y niños reúnanse y comiencen a guardar todo! —Hizo contacto visual con un hombre enorme, uno de sus arrendatarios—. Peter, ayude a las mujeres con lo que necesiten.

—¡Como diga, milord! —respondió.

Diana fue a buscar a su hijo en medio del aparente caos que se formó, pues todos comenzaron a hacer lo que Frank había ordenado. Los hombres se dirigieron al área donde estaban las carretas para soltar a los caballos y montarlos. Las mujeres comenzaron a ordenar y a cuidar de los niños que solían ser demasiado curiosos ante sucesos de esa naturaleza, y podían perderse por ir a mirar.

Halló a Jacob llevando de la mano a varios niños pequeños hacia sus madres. Diana, presa de una miríada de sentimientos, se quedó con esa imagen, su hijo siendo generoso y protector con los más débiles, en vez de caer en la desesperación y correr hacia ella.

No había duda, Jacob estaba creciendo demasiado rápido.

Diana tomó una honda respiración para apaciguar su ansia y conservar el control, acto seguido, se acercó a su hijo.

—¿Ya has ayudado a reunir a los niños? —preguntó firme.

—Sí, má —respondió el muchacho.

—Tenemos que ir a ver si rescatamos algo del fuego —exhortó intentando aparentar temple. En el fondo sabía con lo que se iba a encontrar.

—Vamos...

Diana tomó de la mano a su hijo y caminó decidida hacia donde estaba *Hércules*. El animal se mostraba inquieto, meneaba la cabeza y relinchaba por la súbita conmoción desatada a su alrededor. Diana tomó las riendas, le susurró palabras tranquilizadoras a su fiel compañero y, al cabo de unos minutos, logró montarlo junto con Jacob.

Hércules galopó en medio de la oscuridad, que no era absoluta gracias a la pálida luz de la luna. Diana guiaba al animal con férrea determinación, y poco tardaron en llegar a Grant House.

Y se encontraron con el infierno sobre la tierra.

Los gritos y órdenes de Diana para sofocar el incendio murieron antes de llegar a su garganta.

El fuego no solo había extinguido su casa, sino también la esperanza, no había nada que salvar.

Frank y todos los hombres miraban impotentes cómo todo era devorado por las llamas. Era inútil intentar apagar el fuego sin arriesgar la vida de alguien.

Era demasiado tarde. Todo era destrucción.

Las condiciones para que el voraz fuego consumiera lo que estuviera a su paso, fueron las ideales; la distancia, la oscuridad, que no hubiera nadie en casa y la distracción que otorgó la fiesta.

Diana observaba cómo las lenguas de fuego arrasaban con la casa, debilitando todo lo que no fuera piedra, reduciendo a carbón y cenizas la madera. No había posibilidad de entrar y mucho menos de salir. Lo único que podía agradecer de toda esa desgracia, era que nadie había salido herido y que lo primordial estaba indemne; los cultivos, la granja y los animales. No todo estaba perdido.

Un ominoso crujido gutural, como si se tratara de un gigante herido, emergió desde el interior de Grant House. Fue el preludio de que lo peor estaba por venir. El segundo piso de la casa colapsó y se vino abajo como si fueran simples cerillas, desperdigando chispas, humo, polvo y desolación.

Jacob se aferró a la cintura de su madre. Estaban a una distancia segura, sin embargo, el calor les abrasaba la piel como si estuvieran dentro de la hoguera. El niño no podía dejar de mirar el horrible espectáculo, ni tampoco podía dejar de preguntarse una y otra vez «¿qué iban a hacer?».

Jamás se había sentido tan indefenso.

Miró a su madre, su rostro era iluminado por el fuego, no lloraba, su expresión era insondable.

Pero por dentro, Diana estaba consternada y llena de temor. En el corazón de las llamas ardían los únicos documentos que acreditaban quién era el propietario legal de Greenfield. Era inexorable, Barnaby Grant se le iba a ir encima en cualquier momento a reclamar lo que supuestamente le pertenecía. Él era el heredero natural de Abel, quien falleció soltero y sin descendencia.

Debía haber alguna manera de impedir aquella catástrofe. Su misión era proteger el patrimonio de su hijo.

—No importa lo que tenga que hacer, Jacob. Reconstruiremos nuestro hogar —prometió Diana sin dejar de mirar el fuego, como si fuera un dios pagano al cual le estaban tributando Grant House—. Te juro que, aunque tarde veinte años, nada me detendrá, así tenga que pasar hambre y trabajar hasta que me desplome de cansancio... Te juro que algún día volverás a vivir en tu hogar.

Frank escuchaba las palabras de Diana sin querer intervenir, se sentía tan impotente, despojado de toda clase de poder... a la deriva. En ese segundo retrocedió a aquellos años en que era un niño y lo único que anhelaba era escapar de la miserable y humillante existencia que su progenitor les daba.

No lo entendía, ¿por qué se sentía así? No era su casa, no era su familia, no era su esposa ni su hijo... Debía sentir lástima, pesar, una humana empatía, no aquello que rugía dentro de él, que rasgaba las paredes de su alma, bregando por salir y castigar a quien había osado herir el corazón de Diana y el espíritu noble de Jacob.

Estaba iracundo y solo tenía una certeza.

Ese fuego impío y destructor no era algo accidental. Había una artera y flagrante intención.

En su interior ardía, tan fuerte como ese fuego devastador, el deseo de protegerlos, como no pudo hacerlo con su madre y hermano cuando era pequeño. Porque a él le importaba esa mujer y

ese niño... y mucho.

Se prometió, con Dios como único testigo, velar por Diana y Jacob, y ayudarles a recuperar lo perdido y más.

Quedaba un largo e incierto camino por delante, pero él no los iba a abandonar.

Con suma cautela se acercó a Diana y Jacob, y permaneció detrás de ellos a una distancia prudente, hasta que alguno de ellos notara que estaba ahí. No quería imponer su presencia, quería ser invitado.

La espera no se prolongó por demasiado tiempo. Diana, todavía absorta en el incendio, se preguntó por Frank. Lo buscó con la mirada y halló sus ojos azules iluminados por el resplandor dorado del fuego, que la contemplaba con serenidad. No sabía por qué en el pasado había pensado que sus ojos eran fríos, en ese momento, estaban colmados de algo cálido que le llenó el alma de una inusitada certeza.

No estaba sola, al menos no en ese instante.

Frank acortó la distancia, se situó entre ella y Jacob y posó sus manos sobre los hombros de madre e hijo. Diana se tomó la libertad de descansar sobre el pecho del marqués, para que esa tristeza que la embargaba no fuera tan abrumadora.

Necesitaba el sostén que ese hombre le ofrecía sin pedirle retribución alguna.

«¿Cuántas pruebas más necesitas para confiar en él?», preguntó su impertinente corazón. «Cuando no me retire su amistad y aprecio cuando le cuente la verdad», contestó su razón.

—Lord Somerton, ya es momento de que se preocupe de su gente —conminó Diana—. Aquí no hay nada que hacer... —Dio un sentido suspiro de resignación—. ¿Le puedo pedir un favor?

—Estoy a su servicio, siempre —respondió.

—Asegúrese de que mi gente vuelva a sus hogares... Yo necesito descansar. —Se separó de Frank y tomó de la mano a Jacob—. El establo será un buen lugar para...

—Ni se le ocurra decir que dormirá en cualquier lugar que no sea una cama. Le han arrebatado su casa, no permitiré que hagan lo mismo con su dignidad —intervino Frank con un tono calmo pero severo, confirmándole que él también pensaba en que todo no era un mero accidente o negligencia. El marqués buscó con la mirada al encargado de sus establos entre los hombres que lo habían acompañado, hasta que lo encontró—. ¡George! —llamó con ese estilo tan propio de ordenar sin llegar a ser déspota. El hombre, con suma presteza, acudió a su señor—. La señora Gallagher y el joven Jacob serán nuestros huéspedes, informe a la señora Wilde para que prepare las habitaciones de invitados. —Miró a Diana, quien no tenía la voluntad de contrariar las decisiones del marqués—. Usted irá con George. Vuelva al lugar de la fiesta, busquen a las señoritas del servicio doméstico y vayan a Somerton Court. Yo me preocuparé del resto.

Diana hizo un leve asentimiento con su cabeza, se aferró a Jacob y esbozó una sonrisa amable a George.

—Lo seguiremos montados en *Hércules*, mi caballo.

—Como ordene, señora, joven, síganme, por favor —solicitó George.

—Intentaré volver a Somerton Court lo más pronto posible —añadió Frank tomándola levemente del brazo, dejando una suave caricia con el pulgar, y se dirigió hacia un grupo de hombres para comenzar a organizarlos y actuar.

Diana salía de la habitación donde estaba descansando Jacob, llevaba una palmatoria que

iluminaba su camino. Afortunadamente, no costó que él conciliara el sueño, el peso de todo el día cayó tan pronto como el niño puso la cabeza en la almohada. Ella solo se limitó a acariciarle el cabello negro y susurrar suaves nanas que alguna vez oyó cantar a su madre hacía tantos años atrás, cuando ella era muy pequeña. Sonaban extrañas en su voz, pero la llenaron de melancolía, podía recordar que la quiso mucho.

Suspiró con aquella melodía que todavía rondaba en su cabeza, al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

—¿Ya se ha quedado dormido el joven Jacob? —interrogó la señora Wilde de pronto. Diana dio un respingo, no había notado que el ama de llaves estaba en el rellano—. Perdón, no ha sido mi intención asustarla.

Diana le ofreció una sonrisa cansada.

—Jamás se queda dormido tan pronto —respondió—. Hay ocasiones en que hasta se desvela.

—Es un niño encantador y muy inteligente —elogió la señora Wilde con sinceridad—. Si me permite, la guiaré a su habitación.

—Solo indíqueme cuál es, enseguida bajaré a esperar la llegada de lord Somerton.

—Como ordene, señora Gallagher. Por aquí, por favor —señaló el ama de llaves.

Se dirigieron en silencio a una habitación que estaba un poco más alejada de la de Jacob.

La señora Wilde abrió la puerta e invitó a Diana a entrar. La estancia estaba iluminada con un candelabro con velas nuevas.

—Me he tomado la libertad de dejarle uno de mis camisones para esta noche, y un vestido para que pueda usar mañana mientras lavamos su ropa —indicó mostrando las prendas dobladas sobre la otomana, la cual estaba a los pies de la cama recién hecha—. Puede que le quede un poco grande.

—No se preocupe. Muchas gracias por su consideración, señora Wilde, es usted un verdadero ángel —agradeció contemplando el sencillo vestido azul.

—Es un placer servirle... Bien, si gusta puede esperar a mi señor en la antigua sala de la marquesa... o al menos eso creemos que es —agregó.

Aquello despertó la curiosidad de Diana, apagó las velas del candelabro para que no se consumieran en vano, y siguió al ama de llaves.

Bajaron a la primera planta y la señora Wilde atravesó el vestíbulo hasta llegar a una habitación que daba al jardín frontal de Somerton Court, la cual se bañó en una luz cálida al internarse ambas mujeres con sus palmatorias.

Era una estancia femenina, el estilo de los muebles era muy antiguo, pero estaban tan bien conservados que daba la impresión de estar nuevos. Tenía una pequeña biblioteca, un escritorio, una *chaise longue*, y una mesita rodeada de tres poltronas. Esa habitación debía ser una preciosidad a la luz del día.

Era un muy buen lugar para esperar al marqués.

—¿Gusta de una taza de té? —ofreció la señora Wilde.

—No, muchas gracias... —rechazó con amabilidad—. Yo recibiré al marqués, usted vaya a descansar junto con las demás.

—No dude en avisarnos si necesita cualquier cosa.

—Es muy amable.

—Buenas noches, señora Gallagher.

—Buenas noches, señora Wilde, que descanse.

El ama de llaves se retiró de la estancia, dejando a Diana en calma soledad.

Se recostó en la *chaise longue*. Todos sus músculos protestaron ante el alivio que otorgaba el

descanso. Diana entornó sus ojos con la ilusión de que al abrirlos despertaría de esa pesadilla.

—Diana...

—Frank...

Al abrirlos, se encontró con la habitación casi a oscuras y el marqués que la observaba desde arriba con una expresión inescrutable. La penumbra remarcaba sus facciones duras y sintió un inexplicable estremecimiento.

¡Se había quedado dormida!

Diana se incorporó con dificultad, sus movimientos eran aletargados y no pudo reprimir un bostezo. La luz de la vela estaba a punto de extinguirse.

—Aprecio mucho que me haya esperado, señora Gallagher, pero hubiera preferido no encontrarla aquí —aseveró Frank, sereno y cansado, sentándose al lado de ella mientras emitía un quejido—. Algunos de sus muchachos se quedaron en Grant House para vigilar que el fuego siga apagándose, el resto volvió a sus casas —informó.

—Gracias, milord —susurró Diana. Estaba tan agotada que ni siquiera encontraba fuerzas para llorar.

—No tiene nada que agradecer, es mi deber de amigo y vecino proporcionarle auxilio en estos momentos tan aciagos —declaró convencido.

Diana suspiró, sentía que llevaba demasiado tiempo soportando un gran peso en su espalda.

—¿Se considera mi amigo, milord? ¿De verdad?

—Por supuesto, no debe dudar de la fuerza de mi aprecio.

«¿Aunque sea una mentirosa?», pensó Diana acongojada, pero ese sentimiento fue suficiente para tomar un asombroso impulso, lleno de valor.

—Tengo que confesarle algo, milord...

—Sé que tiene una confesión que hacer, señora Gallagher —terció Frank, sintiendo cierta satisfacción interior y, al mismo tiempo, un atisbo de temor. Tomó una de las manos de ella y la encerró entre las suyas con delicadeza—. Sin embargo, me temo que este no es el momento apropiado, prefiero que me revele sus secretos cuando usted esté entera y firme, no frágil y vulnerable, y yo esté sereno y no con tantos pensamientos inquietantes rondando en mi cabeza.

»No sé qué tan grande sea su verdad, ni cómo reaccionaré ante ella, lo único que sé es que mi opinión acerca de sus virtudes y calidad humana no cambiará.

—No quiero perder su amistad cuando lo sepa todo —admitió Diana, exteriorizando sus temores, dándose cuenta de que el marqués tenía razón. No era el momento, porque no se sentía bien, no era ella misma.

—Eso no sucederá, no pierda la fe en mí ni en la constancia de mis afectos. Sé que no quiere mentirme, sé que desea depositar su confianza en mí. Con ello me basta y me sobra por ahora, porque cuando llegue el momento, no me sentiré engañado.

—Si todos fueran la mitad de lo que es usted, yo no estaría en esta tesitura —afirmó Diana, sintiéndose más tranquila. Lord Somerton era un hombre extraordinario... solo debía encontrar el momento apropiado, cuando fuera solo Diana.

Frank dio una risa floja. No era perfecto, era vengativo, arrogante, cruel y poco tolerante, pero sabía ocultarlo muy bien.

—Si fueran la mitad de lo que soy, la mitad de la población mundial estaría seis pies bajo tierra —replicó con acritud—. No suelo ser benevolente.

—Voy a hacer como que le creo —bromeó Diana.

—Si tiene buen ánimo para reírse de mí, creo que ya está en condiciones de irse a la cama —determinó Frank, poniéndose de pie sin soltarle la mano a Diana, quien también se levantó.

Quedaron frente a frente, ella alzó su mirada y Frank llevó su mano al pecho—. No está sola.

Y en ese momento la luz se apagó, envolviéndolos en un ambiente íntimo en donde solo se recortaban sus siluetas.

El aire cambió, se volvió más denso. Diana quiso que él la besara y percibió ese mismo intenso deseo en él. No obstante, lo único que impedía que cambiara el tenor de su relación, era lo que ella ocultaba y que se había convertido en un muro que los separaba.

Frank tomó la mano de ella y se la llevó a los labios, con los ojos cerrados depositó un suave y largo beso en sus nudillos, como si quisiera mostrarle que así quería besar su boca. Pero no pudo prolongar demasiado ese contacto, o su cordura se convertiría en añicos. Abrió sus ojos para encontrarse con los de ella, soltó su mano con gentileza y le ofreció el brazo; no quería perder del todo su calor.

Sin decir una palabra más, la guio a oscuras por Somerton Court hasta llegar a la habitación de ella, le susurró un «buenas noches» y, contra todos sus deseos, la dejó ir.

Cuando la puerta se cerró, Frank apoyó su frente sobre la puerta, reuniendo el valor para no ceder a sus primigenios instintos de entrar y besarla hasta perder el sentido. Inspiró y retrocedió un paso, luego otro, sin saber que Diana hacía lo mismo del otro lado.

Capítulo X

Como todos los días, Frank desayunaba en la cocina, bebía un sorbo de café y le daba una mordida a las tostadas con mantequilla. Se había levantado un poco más tarde de lo habitual y, al parecer, también a sus huéspedes la noche anterior les había pasado la cuenta. La señora McDowell estaba entusiasmada preparando todo para que el desayuno estuviera listo, en cuanto ellos lo requirieran.

La puerta de la cocina se abrió con brusquedad y entró la señora Wilde de muy mal humor.

—No puede ser que sea tan terca como usted —masculló mirando de soslayo a Frank.

—Buenos días, señora Wilde —saludó Frank, socarrón, y bebió otro sorbo de café.

—Buenos día, milord. —El ama de llaves le dedicó una falsa y tensa sonrisa.

Segundos más tarde, Diana y Jacob aparecieron en el umbral de la puerta.

Frank abrió la boca y alzó las cejas, completamente atontado.

—Buenos días —dijeron madre e hijo al unísono.

—Buenos días —balbuceó Frank, sin quitarle la vista de encima a Diana.

El vestido le quedaba un poco grande, pero era impactante verla envuelta en azul, despojada del seductor negro. Era otra mujer, más joven, más viva, más fuerte... más inocente.

—Le pregunté a la señora Wilde por su señoría y me comentó que suele desayunar aquí —explicó Diana—. Nos pareció correcto acompañarlo, si no le importa.

—Y yo digo que es mejor que su señoría vaya a desayunar al comedor, donde corresponde —intervino el ama de llaves, belicosa.

—Pensé que habíamos superado la etapa de discutir cada mañana por el mismo asunto —rebatió Frank, solo para provocar a Wilde—. Ya sabe que detesto comer solo.

—Pensó mal, milord. Ahora están la señora Gallagher y el joven Jacob para hacerle compañía —replicó la señora Wilde alzando la voz.

Diana y Jacob miraban a Frank y al ama de llaves alternadamente. Por algún extraño motivo, Diana pensó que ellos peleaban como un matrimonio, y aquella imagen le provocó molestia. No le costó imaginarlos juntos, siendo una feliz pareja.

No le parecía del todo absurdo, el marqués le daba la fuerte impresión de que era ese tipo de hombres que tomaría a cualquier mujer como esposa, sin importar su rango social, solo por amor...

Se deshizo de ese pensamiento, lord Somerton no podía llegar tan lejos.

—Y ellos me quieren acompañar aquí —continuó Frank. Miró a Diana y le guiñó un ojo con complicidad, acto seguido, centró su atención en la señora Wilde—. Francamente, no le veo lo malo a tomar un buen desayuno con mis huéspedes en la cocina de mi casa. —Volvió a mirar de soslayo a Diana e intentó reprimir una sonrisa, estaba disfrutando con sacar de sus casillas a la señora Wilde.

—Con todo respeto, usted es insufrible, milord —zanjó el ama de llaves. «Es tan terco como su hermano, al menos él era más divertido», masculló mentalmente y salió de la estancia.

—La señora Wilde insiste en que debo ser un marqués altivo y pomposo, pero no me gusta sobreexigir al servicio doméstico usando todas las habitaciones de la casa —aclaró Frank encogiéndose de hombros, indolente. La cocinera lanzó una risita y Jacob también.

—Lo que pasa es que en la academia de oficios nos advirtieron sobre los patrones que se exceden en sus atribuciones. A la señora Wilde le gusta mucho su trabajo y le da miedo perderlo

—explicó la señora McDowell—. Ella teme que tanta familiaridad le otorgue a su señoría el derecho de traspasar ciertos límites.

—Ooooooh, entiendo. —Frank se quedó en silencio dos segundos con gesto pensativo—. Si hubiera querido sobrepasar cualquier límite lo habría hecho desde el primer día.

—Eso mismo le digo yo, pero... —La cocinera se aclaró la garganta—... ya sabe cómo fueron las cosas... —señaló, había hablado de más. Miró a Diana con unas sonrisas—. ¿Desea té o café para desayunar, señora Gallagher?

—Me ha tentado el aroma del café, señora McDowell —respondió Diana esbozando una sonrisa, intentando deshacerse de las contradictorias emociones que la embargaban—. Muchas gracias.

—¿Y el joven Jacob?

—Té, si fuera tan amable, señora McDowell —respondió el niño, sacando a relucir su caballerosidad.

La cocinera sirvió las tazas, al tiempo que Diana y Jacob tomaban lugar frente a Frank. La cocina estaba inundada de aromas que abrían el apetito, huevos fritos, salchichas, tocino y tostadas.

—Iré a Grant House después del desayuno —anunció Diana mientras enterraba un trozo de pan en la yema de su huevo.

—La acompañaré —decidió Frank—. Después iremos a la plaza del mercado a comprar ropa para usted y Jacob.

El primer impulso de Diana fue negarse, pero, la verdad sea dicha, no tenía alternativa. Necesitaba ropa y el dinero que no había depositado en el banco, debía estar entre los escombros —si es que el móvil del incendio no había sido el robo o que las monedas no se hubieran fundido con el fuego—.

—En cuanto comience a recuperar dinero se lo devolveré. —declaró Diana abriendo sus ojos a Frank como advertencia, antes de que él intentara hacer algo «caballeroso», como pagar por su ropa—. ¿Entendido?

—Anotaré cada penique —accedió Frank, aunque no le sorprendía esa actitud proveniente de ella.

—Muy bien. —Y se llevó un bocado de pan a la boca.

Siguieron desayunando en un cómodo silencio. Al principio, Diana pensó que no iba a ser capaz de comer, pero al entrar en la cocina con esos deliciosos aromas, el hambre surgió de la nada y sintió ese calor de la fatiga en el vientre. Comió con entusiasmo, todo era una delicia.

La señora Wilde volvió a entrar en la cocina y le dio una mirada reprobatoria al marqués.

—Su correspondencia, milord. —El ama de llaves le ofreció una cuantiosa cantidad de cartas, que se apilaban en un precario equilibrio sobre una bandeja de plata.

—Muchas gracias, señora Wilde, es un encanto —ironizó Frank, fingiendo una sonrisa mientras recibía la bandeja—. Dígale a George que prepare el tálburi, por favor.

—Como ordene, milord —respondió el ama de llaves lacónica y se retiró de la estancia.

Frank resopló.

—Todavía no se le pasa el mal humor a Wilde —comentó al tiempo que revisaba los remitentes de sus cartas, buscando alguno que requiriera de su inmediata atención—. Jacob, como estaremos afuera con su madre, le ofrezco que visite la biblioteca, creo que podrá encontrar títulos de su interés.

—Muchas gracias, milord —dijo el pequeño muy entusiasmado.

—Es un... —Frank dejó las palabras suspendidas en el aire—... placer —finalizó en un

susurro un tanto distraído, al notar que una de las cartas era de su madre. Habían sucedido tantas cosas en esas semanas que ni siquiera tuvo tiempo para extrañarla. Se sintió el peor hijo del mundo.

Abrió la carta y leyó:

Cragside, lunes, 21 de julio de 1840.

Mi querido Frank:

Los días han sido buenos en casa de tus tíos. Tardes apacibles, paseos al lago, noches en familia. Todo era tranquilo hasta que visitas muy especiales arribaron a la mansión. Margaret y toda la familia llegaron hace una semana desde Richmond, y días después, Corby, Ravensworth y Wexford. Ha sido toda una experiencia.

¿Recuerdas cuando eras niño, lo ruidosa que era esa semana cuando todos coincidíamos en Rosebud Manor? Hace años que eso no sucedía, y ahora que la mayoría son adultos es peor, ¡imagínate más de cuarenta personas intentando desayunar al mismo tiempo!

Todos tus primos y amigos organizaron un pequeño casino clandestino, y empezaron a apostar peniques. Lawrence es un digno hijo de su padre, entre todos los peniques que ganó, reunió diez libras. ¡¿Lo puedes imaginar?! En el futuro ni se te ocurra apostar contra él o perderás todo lo que llevas encima... Aunque ahora que lo pienso, no he tenido que darte esa recomendación, nunca te ha gustado apostar.

En fin, solo faltabas tú, ¡cómo te extrañaron!

Y, por eso mismo, te informo que iremos a visitarte —no te asustes, solo vamos los Montgomery—, creo que llegaremos a Somerton Court el día viernes o sábado de esta semana.

Te amo, hijo mío.

Minerva Montgomery.

—¿Pasa algo malo, milord? —preguntó Diana preocupada. Frank tenía una expresión difícil de interpretar.

—Vamos a necesitar contratar personal... —murmuró.

—¿Cómo?

—Tendremos visita, mis padres y mis hermanos...

En ese instante entró de nuevo el ama de llaves, su expresión de triunfo auguraba lo que Frank ya sabía.

—Su familia ha llegado, milord... —anunció con una sonrisa maliciosa, como si el destino se estuviera vengando de su rebelde señor—. ¡Están todos en el vestíbulo! —exclamó con un horror que no le costó fingir. Sus nervios estaban de punta por haberlo visto a «él» después de tanto tiempo. ¡Ah! «Él» estaba más apuesto que nunca, apenas pudo reprimir su sonrisa boba cuando abrió la puerta.

—¡Maldición! —masculló Frank—. Perdón por mi vocabulario —se disculpó ante Diana y Jacob.

—Por mí no se preocupe, lo que no digo, lo pienso, milord —desestimó Diana, sintiéndose intrigada por las inesperadas visitas. ¡La familia del marqués! Tenía tanta curiosidad, ¿cómo

serían?

—Señora Wilde, que Megan y Mara dejen de hacer lo que sea que estén haciendo y preparen las habitaciones de huéspedes, y saque la cuenta de cuántas personas más tendremos que contratar para llevar la casa.

—Por supuesto, milord —dijo el ama de llaves con una sonrisa de oreja a oreja, su señor iba a estar obligado a usar el comedor. La familia Montgomery era demasiado numerosa para la cocina.

Frank miró a Diana, que estaba a punto de reírse por la actitud de la señora Wilde, y mientras se levantaba de su puesto le dijo:

—Por favor, acompáñenme para presentarlos.

A Diana se le esfumó la curiosidad y las ganas de reír, en cambio, empezó a sentir pánico.

—¿¡Nosotros!? ¿¡Por qué!? —interpeló Diana con una especie de chillido que era mezcla de sorpresa, nerviosismo y terror.

—Porque son mis huéspedes. ¿Por qué los voy a estar escondiendo? —espetó ansioso. Ni siquiera él se explicaba por qué estaba reaccionando de esa manera. ¡No estaba haciendo nada malo, por todos los santos!

—Por mi reputación... —explicó Diana. Frank la amonestó con la mirada—. Tarde o temprano ellos se van a enterar y...

—Al demonio su reputación. A mi familia eso es lo que menos le importa de las personas —contestó—. Vamos.

A Diana no le quedó más alternativa, conminó a su hijo a que la acompañara, lo tomó de la mano y siguió a Frank.

El elegante reloj de pie dio once sonoras campanadas que rasgaban el silencio. La figura de Minerva Montgomery irrumpía en el gran vestíbulo de Somerton Court, acompañada de su esposo y sus hijos —tanto adoptivos como propios—. Un par de gemelos pelirrojos, un hombre que era la versión de Frank, pero de cabello corto y desordenado, y tres hermosas damas jóvenes, muy parecidas entre sí, de cabellos castaños y ojos azules.

—¡Frank, querido! —Fue el saludo de Minerva al ver a su hijo. Apuró el paso, le dio un gran abrazo y un sonoro beso en una de sus mejillas—. Vaya, te ha sentado muy bien el aire campestre —comentó al apreciar a su hijo de arriba abajo. Estaba un poco más delgado, todavía no se afeitaba, pero se veía saludable.

Diana y Jacob estaban al lado de Frank, observando en silencio la escena, y ella no pudo evitar admirar el exquisito vestido de la madre de Frank.

Una numerosa y sonriente familia era lo que poseía esa hermosa mujer rubia y de ojos azules, que a la vez era tan diferente a su hijo. Según lo que podía conjeturar, la madre del marqués debía tener unos cincuenta años, pero su rostro era muy jovial.

—El campo ha sido estimulante, mamá —respondió Frank y miró de soslayo a Diana, pensando que en realidad lo estimulante era esa formidable mujer.

—Ya veo que ha sido estimulante —convino Minerva sonriente, siguiendo la breve mirada de su hijo.

—Mamá, permíteme presentarte a mi amiga y vecina, la señora Diana Gallagher y su hijo, Jacob, son mis huéspedes por un muy lamentable suceso ocurrido anoche.

—Es un placer conocerla, lady Somerton —saludó Diana dando una reverencia.

—Oh, yo no uso mi título, querida —corrigió Minerva con amabilidad—. Prefiero, por lejos, usar el apellido de mi esposo. Eso lo dejaremos para la futura esposa de mi hijo. Si lo desea, puede llamarme señora Montgomery. —Le ofreció la mano y Diana se la estrechó—. El placer es todo mío. —Luego saludó a Jacob con una leve caricia en los cabellos negros de él—. Es muy guapo, jovencito. Tiene los ojos de su madre.

—Es un placer conocerla, señora Montgomery —respondió el niño con una sonrisa.

Y lo que siguió fue una numerosa sucesión de presentaciones.

Luego de Minerva, Frank presentó con orgullo a August Montgomery, su padre, el hombre que, según dedujo Diana, fue el que crio a Frank y merecía ese apelativo. Era alto, de cabellos castaños veteados con canas en las sienes y ojos del mismo color, muy apuesto, solo parecía unos años mayor que Minerva, quien lo miraba con verdadera adoración.

Después fue el turno de Ernest, de veintisiete años. Como era el presunto heredero de Frank, usaba el título de cortesía de lord. Era muy parecido al marqués, pero al escuchar su voz, Diana notó que Ernest era mucho menos serio y sonreía hasta con los ojos. Sin embargo, debía admitir que era su hermano mayor el que la cautivaba. Tan parecidos y a la vez tan diferentes.

Los gemelos Horatio y Justin eran otra cosa, tenían veintiséis años, y si bien eran idénticos, era fácil distinguirlos; Justin era bromista y usaba colores vivos al vestir, y Horatio era tan sereno y formal como Frank. Pero si en algo se asemejaban era en la simpatía y amabilidad natural.

A continuación, fue el turno de las hermanas. Todas compartían la complexión de Minerva y el color de sus ojos, pero los rasgos y el cabello eran herencia de August. Ellas eran una perfecta combinación de sus padres.

Emily, de veintiún años, era la mayor de las hermanas menores de Frank, y al ocupar ese lugar, poseía una inusual dualidad. Si bien era bastante menor que sus hermanos mayores, su carácter era como si fuera la primogénita. Estaba en esa edad en que todos esperaban que se casara pronto, porque si dejaba pasar unos pocos años más, se convertiría en una solterona. Pero esa situación parecía no preocuparle, tal como a Sophie, la penúltima hija de los Montgomery. Tenía dieciocho años y esa temporada sería su presentación en sociedad. Ella no aparentaba estar particularmente emocionada por ello, al contrario de la joven Eleanor, la cual, a sus quince años, ese hecho le provocaba mucha ilusión, porque los demás empezarían a tratarla como adulta.

Una familia numerosa y sin igual, que evidenciaba estar muy unida no solo por la sangre, sino por el amor y el respeto. Una prueba de ello era el singular hecho de que los hijos mayores, siendo hombres adultos, no se separaban de sus padres para vacacionar.

—Bien —dijo Frank al finalizar las presentaciones, que se extendieron por veinte minutos, entre cortesías y breves conversaciones—. No quisiera ser un mal anfitrión, mas debo marcharme con la señora Gallagher a inspeccionar los escombros de su casa.

—¿¡Escombros!?! —interrogaron todos a destiempo.

Frank miró a Diana y ella se encogió de hombros con resignación.

No podían dejarlos con la duda.

—Sé que están cansados por el viaje, pero veo que debo ponerlos al tanto. Vamos al salón de estar y les contaremos.

August frunció el ceño cuando Frank terminó de relatar los hechos.

—Si es así como lo cuentas, solo espero que los documentos hayan sobrevivido. Lamentablemente, no hay un registro universal de propiedades que certifique a quién le

pertenece una tierra en particular y cuál es su extensión, por lo que si el registro de compraventa se perdió en el incendio, se debe recurrir lo antes posible al abogado que hizo el papeleo, comprobar si el registro se hizo como corresponde en la iglesia, e intentar obtener cuanta prueba escrita exista, para que el señor Grant no reclame la propiedad de la señora Gallagher —determinó el padre de Frank con seriedad.

Un ominoso y tenso silencio envolvió la atmósfera.

—Eso, precisamente, íbamos a hacer a la casa de la señora Gallagher cuando ustedes llegaron —añadió Frank.

—Lo que queda de ella —rectificó Diana con amargura.

—Este es tu momento de brillar, Horatio —intervino Ernest con cierta picardía. —Diana, sin necesidad de emitir palabra, invitó al hermano de Frank a que se explicara—. En la familia tenemos un inspector de Scotland Yard recién ascendido.

—¿En serio? —dijo Frank, sorprendido y feliz por su hermano—. ¿Por qué no me lo contaste antes?

Horatio se rascó la cabeza para ocultar el leve rubor que coloreaba sus mejillas.

—No quería contarle a nadie hasta que sucediera —respondió.

—¡Felicitaciones! Solo era cuestión de tiempo, ya te lo había dicho —congratuló Frank, al tiempo que su hermano le sonreía con timidez.

—En la familia todos los hombres están ligados a las leyes de algún modo u otro —terció August con orgullo, mirando a Diana y Jacob—. Ernest, por ejemplo, administra las tierras que no están ligadas al título de Frank e invierte en sus propios negocios, pero también tiene una habilidad para detectar e investigar delitos económicos, y asesora a la fiscalía de Old Bailey, donde trabaja Justin.

—¿Y las mujeres? —preguntó Diana con interés, los varones tenían ocupaciones interesantes, pero también quería saber si ellas tenían su lugar.

August esbozó una sonrisa igual de orgullosa.

—Emily es maestra en una academia de mujeres que es dirigida por Minerva y otras damas influyentes en Londres. Debo añadir que es una matemática brillante. Sophie y Eleanor todavía están desarrollando sus capacidades, por lo que siempre están estudiando algo de su interés.

—Como contar cartas para ganar en el *Vingt-Un*^[3] —terció Justin con un tono acusador—. Si no fuera por Laurie, estos duendes nos habrían dejado en la bancarrota.

—Él también cuenta cartas —replicaron Sophie y Eleanor al mismo tiempo.

—¿Laurie? —interrogó Diana.

—Nuestro primo... —explicó Frank a la ligera—. Pero nos estamos desviando del tema... Ya habrá momento de saber qué tan rápido cuentan las cartas ustedes dos. —Les arqueó las cejas a sus hermanas, quienes le sacaron la lengua.

—Lo primero que hay que determinar es si el incendio fue intencional y si los documentos sobrevivieron —intervino Horatio, poniéndose de pie con determinación—. Y aquí conversando no lo resolveremos. Propongo que vayamos a Grant House todos los que tengan ganas de ensuciarse las manos.

Para sorpresa de Diana, todos, sin importar el cansancio, decidieron colaborar, menos Sophie y Eleanor, que quisieron acompañar a Jacob para que no se quedara solo en Somerton Court.

Diana, con el alma llena de pesar, observaba lo que quedaba de su hogar. Grant House solo

era una cáscara de piedra ennegrecida por el hollín. Con dificultad podía contener las lágrimas y, en silencio, se infundió valor para caminar hacia el lugar donde se ubicaba la biblioteca.

Los demás ya estaban levantando escombros en otras zonas, por si hallaban algo de utilidad que hubiera sobrevivido a las llamas.

Para Diana fue difícil transitar entre las ruinas. La sensación era similar a la de un funeral. En medio de los vestigios carbonizados de vigas, muebles, enseres y tabiques, estaban los recuerdos de su vida adulta, que parecían ser demonios que rasgaban y ensuciaban con pasmosa facilidad el ruedo del vestido.

Frank iba tras ella, pendiente de cada movimiento a su alrededor. La estructura de las paredes, de pronto, se le antojó demasiado frágil.

Al llegar a los restos de la biblioteca, Diana ahogó un grito y sus esperanzas comenzaron a flaquear.

La puerta de la caja fuerte estaba abierta. En su interior, se encontraba el dinero desperdigado y la carpeta de cuero donde guardaba sus documentos importantes, la cual estaba parcialmente quemada. Una ominosa sensación fue la antesala de su terrible confirmación.

Al abrir la carpeta, constató que estaba vacía, no había restos de papeles quemados.

Todos sus documentos habían desaparecido, fueron robados.

—Cielo santo, lo saben —murmuró Diana. Su corazón estaba dividido, una parte sentía un inexplicable alivio, la otra, se sentía ultrajada.

—¿Qué es lo que saben? —interpeló Frank.

—Que no soy la madre de Jacob ni soy la dueña de Greenfield.

Capítulo XI

—¿Me acompaña a alimentar a mis gallinas? —propuso Diana para gran desconcierto de Frank—. Me relaja hacerlo y deben estar hambrientas. Le contaré toda la verdad.

Frank asintió, le ofreció la mano y Diana la tomó. Esa muestra de confianza, le dio a ella el valor que le faltaba para terminar con el secreto que había guardado celosamente por más de ocho años.

Caminaron sin decir una palabra hasta llegar a la zona donde estaba el gallinero. Diana comenzó a llamar a sus gallinas por su nombre, y se armó un revuelo de plumas y ruidosos cloqueos.

Diana les hablaba con cariño, tomó el balde con maíz molido y empezó a lanzarlo al suelo, provocando el habitual bullicio.

—Nuestro padre era Milton Stone y mi madre se llamaba Adelaida —comenzó a relatar mientras lanzaba maíz—. Él era un acaudalado comerciante inglés que residía en Belfast. Tengo dos hermanos mayores, Jason y Odiseo, y también tenía una hermana gemela, su nombre era Juno... Mi madre era aficionada a la mitología griega y romana. Murió con un hijo en el vientre, cuando yo tenía cinco años —acotó con una sonrisa triste. Tragó un poco de saliva para deshacer la nostalgia y melancolía que se atoraban en su garganta—. Juno, a los dieciocho años, era la mujer perfecta para ser la esposa perfecta, pero se enamoró de Arthur Gallagher. Él era marino mercante, un hijo ilegítimo sin familia, pero que tenía un futuro prometedor y amaba a Juno. Nuestro padre nunca aprobó su relación, pues quería concertar un matrimonio con un socio de él, un viejo repugnante de cincuenta años. Pero ella quedó encinta, por lo que mi padre no tuvo más remedio que consentir su unión con Arthur, pero sin dote y cortando toda relación. Para él, mi hermana había muerto. Eso no le importó a mi cuñado, una vez casados, se fueron a vivir a Bristol y yo me quedé en Belfast... —Dio un entrecortado suspiro—. La furia de mi padre no duró demasiado tiempo, después de todo, le quedaba una hija que le servía de igual manera para sus propósitos. Mi hermana había conocido el amor, yo no tenía posibilidad de lograr lo mismo...

»Mi padre me obligó a comprometerme con ese viejo asqueroso. Me decía que debía obedecer, Juno ya había deshonrado a la familia y era nuestra gran oportunidad para unir sus empresas... Yo estaba sola, estaba atrapada...

»Y unos meses antes de mi boda, él... —Detuvo sus palabras. Tomó una honda inspiración, espiró... Era la primera vez que lo iba a decir en voz alta... inspiró... espiró... inspiró—... Me atacó.

Diana no dijo nada más.

El recuerdo dolía, pero los años fueron borrando detalles, imágenes, sonidos, olores de ese aberrante episodio... Diana se dio cuenta de que estaba rota, mas no destruida. Tal vez ella misma había remendado su vida y su corazón sin darse cuenta. Solo quedaba una sensación extraña y pesada en el pecho, como si se le encogiera el alma. Continuó dándoles alimento a sus gallinas mientras que dos goterones se deslizaban pesados por sus mejillas, los cuales secó con cierta brusquedad.

Frank no sabía qué hacer, se sintió violento, la ira lamió su corazón al imaginar el horrendo crimen perpetrado en ella. En ese instante, la impotencia que sentía era abrumadora, pero lo era más la furia que sintió hacia el hombre que debió proteger a su hija, no venderla.

No quiso tocarla mientras ella rememoraba aquello, no deseó que su tacto le recordara a él. Tal vez era mejor darle tiempo y espacio a Diana para que enfrentara su verdad, porque, en realidad, ella no lo necesitaba a él para hacerlo. Estaba erguida, fuerte y digna, alzando cada velo que ocultaba la verdadera historia de la mujer que tenía al frente.

—No sé cuántas veces me bañé para no sentir su hedor en mi cuerpo —confesó al cabo de unos segundos, terminó de vaciar el balde con comida y se alejó de las gallinas que comían gustosas. No se atrevió a mirar a Frank a los ojos, observaba el horizonte, sin ver nada en particular—. Logré evitar no volver a quedarme a solas con él, sentí un gran alivio cuando me di cuenta de que su ataque no había sufrido consecuencias. No le conté nada a mi padre, él hubiera adelantado el matrimonio, y yo sentía tanto asco y repulsión ante la idea de vivir con ese cerdo malnacido, que me volviera a tocar... A verme obligada a concebir sus asquerosos hijos... —declaró con rabia en cada palabra, escupiendo la idea de ese espantoso sino. Se abrazó para calmar el escalofrío que le recorrió el cuerpo—. No lo soporté. Si iba a morir, que fuera bajo mis términos, no pariendo un hijo de ese bastardo o siendo una mujer amargada... Cualquier destino iba a ser mejor que volver a sentir sus repugnantes manos en mi piel. En cuanto tuve la oportunidad, le robé dinero a mi padre y huí.

»Dejé una carta diciendo que me iba a América y le relaté los degradantes detalles del ataque, para que le doliera y sintiera culpa... si es que sentía algo por mí... y exigí que nadie me buscara. Yo ya no era la hija ni la hermana de nadie.

»Bueno, seguía siendo la hermana de Juno. Habíamos mantenido correspondencia en secreto durante todo ese tiempo. Si había alguien en este mundo que me podía ayudar, esa era mi hermana.

»Llegué a la casa de Juno sin avisar, ella estaba a pocos días de dar a luz a Jacob. Ella y su esposo me aceptaron sin reparos y sin hacer preguntas. Arthur, en ese entonces, ya estaba en conversaciones con Abel Grant para comprarle unas tierras que había puesto a la venta. Mi cuñado quería dedicarse a la agricultura, amaba el mar, pero amaba más a mi hermana y ya no quería estar separado de ella por su trabajo.

»Finalmente, Arthur compró las tierras, pero no se fueron a vivir de inmediato, necesitaban ahorrar un poco más de dinero... Jacob nació. —Diana sonrió ante esa feliz remembranza—. Recuerdo que ese fue un buen año, mi cuñado estaba empezando a ganar mucho dinero, mi hermana estaba feliz, Jacob crecía sano y fuerte, yo trabajaba en el servicio doméstico de una señora viuda... El cerdo bastardo ya no aparecía tanto en mis pesadillas...

»En el último viaje que hizo Arthur, el barco naufragó...

»Nadie sobrevivió.

»Él no había dejado un testamento, por lo que el legado de mi cuñado pertenecía a Jacob. Juno y yo decidimos marcharnos a Somerton, pero, lamentablemente, antes de emprender el viaje ella enfermó de fiebre tifoidea... Pocos días después, Jacob y yo nos quedamos solos.

»Cuando llegué a Somerton, vestía de luto, Juno había muerto hacía dos meses. Tenía veinte años y me había convertido en la tutora de un niño de un año, que ya poseía unas tierras que debían ser trabajadas para nuestro sustento. —Miró a Frank y esbozó una sonrisa temblorosa, al tiempo que dos lágrimas caían—. Abel lo sabía todo, estuvimos en constante comunicación durante todo ese tiempo. Cuando llegué, me aconsejó seguir de luto para hacerme pasar por viuda, y que dijera que yo era la dueña de las tierras. Así podía mantener lejos a los posibles pretendientes... Es más fácil forzar a una soltera que a una viuda para hacer la voluntad de un hombre, yo ya lo tenía más que claro. Me ayudó mucho el rumor de que yo era su amante, me protegió mientras él vivió... Además, Abel conocía la ambición de los hombres del pueblo, era

lo bastante grande que no era necesario aventurarse a comprobar qué harían si se enteraban de mi verdadero estado civil. Podían llegar al extremo de quitarme la tuición de Jacob para tener el poder de administrar el patrimonio de mi hijo... —Frenó sus palabras, consciente de que Frank ya sabía la verdad—... Disculpe, estoy tan convencida de que lo es...

—Jacob es su hijo, señora... señorita Stone —rectificó Frank. Diana sintió ajeno ese apellido, más que haber usurpado el de Juno, pero no quiso corregir a Frank en ese momento—. Usted no necesita convencerse de ello, ha luchado tanto como si su hermana lo hubiera hecho. Lo ha sacrificado todo, como solo una madre puede hacerlo... —Se quedó en silencio por un instante, e hizo al fin la pregunta que más lo intrigaba—: ¿Él lo sabe?

Diana negó con su cabeza.

—Pretendía hacerlo cuando cumpliera diez años... cuando fuera un poco más maduro de lo que ya es, y no lo revelara por accidente... —Inspiró con dificultad—. Tengo tanto miedo a que me odie, le he hablado de Arthur... pero le he ocultado la existencia de la persona que más he amado en mi vida, a la que de verdad debería llamar «mamá»... —Y en ese instante, Diana no soportó más la tensión, su corazón estalló y se quebró en millones de pedazos.

De su alma emergió un llanto desgarrador. Por primera vez en una década, Diana se había permitido llorar con todas sus fuerzas. Y antes de que sus rodillas tocaran el suelo, Frank la sostuvo entre sus brazos para que el descenso no fuera tan tortuoso. Diana se aferró a la ropa de él en medio de dolorosos gimoteos que parecían no aliviar el pesar de su alma.

Frank estaba perdido, asimilando el camino que había recorrido Diana hasta ese mismo instante.

¿Cómo podía consolar a esa mujer? ¿Qué podía decirle para que su dolor fuera menor? ¿Cómo borrar de su memoria la aberrante forma en que le arrebataron su inocencia? ¿Cómo darle esperanza? ¿Cómo podía decirle que, independiente de todo, lo había hecho bien?

¿Cómo podía decirle que nunca tuvo alternativa?

Ella solo siguió la única senda que el mundo de los hombres le trazó. No se trataba de las tierras, ni de ambición o de su propia independencia, sino del futuro de su hijo.

Porque si bien ella no lo había parido, Jacob era su hijo, era su segunda madre, que era tan importante como la primera.

Frank no encontraba las palabras para hacer sentir mejor a Diana... ¿Cómo decirle que, aun sabiendo todo, la seguía admirando, más si era posible? Si antes era una mujer valiosa, ahora solo podía catalogarla como excepcional.

Lo único que hizo fue abrazarla más fuerte y esperar a que ella se desahogara por completo. Solo podía ser el mudo sostén de esa mujer, que lo único que merecía era tener un momento de paz, tranquilidad y comprensión.

Los siguientes minutos se les antojaron eternos. Diana lloró tanto que se le acabaron las lágrimas, en el pecho albergaba un agudo dolor y tenía la boca reseca. Pero aquello no importaba, se sentía tan ligera como una pluma, como si la hubieran liberado de unas pesadas cadenas que no sabía que arrastraba. El marqués había tenido razón la noche anterior, ese no había sido el momento propicio para decir la verdad. Habría sido un desastre peor.

—¿Se siente mejor? —preguntó Frank cuando notó que la respiración de Diana volvía a ser regular y serena.

Ella asintió con la cabeza.

—Mucho mejor, milord —respondió sin atreverse a mirar a Frank. Eso le habría obligado a separarse de ese confortable lugar que era estar entre sus brazos. Él tenía el poder de brindarle tranquilidad solo con su calor.

—Me alegro, señorita Stone...

—¿Le puedo pedir un enorme favor?

—Estoy siempre a su servicio.

—Prefiero que me llame Diana. Siento que no soy nadie; ni Stone ni Gallagher, ni señora ni señorita... creo que lo único que poseo es mi nombre.

Frank asintió.

—Sus deseos son órdenes, Diana. —Ella sonrió, le gustaba cómo sonaba su nombre en la voz del marqués. Se acurrucó un poco más en el duro pecho masculino y logró escuchar su corazón—. Por lo menos, entre nosotros, será así. Pero a cambio quiero que usted use mi nombre de pila.

Diana no pudo evitar alzar la mirada. Eso era cruzar un límite que no podían traspasar.

—No, milord, eso es mucho, usted es marqués y yo... y yo...

—Pero ante todo soy su amigo... —interrumpió Frank, arreglándole un mechón que se había soltado de su cabello—. Y ya no hay secretos entre nosotros.

—No hay forma de rebatir su argumento —admitió Diana. El límite lo habían traspasado sin darse cuenta. Era imposible retroceder para quedar uno a cada lado de la línea.

—Para su desgracia, se ha topado con un hombre terco que no la dejará nunca sola. No importa lo que nos depare la vida, siempre me tendrá.

—Oh... —Diana se había equivocado, sí le quedaban un par de lágrimas más—. No me suelte, Frank... no me suelte, por favor.

—Puede confiar en mí, no la soltaré.

Al terminar la inspección de los escombros, solo lograron rescatar un baúl con la ropa antigua de Diana, toda teñida de negro, la cual fue hallada en el sótano, y veinte libras de la caja fuerte.

Las gallinas fueron enviadas a Somerton Court.

Se reunieron en un círculo, a un costado de las ruinas de Grant House. El ánimo de todos se encontraba deprimido por los resultados desalentadores.

—En la caja fuerte estaban las escrituras de las tierras que están a nombre de Jacob y la información personal de la señora Gallagher —informó Frank. Después les contaría el resto de la información pertinente, con el permiso de Diana—. Estos documentos fueron robados, y mi hipótesis es que el incendio fue una manera de encubrir el delito.

—Revisé la caja fuerte y, en apariencia, no fue forzada, conozco pocas personas que podrían abrirla sin la llave y sin dejar evidencia —comentó Horatio y se dirigió a Diana—. ¿No sabe si existen copias de la llave de seguridad, señora Gallagher?

—Esta casa le perteneció al padre de Abel —respondió Diana—, la caja fuerte lleva décadas aquí. Antes de morir, él me entregó la única llave que poseía.

—¿Su hermano, Barnaby, vivió con él? —interrogó Frank.

—Tengo entendido que, antes de casarse, Barnaby vivía aquí. Abel no hablaba mucho sobre esa época, ya estaban enemistados. Cuando llegué a Somerton me enteré que el motivo que los había distanciado fue que Abel vendió parte de Greenfield a otra persona que no era de la familia.

—Entonces, está la posibilidad de que Barnaby tenga una copia de la llave de la caja fuerte sin que Abel supiera —añadió Horatio con un tono pensativo—. Creo que es necesario interrogar al señor Grant —resolvió—. ¿Quiénes más tenían interés por Greenfield?

—Al menos los tres caballeros que me propusieron matrimonio: el señor Fernsby, el señor Relish y lord Radcliffe —respondió Diana—. Querían realizar el trámite con una ridícula celeridad, supongo que deseaban adelantarse a que Barnaby impugnara la venta de Greenfield.

—Interesante... Va a haber que interrogarlos también —decidió Horatio mirando a Frank y a Diana—. La persona que robó sus documentos no va a actuar enseguida. Probablemente, va a esperar un tiempo antes de emprender alguna acción legal... o lo que tenga en mente.

—Tenemos cuatro personas que están interesadas en Greenfield y hay que acorralar al culpable —añadió Frank.

—¿Hay una posibilidad de buscar copias de los documentos personales de la señora Gallagher? —intervino Justin.

—Tendrían que viajar a Belfast y Bristol —respondió Diana.

—No me vendría mal un poco de brisa marina —replicó Justin despreocupado, reclamando para sí la misión de emprender el viaje.

—¿Quién fue el abogado que hizo el papeleo de compraventa? —interrogó August.

—Henry Pole, si no mal recuerdo, su oficina se encuentra en Bristol.

—¡Qué conveniente para mí! —exclamó Justin, Minerva lo amonestó con la mirada—. Perdón, no debería estar tan entusiasmado, es un tema serio...

Diana sonrió, restándole importancia al asunto. Hasta hacía una hora, todo lo veía negro y abrumador, pero toda la familia de Frank estaba empeñada en llegar al fondo del asunto. Con razón el marqués era como era, venía de una gran familia.

—No vas a viajar solo —terció Ernest—. Yo iré contigo, dos harán el trabajo más rápido, porque mucho tiempo no tenemos. Tú irás a Bristol y yo iré a Belfast.

—Entonces, mientras Justin y Ernest buscan la documentación —intervino Minerva—, nosotros debemos ganar tiempo realizando la labor social —dijo con cierta nota de misterio—. Todos deben enterarse de que estamos buscando al pirómano de Grant House. —Los hijos de Minerva fruncieron el cejo sin entender, menos August, que ya había captado la idea del plan—. El sujeto que ha robado los documentos va a pensar que todos somos idiotas, y que nadie se ha dado cuenta de nada. En algún momento se va a delatar, cometiendo un error... o desesperándose —explicó.

—Aaaaaaaah —replicaron todos al unísono. Debían reconocer que era un plan brillante.

—¡Buenas tardes! —Fue el saludo que, sin querer, había iniciado las acciones.

Frank alzó la vista e hizo un gesto con su mano, saludando al visitante a lo lejos.

—¿Quién es? —preguntó Ernest con curiosidad, sin dejar de mirar al hombre que se acercaba conduciendo su calesa.

—Es el señor Morgan Fletcher, el cotilla más grande de Somerton, después de Archibald Howard —respondió Diana.

—Oh, entonces, él es como ese viejo pasquín, el «Susurros de elite», pero con pies —comentó Emily mirando al hombre que parecía ser unos pocos años mayor que Frank—. Aquí es donde empieza la labor social del plan de mamá... Me va a disculpar la frivolidad, señora Gallagher, pero esto es lo más emocionante que me ha pasado en mucho tiempo.

El señor Fletcher se apeó de la calesa y caminó con la vista fija en lo que quedaba de Grant House.

—Buenas tardes, señor Fletcher —saludó Diana, volviendo a ser la orgullosa e inexpugnable señora Gallagher. Frank, que ya conocía las distintas facetas de ella, solo pudo sentir placer al ver actuar a esa mujer, porque él ya no estaba del otro lado del muro que ella interponía para los demás, sino a su lado.

—Buen Dios —susurró con franca estupefacción—. Me enteré esta mañana de lo sucedido, fui a Somerton Court y el ama de llaves me indicó que estaban aquí —explicó el señor Fletcher—. Lamento mucho lo sucedido, señora Gallagher.

—Gracias, señor Fletcher. Desafortunadamente, no puedo decir que esta desgracia fue un accidente.

—Válgame el cielo, entonces, ¿fue intencional?, ¿está segura?

—Por supuesto que esto fue intencional, y no lo digo solo yo —aseguró Diana con suma convicción—. Creo que Nuestro Señor Todopoderoso no me ha abandonado del todo, y me ha bendecido con la visita de la familia de lord Somerton. Da la casualidad que el señor Horatio Montgomery, aquí presente, es inspector de Scotland Yard y ha llegado a esa conclusión.

—Y ayudaré a investigar quién ha sido el culpable de incendiar el hogar de la respetable señora Gallagher, este crimen no va a quedar impune —sentenció Horatio con severidad.

—Oh, esto es muy alentador —replicó el señor Fletcher. Miró de soslayo a Diana y ella notó la tácita petición.

—Mis disculpas, señor Fletcher, toda esta conmoción me ha hecho perder mis modales. Tengo el honor de presentarle a la señora Minerva Montgomery, madre de lord Somerton...

Y así fue cómo se echó a andar el improvisado plan de la familia de Frank. Al día siguiente, antes del mediodía, todo el mundo había escuchado el rumor de que Diana Gallagher se había quedado sin casa, y que Scotland Yard ya había tomado cartas en el asunto para atrapar al pirómano de Grant House.

Capítulo XII

—Lord Somerton y el señor Horatio Montgomery solicitan una entrevista contigo y Alan —anunció Claudia, la esposa de Barnaby Grant, quien estaba leyendo el semanario local en su despacho. El hombre, desde que oyó el rumor esa mañana, ya suponía que lo interrogarían, pero no pensó que sería tan pronto. La mujer, al ver que él no le contestaba, insistió—: ¿Pasa algo malo?

—Nada de qué preocuparse, querida —desestimó con voz distraída y sin alzar la vista.

—¿No será por el incendio de Grant House? —Claudia ahogó un grito de indignación—. ¿Cómo se atreven a acusarte?

—Ya dije que no hay nada de qué preocuparse, mujer —reiteró Barnaby, elevando la voz y dándole una dura mirada que la hizo sentir inútil—. Hazlos pasar y llama a Alan —ordenó severo, dejando a un lado el semanario con brusquedad.

Barnaby enderezó su postura y entrelazó sus dedos, y quedó contemplando la puerta, aguardando a que sus visitas traspasaran el umbral. La espera no se extendió por demasiado tiempo. Un minuto después, se internaban en la estancia el marqués de Somerton y el inspector de Scotland Yard.

—Buenas tardes, señor Grant —saludó Frank con su habitual tono monocorde.

—Buenas tardes, milord —replicó Barnaby poniéndose de pie e inclinándose ligeramente.

—Le presento a mi hermano, el señor Horatio Montgomery, inspector de Scotland Yard. Supongo que usted está al tanto del motivo de nuestra visita —introdujo Frank sin mediar algún fútil prolegómeno.

—En efecto, milord. Tomen asiento, por favor.

—Muchas gracias, señor Grant.

Frank y Horatio se sentaron en las sillas que estaban frente al escritorio de Barnaby. El sonido de un tímido llamado a la puerta interrumpió el silencio que se cernía entre los hombres. El joven Alan Grant ingresaba, evidenciando en su rostro una creciente inquietud.

—Alan, lord Somerton y el señor Montgomery han venido a hacernos algunas preguntas —informó Barnaby a su hijo, el cual se situó de pie al lado de él. El señor Grant hizo un gesto, instando a sus visitas a que iniciaran su entrevista.

Horatio se aclaró la garganta, una indudable señal de que él iba a llevar a cabo el interrogatorio.

—Señor Grant... —Padre e hijo miraron a Horatio—. Señor Barnaby Grant —definió—. ¿Podría indicarnos dónde estuvo el día viernes entre las seis de la tarde y las nueve de la noche?

—Salí con mi hijo. Estuvimos todo el día fuera del pueblo, llegamos a eso de las diez de la noche —declaró con cierta ambigüedad, al tiempo que Horatio anotaba las respuestas en una libreta.

—¿Podría precisar a dónde fueron?

No hubo respuesta.

—Señor Grant, creo que usted entiende que nosotros no estamos jugando —intervino Frank—. La casa, que alguna vez le perteneció a su hermano, fue reducida a cenizas, y usted y su hijo son sospechosos a causa de los conflictos que tiene con la familia Gallagher.

—Yo no sería capaz de quemar algo que pertenece a mi patrimonio —afirmó Barnaby con voz acerada—. No me extrañaría si esa mujer incendió la casa, solo para que yo no continuara

con mis pretensiones de recuperar lo que es mío por derecho propio.

—Señor Grant, piense bien sus palabras antes de emitir semejante acusación. En el momento en que sucedieron los hechos, yo estaba con la señora Gallagher y toda la gente de Greenfield en una celebración.

—Ella pudo haber contratado a alguien para que hiciera el trabajo sucio —especuló Barnaby mordaz—. Esa furcia es capaz de cualquier cosa.

—¿De verdad piensa que una mujer, que vive sola con su hijo, es capaz de quemar su propia casa? —cuestionó Frank, sin aparentar que le estaba costando un esfuerzo titánico reprimir las ganas de golpear a ese sujeto—. Si yo no le ofrezco mi casa, ella estaría viviendo en el establo de Greenfield. Señor Grant, si sigue haciendo conjeturas sin asidero, en este momento podría acusarlo de levantar calumnias e injurias y enviarlo una temporada a Cornhill. Le sugiero que, a partir de este instante, omita cualquier comentario ofensivo hacia la señora Gallagher.

El señor Grant carraspeó, incómodo. El rostro insondable de lord Somerton le provocaba escalofríos. Sabía que ese hombre cumpliría su palabra.

—Fuimos a Glastonbury —respondió Barnaby, y tomó una honda inspiración—. Fuimos a visitar a *madame* Joséphine.

—¿*Madame* Joséphine? ¿Burdel o atelier? —interpeló Horatio con un tono tan inescrutable como el que usaba Frank.

—Burdel... Llevé a mi hijo para su... iniciación —explicó nervioso.

—¿Es eso cierto? —preguntó Horatio al muchacho.

Alan miró de soslayo a su padre, como pidiendo permiso para hablar. Barnaby asintió.

—S-sí, señor.

—¿Cuál es el nombre de la señorita con la que tuvo relaciones sexuales? —continuó con el interrogatorio Horatio, sin dejar de hacer anotaciones.

Alan no contestó.

—¿Lo recuerda o no? —insistió Horatio.

—Va-Vania —balbuceó el muchacho.

—¿Está seguro?

El muchacho asintió con la cabeza.

Horatio miró a Barnaby, quien tenía una expresión que era una mezcla de vergüenza e incomodidad.

—¿Señor Grant, usted también recibió los servicios de alguna señorita de la casa de *madame* Joséphine?

Barnaby carraspeó otra vez.

—*Madame* Joséphine —respondió lacónico.

—Tengo una última pregunta, señor. Verá, el incendio arrasó con todo, pero la caja fuerte estaba abierta. No sabemos si fue por la acción del fuego o por terceros. Cabe señalar que todo el contenido estaba carbonizado, por lo que necesitamos asegurarnos de que el móvil no fue el robo. ¿Usted sabe si existe más de una llave que abra la caja fuerte de Grant House?

Grant alzó las cejas, desorientado. El cambio de tema había sido muy brusco.

—Mi padre era muy receloso con sus asuntos, por lo que según sé, solo había una copia —respondió, apurando sus palabras.

—Entonces, podría conjeturar que usted conoce la ubicación exacta de la caja fuerte —prosiguió Horatio.

—Por supuesto. Viví toda mi vida ahí, conocía la ubicación, pero nunca pude acceder a ella.

Horatio asintió, conforme.

—Muchas gracias por su colaboración, señores —concluyó Horatio poniéndose de pie—. Les sugiero que no salgan del pueblo hasta que verifiquemos sus coartadas.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Grant... —agradeció Frank levantándose de su asiento—. No está de más asegurarle que la información que nos ha proporcionado es confidencial —señaló—. Asumo que la señora Grant maneja otra versión de los hechos concernientes a su viaje.

Barnaby solo asintió con la cabeza.

—Muy bien... —Frank esbozó una sonrisa amable—. Que tengan buenas tardes.

Al quedar padre e hijo a solas, se miraron al mismo tiempo y soltaron el aire de sus pulmones.

—Nada tiene sentido —sentenció Frank, al salir de la casa de Barnaby Grant—. Vamos a estar en un callejón sin salida si resulta que la coartada de este sujeto es verdadera.

—Es ridículo que todos los pretendientes de la señora Gallagher tengan coartadas perfectas —agregó Horatio.

—¿A quién más le conviene que Diana Gallagher pierda la propiedad? —pensó Frank en voz alta, mientras un niño le entregaba las riendas de su caballo—. Gracias, pequeño. —Le pagó generosamente por cuidar de *Maximus* y *Hércules*.

—Ya me parecía extraño que el caso fuera demasiado fácil, cualquiera de los cuatro pudo tener un cómplice —masculló Horatio, al tiempo que recibía las riendas de *Hércules* que Frank le ofrecía—. Solo espero que Justin y Ernest tengan mejor suerte que nosotros en su misión en Bristol y Belfast. Eso facilitará las cosas si se complican.

—No sé cómo se puede complicar más.

—Si el incendio no lo inició Grant, seguramente él lo va a pensar dos veces antes de volver al ataque con sus pretensiones. Todos están pendientes de la investigación, y que él retrase su arremetida es bueno para nuestros propósitos. A Grant no le conviene levantar sospechas y manchar su reputación en el pueblo, si su objetivo final es llegar al parlamento en un par de años... En fin, en la casa de *madame* Joséphine tendremos respuestas.

—¿Estás seguro que no quieres que te acompañe? —preguntó Frank a su hermano mientras se montaba sobre el lomo de *Maximus*, quien ya estaba impaciente por emprender un buen galope—. Tranquilo, *Max* —susurró con una palmada en el cuello.

—No creo que vaya a tener algún contratiempo, ya sabes que las señoritas tienden a confiar en mí. —Sonrió burlón, sosteniendo las riendas de *Hércules*—. Mejor ve a hacerle compañía a tu señorita Stone —bromeó, conocedor de la verdadera identidad de Diana, como toda la familia.

—Ella no necesita mi compañía... y no es mi señorita Stone...

—Sí, claro, y yo soy su majestad la reina Victoria... —provocó alzando las cejas y sin perder esa mueca burlona. Chasqueó la lengua y espoleó a *Hércules*—. Tengo ojos y oídos, que me haga el idiota es diferente. ¡Nos vemos a la tarde!

—¡No es mi...! —Dejó la negativa en el aire, Horatio ya se alejaba a toda velocidad, dejando una polvareda tras de él... Ella jamás aceptaría tener un dueño, se pertenece a sí misma... Solo sé que necesita un amigo —musitó.

Ya no podía negar que, sin darse cuenta de cuándo y cómo, la atracción primaria y física que sentía hacia Diana, se había convertido en algo más profundo.

Muy profundo.

Tenía más que claro que no se trataba de un mero capricho, una insana obsesión, o la animal

respuesta de su libido. Y, si bien reconocía que entre ellos percibía algo más que una genuina y sincera amistad, también debía admitir que deseaba que fuera algo más.

¿Diana aceptaría? ¿Ella quería algo parecido? ¿Acaso sentía lo mismo que él, aunque fuera una mínima parte?

Se preguntaba si las reticencias de ella respecto al matrimonio, eran solo por la natural desconfianza sobre quién administraría las tierras de Jacob, o si estaban íntimamente ligadas con el crimen del que fue víctima. ¿Qué tan arraigado estaba el daño en su memoria, en su alma? ¿Era irreversible? ¿Tenía alguna posibilidad de hacerla feliz?

De pronto, lo embargó la necesidad de saber qué hacer con sus sentimientos. Si podía albergar la esperanza de aspirar a algo más, o resignarse a sepultar eso que cada día crecía más y más, y no se atrevía a darle un nombre, porque si lo hacía, si lo admitía a viva voz y todo salía mal... Pues tendría que conformarse con la amistad de Diana, y depositar en Ernest la misión de perpetuar su legado.

Así de profundo e irrevocable era aquel sentimiento, al punto de saber que jamás volvería a sentir lo mismo por otra mujer.

Frank se dio cuenta de que su corazón ya no le pertenecía, sin querer, lo había entregado.

Resopló, con las riendas le ordenó a *Maximus* que galopara tan rápido como quisiera para alcanzar a Horatio. Prefirió acompañarlo a la casa de *madame* Joséphine, se sentía demasiado inquieto para volver a Somerton Court.

Todos tenían algo que hacer; Horatio y Frank salieron a hacer los interrogatorios; August y Minerva organizaban los pormenores del viaje de Justin y Ernest; Emily, Sophie y Eleanor arreglaban y transformaban la ropa vieja de Diana, quien había devuelto el vestido azul a la señora Wilde. A la hora del desayuno sorprendió a todos —excepto a Frank— cuando apareció en el comedor vistiendo su atuendo masculino.

Diana, después de alimentar a las gallinas, volvió a Greenfield junto con Jacob. Debía reunirse con los muchachos que trabajaban en el campo. Era perentorio organizar la limpieza de los escombros de Grant House y derrumbar las estructuras que estaban a punto de colapsar. Para su gran asombro, no solo estaban los hombres de Greenfield dispuestos a ayudar, sino también los de Somerton Court. Gracias a ello, tardarían pocos días en llevar a cabo esa tarea.

Fue una grata y esperanzadora sorpresa, la cual se incrementó cuando una comisión de mujeres le había llevado ropa para Jacob, porque se habían enterado que solo habían rescatado unas prendas viejas de ella, pero nada de su hijo.

Diana estaba tan agradecida con todos ellos. Estaba segura de que nada de eso habría sido posible, si no fuera por la fiesta en la que los trabajadores y arrendatarios de ambas propiedades compartieron con ella, y la habían podido conocer un poco más.

Mientras ella conversaba con las mujeres, apenas podía contener la emoción, siempre estuvo al borde de las lágrimas. Por muchos años, sintió que estaba en la más absoluta soledad y, de pronto, había personas que se preocupaban de algo tan elemental como ropa limpia para su hijo.

Y todo era gracias a Frank.

Gratitud era uno de los numerosos sentimientos que afloraban en su corazón al evocar a su querido amigo...

Un amigo. Solo eso, porque no podían ser algo más. Aunque sintiera, con toda seguridad, que entre ellos existía una innegable afinidad y cariño que iba mucho más allá de la amistad.

Y debía dejarlo ahí, camuflado en los latidos de su corazón, sin importar que doliera. Su consuelo era comprobar que ella sí podía sentir algo hermoso y sublime hacia un hombre, no desconfianza o repugnancia. No, no estaba tan rota como alguna vez pensó, mas su tiempo había pasado pero no en vano, se había transformado en la madre de Jacob.

Sin embargo, no tenía importancia la intensidad del sentimiento que inundaba su ser. A fin de cuentas, con o sin virtud, ella conocía su lugar en el mundo, y no había esperanza. Frank era el único hombre con el que se atrevería a experimentar aquello por lo que Juno se entregó, arriesgándolo todo. Era un imposible; él, como todo aristócrata, se debía a su título y honor, y no podía involucrarse con alguien de clase inferior que poseía una reputación aún más inferior.

Plebeya, sin virtud, ni siquiera poseía juventud... posiblemente no podría engendrar. Siempre había escuchado que después de cierta edad el vientre se secaba.

Diana no se arrepentía de haberle confesado a Frank lo que el viejo bastardo asqueroso le había hecho. No fue premeditado, pero, viéndole el lado bueno, le facilitaba la tarea de poner las cosas en su lugar. No era pura, no era virgen, y era bien sabido que el amor no es suficiente. Ella no poseía lo único de valor que una mujer en su posición podía ofrecer.

Vaya, Diana se dio cuenta de que ni siquiera podía ser su amante. Estaba segura de que su cuerpo era incapaz de sentir... Bueno, lo que sea que sienten las mujeres experimentadas al yacer con un hombre, ¿de qué sirve una amante que no siente?

No importaba lo bueno y generoso que fuera él, o que su familia lo apoyara sin cuestionar.

Había límites que el mundo imponía y nadie traspasaba.

Ni siquiera el marqués de Somerton.

Ellos solo podían ser amigos, buenos y queridos amigos.

A la hora del té, las mujeres se encontraban en el salón de estar; Minerva jugaba al *whist*, haciendo pareja con Emily, mientras que sus contrincantes eran Sophie y Eleanor, las cuales les estaban dando una verdadera paliza.

August, Ernest y Justin le enseñaban a Jacob a jugar billar en el salón de juegos.

Diana estaba a solas en el patio trasero, observando a sus gallinas rojas que se habían mezclado con las blancas de Somerton Court.

Estaba reuniendo valor para conversar con Jacob, y confesarle que ella no era la mujer que lo había engendrado. Tenía tanto miedo a perder el amor de su hijo, porque su mentira, por muy piadosa que fuera, era mentira al fin y al cabo.

¿Jacob la perdonaría?, ¿la expulsaría de su vida?, ¿dejaría de llamarla «mamá»?

Tan solo la idea le hacía sentir una desdicha tan grande que no sabía si lo iba a poder resistir... ¿Cuántas veces se puede romper un corazón sin que quede dañado para siempre?

Su vida había llegado a una encrucijada, y estaba parada ahí, en medio, donde el camino se bifurcaba y su destino no dependía de ella.

Y esa impotencia le hizo volver a llorar en silencio.

Frank entró en la sala de estar junto con Horatio y en sus rostros se reflejaba el cansancio y la fatiga. En la estancia solo estaban su madre y sus hermanas jugando *whist* y bebiendo té.

—Tienen cara de haber atravesado Inglaterra —sentenció Eleanor como un desenfadado

saludo.

—Ya quisiera ver que vas y vuelves a Glastonbury en media tarde, duende insolente —amonestó Frank.

—Y que haya sido en vano —agregó Horatio.

—Ay, no —murmuró Minerva, «en vano» solo significaba una cosa—. Todos tienen coartada.

Horatio hizo una mueca confirmando lo que su madre decía.

—El crimen nunca es sencillo —apostilló Sophie—. A papá no le alegrarán esas noticias.

—Nunca lo es, y no, no se alegrará —concordó Horatio—. Las dejo, damas, voy a darme un baño. El olor que traigo en el cuerpo es ofensivo...

—¿Es necesario que seas tan...? ¡Argh! —rezongó Emily.

La risa siniestra de Horatio, apagándose a medida que se alejaba, fue la única respuesta.

Las tres hermanas miraron a Frank alzando sus cejas, esperando a que él también fuera a darse un baño. Él entrecerró sus ojos.

—No es necesario que me miren de ese modo, duendecillos demoníacos. Sé qué es lo que tengo que hacer.

—¿Le vas a proponer matrimonio a la señorita Stone? —interpeló Eleanor.

—¡Eleanor! —regañaron sus hermanas y su madre al unísono.

—¿¡Qué!? —replicó inocente—. Por favor, no me digan que no lo han notado.

—Sí, lo hemos notado, querida, pero no puedes llamarla de esa forma hasta que ella hable con Jacob —argumentó Minerva.

—Oh, tienes razón, lo lamento.

—Mamá, ¿no se supone que la tienes que amonestar por ser tan impertinente? —interpeló Frank frunciendo el entrecejo.

—Querido, no puedes engañar a tu familia. Jamás, jamás, jamás habías mirado a alguien como a la señora Gallagher.

—Estoy muy seguro de que la miro como a cualquier persona que cuenta con mi amistad —se desentendió Frank como un débil mecanismo de defensa, al verse acorralado por esas cuatro mujeres.

Sus hermanas rieron a carcajadas.

—Hijo —dijo Minerva intentando contener, sin éxito, su sonrisa—. Oh, Frank... —A pesar de que su hijo poseía la viva imagen de su insensible progenitor, Frank era diferente, porque en la intimidad, cuando estaba con quienes amaba, transparentaba sus emociones sin reparos—. Niñas, déjennos un momento a solas —decretó con augusta amabilidad—. Y sin espiar detrás de la puerta.

—Ooooooooooh, mamá —se lamentaron las tres, abandonando la estancia, no sin antes dedicarle una sonrisa socarrona a su hermano mayor.

Minerva esperó un segundo en silencio hasta que oyó que los pasos y voces de sus hijas se alejaban.

—Mamá...

—Hijo, conmigo no... Yo sé que sucede algo más, y hay algo que está impidiendo que des un paso al frente. Siempre has sido un hombre decidido, nada te detiene... Pero cuando la miras, eres otro.

—Es... es complicado —admitió dando un sentido suspiro.

—Estoy segura de que ella te corresponde, no sé cómo va a ser más complicado.

Frank no respondió. Aunque sirviera de justificación lo que le había sucedido a Diana, era un

inmenso secreto y no era correcto divulgarlo.

Sin embargo, aquel silencio fue suficiente información para Minerva. Ella no sabía qué era con exactitud, pero parecía ser serio y, efectivamente, complicado.

—Oh, ya veo... Te voy a dar un consejo que recibí cuando August volvió a mi vida. —Frank alzó las cejas. Esos detalles de la historia de sus padres no los conocía—. En ese momento, había sido abandonada por mi esposo, estaba en la ruina, tenía dos hijos por los cuales debía luchar, y ni siquiera tenía fuerzas suficientes para hacerlo como se debía. Mi hermano me estaba manteniendo, lo cual para mí era humillante, porque odiaba la sensación de ser una carga. Siempre se nos consideró así a Margaret y a mí por ser mujeres. Pero odiaba más el hecho de que Andrew fuera feliz con Olivia. Tu tío había traspasado toda línea de lo que era considerado apropiado y decente para alguien de su posición. Él siempre actuó en pos de su felicidad y de su amor, el resto no importaba...

»Los envidiaba... y mucho. Todo el mundo me había convencido de que el matrimonio me salvaría de la ruina y me daría dignidad, y no fue así. Andrew y Olivia vivían al margen de ello y eran mucho más dignos que yo... Yo estaba destrozada como mujer y ser humano... —Minerva calló por unos segundos, embargada por los recuerdos. Parpadeó rápido para disipar las incipientes lágrimas e inspiró hondo.

»Andrew un día me aconsejó que si yo era feliz, ustedes también lo serían. Lo entendí cuando August, el hombre que fue mi primer y único amor, me confesó que todavía me amaba y me propuso que viviéramos juntos, sin importar que siguiera casada, prometiéndome que intentaría ganarse tu cariño y el de Ernest.

»Amé a August desde los trece años, pero fuimos separados... y veinte años después, volví a tener la oportunidad de ser feliz con él, de amar y ser amada, y yo solo la tomé, sin importar nada más; ni el qué dirán, ni la supuesta convención de lo que era decente o no. Puedo asegurarte que estos veintidós años han sido los más maravillosos de mi vida, y ustedes, mis hijos, son el reflejo de ello.

—Nuestra vida cambió, lo recuerdo bien, mamá.

—Así es, hijo mío... —Tomó el rostro de Frank entre sus manos y le sonrió—. No todos tienen la bendición de tener una segunda oportunidad. No importan los problemas y las dificultades, cuando hay amor de verdad y paciencia, todo es más fácil de sobrellevar... incluso olvidar el dolor y los días infelices... Es natural tener dudas, inseguridades, pero no dejes que te acobarden. No pierdas tu oportunidad de intentarlo, que en tu conciencia no exista el peso del remordimiento. Has luchado por nuestra familia y tu legado desde los ocho años. Es hora de que luches por ti mismo y por lo que quieres para el resto de tu vida.

Diana se secó las lágrimas e inspiró entrecortado. Ya era hora, no debía postergar más ese tormento. El sol ya había descendido, y el crepúsculo comenzaba a mostrar sus cálidos colores. Solo necesitaba unos minutos más para tranquilizarse y que su rostro se descongestionara. Debía aparentar entereza frente a Jacob, no debía sentir vergüenza.

—Diana...

La voz de Frank a sus espaldas, fue tanto un bálsamo como un suplicio. Entornó sus ojos para recomponerse y los abrió.

Dio media vuelta y se encontró con el marqués que la miraba de un modo extraño. Se había bañado hacía poco, su cabello estaba húmedo y desprendía un seductor aroma a limpio. Sí, era

sándalo.

—Buenas tardes, Frank —saludó ella, forzando su voz a sonar normal—. ¿Cómo le fue con el señor Montgomery?

—Hay tres señores Montgomery, va a tener que ser más específica —bromeó Frank mesurado, mas con un brillo pícaro en sus ojos.

Diana esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Me va a tener que disculpar, la verdad es que no estoy de humor para las bromas —advirtió serena, sin perder su sonrisa triste.

—Así veo, discúlpeme...

—No se preocupe...

—Es que de todas formas me preocupo —se apresuró a replicar. Por inercia, se acercó un poco más a ella y tomó su rostro entre sus manos, recorriendo sus pálidos pómulos con sus pulgares—. Ha estado llorando. No me gusta verla triste.

—Es inevitable estar así... Voy a hablar con mi hijo —anunció Diana—. Y tengo mucho miedo.

—No será fácil... ¿Desea que la acompañe? Tal vez una figura masculina de confianza ayude a Jacob a recibir de mejor forma la noticia —propuso tranquilo, obligándose a separarse un poco de ella, y establecer una leve distancia que no significara una pérdida de contacto—. No intervendré a menos que sea necesario.

Diana asintió, a ella también le iba a servir contar con su apoyo. La idea de confesar se le hacía menos terrible si ponía a su querido amigo en esa escena.

—¿Cómo le fue con los interrogatorios? —preguntó Diana retomando el tema de conversación, necesitaba una leve distracción.

—No traigo buenas noticias. Ninguno de nuestros sospechosos pudo haber perpetrado el incendio, hemos comprobado todas sus coartadas.

—Volvemos a un punto muerto.

—No del todo. Entra la posibilidad de que quien quiere hacerle daño no actúa solo, y nos dificulta la investigación. —Hizo un gesto de resignación y cansancio—. Mañana partirán Ernest y Justin para buscar su documentación, espero que su misión resulte sin percances.

—Ojalá les vaya bien con el abogado, es lo único que me preocupa, él era más viejo que Abel.

—Espero lo mismo.

No dijeron nada más por largos segundos. Diana se llenó los pulmones de aire.

«Valor, Diana, valor»...

—Es hora, no debo aplazar más esto —decidió Diana.

Frank le tomó las manos y las dejó sobre su pecho. Ella pudo percibir que el corazón de Frank latía rápido.

—No importa lo que suceda, Diana, no la soltaré. Tenga fe en que Jacob sabrá comprender —animó, tratando de infundirle seguridad y optimismo a su querida amiga—. Ha criado a un niño muy especial y admirable.

—¿De verdad lo cree? Los hijos solemos juzgar con severidad a nuestros padres —rebatía escéptica.

—Jacob es un niño que ve más allá, no lo subestime.

Ella sonrió, esta vez de verdad.

—Gracias, Frank.

—Es un verdadero placer estar a su servicio.

Capítulo XIII

Jacob entró en la biblioteca, ahí estaba el marqués de pie, observando el jardín a través del ventanal. Su madre estaba sentada en una *chaise longue*, su expresión era atormentada.

—La señora Wilde me dijo que necesitabas hablar conmigo —dijo el niño comenzando a sentirse nervioso—. ¿Pasa algo malo, mamá?

Diana compuso una sonrisa triste.

—Nada que no se pueda solucionar, cariño... Solo necesito contarte algo muy importante. Siéntate a mi lado, por favor.

Jacob obedeció, se apoyó en el hombro de su madre y le tomó la mano.

—Antes que nada, quiero que sepas que te amo con todo mi corazón, hijo mío, y nada ni nadie cambiará lo que siento por ti.

—Yo también te amo, mamá —respondió Jacob. Diana guardó en su corazón esas palabras. Durante unos segundos, no hubo más que silencio, en los cuales ella repetía esas palabras en su mente.

—Para empezar, voy a contarte algo sobre mi familia...

Y así, Diana inició su historia, muy similar a la que le relató a Frank, pero más rica en detalles sobre el carácter de su padre, hermanos mayores, y puso especial énfasis en Juno. Jacob escuchaba con interés y se sorprendió mucho al saber que su madre tenía una hermana gemela.

—¿Tu hermana es igual a ti? —interrumpió Jacob asombrado.

Diana sonrió.

—Si me miras, la ves a ella. Sin embargo, nuestras formas de ser eran muy diferentes. Juno era todo lo que se espera de una señorita de bien, yo era más...

—¿Desobediente?

—¿Lo soy?

Jacob sonrió.

—No eres como las demás madres. Eres la mejor —aseguró orgulloso.

Diana dio un suspiro entrecortado y continuó con su relato, hablando acerca del matrimonio de su hermana, omitiendo en un principio el nombre del esposo de Juno. También ocultó el verdadero motivo por el cual huyó de la casa de su padre y se fue a vivir con su hermana, no quería explicarle a un niño lo que le había sucedido. No era el momento de ensuciar su inocencia, pero era consciente de que pronto tendría que tocar ese tipo de temas; aunque consideraba que ella no era la persona idónea para esa tarea, sus conocimientos solo se limitaban al vejamen del que fue víctima.

—Entonces, cuando vivías con tu hermana y tu cuñado, ¿ahí conociste a mi papá?

Diana miró de soslayo a Frank, él asintió levemente con la cabeza. Sus labios articularon sin voz un «usted puede».

Ella inspiró y negó con su cabeza como respuesta a la pregunta de Jacob.

—No... En realidad, nunca me casé —confesó—. Ni yo te engendré...

—¿Cómo? —interrogó Jacob desorientado, apenas podía entender—. ¿Soy un bastardo? ¿No eres mi mamá? —La miró como si fuera una desconocida, como si se la hubieran presentado por primera vez. Jacob solo podía atisbar el perfil de Diana; ella estaba cabizbaja, dos gotas cayeron al suelo. El niño siguió la trayectoria de las lágrimas y vio que no eran las únicas.

—Juno fue quien te dio a luz, el nombre de su esposo era Arthur Gallagher... Ellos son tus

verdaderos padres. Eres un hijo legítimo... —reveló Diana sollozando. Sin embargo, decir la verdad no le estaba dando tranquilidad en ese momento.

El silencio reinó en la estancia. Jacob intentaba comprender, pero sentía tantas cosas al mismo tiempo que su mente no lograba funcionar con claridad.

—¿No has mentido sobre la muerte de mi papá? —preguntó el niño después de un rato. Necesitaba respuestas.

—No, todo lo que te he contado sobre él es cierto... con la salvedad de que a quien adoraba era a Juno, tu madre, mi hermana. Fueron muy, muy felices, y tú eres el fruto de ese amor maravilloso. Eso nunca lo pongas en duda, jamás había visto a dos personas quererse tanto. Era tan hermoso verlos juntos y fueron muy generosos conmigo... —respondió Diana recordando a Arthur y Juno, y ese infinito amor que se profesaban—. Yo no te tuve en mis entrañas, pero podía sentir cómo te movías cuando ponía mis manos sobre el vientre de tu madre. Era mágico, eras vida, yo te amé desde antes de que nacieras.

—¿Y qué pasó con ella... con mi mamá? —prosiguió Jacob con su interrogatorio. Su voz era un hilo apenas audible.

—Tu padre había comprado parte de Greenfield a Abel unos meses antes de perecer en el mar —respondió Diana luchando contra las lágrimas para poder relatar los hechos con claridad—. Por lo tanto, tú te convertiste en el propietario de esas tierras. Cuando Juno decidió que nos iríamos de Bristol para vivir en Somerton, ella enfermó de fiebre tifoidea... Fue terrible verla empequeñecer en tan pocos días. La amaba tanto, tanto, sentía que una parte de mí se iba con ella... Murió en mis brazos, susurrando tu nombre y el de Arthur. Cuando le prometí que yo cuidaría de ti, que nunca te abandonaría... cerró sus ojos y pudo descansar... Todavía recuerdo su rostro sereno...

»Fue tan difícil al principio. Extrañabas tanto a Juno, no querías comer, la buscabas en todas partes llorando... Tan pequeñito y nos diferenciabas... No sabía qué hacer.

Diana no pudo continuar.

Jacob lloraba en silencio. Todavía no lograba definir los sentimientos que desbordaban su corazón. Se sentía molesto con su... ¿mamá?, ¿tía?, ya no sabía cómo llamarla. Tampoco entendía el motivo por el cual ella le mintió toda su vida, no le hallaba sentido. También sentía una profunda tristeza por el trágico destino de sus padres, por no poder conocerlos. El único y pobre consuelo que tenía era que el rostro de su madre era idéntico al de Diana, no se tendría que preguntar cómo era físicamente.

«Si me miras, la ves a ella».

—¿Por qué me mentiste? —preguntó Jacob para que el mundo volviera a ser el mismo, quizá con la ilusión de que la justificación de Diana fuera tan poderosa que las cosas no cambiarían del todo.

—Porque, para la gente del pueblo, Abel traicionó a Barnaby por no haberle cedido las tierras que no quería trabajar. Se las vendió a un foráneo.

»Cuando Arthur murió, tú heredaste las tierras, y después, al fallecer Juno, me convertí en tu tutora y en la guardiana de tu patrimonio. No podíamos permitir que me quitaran la tuición. Eras lo único que tenía en el mundo y, que alguien te arrebatara de mis brazos solo por ambición, era inaceptable. Es fácil quitarle un niño a una mujer soltera. No soportaba la idea. Abel me aconsejó que me hiciera pasar por viuda, así te protegíamos a ti y tu legado... Iba a contarte esto en un año más, quería prepararme y prepararte para que conocieras esta historia, y darle a Juno el lugar que le corresponde en tu vida.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Una mentira tan grande no se puede ocultar por demasiado tiempo, y preferí contártela antes de que alguien lo hiciera para ponerte en mi contra y beneficiarse de ello. El incendio de Grant House fue una forma de ocultar el robo de todos los documentos que prueban que no soy tu madre, y que tú eres el legítimo dueño de Greenfield. Pueden usar esa información para quitarme la tuición legal y administrar tu patrimonio, sacando ventaja de ti, o también pueden hacer desaparecer todo rastro de que las tierras son tuyas. Es posible que quieran dejarnos en la calle, sin nada.

Jacob asintió, sorbiendo sus lágrimas. Sin decir una palabra, se puso de pie. Diana todavía contemplaba el suelo. Él siempre la había visto altiva, decidida y orgullosa, pero desconocía a esa mujer que no se atrevía a devolverle la mirada.

Dirigió su atención hacia el marqués, el cual seguía contemplando el jardín y secaba sus ojos con discreción. Jacob recordó que lord Somerton tenía un apellido diferente a sus hermanos, a excepción de lord Ernest. No manejaba los detalles de su historia familiar, pero si no fuera porque conocía el apellido del marqués, no encontraría alguna diferencia en los afectos que se prodigaban.

En cierto modo, lord Somerton y él eran parecidos.

El enojo que Jacob sintió instantes atrás se disipó. Al fin y al cabo, eran familia, compartían la misma sangre. Esa mujer había estado cuidándolo toda la vida, como si fuera su mamá verdadera. Aunque debía admitir que él nunca sospechó lo contrario, ella siempre le demostró su amor en todo momento, en todo lugar. El amor sí era verdadero.

Diana tuvo la oportunidad de abandonarlo, de entregarlo a otras personas, hacer su vida, casarse y tener sus propios hijos... pero ella se quedó con él, porque amaba a su hermana y lo amaba a él.

Tanto lo amaba que dejó que arrastraran su nombre por el fango, que inventaran barbaridades sobre ella y Abel, que nadie apreciara lo bondadosa y generosa que era. Ni siquiera sentía que tenía el derecho a odiarla por sus mentiras, porque no lo hizo por maldad o por hacer daño. Sabía cómo eran en el pueblo, no tuvo alternativa.

Después de conocer toda la verdad, Jacob solo tenía una certeza, seguía amando a Diana, no importaba si era Gallagher o Stone, si lo había parido o no.

Era lo único que tenía. La única madre que había conocido.

Si no fuera por el amor y los cuidados de ella, él se habría convertido en un monstruo, como la creación de Frankenstein, o peor aún, ni siquiera habría sobrevivido.

Volvió a observar a Diana, tan triste y desolada. No quería verla así, porque a él también le dolía.

Solo le quedaba una duda más por despejar.

—Te puedo seguir llamando mamá, ¿cierto? —preguntó al fin, limpiándose las lágrimas.

Diana alzó la vista y su expresión era una mezcla de sorpresa, miedo y felicidad.

—Oh, hijo... siempre, siempre seré tu mamá —aseguró con su voz quebrada y su rostro transformado por el llanto.

—Mamá... —Jacob abrazó a Diana, quien a su vez se aferró a su cintura, ambos rompiendo en un llanto que liberaba a Diana del último secreto de su vida.

Para ella era un llanto de dicha y alivio, Jacob no la odiaba, seguía siendo su hijo, seguía siendo su mamá. Ya no sentía el alma desnuda y desgarrada.

Seguía siendo Diana.

Frank se mantuvo en su lugar, observando a madre e hijo fundidos en un abrazo. Hubo un instante en que la mirada de ella y él se cruzaron. No fueron necesarias las palabras, había

completa comprensión.

Dirigió su atención al jardín y secó otra vez la humedad de sus ojos. Conmovido y conforme, volvió a respirar con normalidad. Todo había salido bien, Diana volvería a ponerse de pie, con más fuerzas para dar la pelea.

Sintió unas ganas enormes de ir a abrazar a August, su padre. De pronto tuvo la sensación de que no habían sido suficientes las oportunidades de decirle cuánto lo amaba, y darle las gracias por ser el hombre que cambió sus vidas con solo una cosa.

Amor.

Frank estaba sentado en la escalinata que daba acceso a Somerton Court. El aire estaba impregnado del aroma de las flores que adornaban los jardines. Bebía una copa de oporto observando las estrellas. La noche estaba particularmente calurosa.

Reflexionaba sobre la miríada de emociones vividas desde la noche del viernes. El domingo estaba llegando a su fin y sentía que había vivido diez años en dos días.

Aun así, por extraño que pareciese, estaba tranquilo.

Había tomado una decisión.

—¿Te queda algo de oporto, hijo? —preguntó August a sus espaldas, con su característico tono de voz relajado.

Frank le ofreció la copa a su padre, apenas había probado el licor. August la recibió de buen grado, bebió un sorbo y se la devolvió, al tiempo que se sentaba al lado de él.

Y, al igual que su hijo, elevó la mirada al firmamento.

—¿No puedes dormir, Frank?

—Hace mucho calor esta noche, y estoy agotado, tanto que no puedo conciliar el sueño. —Bebió un sorbo de oporto y dejó la copa a un lado. Volvió sus ojos al cielo.

—Por un momento pensé que cierta señorita era la que te quitaba el sueño —insinuó August mirando de reojo a su hijo.

Frank ni siquiera se tomó la molestia en negarlo. Solo sonrió.

—También es por cierta señorita —admitió.

—Me simpatiza mucho la señorita Stone —sentenció August—. Durante la cena se veía más relajada y sonreía más.

—Se ha despojado de sus secretos. Jacob sabe toda la verdad —reveló, incluso él se sentía más tranquilo y sereno.

—No hay nada más hermoso que una mujer libre.

Frank hizo un gesto afirmativo, y no hubo más palabras. El sonido de unos grillos fue lo único que se escuchó por largos minutos.

—¿Qué te hizo tomar la decisión de pedirle a mamá que se fuera a vivir contigo, a pesar de estar casada y con dos hijos? —preguntó Frank, la curiosidad le asaltó—. No sabías si ella iba a aceptar.

August sonrió.

—No tenía nada que perder, porque mi corazón siempre le perteneció —respondió—. Si no me aceptaba, iba a continuar con mi vida, pero solo. Mi primera esposa murió al dar a luz a Justin y Horatio... perdió su vida por culpa de un hombre que la quiso a medias. Me prometí que no me involucraría con nadie más si no me entregaba por completo. Tuve suerte, Minerva no me había olvidado, fue increíblemente valerosa. Me honró al depositar su confianza en mí, me dio

sus dos hijos.

Frank esbozó una imperceptible sonrisa, desde el comienzo August se comportó como un verdadero padre. Era firme pero cariñoso, pocas veces elevaba la voz, y cuando lo hacía, era porque el motivo era poderoso. Nunca hizo diferencias en sus afectos.

Lord Somerton se aclaró la garganta, necesitaba salir de dudas.

—¿Nunca te ha dado miedo que me vuelva como él?

—¿Cómo quién? ¿El antiguo marqués? —replicó August sereno. Al tener el mismo nombre, nunca se referían de forma directa sobre el progenitor de Frank.

—Todos quienes lo conocieron dicen que soy idéntico a él físicamente... ¿Nunca han temido que, con el paso del tiempo, iguale su forma de ser, sus vicios y comportamiento? —interrogó Frank, evidenciando su temor más grande, porque todavía sentía que podía corromperse. En su interior, siempre estaba pendiente del control que ejercía sobre sí mismo, de cada acción, cada decisión, cada sentimiento. A veces pensaba que era prisionero de los pecados de su progenitor.

—Francamente, pienso que la sangre solo hereda rasgos físicos, tal vez algunos gestos y ademanes... Pero, si de algo estoy muy convencido, es que jamás serás como él ni llegarás a los extremos que rebasó; partiendo por el hecho de que tienes una madre extraordinaria, hermanos que te aman, numerosos parientes y amigos que te adoran, y un padre que ha intentado criarte con valores humanos y mucho amor. Eres un hombre que ha sabido manejar el dinero, la influencia y el poder. —Miró a Frank, no tenía ninguna duda, se había convertido en un gran hombre—. No estás exento de cometer errores, pero es parte de la vida misma. Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío.

Esas palabras le brindaron sosiego a las tribulaciones de Frank. Dejó de contemplar las estrellas y le devolvió la mirada a August.

—Y yo estoy orgulloso de ser tu hijo. Eres el mejor, te amo, papá...

Frank abrazó a August con fuerza, no había tenido la oportunidad de hacerlo hasta ese momento. Necesitaba ese contacto.

—Te amo, mi muchacho. Gracias por permitirme ser tu padre —dijo August emocionado.

Se quedaron un rato así, quietos en ese abrazo que no necesitaba más palabras, sus respiraciones acompasadas lo decían todo.

—Había olvidado el motivo por el cual bajé —declaró August mientras se separaba de su hijo—. Minerva me envió para decirte que es demasiado tarde para estar aquí afuera, y que te vayas a dormir.

—Cuando me acabe el oporto —prometió.

—Se lo diré... y obedece, no tengo intención de bajar otra vez. —Se levantó y se llevó las manos a la espalda baja, al tiempo que se estiraba y quejaba—. Estoy demasiado viejo para esto.

—Viejos son los goznes de las puertas. Estás en la flor de la vida, papá.

—Sí, claro —satirizó alzando sus cejas—. Buenas noches, Frankie.

—Buenas noches, descansa.

Como todos los lunes, después del desayuno, el señor Rupert Hyde, vicario de la Iglesia de San Miguel y Todos los Ángeles, salió a inspeccionar el trabajo que realizaba Archibald Howard en los jardines de la iglesia. El muchacho era muy pobre pero se ganaba la vida honradamente haciendo trabajos de todo tipo; repartía mercadería del único almacén del pueblo, a veces era mensajero, carpintero, cuidaba caballos, y un interminable etcétera, etcétera, etcétera...

Pero en lo que se destacaba y tenía un real talento, era para estar en el instante preciso en que se gestaba un cotilleo.

Por eso, en el momento en que Diana Gallagher bajó del tálburi de la mano de lord Somerton, supo que un nuevo rumor surgiría y, antes del anochecer, por lo menos la mitad de la población de Somerton se enteraría de todos los detalles.

El primero de ellos, Diana Gallagher había abandonado el luto.

Las hermanas de Frank todavía intentaban arreglar sus vestidos viejos —sospechosamente, los estaban dejando peor— e insistieron en que, si Diana pretendía ir a la iglesia, por lo menos que no fuera de varón para no escandalizar al vicario. Emily, quien tenía la misma contextura de Diana, le ofreció compartir su ropa mientras tanto.

Por lo que ahí estaba ella, caminando hacia la entrada de la iglesia del brazo de lord Somerton, ataviada de un primoroso vestido de color lavanda. No podía negar que se sentía bastante nerviosa e intimidada, el negro era un escudo, su disfraz de viuda.

Ahora se sentía como si estuviera desnuda en el centro del pueblo.

—¡Lord Somerton! —exclamó el vicario—. ¡Qué alegría tenerlo de visita! —El señor Hyde se acercó a la pareja con una sonrisa, la cual se transformó cuando reparó en la acompañante del marqués. Abrió los ojos con asombro, e incluso parpadeó para asegurarse de estar viendo bien—. ¿Señora Gallagher?

Diana sonrió incómoda.

Archibald seguía recortando uno de los parterres, mirando de soslayo a la pareja y aguzando el oído.

—Buenos días, señor Hyde —saludó ella apretando un poco el brazo de Frank como acto reflejo.

—Buenos días, señor Hyde —dijo Frank haciendo una leve inclinación.

—Antes que nada —terció el vicario—, lamento mucho la desgracia que le ha sucedido, señora Gallagher. En el servicio de ayer oramos por usted y su hijo.

—Muchas gracias por considerarnos en sus plegarias. No ha sido una situación fácil —agradeció Diana con sinceridad. No era una asidua visitante de la iglesia, solo iba para las festividades más importantes, para que no la acusaran de atea. Con una sonrisa más relajada, apreció el gesto del señor Hyde.

—Por supuesto que no lo es... Nos enteramos que en Somerton Court les han dado alojamiento temporal a usted y a su hijo —comentó el señor Hyde.

—Y a mis gallinas —añadió Diana.

—Las mejores ponedoras —elogió Frank—. Los huevos más sabrosos de Inglaterra. ¿Sabía usted que la señora Gallagher nombra a todas sus gallinas? Es realmente notable porque cada una obedece, nunca falla. —No, no podía evitar hablar de la habilidad de Diana, es que todavía lo impresionaba.

—No, no sabía que las gallinas respondían a un nombre... —comentó un tanto desconcertado, pero no perdió el tema de conversación—. Espero que pronto pueda empezar a reconstruir su hogar, señora Gallagher... Si me permite el atrevimiento, no deje pasar demasiado tiempo. No puede vivir bajo el mismo techo de un hombre soltero sin que empiecen las habladurías. Creo que fue suficiente con Abel Grant.

Las sonrisas de Frank y Diana desaparecieron.

El vicario carraspeó y se arregló el cuello de su camisa. Su consejo, al parecer, no fue tan acertado... ni bien recibido.

—Precisamente por eso hemos venido a visitarlo —convino Frank sereno, pero sin dejar la

severidad de su semblante—. Necesitamos conversar en privado con usted.

Dicho esto, el señor Hyde los invitó a su oficina y le dio una breve mirada a Archibald, quien emparejaba con afán el parterre.

Cuando la señora Gallagher, lord Somerton y el señor Hyde se internaron en la iglesia, Archie tomó las herramientas para guardarlas en la bodega.

La lengua le ardía por divulgar el cotilleo más jugoso de la semana.

Lord Somerton se iba a casar con Diana Gallagher.

Capítulo XIV

Mientras se sentaba frente a su escritorio, el señor Hyde ofreció a sus visitantes té y pastitas para amenizar la charla, y tratar de salir airoso de su desafortunada sugerencia.

Frank y Diana aceptaron por mera cortesía. Tomaron asiento uno al lado del otro en las sillas que estaban dispuestas para las visitas. El vicario los observó brevemente, mas no pudo apreciar ninguna emoción en ellos. ¡Qué difícil tratar con personas tan apáticas!

—Entonces —inició la conversación el vicario—. ¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

—Como ya le habíamos comentado, se trata de mi situación en particular —respondió Diana—. El incendio destruyó toda la documentación que prueba que Greenfield le pertenece a mi familia y, en estos momentos, estoy en el proceso de conseguir copias de dicha información, y evitar futuros conflictos con el señor Barnaby Grant.

—¿Barnaby Grant? —cuestionó el vicario extrañado.

—El señor Grant ha estado tras la propiedad de la señora Gallagher desde que el señor Abel Grant falleció —respondió Frank—. No pudo establecer una demanda cuando aquello sucedió, dado que el antiguo magistrado estaba enfermo. Meses después, cuando tomé el cargo, pretendía impugnar la compraventa solo argumentando que la señora Gallagher sedujo a su medio hermano. Le sugerí que lo hiciera mediante pruebas escritas.

—Oh, entiendo... Y ahora que sus documentos han desaparecido... —El señor Hyde dejó la suposición en el aire.

—Tengo entendido que la vicaría cuenta con un registro de las propiedades del pueblo —continuó Diana—, en donde se indica el nombre del dueño, sus límites, dimensiones y otros datos. ¿Es eso correcto?

—Está muy bien informada, señora Gallagher —afirmó el señor Hyde con un tono condescendiente, que Diana ignoró para no espolear su mal carácter.

—Soy una terrateniente, debo estar al tanto de esa información... Entonces, puedo conjeturar que el señor Abel Grant hizo la debida actualización del registro de Greenfield, cuando fue adquirida en su totalidad por mi familia.

En ese instante, golpearon la puerta y entró la esposa del vicario portando una bandeja. Solícita y sonriente, ofreció té a las visitas.

—Muchas gracias —dijo Diana al recibir su taza.

—Es un placer —respondió la señora Hyde dándole una mirada apreciativa—. Permítame decirle que se ha quitado diez años de encima con ese hermoso vestido. El color lavanda es verdaderamente halagador en usted.

—Es muy amable, gracias.

—Debió haber sucedido algo muy importante para que abandonara el luto —comentó mientras le entregaba la taza a lord Somerton, quien agradeció con un silencioso gesto.

—Me he quedado sin una prenda de vestir a causa del incendio —respondió Diana con cierto desenfado—. Una de las hermanas de lord Somerton ha sido muy amable en prestarme sus vestidos, mientras mando a confeccionar un guardarropa nuevo para mí y mi hijo. De hecho, después de esta entrevista, iré al atelier de la señora Morrison.

—Oh, entiendo... —replicó un tanto avergonzada—. Vaya, fue peor de lo que cuentan.

—Ni siquiera la estructura sólida sirve para la reconstrucción —acotó lord Somerton y, acto seguido, bebió un sorbo de té—. Me temo que mis huéspedes estarán al menos un par de años en

Somerton Court, dado que tendrán que construirla de nuevo.

—Eso es mucho tiempo —intervino el señor Hyde con un leve tono de censura.

—No pretenderá que la señora Gallagher invierta en una cabaña para vivir ahí con su hijo, al tiempo que construyen una casa de las dimensiones que tenía Grant House, solo por mantener a la gente callada —amonestó Frank con severidad, casi escandalizado—. El dinero no sale precisamente de los árboles.

—Y tampoco pretendo vivir a expensas de lord Somerton —añadió Diana mirando de reojo a Frank. Él no se inmutó—. Si bien soy su huésped, no es correcto abusar de la hospitalidad y generosidad que me han entregado.

—No, claro... —convino el vicario, sin saber muy bien cómo replicar.

El aire, de súbito, se volvió difícil de respirar con el denso manto silente que reinaba.

La señora Hyde se aclaró la garganta.

—Si me disculpan...

—Por supuesto, señora Hyde —autorizó el vicario.

La mujer salió rauda de la oficina. Diana bebió un sorbo de té.

—Bien, ¿en qué nos quedamos? —preguntó el señor Hyde para retomar el motivo de la visita.

—El registro de Greenfield —recordó Frank lacónico.

—Oh, sí... Bueno, supongo que el registro sí se actualizó —dijo el vicario.

—¿Cómo que supone? —interpeló Diana frunciendo el entrecejo.

—Verá, como ha de saber, yo llegué a Somerton hace un año. Tengo entendido que Greenfield pasó a ser de su propiedad por ese entonces.

—Un año y medio para ser precisa. —Y Diana comprendió—. En esa época usted no era el vicario, era...

—El difunto señor Potts —completó el señor Hyde—. De todas formas, si todo se hizo como conjeturamos, no debería haber problema alguno. De hecho, el registro de las propiedades está en esta misma oficina.

—Al fin una buena noticia —celebró Diana—. ¿Nos podría dar una copia del registro?

—Por supuesto, pero me va a tomar un tiempo, no he tenido la oportunidad de familiarizarme con ese aspecto de la vicaría, ya que no es algo que sea revisado con regularidad. Ni siquiera sé si los documentos están ordenados alfabéticamente.

—¿Le parece si volvemos en una semana? —propuso lord Somerton para imponerle un poco de presión al vicario.

—Una semana es perfecto. Si lo encuentro antes se lo haré saber en persona —contestó el señor Hyde complaciente.

—Estaremos muy agradecidos por su tiempo y dedicación —sentenció Diana dejando su taza sobre la bandeja y levantándose de su asiento. Frank y el vicario la imitaron casi al mismo tiempo.

—Muchas gracias, señor Hyde, por recibarnos —agradeció Frank ofreciéndole la mano al vicario, quien, sorprendido, respondió al gesto.

—Ha sido un placer, milord, señora Gallagher —aseguró al mismo tiempo que se apresuraba en ir a la puerta y despedir a sus visitas.

—Nos vemos el próximo lunes, señor Hyde —se despidió Frank mientras le ofrecía el brazo a Diana, ella se aferró a él y cruzaron el umbral.

—Nos veremos, milord, señora Gallagher.

Al cerrar, el señor Hyde se apoyó resoplando, y su mirada se desvió a la puerta que estaba a la derecha de su escritorio. Gimió desconsolado. El registro de propiedades era un verdadero caos,

iba a ser un milagro si encontraba el dichoso documento en una semana.

Mientras tanto, Diana y Frank caminaban hacia el tálburi a paso relajado, tomados del brazo. Ella dio un suspiro desanimado.

—No se preocupe, Diana, todo saldrá bien —tranquilizó Frank poniendo su mano sobre la de ella.

—Eso espero, Frank... —Se quedó un momento callada, dubitativa—. Si quiere vuelva a Somerton Court. No es necesario que me acompañe al atelier.

—No, me he comprometido con usted. Además, ser el hermano mayor de tres señoritas me ha dado la experiencia necesaria para dar consejos de moda. —Se acercó a su oído y susurró—: Sé distinguir todos los tonos de rojo.

Diana rio ante esa ocurrencia, necesitaba disipar la sensación que dejó toda su piel erizada, al sentir el cálido aliento de él en su oído.

—Es cierto —continuó socarrón, mirándola de soslayo y alzando una ceja—. Conozco el nombre de cada prenda femenina y su uso. De no haber sido aristócrata y abogado, habría sido modisto, con nombre francés, por supuesto. Creo que *monsieur* François suena distinguido.

—Oh, Frank. —Diana no podía parar de reír, lo miraba coqueta ante ese delicioso momento de distensión.

—Así que, permítame el placer de acompañarla.

—Oh, ya que insiste —accedió con una sonrisa.

—Diana —llamó con un tono de voz más íntimo—... hablando en serio... con todo lo sucedido, ¿ha considerado dejar el luto?

Ella se encogió de hombros.

—He llevado tantos años el negro... no sé. Creo que no me acostumbraría.

—Se lo pondré más fácil de decidir; si no hubiera tenido que representar el papel de viuda, ¿habría vuelto a vestir de colores?

—Sí, sin duda. Ser hija de un comerciante me permitía darme ciertos lujos... La mercancía de Milton Stone debía ser bien exhibida —comentó con corrosivo humor, su semblante se descompuso por breves segundos e intentó retomar enseguida el buen talante—. Me gustaba tener vestidos y estar a la moda... Creo que en ese sentido he cambiado, el negro me permite no pensar en cómo combinar colores... durante estos años, perdí gran parte de mi frivolidad.

—La entiendo, pero coincidido con la señora Hyde, usted se ve preciosa sin el luto... —halagó sin siquiera ponerse nervioso.

—Ella no dijo eso, dijo que me veía más joven.

—¡Me ha descubierto! —Se puso una mano en el pecho, fingiendo afectación—. Pero no retiro lo dicho. Me encantaría verla en colores vivos, no esos terrosos y apagados. Deslumbraría ataviada en azul, celeste, turquesa, lavanda, rojo, rosa, fucsia...

—¡Es verdad que conoce varias tonalidades de rojo! —exclamó burlona y sorprendida, y volvió a reír.

—¡No me creyó! —dijo haciéndose el ofendido—. Oh, Diana, creí que habíamos superado la etapa de la desconfianza.

—La hemos superado con creces, milord.

Frank esbozó una sonrisa seductora y ayudó a Diana a subir al tálburi, luego, rodeó el coche y subió. Con las riendas azuzó al caballo y emprendieron rumbo al atelier de la señora Morrison.

Varios pares de ojos los observaban y cuchicheaban con discreción. Los rostros sonrientes del marqués y la señora Gallagher —y el evidente coqueteo— confirmaban que pronto habría campanas de boda.

¡Vaya escándalo!

Ya de vuelta, Diana tenía una expresión risueña. Sí, un poco de frivolidad le sentaba bien a su espíritu femenino. Retiró ropa para Jacob que había encargado antes del incendio y compró para ella camisones, medias, corsés, enaguas, guantes y vestidos.

Muchos vestidos.

Frank eligió telas, diseños y colores.

Muchos, muchos colores. Menos el negro.

Y aquella visita alimentó rumores.

Muchos, muchos rumores.

Para todo el pueblo de Somerton, la viuda ya le había clavado las garras al magistrado. El incendio propició aquello que se inició en el baile del señor Fletcher, en donde todos fueron testigos de la preferencia que tenía lord Somerton hacia Diana Gallagher. Y no pasaron ni dos días desde que Grant House desapareció y ya estaban visitando al vicario —para fijar fecha de matrimonio, lógico— y luego el atelier de la señora Morrison para encargar ropa nueva para la futura marquesa —y, por supuesto, su vestido de novia—.

Y la familia del marqués lo aprobaba. ¡Inaudito!

Tal efectividad en encontrar amantes por parte de la señora Gallagher despertaba muchas conjeturas. La principal; que era una experta en artes amatorias, y que poseía una capacidad actoral perfecta de damisela en peligro, al punto de seducir a dos hombres poderosos para lograr su protección. La menos probable; era que en realidad todo tenía una explicación lógica que le diera sentido a todos esos acontecimientos.

Ya empezaban a pensar que el incendio fue intencional... ¡Pero por parte de la misma señora Gallagher! ¡Solo para entrar en Somerton Court! ¡Qué mujer más astuta!

Cuando en Somerton surgía un rumor, todo se convertía en un infierno.

—Le quiero mostrar un lugar que descubrí en mis recorridos por la propiedad —propuso Frank desviándose del sendero, tomando un camino aledaño que se internaba en Somerton Court.

—¿Usted no conocía sus tierras? —preguntó Diana con interés.

—Cuando falleció mi progenitor, Somerton Court estaba en la ruina y se había perdido todo su patrimonio... él asesinó a lord Swindon, el padre de mi primo Thomas, por asuntos de dinero. Ellos eran de la misma calaña, vividores, ludópatas, estafadores y maltratadores; Swindon le robó a Somerton y Somerton mató a Swindon... Thomas, junto con su padre putativo, compensaron aquel robo y me ayudaron a sanear las deudas. Con los años y la administración de mi padre, mi hermano y yo, restituimos todo lo perdido. Logramos recuperar y engrandecer nuevamente el marquesado.

»Yo no conocía mis tierras pues viví aquí hasta los cinco años... Recuerdo muy poco, a decir verdad. Mi último objetivo por alcanzar era vivir en Somerton para saldar una deuda de honor. Esta es la tierra que, bien trabajada, nos da una buena vida. Debo retribuir lo bueno que me ha dado mi título.

El tílburí traqueteaba en el pedregoso camino. A ambos lados se extendían vastos campos de trigo y avena, que empezaban a colorearse de ese característico dorado que el verano les

otorgaba.

El cielo estaba limpio, ni una sola nube manchaba la límpida inmensidad celeste.

—Los magistrados no ganan un sueldo —aseveró Diana al cabo de un momento—. Es un trabajo al servicio de la comunidad. Pero, a mi juicio, usted no tiene deudas que saldar con nadie, creo que ha pagado demasiado caro un pecado del cual no es culpable.

Frank esbozó una sonrisa.

Continuaron por el sendero sin hablar. Entre ellos, el silencio no era incómodo, y Diana estaba disfrutando del paseo. Cerró los ojos al sentir una leve y cálida brisa.

—Creo que me conformaré si alcanzo la inmensa fortuna de casarme y, ojalá, tener hijos. Mi heredero no llevará mi nombre —explicó quebrando la silente atmósfera, ella abrió los ojos. La voz de Frank era serena y grave. Diana observó su perfil varonil—. Todos los marqueses de Somerton se llaman Frank Smith. Quiero ser el último. De momento, será así. Si yo no formo mi familia, Ernest será el que romperá esa tradición que siento maldita.

—¿Por qué cree que no podrá formar una familia? —interpeló Diana sorprendida.

—Hemos llegado —anunció Frank, evadiendo dar una respuesta.

Se apeó del tílbur y ayudó a Diana a bajar. Estaban a la entrada de un bosque. El sol ya estaba en su zenit, pero en aquel paraje los rayos del sol penetraban con dificultad.

—Solo se puede entrar a pie —advirtió Frank y le tomó la mano a Diana, quien no decía una palabra. Aquel bosque era sobrecogedor; árboles altos y añosos, el aire fresco que contrastaba con el calor reinante, esa fría penumbra que le confería un aire mágico.

Frank la guio en silencio, salvo para advertirle sobre una raíz saliente o una roca para que no cayera. Había cierto aroma a petricor en el ambiente, que le llenaba los pulmones y serenaba su ánimo.

Camaron tomados de la mano hasta que llegaron a un claro, era un amplio prado de hierba y flores silvestres a la sombra de los árboles. Mariposas amarillas revoloteaban al son del trinar de cientos de pájaros y, en un rincón a la sombra, había una vieja cabaña. Si el bosque en sí era mágico, ese lugar era casi sobrenatural.

—Es precioso —susurró Diana.

—Lo es, esa es la cabaña del guardabosque —indicó apuntando con el dedo índice—. Pero lleva décadas sin ser habitada. Creo que debería haber uno, mis arrendatarios me comentaron que han sorprendido a muchos intrusos haciendo caza furtiva en este lugar.

—Tiene razón, debe contratar uno... —convino un tanto distraída con el magnífico e íntimo entorno. Diana inspiró y cerró los ojos, sentía una maravillosa paz brotando en su corazón. A pesar de todas las preocupaciones actuales, nada se comparaba con la tranquilidad de liberarse de la opresión de ocultar la verdad.

—Quítese los zapatos —sugirió Frank—, sentir la hierba en los pies es como estar en el paraíso.

—Lo haré si usted lo hace.

Frank no necesitó que se lo dijeran dos veces, se quitó las botas y las calcetas. Gimió gustoso al sentir el frescor de la hierba en la planta de sus pies. Diana hizo lo mismo, por unos instantes, dejó que esa alfombra verde le diera la refrescante bienvenida.

Frank le ofreció la mano para que se levantara y continuaron su paseo tomados de la mano, dejando sus zapatos atrás. El silencio se llenó con el dulce canto de los pájaros, y el susurro de las hojas de los árboles. Aquel claro era una verdadera caricia para el alma.

—No sé si lograré formar una familia —dijo Frank de súbito, contestando la pregunta que había quedado en el aire y que Diana no había olvidado. Ella pensó que él no la iba a

responder—. Todo depende de usted.

—¿De mí? —interpeló deteniendo sus pasos y mirándolo con incredulidad. Frank también dejó de caminar y quedó frente a ella.

—De si acepta transformar esta amistad en algo más —respondió mirándola a los ojos y arreglándole un mechón de su cabello—. Ya no soporto más la incertidumbre de no saber qué hacer... Debo confesarle que me he enamorado de usted. La amo de una manera poderosa, irrevocable e imperecedera... —Diana abrió sus ojos de par en par, sin poder creer lo que estaba escuchando. Su boca jadeó, mas no pudo replicar, había perdido su capacidad de articular palabras—. Y si solo siente afecto o cariño fraternal hacia mí, lo entenderé y lo aceptaré. Pero debía... necesitaba, decirle que usted ha logrado en mí lo que creí imposible; amar a una mujer más allá de la razón... La amo tanto que no quiero obligarla ni presionarla a nada. Aceptaré con gusto solo lo que desee darme libremente.

»Durante toda mi vida adulta, me sentí incapaz de experimentar ese sentimiento y, por ese motivo, nunca estuvo dentro de mis planes un matrimonio, y mucho menos uno por conveniencia. —Esbozó una sonrisa melancólica—. Antes de conocerla, creí que moriría soltero, porque la conveniencia se transforma en un verdadero infierno y no tengo alma de verdugo para someter a una mujer a un enlace de esa naturaleza.

»Y de la única forma que quiero unir mi vida a la de alguien es por amor... Y quiero estar con usted de la manera que sea; como compañero, amigo, esposo... o todas juntas.

Diana todavía estaba boquiabierta ante esa declaración. ¡Frank estaba loco!

—No puede ser, Frank... Yo... —balbuceó sin saber qué responder. Su corazón golpeaba las paredes de su pecho, luchando por salir de él y unirse a los latidos de Frank para siempre. Ella no podía... ella...

—No me ama... —intervino triste y desolado, pero al menos tenía el consuelo de una respuesta, la cual le daba un rumbo a seguir con su corazón y sus sentimientos.

—¡No! —se apresuró a aclarar—, no se trata de eso...

—Entonces, ¿sí siente algo por mí? —preguntó emocionado y esperanzado, enmarcando el rostro amado entre sus manos. No podía resistirse a acariciar esos suaves e inocentes pómulos sonrosados con sus pulgares.

—Tan poderoso, irrevocable e imperecedero... Así es el amor que siento por usted —admitió, y una lágrima no alcanzó a deslizarse por su mejilla, Frank la interceptó con sutileza—. Pero una unión entre nosotros implica algo que yo no sé si le podré dar.

—¿Se refiere al sexo? —preguntó directo, sin eufemismos ni ambigüedades. Era el único impedimento que ella podría esgrimir, porque era bien sabido que un matrimonio no se sustentaba solo con amor. La pasión era también un factor fundamental.

Diana asintió con pudor.

—No sé si, físicamente, sentiré algo, o si se debe sentir algo o si usted sentirá algo —confesó tropezando con sus palabras, avergonzada de su ignorancia, de tener en su memoria solo una asquerosa versión de un acto sublime. Cerró los ojos, Frank no le permitía bajar la vista—. No quiero que sufra si yo no puedo darle nada de lo que se espera de una esposa... —Abrió sus ojos y se encontró con ese par de zafiros que tanto amaba—. Solo soy una mujer rota que quizás no pueda siquiera concebir... Estoy vieja y solterona, a mis veintiocho años, tal vez mi vientre ya se ha convertido en un desierto... No quiero que al final, ese hermoso sentimiento que me profesa, se convierta en odio y desidia... No lo soportaría, sería una dolorosa agonía.

Frank la abrazó fuerte, Diana se aferró a él y sollozaba en su pecho sólido y acogedor. Era mejor decir la verdad. Siempre la verdad.

—No me importa si no puede concebir, tengo un heredero y es mi hermano —afirmó Frank con absoluta convicción—. Jacob será como un hijo... creo que ya lo es.

—Pero, ¿y lo otro, Frank? Ni siquiera sé si podré hacer el amor con usted... ¿Cómo va a cimentar una unión sin garantías? ¿Cómo voy a cumplir con mi deber?

—Lo intentaré... —interrumpió, tomándola por los hombros y la miró a los ojos—. Lo intentaremos. Nunca lo vea como un deber... Es un regalo que nos damos mutuamente, es otra forma de demostrar amor. Diana, por favor, tenga fe en usted, en mí. No nos niegue la oportunidad, no le dé cabida al remordimiento por no tratar. Se lo suplico, hagamos el intento, déjeme aprender a cómo besarla, cómo acariciarla, cómo tentarla... Arriésguese conmigo. Déjeme seducirla hasta convertirla en mi esposa.

Diana se sentía dividida entre sus temores y sus deseos. Frank, fuera de todo pronóstico y de toda convención, la amaba.

Y ella lo amaba a él.

Era tan fácil que todo se destruyera.

Pero también estaba la posibilidad de que sucediera todo lo contrario, que pudieran amarse... aprender a amarse, que él quitara de su cuerpo la huella indeleble que le habían dejado a la fuerza. Que él le ayudara a encontrarse de nuevo, y que la guiara por ese camino.

¿Qué más podía perder si su corazón ya le pertenecía a Frank?

—Entonces... sedúzcame... y si tiene éxito, seré suya. Irrevocablemente suya.

Y él la besó.

Capítulo XV

Lo primero que sintió Diana fue la tibieza de los labios de él sobre los suyos. Era un toque sutil, firme, lento... contenido.

Y ella, inexperta, no supo qué hacer.

—No pienses, querida... Sigue tu instinto —susurró Frank apenas interrumpiendo el contacto. Abandonó sus hombros y enmarcó su rostro con delicadeza.

Frank acarició su boca con la de él, mostrándole cómo devolver ese beso. Vacilante, Diana lo imitó. Y, por fin, se amaron con sus labios por primera vez con devastadora languidez. Conforme pasaban los segundos, se familiarizaron a su roce y sabor, a ese exquisito y nuevo ardor.

—Te amo, Diana —murmuró Frank entre beso y beso.

—Oh, Frank —respondió azorada—. Yo también te amo...

—Tanto... tanto...

—Tanto...

Se separaron tan solo un instante, para recuperar algo de aire. Se miraron largos segundos con la respiración agitada.

Sonrieron.

Se volvieron a besar, al mismo tiempo se unieron, con un poco más de urgencia, con un toque más de avidez. Él la tomó de la cintura y ella se aferró a su cuello. Una nueva sensación se apoderó de Diana en el momento en que Frank susurró sobre sus labios:

—Abre un poco tu boca, querida mía... mi amor...

Y, al tiempo que ella lo hacía, con suma delicadeza, la punta de la lengua de él tentó sobre sus labios con cierta timidez, y sus alientos se fundieron. El instinto de Diana tomó las riendas y se atrevió a hacer lo mismo, logrando que él diera un leve y grave gemido. Decidida, se empujó sobre los dedos de sus pies. Necesitaba más, no sabía qué, pero su interior clamaba y exigía algo que no lograba comprender.

Lo que sí comprendía era que besar a Frank era un acto maravilloso. Y ser consciente de ello, la encendió y le hizo tener fe. El intercambio se profundizó ante el primer contacto de sus lenguas, que fue una caricia que se ejecutaba con inusitado candor.

Era extraño, nunca imaginó que en un beso podían involucrarse sus bocas de esa forma tan contradictoria; ternura y pasión se sentía en partes iguales. Frank estaba dentro de ella y ella dentro de él, probándose, degustándose. Él era fuerza y delicadeza y Diana no temía.

Con él, el miedo no existía.

Y Frank, poco a poco, la llevó de nuevo al inicio.

Miles de besos se redujeron a uno.

Se abrazaron con fuerza. Diana podía sentir los acelerados latidos del corazón de Frank. ¡Qué extraordinaria perfección fueron aquellos besos!

Frank estaba fascinado, ella era tan cándida, tan sensual, tan inconsciente de su poder. Se sentía humilde, tenía el inmenso honor de ser el hombre elegido para mostrarle a Diana el camino hacia el placer. No importaba lo que dijera todo el mundo, que aquel disfrute era pecaminoso y antinatural, sobre todo en las mujeres. Ellas no podían experimentar el gozo... Él no creía en eso, siempre pensó que, si Dios les había dado a hombre y mujer esa capacidad de sentir, por qué se insistía tanto en que era malo. No había maldad en el placer si ellos se amaban. ¿O sí?

No importaba, aunque ardiera en el mismo averno, quería que ella sintiera esa etérea subyugación que era alcanzar el éxtasis.

Que se abrieran las puertas del infierno, gozoso ardería en sus llamas. Él le iba a hacer justicia a su fama, iba a ser el demonio que arrastraría a ese inocente ángel a conocer el disfrute que podía otorgarle su propio cuerpo.

—Eres maravillosa y valiente, mi dulce Diana —aseveró Frank, pletórico de esperanza, determinación y felicidad.

—Ha sido hermoso, Frank —susurró ella sobre su pecho.

—¿Lo has disfrutado todo? —preguntó besando su coronilla.

—Mucho.

—Entonces hemos superado la primera prueba, has recibido mi boca y yo he disfrutado la inocencia de la tuya... ¿Puedo besarte cada vez que pueda?

—Cada vez que quieras —replicó alzando su mirada, encontrándose con los ojos de él.

—Tú también puedes besarme cada vez que quieras. Lo ideal es que sea recíproco.

Diana, envalentonada, lo besó con suavidad, fascinada con esa nueva sensación de no tener barreras en su corazón, de poder tomar de ese hombre lo que quisiera, y él, dichoso, se lo entregaba en la medida que ella necesitaba.

—Me encantas, mi preciosa Diana... —declaró finalizando con besos cortos y castos—. Ahora pondremos una sola regla a mi deliciosa misión de seducirte. —Beso—; cada vez que quieras algo más, me lo pedirás. —Beso—. Solo haré lo que tú quieras que te haga. —Beso—. Tú tienes todo el poder sobre mí y lo que ocurra entre nosotros. —Beso—. ¿Estás de acuerdo?

—Muy de acuerdo, milord —respondió ella, sumamente femenina y coqueta. Beso.

—He de reconocer que amo cuando me hablas en ese tono —afirmó Frank mordiendo el labio inferior—. Sueles ser así con todos, es natural en ti, pero cuando lo usas conmigo, tu mirada cambia.

—Juno decía siempre eso, y también que me traería problemas.

—Bueno, el único problema grave es que tienes a este hombre a tus pies, y que se ha fijado el objetivo de llevarte al altar. —Sonrió mirándola a los ojos, descubriendo los matices de sus iris. Ella no lo sabía, pero él iba a salir victorioso. Diana ya era la futura marquesa de Somerton—. Te amo, Diana.

—Te amo, Frank.

Se volvieron a besar; calor, alientos y humedad se conjugaron; avanzaban y retrocedían, se reconocían y descubrían. Diana enredaba sus dedos en el cabello de Frank, mientras que él se limitaba a recorrer su espalda con las manos abiertas, deslizándolas hasta llegar a su cintura.

Frank se hubiera quedado toda la tarde besando a Diana, pero tenía dos motivos poderosos para abandonar el claro y retornar a casa; el primero y, aunque no le gustaba, era que debía dejar a Diana deseando más, que su cuerpo comenzara a despertar y a clamar por satisfacción; el segundo motivo era, simplemente, que debía detenerse. Podía ejercer un gran dominio sobre sí mismo, pero tenía un límite para tolerar el dolor e incomodidad de su rígida erección. Rogaba al cielo que ella no mirara hacia abajo y lo notara. No era el momento más apropiado de mostrar el lado más lujurioso de su naturaleza.

Volvieron sobre sus pasos, recogieron sus zapatos y se los calzaron. Al salir del bosque, tenían la sensación de haber despertado de un sueño. El aire caliente y el hambre los golpeó, trayéndolos a la realidad.

Sin embargo, esa realidad había cambiado. Ellos habían cambiado.

Para siempre.

—¿Has tenido alguna novedad, Horatio? —preguntó Frank a su hermano, quien había irrumpido en su despacho, mientras el marqués aprovechaba la tarde para atender algunos asuntos que llevaban varios días de retraso.

—La caja fuerte... —respondió lacónico.

—¿La de Grant House? —interpeló sin dejar de trabajar.

—Fui a revisarla otra vez, necesitaba asegurarme.

—¿Y?

—Visité al señor Freeman, el herrero del pueblo, para que me ayudara a desarmar el mecanismo de la cerradura. Necesitaba analizarlo y confirmar si usaron algún tipo de herramienta, o si dañaron alguna pieza. El sujeto no es muy hablador y es bastante aterrador, pero fue muy hábil y amable. Tardó menos de veinte minutos en tener todas las piezas expuestas. Confirmamos que la caja fue abierta con una llave y que no fue una torpeza del ladrón dejarla sin cerrar. Había un engranaje gastado.

—Entonces, no era tan fácil cerrarla como abrirla... —supuso Frank dirigiendo su atención a Horatio—. Las cerraduras comienzan a fallar en sus mecanismos con el paso de los años, y hay que tener maña para cerrarlas. Esta caja ya tenía, al menos, un par de décadas.

—Por eso mismo debieron haber usado una llave.

—Ya confirmamos que solo había una copia; la de Diana. —Su rostro no lo delató, pero se maldijo internamente por su desliz y referirse a ella de un modo tan familiar. Sintió el impulso de azotar su cabeza contra el escritorio.

«¡Torpe, Frank, eres un torpe!», se amonestó con dureza.

—Oh, ya veo que ya la llamas por su nombre de pila, ¡cómo cambian las cosas en un día! ¿Qué tan avanzados están tus asuntos con la señorita Stone? —interpeló perspicaz sentándose en una esquina del escritorio. Nada se le escapaba y no conocía la piedad, sobre todo si tenía la rara ocasión de importunar a su hermano mayor.

El único músculo que se movió en el rostro de Frank, fue una ceja que se alzó altiva como respuesta.

Horatio resopló ante el gélido mutismo de Frank.

—Está bien... —Alzó sus manos en un gesto de rendición—. Es un asunto que no me incumbe. Pero me incumbirá si ella se convierte en lady Somerton —advirtió socarrón.

—Por favor, ¿serías tan amable de llegar al punto? —exhortó Frank serio—. Pareciera que en ausencia de Justin tienes que tomar parte de su personalidad para que los demás no sientan su falta, hoy estás particularmente fastidioso.

—Cuando se trata de tener una oportunidad de azuzar al gran demonio, no hay que dejarla pasar.

—Horatio... por favor.

—Bien, bien... Como existe solo una llave de la caja fuerte —continuó Horatio serio, exponiendo su deducción—, alguien que tenía acceso y confianza en Grant House pudo haber aprovechado una distracción de la señorita Stone, robar la llave y obtener una copia para entregársela a quien ocasionó el incendio —conjeturó.

—Solo el servicio doméstico tiene esas facilidades —agregó Frank, siguiendo el hilo de la idea de Horatio.

—Como siempre, marqués, como siempre.

—Entonces, si logramos obtener una confesión de quien hizo la copia...

—Llegaremos al culpable —declaró Horatio.

—La señorita Stone. —Frank miró a su hermano, desafiante, a ver si le tenía otro comentario impertinente. Horatio esperaba a que su hermano prosiguiera con un aire de falsa beatitud—. Tenía a solo dos personas trabajando como servicio doméstico; la señora Lewis, el ama de llaves y la señorita Ada Townsend, quien se dedicaba a labores de aseo de la casa, unas cuantas veces a la semana.

—Vaya, mejor para mí, si tengo suerte, podré obtener toda la información para antes de la cena... —dijo Horatio entusiasmado, pero, de pronto, frunció el ceño, extrañado—. ¿Por qué la señorita Stone contaba con tan poco personal? ¿Es en exceso ahorrativa?

—Nadie quiere trabajar para ella, porque su mala reputación la precede —explicó Frank con sorna hacia quienes hablaban horrores de ella—... inmerecida, por lo demás.

—Oh... Entonces, si no fuera terrateniente, la estarían apedreando.

—No dudo en que la habrían expulsado del pueblo desde el instante que el señor Abel Grant murió.

—Vaya infierno a donde viniste a parar, Amudiel. Creo que aquí es peor que los salones de baile de Londres. Con todo respeto, los ilustres habitantes de Somerton se merecían al antiguo marqués.

Frank se encogió de hombros, su corazón no era tan negro para desearle esa calamidad a la gente del pueblo.

—En muchos aspectos, Somerton es peor que Londres. Las personas que ostentan poder y sus vicios influyen demasiado en el resto... Todo se devuelve en esta vida, es en la tierra donde se vive el cielo y el infierno... —reflexionó—. En fin, estoy habituado a la miseria del espíritu humano.

—Ser marqués tiene sus ventajas para salir airoso de las impías llamas, ¿no?

—El poder de un marqués y un magistrado son ventajas —corrigió—. Y hay que aprovecharlas...

—¡Exactamente! —Se levantó de la mesa de un salto, se dirigió a la puerta y la abrió—. Bien, iré a pedirle a la señorita Stone que me dé las direcciones de esas personas para seguir indagando... —Le dedicó una sonrisa maliciosa y cruzó a medias el umbral—. Por cierto, proponle pronto matrimonio, o cualquiera de nosotros lo hará —bromeó y escapó sin esperar a ver la reacción de Frank.

Por supuesto, no fue la que Horatio quería obtener.

Frank sonreía con satisfacción. Su hermano había llegado tarde con su advertencia.

Continuó con su labor, actualizando el libro de cuentas y respondiendo algunas cartas de sus conocidos que habían empezado a llegar conforme se asentaba en el pueblo.

Se preguntó qué estaría haciendo Diana, ya habían pasado unas tres horas desde que llegaron de su paseo al claro.

Recordó sus besos y la misión que tenía que llevar a cabo para que fuera su esposa.

El sonido de la puerta interrumpió sus pensamientos que comenzaban a ser lúbricos. Se removió en su asiento.

—Pase —autorizó lacónico, sin levantar la vista de la carta que estaba sellando.

—Me han enviado para tomar el té —anunció la voz de Diana. Frank alzó la vista y se encontró con ella cerrando la puerta con el codo, pues portaba una bandeja.

—Me encantaría, ya estaba terminando —respondió con una ancha sonrisa.

—Qué bueno... —susurró nerviosa. Se acercó al escritorio y comenzó a servir las tazas—.

Era sin azúcar, ¿cierto?

—Así es —confirmó—. Emily dice que no tengo alma porque me gusta amargo, al igual que el café.

Diana rio. ¡Vaya pensamiento!

—Me gustan mucho tus hermanas, son muy simpáticas y sencillas. —Le ofreció una taza a Frank y él la recibió—. Te adoran; Eleanor me dijo que siempre se te hace tarde cuando trabajas y olvidas la hora del té.

—Pierdo la noción del tiempo cuando lo hago.

—Así veo. —Sonrió con timidez—. Creo que ellas sospechan algo, insistieron mucho en que fuera yo quien te trajera el té.

—No les hagas caso... Aunque debo advertirte que ellas nos presionarán hasta que admitamos que entre nosotros hay algo más que una sincera amistad. —Bebió un sorbo de té y se comió una galleta—. Ahora, si es demasiado para ti mantener el secreto, podemos decir que estamos comprometidos.

—Pero sabes que no es verdad. Primero tenemos que probar... si yo puedo... eso. —Bebió un sorbo de té, le costaba hablar de ese tipo de intimidades.

Frank esbozó una sonrisa, como si él supiera algo que ella no. Ambos bebieron té y comieron galletas. Durante un rato, disfrutaron de sus infusiones en silencio.

—Mi familia no es ciega, Diana —señaló Frank al cabo de unos segundos—. No podemos insultar su inteligencia de esa manera. Así nos libraremos de la molesta actitud de cupido por parte de mis hermanas.

—Pero... ¿y si lo nuestro no funciona? —preguntó. Era una duda más que razonable.

—Yo tengo esperanza por los dos... Pero si no funciona, romperemos nuestro compromiso diciendo que la amistad no fue suficiente para un matrimonio, y que lo intentamos... ¿Te deja eso tranquila?

Diana meditó las palabras de Frank por unos segundos. Finalmente, aceptó lo que él proponía.

—Entonces, durante la cena...

—¿Puede ser en un par de días? —interrumpió—. Quiero decirle primero a Jacob, para que no lo tome por sorpresa. Ha sido suficiente que en tan pocos días perdiera su casa y se enterara de la verdad... Considero que su corazón necesita un descanso.

Frank no necesitó reflexionar demasiado, y asintió de inmediato con un gesto leve.

—Me parece más que razonable. Que así sea, querida —accedió—. Entonces, anunciaremos nuestro compromiso a mi familia cuando Jacob esté al tanto. Y no te preocupes, mi madre, en el fondo, desea que me case, por lo que hará una descarada vista gorda, y mi familia no interpondrá alguna decorosa e inútil barrera para salvaguardar tu virtud.

—Frank, sabes bien que yo no tengo...

—Para mí sí la tienes, querida —intervino—. La virtud de una mujer radica en su espíritu, no en algo intrínsecamente físico. Tú eres tan virtuosa e inmaculada como cualquier señorita. Y así te trataré hasta que te entregues, hasta que te conviertas en mi esposa y en mi amante.

La tez de Diana se llenó de un rojo intenso. A Frank le pareció adorable.

—Creo que tendrás que acostumbrarte a mi falta de delicadeza, pero prefiero ser franco y no adornar lo que es importante. Traspasamos una barrera que separaba ciertos temas de nuestras conversaciones, y esto es importante que siempre lo hablemos. Nosotros no tenemos el poder de leer la mente del otro, si no decimos nuestros temores, nuestros deseos, nuestros sentimientos, es difícil que nos entendamos.

Diana suspiró, no había forma de contraargumentar, era lógico. Ser mujer era una condena a

vivir en el oscurantismo frente a los temas sexuales.

«Sexual»... una palabra que estaba viniendo a su cabeza más veces de las que hubiera imaginado.

—¿Juno nunca te habló de su intimidad? —preguntó Frank.

—Ella solo se sonrojaba y sonreía —respondió recordándola con cariño. Por largos segundos se quedó ensimismada en el pasado.

—Diana...

—¿Sí? —Alzó la mirada, Frank se la devolvía con ternura.

—Te amo.

—Yo también te amo.

—¿Puedes venir a darme un beso?

Diana sonrió, dejó su taza de té en la bandeja y rodeó el escritorio. Se inclinó hacia Frank, al tiempo que él le tomaba una mano y la posaba sobre su pecho.

Sintiendo los constantes latidos del corazón de Frank, Diana lo besó con suavidad, pero pronto se abandonó a la urgencia de tomar más de él. Abrió la boca y sus lenguas se encontraron. Había reminiscencias del sabor del té y el limón de las galletas.

El aroma masculino a sándalo llegó a ella, mientras una lánguida caricia recorría su cintura hasta aferrarse a sus caderas.

¿Por qué sentía que no era suficiente?

—Porque de eso se trata el deseo —aseveró Frank interrumpiendo brevemente el beso.

—¿Lo dije en voz alta?

—Sí, mi amor.

Ella gimió compungida sobre los labios de él, quien sonrió. Le dio un último beso y la instó a separarse.

—No te mortifiques, es normal y aceptable —argumentó Frank intentando tranquilizar a Diana—. Recuerda, tú tienes el poder de avanzar en la medida que lo desees... Soy todo tuyo.

»Ahora, será mejor que termines tu té. Acabo de escuchar las voces de mis hermanas y la puerta no está con pestillo.

Dicho y hecho.

Sin golpear y con maliciosas sonrisas, las hermanas de Frank entraron en tropel en el despacho.

Para su gran decepción, solo se encontraron con una situación de lo más inocente, salvo por el leve rubor de la señorita Stone.

—Venimos a buscarlos para jugar el *Vingt-Un* —anunció Sophie.

—No, ustedes son tramposas y no estoy dispuesto a perder dinero —sentenció Frank entrecerrando sus ojos.

—¿*Whist*? —propuso Eleanor.

—No.

—¿*Piquet*? —terció Emily.

—Billar —zanjó Frank.

Diana alzó sus cejas, ¿ellas jugaban billar?

Las hermanas de Frank aceptaron en medio de protestas. Él jugaba mucho mejor que ellas.

Era mejor que nada.

A la orilla del río Cary, se encontraron dos hombres cuyos rostros eran anónimos, amparados por la oscuridad que les confería la cálida noche.

—¿Para qué me has llamado? —interpeló uno de ellos con voz acerada, sin mediar ninguna cortesía.

—Me niego a seguir participando en esto —declaró el otro. En su voz se evidenciaba lo nervioso que estaba—. Ese tipo de Scotland Yard y el magistrado están metiendo las narices en todas partes. ¡En cualquier momento van a descubrir que yo le pagué a Ada para que me diera el molde de la llave!

—Si ella no abre la boca, nadie se enterará —rechazó indolente.

—Tarde o temprano llegarán a ella. Si la presionan tan solo un poco, lo dirá todo. Ella no conoce la lealtad.

—Pues págale para que se vaya del pueblo. Nadie sospechará nada, se ha quedado sin trabajo.

—No puedo seguir pagándole a esa mujer. ¡Me tienes al borde de la ruina! —explotó desesperado—. ¿Por qué crees que estoy en esta maldita situación? Al principio fue una buena idea obtener esas tierras, pero resulta que ella no es la dueña, ¡es el mocoso! ¡Ni siquiera es su jodida madre! Si antes era difícil, ahora no tengo ninguna maldita posibilidad.

—Ese vocabulario no es para nada educado —amonestó burlón—. Nuestros planes no han cambiado desde que descubrimos aquella información, solo nos condujo a una única opción —repuso indiferente.

—¿Acaso pretendes convertirte en el tutor de ese niño? —interpeló mordaz y dio una risa llena de sarcasmo, intentando aparentar que era más valiente de lo que se sentía en realidad—. Supongo que ya te has enterado de que Somerton se va a casar con esa mujer. ¿Cómo le vas a quitar la tuición del chico Gallagher a un marqués? Entiende que esto no da para más, la situación se ha salido totalmente de control. La empujaste a los brazos de lord Somerton con tu estúpido incendio y ya no hay posibilidad de seguir con tu plan.

—Vas a continuar hasta el final —siseó, acercándose de súbito y amenazante. Lo tomó de las solapas de su chaleco, con furia—. O terminaré por arruinarte.

—Ya lo has hecho —replicó—. Hemos ido demasiado lejos, y no ha dado ninguno de los resultados que pronosticaste. Partiendo por el hecho de que el nuevo magistrado no es uno de los nuestros. Ese hombre tiene bien ganado su apodo, no obedece a nada ni a nadie, solo a sí mismo. Debiste dejarlo por la paz a la primera oportunidad.

—¡No me des sermones! —estalló zamarreándolo con furor.

—¡Estoy harto de ti! —Se zafó del agarre y le dio un empujón—. No me busques, estoy fuera... ¡Fuera! —exclamó determinado, y experimentó una liberadora sensación.

La ruina era mejor que seguir siendo una marioneta para pagar deudas, favores y secretos. Dio media vuelta y enfiló sus pasos hacia su hogar, resignado a que quedaba poco de esa vida que tenía.

El otro hombre se quedó mirándolo incrédulo y la ira lo encegueció. Dio un alarido que desgarró su voz y se lanzó sobre la espalda del maldito traidor, haciéndolo caer de bruces al suelo.

Aturdido, pero con sus reflejos agudizados por el terror, giró sobre sí mismo en el momento justo en el cual le iban a asestar con una roca en la cabeza, que quedó enterrada en el suelo. Se arrastró por el suelo y logró ponerse de pie con torpeza. Comenzó a correr, el corazón se le salía del pecho.

—¡¡Vas a morir, traidor hijo de puta!! —vociferó el otro hombre a sus espaldas, enajenado.

No quiso mirar hacia atrás, solo debía correr, correr y llegar a algún lugar más poblado. Eso

se convirtió en su único objetivo.

Para su desdicha, el otro hombre era mucho más enérgico y rápido. La carrera por su vida terminó cuando sintió que descargaban sobre él un empujón que lo desestabilizó, y le hizo caer aparatosamente sobre la orilla del río.

Un agudo dolor en la cabeza. La tibieza de su propia sangre se extendía por su cara.

El cielo estaba salpicado de estrellas, las cuales se veían dobles.

Un repentino peso sobre su abdomen. Unas manos alrededor de su cuello, dos pulgares presionando su tráquea.

Dolor.

—Muere, muere, muere, muere, muere... —susurraba una y otra vez el otro hombre montado sobre él.

El aire le faltaba, intentaba alcanzar el cuello del otro para ahorcarlo también, pero apenas lo tocaba. Se aferró a la ropa de él.

El sonido de la tela rasgándose no fue consuelo. Su agarre se tornó débil conforme pasaban los tortuosos segundos.

—Muere, muere, muere, muere, muere...

Se aferró a sus muñecas, daba patadas al aire de pura desesperación. El esfuerzo le exigía tomar el aire que no podía.

Miró a los ojos al otro hombre hasta que se le nubló la visión. Sus extremidades se aflojaron, un escalofriante sopor se apoderó de él.

Dejó de luchar.

Todo se volvió oscuridad.

Un silencio pesado e insoportable envolvió el ambiente. Ni siquiera el sonido de sus propios resuellos agitados perturbaba esa mortal quietud. En sus oídos se acrecentó un agudo pitido que se prolongó por eternos segundos.

El hombre zamarreó el cuerpo inerte intentando despertarlo. ¡Lo había matado!

¡No! ¿Qué había hecho?

Jadeando, miró en todas direcciones como un demente.

No podían encontrar ese cuerpo ahí, estaba demasiado cerca de sus respectivas casas.

Arrastró a su víctima al río. La corriente lo iba a alejar de su crimen.

Y deseó con todas sus fuerzas, que nadie lo descubriera en los próximos días.

Capítulo XVI

Diana y Jacob montaban cada uno a su propio caballo en dirección a Somerton Court, después de haber visitado esa mañana las ruinas de Grant House. Quedaba poco y nada de los escombros y el terreno ya estaba apto para comenzar a edificar una nueva casa. Diana pensó que pronto debería contratar un arquitecto para iniciar el proyecto más grande y ambicioso de su vida: Fénix House. Un nombre apropiado que Jacob ideó para empezar de nuevo, una gran casa sobre las cenizas de Grant House.

Entre ellos había cierto entusiasmo de hacer algo propio, y ese sentimiento había florecido gracias al apoyo de Frank y toda su familia, quienes emprendieron una verdadera cruzada para reunir los documentos de la propiedad e investigar el autor del incendio.

No estaban solos.

Lo mejor de la inspección de Grant House, fue que uno de los muchachos le informó a Diana que habían encontrado en lo que quedaba del sótano, una caja intacta, la cual estaba cerrada con llave.

Diana sonrió con nostalgia y emoción cuando la recibió. En el manojito de llaves que casi siempre llevaba consigo, tenía la que abría esa caja.

Estaba repleta con los recuerdos que Diana conservaba de su hermana; correspondencia entre ellas, las amorosas cartas que le enviaba Arthur a Juno, un tierno rizo del cabello de Jacob, el anillo de matrimonio de su hermana y un retrato familiar en miniatura, que su cuñado había mandado a hacer antes de morir.

Recuerdos que se transformaron en un tesoro invaluable para Jacob. Al ver el retrato, notó que era cierto lo que le decían; tenía los ojos de su madre —que eran iguales a los de Diana— y era muy parecido a su padre. Era un gran consuelo haber encontrado esa caja, fue casi justicia divina para Juno y Arthur.

Ya era mediodía, Diana iba montada a horcajadas sobre *Hércules*, vistiéndolo de varón —como era habitual cuando se trataba de trabajo— y a Jacob le facilitaron una yegua mansa llamada *Breeze*. Daban un paseo calmado, sin prisas.

Era jueves, habían pasado tres días desde que Frank le declaró su amor a Diana, y ella consideró que era el momento propicio para revelarle a su hijo que las cosas volverían a cambiar.

—Hijo... —llamó Diana, interrumpiendo la quietud del paseo.

—Sí, mamá —respondió. A Diana se le llenaba el corazón de felicidad y gratitud por seguir siendo llamada de esa manera.

—¿Qué dirías si yo quisiera comprometerme en matrimonio? —preguntó aparentando cierto desenfado en el tono de su voz para ocultar su nerviosismo.

—¿Matrimonio? Mmmmmmmmmmm... —Miró de soslayo el cielo, como si en la inmensidad celeste fuera a encontrar una respuesta. Al cabo de unos segundos, contestó con un escueto—: Depende.

—¿Depende de qué?

—De con quién quieras casarte —respondió mirando a su madre, quien le alzaba una ceja, conminándolo a que terminara de expresar su idea—. Si fuera cualquiera de los caballeros que te han propuesto matrimonio, me sentiría muy decepcionado. Pero si fuera otra persona... —Dejó su sentencia en suspenso y miró a su madre con elocuencia.

—¿Alguien como lord Somerton? —indagó ella, simulando ligereza.

—Sí. Si fuera él, me sentiría muy feliz. Él nos quiere.

—¿Cómo sabes eso?

—En cierto modo, lord Somerton es como Abel, pero él era como un abuelo. En cambio, el marqués te mira de otra forma, muy diferente... y tú también.

Diana se aclaró la garganta. No era consciente de lo observador que era su hijo.

—¿Y cómo me mira, según tú? —interpeló con mucho interés.

—Te mira... Mmmmmmmmm... te mira mucho. Cuando desayunamos y cenamos, por ejemplo. Él no lo hace igual como a sus hermanas o a su madre. No sé cómo explicarlo, solo sé que es diferente. Lo mismo pasa contigo, cuando hablas con su padre o sus hermanos no es de la misma forma en que miras y le hablas a lord... —Se interrumpió a sí mismo, ¡eso era!—. Ustedes... ¡Se quieren! —concluyó.

Diana le sonrió y asintió con una timidez pocas veces vista por Jacob.

—Entonces, ¿se van a comprometer? —preguntó con la ilusión reflejada en sus vivaces ojos, a Diana le recordó a Juno.

—Así es —respondió ensanchando su sonrisa—. Y ahora que te lo he contado, se lo anunciaremos al resto.

—¿Y cuándo se van a casar? —apremió entusiasmado.

—Lo definiremos cuando estemos comprometidos. Organizar un matrimonio no es algo sencillo —respondió, pensando en que los besos que intercambiaba con Frank ya no eran suficientes; era como una especie de adicción, pero no sabía cómo pedir más. Cada vez que se encontraban a solas, se besaban como si el mundo se fuera a acabar.

Se removió inquieta en la silla de montar. Rememorar lo que sentía al besar a Frank no era apropiado en ese momento. Sin embargo, el vaivén del andar del caballo le provocaba una sensación extraña. Un hormigueo... un palpar entre sus piernas.

¡Cielo santo!

Se aclaró la garganta, azorada.

—¿Y van a tener hijos? —preguntó Jacob insistente.

—No lo sé... ¡Ay, eso lo veremos en su momento! —zanjó sintiendo que los colores se le iban a la cara.

—Aunque no entiendo cómo se hacen los bebés —divagó el chico—. Cuando la gente se casa, al poco tiempo las mujeres se vuelven gordas. Les crece la barriga y después cargan un crío... —Jadeó abriendo los ojos muy grandes. Había una causa y un efecto que había visto antes en el campo, y que resultó ser una epifanía—. ¡¿Acaso se hacen como cuando el toro monta a la vaca, y después...?!

«Dios, no puedo estar teniendo esta conversación con mi hijo», se dijo Diana compungida.

Carraspeó incómoda. Se dio cuenta de que ya estaban en el límite entre Greenfield y Somerton Court. Comenzaron a atravesar el puente que unía ambas propiedades. Ella cruzó en primer lugar.

—Conversaremos este tema más...

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Jacob, interrumpiendo a Diana y apuntó al río. Tiró de las riendas y *Breeze* se detuvo en medio del puente.

—¿Cómo? —interpeló. Ella ya estaba del otro lado, dio media vuelta y sus ojos siguieron la dirección que su hijo señalaba. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Eso no podía ser una pierna.

Diana intentó infundirse valor, si había algo que le provocaba repulsión eran los muertos. Se apeó del caballo para inspeccionar, esperaba que fuera solo una bota.

Una bota muy grande atascada en unas ramas bajo el puente.

Con cuidado, se acercó al lecho del río y se agachó para verificar. Le llegó un tenue olor a muerte.

Su reacción fue explosiva, la bilis se le subió a la garganta y ella no pudo reprimir el impulso de vomitar.

—¡Mamá! —exclamó Jacob asustado.

El estómago de ella se vació enseguida. No se atrevió a enjuagarse la boca con el agua del río. Se limpió con la manga de su camisa.

—Ve a Somerton Court y dile a lord Somerton y al señor Horatio que vengan de inmediato —ordenó firme y, al mismo tiempo, reprimió una nueva arcada—. Hay un sujeto muerto aquí. Yo vigilaré que no se lo lleve la corriente... Quizás cuántos días lleva aquí atascado —masculló.

—¡Sí, má! —contestó Jacob, azuzando a *Breeze* al galope.

—¡¡Ve con cuidado!! —gritó mientras su hijo se alejaba.

—¡Cielo santo! —exclamó Frank al reconocer el cuerpo que yacía en tierra firme. Los hombres que los acompañaron a él y a Horatio ya lo habían sacado del agua con eficiencia. Las ramas habían sido un precario soporte para que el cadáver no siguiera a la deriva.

Horatio se agachó sobre el cuerpo para estudiarlo de cerca. Los hombres que participaron en la extracción se persignaron con temor.

—¿Quién es? —interrogó Diana. Ella le daba la espalda a la macabra escena, sin atreverse a mirar el cadáver.

—Barnaby Grant —respondió Frank lacónico, sin dejar de mirar los restos mortales.

—¡No puede ser! —replicó ella dando media vuelta. Miró el cadáver y le volvió a dar una arcada. No había caso, aunque Diana ya llevaba un par de horas en esa tesitura, no toleraba ver un muerto en ese estado.

Había una gran diferencia entre un cuerpo que llevaba pocas horas de fallecido, a uno que había sido azotado durante varios días por las inclemencias de la naturaleza.

Era espeluznante y asqueroso.

Desvió la mirada. Tenía sentimientos encontrados, la muerte de ese hombre suponía cierto alivio a sus tribulaciones. Nadie iba a impugnar la compraventa de Greenfield. Pero, por otro lado, no le alegraba que una persona muriera de esa manera. Barnaby debió morir de viejo, rodeado de su familia, no ahogado.

¿Qué iba a pasar? ¿Todo había terminado?

Frank se acercó hasta llegar frente a ella.

—Ve a casa, querida. Yo me ocuparé de esto —exhortó Frank con suavidad, buscando la mirada de Diana. Ni siquiera le importaba que los demás se dieran cuenta de su cercanía.

Diana gimió, no le gustaba montar una escena como una niña asustadiza.

—No tienes que demostrar nada —insistió él.

—No tengo miedo... Oh, pobre hombre, la forma en que murió... —se apresuró a decir—. Es que me da mucho asco... es algo superior a mí.

—Por eso mismo, ve a casa y ocúpate de otra cosa... Archie trajo los nuevos libros de cuentas para Greenfield —la animó.

Diana lo miró y suspiró, claudicando.

—Está bien. —Frunció el ceño—. Espera... ¿estaba él cuando fue a buscarte Jacob?

—Maldición —masculló Frank frustrado. Debían actuar rápido, antes que ese tipo divulgara que habían hallado un cuerpo en el Cary.

—Me iré por el camino principal, por si lo encuentro antes de que abra la boca. La señora Grant no puede enterarse de esa forma —propuso Diana—. Ese hombre es incorregible.

—Por eso te amo... —susurró—. Ve, no pierdas tiempo.

Diana le dio un beso casto y rápido, olvidando por completo a los testigos presentes, montó a *Hércules* y partió rauda para alcanzar al cotilla más grande de Somerton.

Frank dio media vuelta con una sonrisa de satisfacción; ese beso frente a todos solo significaba una cosa. Varios pares de ojos lo miraban con sorpresa.

En menos de un segundo, su rostro se tornó pétreo y solemne, los demás evadieron todo contacto visual con mucha incomodidad.

—¿Qué dices, Horatio? —interpeló ignorando lo sucedido.

—Que pronto anunciarán un compromiso —bromeó con un tono impersonal.

—El cadáver —puntualizó severo.

Horatio se aclaró la garganta.

—Ese corte en la frente. —Señaló una herida que ya estaba descompuesta y abierta—, podría indicar que se golpeó con algo afilado, tal vez una piedra, cayó inconsciente al río y murió ahogado. En apariencia, una lesión de este tipo no es lo suficientemente grave como para matarlo.

—Es un poco extraño golpearse en la cabeza de ese modo y caer inconsciente en el río —sospechó Frank—. A menos que esté muy borracho.

—Exactamente, esa es una buena explicación, pero no es suficiente. Lo que echa por tierra esa hipótesis son estas marcas de aquí. —Rodeó el cuello con sus manos, presionó levemente sus pulgares sobre la tráquea, haciéndolos coincidir con esas manchas oscuras. Varios jadearon ante la sorpresa—. El señor Grant no estaba solo, estas marcas son típicas de un estrangulamiento, y descartan una muerte accidental. Y, por las características propias de los hematomas, debió ser un hombre. Es demasiado difícil que haya sido una mujer... Me atrevería a conjeturar que el señor Grant tiene más moratones en el cuerpo, que indiquen signos de lucha. —Con una frialdad que hizo que los hombres se volvieran a persignar, tomó la mano del cadáver y la estudió—. Mira, estas marcas en la cara interna de los dedos, son parecidas a cuando te quemas con la fricción de una soga, y estas, en las palmas, son típicas de cuando caes al suelo e intentas frenar el golpe. —Se levantó y se llevó las manos a las caderas—. Por respeto a su viuda, no lo desnudaré aquí para seguir reuniendo pruebas. Las marcas de estrangulamiento son concluyentes. —Miró a Frank muy serio—. Tenemos un asesino suelto en Somerton. Debemos buscar la escena del crimen para reunir evidencias y dar con él. Creo que podemos descartar el robo, un ladrón no hubiera dejado ese enorme anillo de oro en el dedo anular izquierdo.

Frank se pellizcó el puente de la nariz. Fue un iluso al pensar que ser magistrado en Somerton iba a ser algo sencillo.

Rogó al cielo para que Diana interceptara a Archie «el cotilla», antes de que fuera tarde. En ese momento, no les convenía que todo el mundo se enterara de que habían hallado un cadáver, y pusiera en sobre aviso al asesino.

Si es que seguía en el pueblo.

—Peter, por favor, vaya a decirle a George que prepare el tálburi. En un rato iré para allá —ordenó con el ominoso presentimiento de que su viuda ya sospechaba aquella fatídica noticia.

—Delo por hecho, milord —acató Peter y salió dando largas zancadas hacia su caballo.

—¿Cuántos días crees que lleve muerto? —preguntó Frank volviendo a mirar a su hermano.

—El agua fría suele ralentizar la putrefacción, pero, de todas formas, este cuerpo lleva pocos días... —conjeturó—. Cuatro como mucho... Debió atascarse a las pocas horas de muerto, de lo contrario, se hubiera hundido y habría flotado en otra parte. En el Támesis aparecen los cadáveres sobre la superficie del agua cuando llevan más de una semana muertos, y su estado de descomposición está mucho más avanzado; este está bastante reconocible.

—¿Dónde habrá ocurrido el ataque? —preguntó Frank, oteando río arriba—. ¿Será posible que...? —dejó la interrogante en el aire.

—¿Qué? Dilo, demonio. Ninguna conjetura es mala hasta que se descarta.

—Al sur de Greenfield está la propiedad de Grant. También colinda con el río.

—Es un buen lugar para empezar.

—Tenemos que revisar el mapa que hay en Somerton Court. Está un poco desactualizado, pero creo que nos servirá para acotar el área de búsqueda. La propiedad de Grant es una extensión significativa de terreno, y nos tomaría varios días inspeccionar para hallar alguna evidencia... Si es que existe.

Horatio resopló.

—Esto no era lo que tenía planeado como vacaciones.

Diana cabalgaba por el camino principal hacia el pueblo, llevaba varios minutos de carrera y no había señal de Archie.

—No pudo haber ido tan lejos, solo tiene un jamelgo que apenas puede tirar de la carreta —masculó, dándose una explicación razonable, y no sentir esa urgencia por detener a ese hombre que no era capaz de conservar ningún secreto, y que tenía la manía de rellenar huecos argumentales con su fértil imaginación.

Y justo cuando empezaba a perder esperanzas, lo encontró. Estaba a la entrada del pueblo bajando de su carreta, presto a dispersar el rumor a su primer oyente, el señor Fletcher.

Diana no podía creer lo rápido que era ese tipo y, justamente, iba a soltarle la noticia al otro cotilla. ¡La situación no podía ser peor!

Tiró de las riendas al llegar ante ellos, tenía que pensar rápido.

—Buenas tardes, señores —saludó desde lo alto de su montura.

—Buenas tardes, señora Gallagher —replicaron ambos hombres al unísono.

—Espero no haber interrumpido algo importante —dijo Diana, para constatar si había llegado demasiado tarde.

—No, mi señora —negó el señor Fletcher—. Archie solo me comentaba que venía de Somerton Court... Permítame felicitarla por su boda con lord Somerton —agregó con un tinte de malicia en su voz, necesitaba confirmar si los rumores eran ciertos.

Diana, por instinto, le siguió el juego.

—Todavía no hemos fijado la fecha, señor Fletcher. Pero muchas gracias por sus buenos deseos.

Archie abrió los ojos como platos. ¡Ella lo había admitido! ¡Se iban a casar! Su olfato y talento para los cotilleos era infalible.

—Nos sorprendió mucho cuando nos enteramos, y justo después del terrible incidente que sufrió su hogar —comentó el señor Fletcher.

—Creo que ese no fue el orden de los hechos —mintió Diana—. Lord Somerton me declaró su amor antes del incendio, ya nos habíamos comprometido para ese entonces. El resto fue una

lamentable coincidencia.

—¿Amor? —intervino Archie, eufórico por las declaraciones de la señora Gallagher.

—Por supuesto, jamás hubiera aceptado menos que eso. Otros me ofrecieron conveniencia, posición, reputación e incluso sexo, pero jamás su corazón —declaró Diana altanera y cruda, tanto que ambos hombres alzaron las cejas. Las mujeres no solían mencionar la palabra con «s» con tanta soltura. Sin duda, el carácter directo del marqués era contagioso, y su futura esposa ya ostentaba esa desagradable «cualidad».

Diana también se sorprendió a sí misma, pero se justificó pensando que esa actitud carente de tacto se supeditaba a un bien superior.

—Interesante —dijo el señor Fletcher—. ¿Y cómo va la investigación del incendio de Grant House?

—Avanzando de a poco. Como le comentamos el otro día, fue intencional —reveló imposible—. Lo único que lamentamos mi hijo y yo fue haber perdido la biblioteca.

—Entiendo, la biblioteca de Grant House era un verdadero tesoro.

—Era de un valor incalculable... —agregó. Suspiró con sentimiento. Diana decidió que era el momento propicio para dejar la conversación—. Archie, la señora Wilde me pidió que fueras de vuelta a Somerton Court, olvidó encargarte un par de cosas... Te necesita urgente —subrayó con expresión severa.

Archibald gimió frustrado.

—¡Ahora, muchacho! —exigió Diana.

—Ya voy, señora... Después nos vemos, señor Fletcher. —Le dio una elocuente mirada y el otro hombre convino con un gesto afirmativo. Diana puso los ojos en blanco.

El lenguaje no verbal de los cotillas en su máxima expresión, casi podía escucharlos.

—Nos vemos, muchacho. —El señor Fletcher se despidió de Archie, luego dirigió su atención hacia Diana y se tomó el ala del sombrero—. Señora Gallagher, le deseo la mayor de las dichas en sus próximas nupcias.

Y dicho esto, más que veloz, enfiló sus pasos hacia el pueblo. Su madre se pondría feliz con aquel cotilleo de primer nivel.

Diana miró a Archie, ceñuda.

—Dime, ¿qué le dijiste a Fletcher? —interrogó firme.

Archie alzó las cejas con inocencia, Diana entrecerró los ojos. Finalmente, él resopló.

—Usted arruinó el momento. No alcancé a decirle nada.

—¿Qué le dijiste exactamente? —presionó Diana—. Palabra por palabra —insistió.

Archie tomó una bocanada de aire.

—Primero le dije: «Buenos días, señor Fletcher» y él me contestó: «Buenos días, muchacho. Veo que vienes desde la casa del marqués, ¿traes alguna novedad?» —remedó el tono de voz de Fletcher—. Yo sonreí y puse mi cara de traer una gran y jugosa noticia, ya sabe cómo es de cotilla el señor Fletcher, no resiste una buena historia...

Diana entornó los ojos, harta, pero no lo interrumpió.

—Es un tremendo cotilla... —Rio, fascinado contando su historia y Diana se refregó la cara. ¡Vaya cinismo de ese entrometido! Si es mucho peor que Fletcher—. Y le dije: «La palabra noticia se queda diminuta, señor. Ni se imagina lo que sucedió». En ese momento me distrajo usted con su caballo y lo arruinó todo —finalizó y se cruzó de brazos.

Diana dio un suspiro de alivio.

—¿Le ibas a contar sobre el muerto que encontraron en el río? —interrogó seria.

—¿Cómo lo supo? —replicó fingiendo inocencia.

—No insultes mi inteligencia, Archibald Howard. Ibas a difundir una noticia de esa envergadura sin saber quién es el muerto... Imagina si alguien ata cabos y se entera que ha perdido un ser querido antes que el magistrado se lo notifique de mejor manera. ¡Usa eso que tienes sobre los hombros, muchacho!

—Ay, no es para tanto, señora —desestimó indolente.

Diana dudaba que Archie se fuera a quedar callado si lo dejaba marchar. Una reprimenda no era suficiente para que ese muchacho mantuviera cerrada la boca por un par de horas.

Tal vez solo debía jugar su retorcido juego.

—Ya identificaron el cadáver —reveló ella, esbozando una misteriosa sonrisa.

Archie abrió la boca con una mezcla de morbosa emoción y sorpresa.

—¿Quién es? —preguntó con descarada ansiedad.

—Si yo fuera tú, iría a la casa del señor Grant y esperaría la llegada del magistrado. —Hizo una mueca, como si se sintiera conforme con su propia idea—. Sí, ese es un gran plan... así tendrías la noticia más completa y fresca. Hasta podrías describir detalles mejor que nadie.

—Ooooooh, tiene mucha razón —convino Archie, pero luego miró con desconfianza a Diana—. Lo de la señora Wilde es mentira, ¿cierto?

—Te estoy dando una oportunidad de oro —evadió Diana mirándose las uñas—. Deberías agradecermelo.

—¿Y cómo sé que es verdad lo que me dijo? —interpeló suspicaz.

—Porque odio un chisme mal contado. Ahora tienes dos; uno, que me caso con el marqués por amor; y dos, la más importante, tendrás la identidad del muerto y los detalles escabrosos... Pero lo lograrás solo si estás en el lugar y momento adecuado... Yo que tú, no seguiría perdiendo el tiempo —aconsejó como golpe final.

Archie sonrió.

Diana jamás había visto un jamelgo correr tan rápido.

A la hora de la cena, todos estaban distraídos. El ambiente general se había llenado de pesadumbre.

Horatio no dejaba de pensar en que el incendio y la muerte de Grant no eran hechos aislados, sobre todo en ese pueblo tan pequeño. Odiaba especular sin mayores evidencias, era como estar caminando a ciegas y, cada día que pasaba, el criminal se acercaba más y más a la impunidad.

Frank había tenido la triste misión de informarle a la señora Grant que su esposo estaba muerto. Ella declaró que Barnaby había salido el día lunes, un poco antes de la medianoche, lo que daba indicios a Frank y Horatio sobre una posible hora de muerte. Pobre mujer, reconoció que la ausencia de su esposo no le pareció extraña, era una indecente costumbre del señor Grant perderse por varios días. Ella no era tonta, sabía que él iba a Glastonbury al burdel de *madame* Joséphine a desahogarse.

Eso explicaba que Alan Grant fuera hijo único.

En ese momento, Barnaby Grant era velado en un ataúd cerrado, en su propia casa. El día subsiguiente, sábado, sería enterrado.

Al menos Diana había logrado impedir que Archie regara el rumor antes de comunicárselo a la viuda de Grant y, con ello, también pudieron manipular la información que llegaría a oídos del asesino —si es que era del pueblo—. La versión oficial que entregaron a la viuda fue que se trataba de una muerte accidental. Si Horatio tenía razón, el asesino podría bajar la guardia y ellos

ganarían tiempo para determinar la escena del crimen y encontrar evidencias.

Frank inspiró decidido. Nada ni nadie iba a arruinar su anuncio.

Golpeó suave su copa de vino con el tenedor. Toda su familia lo miró expectante. Jacob sonrió, pensó que ese momento no llegaría nunca.

—Tengo un anuncio que darles. —Se levantó de su silla, se acercó a Diana conminándola a ponerse de pie, y la tomó de la mano para anticipar su anuncio solemne—. Les informo que le he pedido matrimonio a la señorita Stone y ella ha aceptado. Estamos, oficialmente, comprometidos.

El cambio en el ambiente familiar fue radical e inmediato. Aplausos, vítores, abrazos, besos y felicitaciones llenaron la estancia. Diana jamás imaginó una reacción tan espontánea y llena de cariño, tan poco apropiada para la aristocracia, pero que en ellos era gratamente habitual.

Diana elevó una plegaria al cielo, pocas veces lo hacía, pero le pidió a Dios con todas sus fuerzas que la bendijera y le diera la valentía y decisión para entregarse al marqués, y poner fin a casi una década de amargura.

Había llegado su momento, debía ponerse en primer lugar alguna vez. Deseaba ser feliz, verdaderamente feliz.

—Querida, déjame darte un gran abrazo —dijo Minerva con los ojos brillantes de felicidad. Diana sonrió y permitió que su futura suegra la estrechara entre sus brazos—. Gracias por hacer feliz a mi hijo —le susurró—. Espero que sean muy felices, ambos se lo merecen.

—Muchas gracias, señora Montgomery —respondió Diana, al tiempo que miraba a Frank de soslayo, él abrazaba a Jacob con tanto cariño. En los ojos de su hijo se reflejaba tanta felicidad y admiración por ese hombre.

Sí, debía tener fe en sí misma.

Decidió avanzar un paso más. Esa noche, cuando todos durmieran, iba a entrar en la alcoba de su prometido, para pedirle que le diera algo más que besos.

Capítulo XVII

Diana caminó descalza en medio de la oscura noche. A lo lejos, el reloj del vestíbulo dio una solitaria campanada.

Avanzó en silencio hasta llegar a la puerta de la alcoba de Frank. Nerviosa, tomó el pomo y lo giró.

Una pálida penumbra le dio la bienvenida. Las ventanas estaban abiertas y una leve brisa levantaba las cortinas. Diana llenó de aire sus pulmones y cruzó el umbral de la puerta.

El sonido de la cerradura reverberó en medio del silencio y sacó a Frank de su sueño. Se incorporó desorientado y miró en dirección a la puerta.

—¿Diana? —preguntó con su voz preñada de sueño, pensando que todavía dormía. Ella vestía un camisón largo y una coleta confinaba su largo cabello ondulado—. ¿Pasa algo, mi amor?

Diana tragó saliva, ni en sus más vívidos sueños pensó encontrarse a Frank durmiendo a torso desnudo. Su varonil musculatura se entreveía en los claroscuros que proyectaba la luz de la luna, la cual entraba pálida por las ventanas. Se preguntó si debajo de esa sábana él estaría...

—Quiero un poco más —anunció sintiendo que su rostro ardía, y su corazón aporreaba las paredes de su pecho que subía y bajaba agitado.

—Entonces, ven aquí. —Él extendió su mano, invitándola.

La cama de cuatro postes de Frank era inmensa, el fastuoso dosel era de algún color oscuro y la tela era, probablemente, terciopelo. Tenía un nivel para subir a ella.

Diana avanzó alzando un poco su camisón, subió el peldaño y acto seguido se situó frente a Frank. Se arrodilló con las piernas juntas y posó sus manos sobre sus rodillas, otorgando una imagen casi reverente. La espléndida suavidad de las sábanas de seda, le hacía sentir una especie de ansiedad que no había previsto.

—¿Qué deseas que haga, exactamente, mi preciosa Diana? —preguntó Frank alzando su mano hacia ella y le acarició el rostro con veneración, confirmando que ella estaba ahí frente a él, dispuesta a derribar una barrera que le impedía avanzar en su camino hacia el placer.

—Que me beses —Inspiró hondo—... que me toques. Quiero tocarte.

—Entonces eso haremos —respondió con voz grave—. Debo advertirte que estoy desnudo... Y si deseas que me detenga solo pídelo y obedeceré. Recuerda que tú tienes el poder de decidir lo que vaya a suceder entre nosotros. Aquí, no existe lo bueno o lo malo, lo sacro o lo pecaminoso, solo somos un hombre y una mujer que se aman.

Diana solo asintió con la cabeza y volvió a tragar saliva.

Frank se acercó a ella, tomó su nuca con gentileza y la atrajo a su boca.

Fue una explosión.

Diana no quiso ser recatada, fue directo al encuentro con su lengua, queriendo devorarlo. Se atrevió a poner sus palmas sobre el pecho de Frank. Su piel suave estaba ardiendo. Curiosa, deslizó la yema de sus dedos sobre él, y apenas se hundían en la carne sólida. En su recorrido, se encontró con los pequeños pezones masculinos, y los acarició.

Él jadeó grave.

Sus respiraciones eran casi furiosas, se arrancaban gemidos que se ahogaban en la boca del otro. Diana acarició con sus manos más abajo, exploró la geografía masculina, valles y promontorios que se contraían y relajaban por su paso. Enterró sus dedos en la piel y se sintió

atrevida, lujuriosa. Se acomodó un poco más, irguiéndose, separó sus muslos y sus rodillas se clavaron en el colchón, al tiempo que él se recostaba, quedando a su merced.

Sintió que ardía. El camisón le estorbaba, el calor le ahogaba. Por alguna razón que no comprendía —ni se atrevió a analizar— no sentía pudor ni vergüenza frente a Frank.

En pocos segundos, el camisón se convirtió en un charco de algodón sobre el suelo. Él entreabrió su boca con cierta sorpresa y fascinación.

—Mi valiente Diana... ¿Qué tan lejos estás dispuesta a llegar hoy? —interpeló admirando la velada desnudez de ella. Su figura femenina era maravillosa, curvas por doquier, sus pezones apuntando con orgullo hacia él, su vientre dúctil y suave, era diabólicamente tentador.

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. Hasta sentir algo más que desesperación y ardor, y que no sé cómo saciar.

—Déjame intentar guiarte... Primero mírame y tócame a placer, posee mi cuerpo y acostúmbrate a él.

Frank, reprimiendo el impulso de tocarla, se quedó quieto, a la espera. Diana tiró de la sábana con parsimonia, dejando al descubierto la piel masculina, y al llegar un poco más abajo del ombligo, se encontró con la rígida erección de Frank, que estaba rodeada de vellos claros y ensortijados. Impresionada y con la boca seca, Diana notó que el duro miembro no alcanzaba a reposar sobre la pelvis, y que sus testículos estaban tensos.

Con razón en algunas pinturas los cubren con telas y hojas, era perturbador y fascinante a la vez. ¿Cómo podía entrar eso en ella? ¿Por qué no le producía asco, sino todo lo contrario?

Terminó de descubrir el cuerpo de Frank; sus piernas largas eran musculosas y estilizadas, divinas.

Era la primera vez que Diana miraba el cuerpo de un hombre desnudo y tenía varias preguntas.

—¿Siempre está así? —Con la punta del dedo rozó la caliente envergadura de él.

—Tú siempre lo pones así, es la muestra de mi deseo por ti... por estar dentro de ti —respondió sereno y grave—. El resto del tiempo es menos rígido y más pequeño.

—¿Puedo? —Dejó la no tan inocente pregunta en el aire.

—Soy todo tuyo... Siempre.

Diana empuñó con timidez el miembro, cerca de aquella tersa punta carnosa. Frank ahogó un gemido.

—¿Duele? —interrogó con cierto temor.

Sin responder, Frank puso su mano sobre la de ella y la guio para que aprendiera a estimularlo. Un suave movimiento que subía y bajaba, una gentil presión. No pasaron muchos segundos hasta que él liberó su mano, dejándola ser.

Diana se lamió el labio, seducida por ese nuevo poder que tenía en sus manos.

Frank alzaba las caderas indicando el ritmo y ella lo seguía, logrando que él comenzara a respirar con mayor velocidad y a dar masculinos siseos. La elogiaba y le decía cómo le hacía sentir. Las inexpertas y entusiastas atenciones de Diana eran más que perfectas.

Estaba a punto de tocar el cielo.

Diana, rebosante de valor, se atrevió a acariciar el vientre, el pecho, los muslos. Le encantaba tocarlo, le daban ganas de lamerlo, besarlo por doquier. ¿Cómo era posible que el deleite de él fuera tan estimulante para ella? Un hormigueo se acrecentó entre sus piernas, y fue consciente de una inusitada humedad que la inundaba entre sus muslos.

Diana, avergonzada, se detuvo.

—¿Pasa algo malo, querida? —preguntó él, incorporándose y apoyando su peso en los codos,

su voz era trémula y preocupada.

Diana negó con la cabeza.

—Debes decírmelo, no soy adivino, amor mío —exhortó Frank con suma delicadeza.

—No me di cuenta... creo que... creo que me hice... —dijo en un tono apenas audible—.

Estoy... estoy... mojada.

Frank suspiró, aliviado.

—Eso es muy normal, vida mía... Esa es la muestra física de tu deseo... Si te mojas, yo podré entrar en ti con mucha facilidad, no es algo que deba avergonzarte, porque es natural —explicó con un tono tranquilizador—. Me llena de felicidad saber que me deseas de ese modo... ¿Quieres probar si puedes sentir un estímulo más, sin que entre en ti? —propuso—. Estoy loco por tocarte, me has llenado de placer y quiero probar si puedo dártelo a ti, que te conozcas a través de mí.

Diana emitió un ligero «sí».

—Móntame —ordenó sutil.

Vacilante y tímida, obedeció; de rodillas y erguida gravitaba sobre la planicie del bajo vientre de Frank. Las manos de él acunaron sus pechos y la piel de Diana se erizó, un gemido involuntario emergió de ella.

Frank apretaba con sutileza, acariciaba la suave y tibia piel. Sin mayor preámbulo, él se incorporó; con un brazo se aferró a la esbelta cintura femenina, al tiempo que chupaba uno de sus pezones con avidez y acunaba el otro con su mano libre. Diana no pudo evitar dar un gritito de sorpresa. Era como si fuera asediada con lascivia en cada rincón de su cuerpo.

—Cielo santo —susurró ella, presa de una ansiedad desconocida. Adoraba la sensación; la cálida humedad de la boca de Frank, devorando y alternando su banquete en cada uno de sus senos, y la caliente y sedosa erección de él rozando su trasero.

El instinto se apoderó de ella, de inmediato recordó ese evocador vaivén en la silla de montar de esa mañana. Su mente dejó de gobernar su cuerpo.

—Oh, Frank, quiero más... —murmuró.

—Aquí... —Él se acomodó apoyando su espalda en el respaldo de su cama. La tomó de las caderas y la instó a que se alzara tan solo un poco, acto seguido, él empuñó su miembro para acomodarlo en una posición más natural—. Confía en mí, hazte un poco para atrás y deja que tu sexo resbale a lo largo del mío.

Diana acató la extraña orden y, en el momento en que su húmeda intimidad entró en contacto con la piel del duro miembro de Frank, entendió.

—Muévete así, vida mía. —Frank volvió a anclarse a las caderas de Diana, y la guio con un suave movimiento. La sensación fue abrumadora para ambos, y ella no necesitó más indicaciones.

Diana comprendió que sí podía sentir, y se maravilló de aquella sensación, como si su cuerpo tuviera una atávica memoria de cómo alcanzar la voluptuosa liberación.

Se sintió llena de vida, adorada. Descubrió a Diana, la mujer que disfrutaba de los placeres que su cuerpo era capaz de experimentar. Amó más a Frank, quien con tanta paciencia y fuerza de voluntad, domaba su propio deleite para brindarle a ella seguridad.

—Oh, te amo, Frank —declaró entre gemidos y siseos.

Comenzó a moverse más rápido, sentía que había encontrado un punto en ella, que la obligaba a presionarlo y acariciarlo con cada vaivén.

—Y yo a ti, Diana. Toma tu placer, disfruta de tu poder.

Todo se volvió un tumultuoso caos; gemidos, jadeos, el lúbrico y acuoso sonido de sus sexos

rozándose. El aroma del deseo que ambos desprendían. Ella, aferrada a él, abandonada a la pasión, y él, besando, lamiendo, chupando, apretando por doquier.

Diana sentía que una tórrida e inmensa ola surgía desde su interior que la elevaba más y más...

—¡Diana!

Y más...

—¡Oh, Frank!

Y más...

—No puedo más... ¡Dios! ¡Diana!

Se derramó, fuerte, interminable, como nunca antes.

—Frank... ¡Frank!

Y Diana se rompió. La oleada de placer arrasó por completo con su cordura, sintió que moría de gusto. Arqueó su espalda quedándose tensa, bebiendo cada segundo de ese clímax que la inundó de una desconocida y etérea paz.

Sus piernas flaquearon y, en una fracción de segundo, su hypersensible sexo rozó el de Frank, propinándole un latigazo de doloroso deleite, lo que le obligó a mantenerse separada, hasta sentir que volvía a respirar a un ritmo regular.

Frank resollaba entrecortado. La abrazó como si no quisiera dejarla ir y se refugió entre sus pechos, al tiempo que Diana se aferró a él y hundió su cara en su cuello.

Diana no sabía qué hacer con todo lo que sentía. Estaba rebasada de una infinidad de emociones que no sabía cómo encajar en su cuerpo, el cual sentía minúsculo y desmadejado.

Lo único que sabía era que la antigua Diana había muerto. Y que no volvería nunca más.

Comenzó a sollozar. No de tristeza, sino de una inefable dicha que no quería contener; de darse cuenta de que ya no tenía miedo a recordar lo que le había pasado.

Porque ahí estaba, en el pasado, en una oscura y dolorosa hora perdida en algún lugar de su memoria, pero que ya no gobernaría su presente.

Y, en ese instante, pudo sentir la ínfima e infinita reconstrucción de su alma.

Ella estaba viva, en el ahora, amando y siendo amada en cada segundo que transcurría inexorable. ¡Qué importaba el porvenir! El futuro era una ilusión y siempre podía cambiar su rumbo, por mucho que intentara conducirlo a un fin específico.

Frank besó sus lágrimas y las bebió con veneración. No sintió temor ante el motivo que provocaba aquel sollozo. Debía dejar libre a Diana y que abrazara ese momento.

El calor los abandonó y enfrió sus pieles. Eran la perfecta representación de dos amantes que podría ser esculpida en piedra. Poco a poco, el silencio comenzó a reinar en la estancia. Una breve petición de él para separarse tan solo un instante. Se levantó para buscar una toalla de su tocador, y se la ofreció a Diana para que se aseara y acto seguido lo hizo él. La dejó sobre la mesa de noche y se volvió a acostar. Cubrió sus cuerpos con la sábana, se abrazaron y enredaron sus piernas con pereza.

Todo parecía estar, al fin, en su lugar.

—Pudiste haber entrado en mí... habérmelo pedido —precisó Diana en voz baja, al cabo de unos silentes y templados minutos.

—No era el momento y tampoco me lo pediste —respondió en el mismo tono—. Preferí disfrutar de cómo encontrabas tu placer. Fue maravilloso ser testigo de ello, y me siento honrado de ser merecedor de tu amor y confianza.

—Oh, Frank... —Ella sonrió enternecida, pero pronto, otra cosa la inquietó—. Pero... ¿y tú?, ¿sentiste?

—Cómo no lo imaginas. Llegué al clímax un poco antes que tú, sin embargo, aquello no me impidió disfrutarte entera. —Rio quedo y grave—. Es la primera vez que lo hago así, no sabía que iba a ser tan estimulante para mí. Me has brindado una experiencia única.

—¿Primera vez?... ¿Acaso nunca? —balbuceó confundida.

—No lo he hecho tantas veces como se supone que debe ser... Siempre tuve un irracional miedo a perder el control —confesó.

—De todas las personas que he conocido en mi vida, tú eres la más controlada del mundo —aseveró Diana convencida.

—El sexo proporciona tanto placer que temí volverme un adicto, por eso lo he hecho pocas veces —reveló mirando el techo, perdido—. Siempre temí convertirme en él... El hombre que me engendró era frío con nosotros. Sin embargo, esa frialdad se transformó en crueldad y egoísmo. Bebía, jugaba, apostaba, tenía muchas amantes... nos humillaba. Creo que hasta disfrutaba haciendo daño y de experimentar todo en exceso...

»Físicamente, él y yo somos idénticos. A veces, cuando me miro en el espejo, no puedo evitar recordarlo... Y desde que te conocí, he tenido que convencerme de que jamás seré como él, porque te amo, y no podría ser capaz de hacerte un daño semejante. —Dos lágrimas ardientes se derramaron por sus sienes, pero Diana no lo notó. No obstante, sí sintió la vulnerabilidad de Frank en ese momento y lo amó más, si eso era posible.

—Oh, amor... —Diana dejó un beso en el centro del pecho de él, donde estaba su corazón—. Tú eres un ángel, nunca serás un demonio como él.

—Muchos pueden rebatirte que no soy un demonio, me nombran como uno e, incluso, me conviene que sigan creyendo que provengo del infierno —replicó, volviendo a ser el de siempre—, pero ese será nuestro secreto...

—Nadie lo sabrá —prometió pícaro.

—Lo sé...

Se prolongó el silencio entre ellos. Diana estaba inmersa en los serenos latidos del corazón de Frank.

A lo lejos, se oyeron dos campanadas. Diana suspiró.

—Debo irme —anunció, incorporándose sin ganas—. Si me quedo dormida, todos se darán cuenta que hemos pasado la noche juntos.

—Pero...

—Sé que todos harán como que no ha sucedido nada —interrumpió la incipiente protesta de Frank alzando un dedo—, pero tengo un hijo y tienes dos hermanas que son muy jóvenes, debo conservar un mínimo de decoro por ellos.

—No quiero aceptarlo, pero tienes razón —claudicó. La voz en medio de la penumbra evidenciaba que él había hecho un puchero.

Diana le dio un beso corto e intenso. Se levantó, recogió su camisón del suelo y se vistió. Era divertido, en cierto modo, ser amantes.

Se acercó de nuevo a la cama, Frank se inclinó hacia ella para recibir su beso de despedida.

—Esperaré a que tu seducción se cumpla por completo —sentenció y lo besó—. Y cuando eso suceda...

—Me dirás que sí —terció.

—Y seré, irrevocablemente, tuya.

Diana se escabulló por la puerta. A Frank le pareció que ella no era una damisela angelical, sino un súcubo tentador que había ido a su habitación a tomar su tributo, dejándolo con ganas de más.

Las puertas del infierno se habían abierto, y Lilith tomó a Amudiel... para siempre.

—Mala suerte —anunció Horatio entrando a la biblioteca—. Ada todavía no vuelve de su supuesto viaje, cada vez se me hace más sospechosa esa mujer.

—Creo que vamos a tener que tomar medidas más drásticas y poner a vigilar la casa, debemos interrogarla pronto —determinó Frank.

—Sí, hazlo. No puedo ir todos los días para que su hermana me cierre la puerta en la nariz, dándome la misma ridícula excusa de siempre... ¿En qué están ustedes? —preguntó con interés.

—Acabo de llegar de la vicaría —informó Frank—. El mapa que teníamos de Somerton era demasiado antiguo —sentenció, desenrollando con cuidado un enorme mapa sobre el escritorio—. El señor Hyde tuvo la amabilidad de facilitarnos uno actualizado.

Acompañaban a Frank en la estancia: Diana, que estaba a su lado estudiando el mapa, y Emily, quien estaba dedicada a leer un libro.

—Bien, esta es la propiedad de Grant. —Enseñó Frank un área de unos treinta acres, de los cuales, dos millas eran bañadas por el río Cary.

—Aquí es donde encontramos el cuerpo. —Señaló Diana apuntando con su dedo índice—. El puente que une Greenfield y Somerton Court está, aproximadamente, a media milla del límite con la propiedad de Grant.

—Es decir que tenemos dos millas y media para revisar —intervino Horatio—, por lo que empezaremos a descartar la propiedad de la señorita Stone. Dudo que Grant haya tenido una cita clandestina en Greenfield. El cuerpo estaba de espaldas cuando lo hallaron, es probable que haya estado por un lapso de tres horas flotando antes de hundirse... y suponiendo que el crimen se llevó a cabo cerca de la medianoche...

Todos se quedaron en silencio. Demasiados factores, que no sabían cómo unir para encontrar respuestas.

—Necesitas saber la velocidad de la corriente del río —intervino Emily, sin dejar de prestar atención a su libro—. Puedes hacer que alguien, de una contextura similar a Grant, flote unas cuantas yardas para poder determinarla. De ese modo, se pueden realizar unos cuantos cálculos matemáticos, teniendo en cuenta las distintas horas en que pudo haber sucedido el asesinato. Creo que así se puede estimar el área donde pudo haber caído el cuerpo al río, y en vez de recorrer dos millas, tal vez solo debes buscar en un cuarto de esa distancia —concluyó, como si todo eso fuera tan sencillo como sumar dos más dos.

Silencio.

Emily alzó la vista y tres pares de ojos la contemplaban, estupefactos.

—Eres un genio, duende —elogió Frank.

—Si me llamas duende una vez más, no te ayudaré, demonio —advirtió Emily seria—. Y por supuesto que soy brillante, ¿por qué crees que intercambio correspondencia con lady Lovelace^[4]? Ella es muy estimulante, de las pocas que afirman que tener intereses matemáticos no te hace pensar como un hombre.

—¿Quién nos puede ayudar a simular un cuerpo flotando? —terció Horatio para que la conversación no perdiera el rumbo.

—Papá —resolvió Frank sin pensarlo dos veces—. Él es perfecto para el experimento. Horatio, ve a buscarlo —decretó con cierta actitud marcial que su hermano no cuestionó.

—Iré a solicitarle a la señora McDowell que prepare una canasta con refrigerios. Las pruebas

nos tomarán tiempo y ya estamos cerca de la hora del almuerzo —anunció Diana de *motu proprio*—. Y le pediré a la señora Montgomery toallas y una muda de ropa para su esposo, no queremos que el señor Montgomery se resfríe.

—Perfecto, querida —dijo Frank guiñándole un ojo a Diana, quien, tras imitar el gesto cómplice, salió de la estancia en una exhalación—. Reloj, lápiz, papel... ¿Necesitas algo más para calcular?

Emily sonrió, enigmática.

—Solo mi cerebro.

Capítulo XVIII

Al final el experimento se transformó en un paseo familiar; llevaron mucha comida, mantas y el mejor de los entusiasmos, sin importar lo caluroso que estaba el día.

Mientras August flotaba a la deriva de la corriente del río, Minerva escribía en su escritorio portátil bajo la sombra de un árbol. Junto a ella, Jacob leía «Frankenstein». Sophie y Eleanor jugaban en medio del río lanzándose agua en una batalla sin cuartel.

Diana era una suerte de secretaria, recolectaba los datos que Emily le indicaba mientras dirigía el experimento y tomaba el tiempo con el reloj de bolsillo de August. En un extremo, a unas cincuenta yardas río arriba, estaba Frank, quien marcaba con un disparo al aire el inicio del recorrido de su padre por el río. En el otro extremo, Horatio disparaba cuando terminaba.

—¡Estamos listos! —decretó Emily tras una hora de pruebas y recolección de datos. Ya tenía todo lo necesario para comenzar a hacer sus cálculos matemáticos. Sentía en la punta de los dedos el estimulante hormigueo que le producía un nuevo desafío.

—¡Al fin! —exclamó August saliendo del río—. Disfruto del agua, pero esto fue demasiado. Estoy calado hasta los huesos.

—Oh, valdrá la pena, papá —justificó con una exultante excitación reflejada en los ojos.

A diferencia de sus hermanos, la mente de Emily lograba abstraerse al punto de hallar sentido en los números, mas a veces, se sentía un poco incomprendida por sentir atracción por los cálculos matemáticos más allá de un pasatiempo intelectual. Con ese simple experimento ponía en práctica el método científico en todo su esplendor, y demostraba que el tiempo que dedicaba a sus estudios no era en vano.

—Confiamos en tu inteligencia, por eso valdrá la pena —aseguró August llegando a ella estilando agua.

Minerva se acercó a ellos con una sonrisa satisfecha. Le ofreció a su esposo una petaca y unas toallas.

—Es whisky... para que empieces a entrar en calor, querido. —August la tomó agradecido y bebió un trago.

Veinte minutos después, todo se sumió en una apacible atmósfera. August dormía en el regazo de Minerva, arrebatado por la actividad física. Ella no pudo evitar recordar con nostalgia ese verano lejano e inocente en el cual eran unos chiquillos enamorados. Tantos años, tanto recorrido desde ese entonces, para llegar a ese precioso momento.

Contempló un poco más allá, la mayoría dormía una merecida siesta. Jacob balbuceaba dormido, Sophie y Eleanor descansaban abrazadas como gatitas. Horatio roncaba con desparpajo.

Emily estaba concentrada en su trabajo esbozando una sonrisa, tenía manchados los dedos y la cara con el grafito de su incansable lápiz que iba a la velocidad de sus pensamientos.

Frank y Diana...

¿En qué minuto se habían escapado?

¡Qué escándalo!

Minerva esbozó una maliciosa sonrisa.

Más le valía terminar de escribir esas cartas esa misma tarde, quería que toda la familia se reuniera para presenciar ese matrimonio. El primer miembro de los Herederos del Diablo pronto iba a caer.

—Oh, Frank... ¿Es que siempre vuelve esta sensación? —preguntó Diana, jadeante, montada sobre él como una erótica amazona.

—Siempre —respondió besando el cuello con urgencia, apretándole el trasero bajo las enaguas y, al tantear, bendijo la abertura que tenía ese calzón en la entrepierna—. Menos mal que andas con ese precioso vestido, querida.

Su inocente paseo se había transformado en un furtivo encuentro entre amantes, al darse cuenta de que estaban solos en medio de ese rincón escondido de Greenfield. Un idílico paraje que estaba en el linde oriental de la propiedad, un refugio natural de árboles altos y añosos con una alfombra de flores silvestres extendida a sus pies, la cual se había convertido en un perfecto lecho fragante.

—Quiero sentirte como anoche —susurró Diana con los ojos entornados, disfrutando de ese apresurado y sensual momento.

—Me vas a matar... —siseó mientras liberaba su miembro de la terrible prisión en la que se había convertido su pantalón—. Hazlo, amor, rápido...

Diana ahora entendía esos temores de los que le habló Frank, y le encontró toda la razón. Una vez que probó la miel que proporcionaba el placer sexual, era difícil controlar la compulsión. Admiraba a Frank por esa férrea determinación que mantuvo a raya por años, porque ella se dio cuenta de que no quería soportar la frustración con beato estoicismo. Solo bastó la certeza de estar a solas con él, para que el deseo emergiera en ella como una bestia que clamaba por saciar su hambre.

Diana volvió a sentir el ardiente y duro miembro de Frank entre sus piernas, no dudó en repetir ese delicioso vaivén que su cuerpo recordaba con primitiva claridad. Tanto así, que en pocos segundos estaba cabalgándolo con brioso abandono, recorriendo con facilidad el camino que la llevaba hacia el placer.

Frank pensó que el espíritu de Diana tenía algo de inocente perversión, sin saberlo, ella le estaba realizando una fantasía sexual.

Un encuentro prohibido, furtivo, pasional y rápido entre dos amantes.

Sin duda la educación de Diana debió haber sido estricta en todos los sentidos. Pero ella era puro fuego. Su instinto era más fuerte que cualquier enseñanza. Tarde o temprano, todos los preceptos puritanos que le inculcaron de pequeña —como a todas las mujeres del mundo— se hubieran hecho cenizas, inexorablemente.

Y él era feliz de que ella ardiera junto a él. Adoraba a esa mujer que tomaba lo que deseaba, sin permitir que los dictados de la sociedad le impidieran ser feliz.

Disfrutó de esa acelerada cabalgada que lo estimulaba casi como si estuviera penetrándola, rasguñando el clímax con cada delicioso roce que ella le propinaba.

—Frank... oh, síiiiiiiii —llamó en un hilo de voz, quedándose tensa sobre él.

Y él logró sentirla, cómo su sexo palpitaba sobre el suyo, cómo lo humedecía una oleada de su tempestuoso y espeso placer, cómo el deleite de ella lo catapultaba al propio, haciéndole entrar al paraíso dando un gemido grave, al tiempo que le devoraba la boca.

¡Cómo deseaba estar dentro de ella! Estallar y llenarla en medio de su sedosa calidez.

Pero no en ese instante, cuando eso sucediera, quería hacerlo sobre una cama... Toda la noche de ser posible.

Esa iba a ser la última frontera. Estaba seguro de que la espera no iba a ser eterna. Debía ser

paciente, ambos estaban descubriendo cosas desconocidas de ellos mismos.

—Me encanta cómo se siente —declaró ella entre resuellos agitados, acto seguido, dio una risita femenina y seductora, llena de satisfacción.

Lilith lo había hecho de nuevo.

Frank y Diana volvieron donde estaban todos, fingiendo a la perfección que solo habían dado un paseo relajado. Nada en ellos indicaba que había sucedido lo contrario; ambos se veían impolutos, como si hubieran flotado en vez de haber caminado, ni un cabello fuera de lugar, ni una arruga en sus ropas o alguna brizna de hierba prendida en la espalda.

Oh, pero esas amplias y satisfechas sonrisas, eran las que delataban el verdadero fin de ese paseo.

Sonrisas que desaparecieron en el instante que divisaron a alguien que se acercaba al grupo que descansaba bajo la sombra de los árboles.

La huidiza Ada Townsend.

Frank y Diana aceleraron el paso para llegar al mismo tiempo que ella y, a medida que se acercaban, lograron notar el rostro descompuesto de la muchacha.

—Ada —llamó Diana, lacónica.

—Señora Gallagher, me indicaron en Somerton Court que usted estaba aquí con lord Somerton —balbuceó la muchacha, con el rostro cada vez más desencajado.

Frank se acercó a Horatio y lo despertó con toda la delicadeza que conlleva un fraternal puntapié en los tobillos. La parrafada que Horatio tenía lista para escupirle a Frank, murió cuando notó la presencia de una extraña, y el semblante severo y categórico de su hermano, que le articulaba sin voz el nombre de la muchacha.

—¿A qué has venido? —interpeló Diana.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —solicitó vacilante.

—¿De qué asunto podemos hablar en privado tú y yo? —interpeló dejándose llevar por la rabia que sentía, porque, cada día que pasaba, iba convenciéndose más y más de la implicancia de Ada en el incendio de su casa.

Ada miró de soslayo a toda la familia reunida que la estudiaba con una fijeza que la incomodaba. Un pelirrojo alto se incorporó y se acercaba a ella, amenazador. Ada abrió los ojos, casi aterrorizada... ¡Ese era el inspector de Scotland Yard!

—¡No quiero que me lleven presa, por favor! —suplicó Ada desesperada.

—Podemos negociar eso, solo si confieras todo y respondes a nuestras preguntas con la verdad —intervino Frank serio, pero no llegando a ser amenazante, para eso ya estaba Horatio.

El marqués miró a su hermano, quien solo asintió en silencio. Luego al resto de su familia.

—Nosotros nos adelantaremos a Somerton Court para poner fin a este asunto —anunció con voz monocorde.

—Ve, hijo... —se apresuró a decir August ofreciéndole la mano a Minerva para que se pusiera de pie—. Nosotros los seguiremos.

Frank se sentó en su escritorio; frente a él estaba Ada retorciendo su bolsito compulsivamente.

En dos sillas un poco más alejadas del escritorio, se habían situado Horatio con su libreta de notas y Diana.

—Bien, señorita Townsend, la escucho —exhortó Frank con tranquilidad.

—Fue el difunto señor Grant —respondió casi atropellándose con sus palabras. Horatio y Diana fruncieron sus entrecejos casi al mismo tiempo.

—¿Podría ser más específica? ¿Qué hizo el señor Grant? —interpeló Frank sin siquiera inmutarse.

Ada tomó una honda inspiración.

—Hace unas dos semanas... antes del baile, él me ofreció dinero para obtener el molde de una llave que le pertenecía a la señora Gallagher. Me la describió para saber cuál era.

—¿Cuánto le ofreció?

—Cuatro guineas.

—El doble de lo que ganaba en un mes —acotó Diana con acritud. Ella consideraba que no era una persona tacaña con el servicio doméstico. Ada solo iba tres veces a la semana y ganaba lo mismo que una persona que trabajaba seis días de corrido.

—Señorita Townsend, asumo que usted aceptó el trato. —La mujer asintió con su cabeza—. ¿Por qué lo hizo?

—Necesitaba el dinero —respondió evasiva.

—Sí, ya veo que lo necesitaba —señaló con un inapreciable tinte satírico—. Debo decir que me asombra que haya traicionado a la señora Gallagher, su salario era más que generoso para el tipo de trabajo que realizaba.

—Si necesitabas dinero, pudiste habérmelo pedido, Ada —agregó Diana sin poder contenerse—, habríamos llegado a un acuerdo, te habría prestado... no sé... Alguna cosa hubiera ideado.

—No lo pensé, me desesperé... es que mi cuñado se bebió todo el dinero y no teníamos qué comer mi hermana y mis sobrinos... —se justificó—. Acepté porque no era peligroso, no tenía que robar... Tampoco sabía de qué era la llave, solo debía hacer un molde en arcilla y entregárselo... Y eso fue lo que hice.

—¿Y por qué motivo decidió hacer una confesión una semana después del incendio? —prosiguió Frank.

—Cuando me enteré de que el incendio de Grant House había sido intencional, me asusté mucho, y fui a preguntarle al señor Grant si él había quemado la casa usando la llave que le proporcioné... El señor Grant se puso furioso y me zamarreó, negándolo como loco. Me dijo que abandonara el pueblo por una temporada, hasta que todo fuera olvidado... Yo le dije que a dónde pretendía que me fuera, toda mi familia está aquí... Me volvió a dar cuatro guineas y me mandó a buscar trabajo de sirvienta a la casa de *madame* Joséphine en Glastonbury, incluso me dio una carta de recomendación —confesó con vergüenza, y extrajo de su bolsito un papel que le entregó a Frank, quien revisó el documento—... Y que, si no lo hacía, me iba a acusar de que yo había iniciado el fuego.

—Pero si tú estabas en la fiesta, ¿cómo ibas a poder hacerlo? —interpeló Diana, cuya rabia se iba diluyendo a medida que avanzaba el interrogatorio.

—¡Era mi palabra contra la de él! —replicó, empezando a llorar—. ¿A quién le iban a creer?, ¿a él, que es un hombre rico e importante, o a mí, que soy una simple sirvienta?

Diana y Frank intercambiaron una elocuente mirada, Ada solo actuó de manera lógica; los que tienen dinero son escuchados y los pobres, condenados.

—Esta mañana me llegó una carta de mi hermana, me contó que el inspector de Scotland

Yard la estaba hostigando todos los días por mi culpa. —Miró de soslayo a Horatio, que estaba a su derecha—. ... Y que habían encontrado al señor Grant ahogado en el río... Yo solo pensé que ya no había peligro para mí si él estaba muerto, deseaba volver a mi casa, no quiero seguir siendo sirvienta de ese lugar indecente —finalizó Ada, sacando un pañuelo de su bolsito para limpiar sus lágrimas y nariz.

La estancia quedó en silencio. Diana no sabía qué pensar acerca del actuar de Ada, tenía sentimientos contradictorios.

—¿Tienes alguna pregunta adicional, Horatio? —preguntó Frank a su hermano, quien negó con su cabeza—. Muy bien, señorita Townsend, creo que eso es todo. Agradecemos mucho su colaboración voluntaria, si tenemos más preguntas, iremos a la casa de su hermana. Espero no tener la desagradable sorpresa de que usted está de nuevo fuera del pueblo...

—No, señor... Estaré a su servicio para lo que necesite —respondió solícita con un inmenso alivio, se levantó de su asiento y miró a Diana—. Lo siento mucho, señora, de verdad le pido perdón por todo, nunca imaginé todo el daño que le he causaría...

Diana solo asintió, no quiso recriminarle nada, suficiente castigo era tener que lidiar con un pariente alcohólico.

Ada se retiró de la estancia, dejando a los tres abstraídos en sus propios pensamientos.

—Creo que tendremos que hacerle una nueva visita al herrero del pueblo, es el único que pudo haber hecho una llave con un molde de arcilla —anunció Horatio, de súbito—. Tendría que corroborar si la letra de esa carta es la de Barnaby Grant, con eso se puede confirmar parte de la declaración de Ada.

—¿En qué estaba metido Grant? —susurró Diana—. ¿No hay posibilidad de que él y su hijo hayan mentido con su coartada?

—Ninguna —contestó Horatio, firme—, interrogué a todas las señoritas y guardias de esa casa; no hubo ninguna contradicción, ni tampoco tenían un testimonio aprendido de memoria... Es más, ni siquiera Grant pudo pagar su visita, tenía un crédito que le permitía gozar de los servicios. Y créame, cualquier favor figura en los libros contables, incluso si hay que prestar un testimonio falso.

—¿Crédito para ir a un burdel? —interpeló Diana con franco asombro—. ¿Acaso eso es posible?

—Eso y más... Así es como los hombres encuentran la ruina —sentenció Frank con acritud. Le entregó la carta de Grant a su hermano, quien la guardó en su chaqueta y agregó—: Ojalá vuelvan pronto Ernest y Justin, ellos podrían rastrear las finanzas de Grant y determinar en qué estado se encontraban.

—Me temo que el incendio y la muerte de Grant no son hechos aislados... —sentenció Diana—. La señora Montgomery señaló que el culpable cometería un error o se desesperaría... No me he podido quitar de la cabeza que Grant tenía un socio en esto y que su muerte se debió a un acto de desesperación.

—Su lógica no tiene fallas, señorita Stone —admitió Horatio—. Tenemos pistas desperdigadas por doquier, pero necesitamos llegar a un punto en que podamos unir las y tener una prueba contundente, sólida e irrefutable... Aunque debo discrepar con usted en una sola cosa, no considero que la muerte de Grant haya sido un acto de desesperación, sino un error garrafal. —Se levantó de su silla y miró alternadamente a su hermano y a su futura cuñada—. Iré ahora a interrogar al herrero, y después pasaré a comprobar la caligrafía de Grant. No quiero seguir importunando a la hermana de Ada con mis «hostigamientos». Nos vemos, intentaré llegar antes de la cena —se despidió y se marchó sin esperar una respuesta.

Diana suspiró cansada y luego miró a Frank.

—La verdad no quiero ni imaginar qué hubiera pasado si otra persona hubiera sido magistrado de este pueblo. El resultado de los últimos hechos que me ha tocado vivir hubieran sido demasiado ominosos y desalentadores —afirmó Diana. Gracias a que Frank era un hombre de poder que carecía de prejuicios e hipocresías, poco a poco, su condición de paria en Somerton iba disolviéndose, ya no se sentía sola luchando contra el mundo—. Tarde o temprano me habrían quitado el legado de Jacob.

—Sé que habrías peleado con todas tus fuerzas, querida —aseguró Frank, poniéndose de pie para llegar hasta ella. Con delicadeza, tomó su barbilla para que lo mirara—. Aunque te hubieran quitado Greenfield, habrías hallado el modo de salir adelante. Estoy seguro de ello...

Diana le sonrió, reconfortada con las palabras de Frank. Agradecida, tomó su mano y le besó la palma, para luego apoyar su mejilla en ella.

—Eres un hombre excepcional, amor mío —declaró emocionada y convencida.

—Yo también pienso lo mismo de ti... —Tomó una honda inspiración—. Tengo algo para ti. —Con cierta solemnidad se situó frente a ella y puso una rodilla sobre la alfombra—. Me he dado cuenta de que hemos hecho las cosas de un modo no muy ortodoxo que digamos, pero... —Esculó su bolsillo y sacó un objeto que ella no pudo vislumbrar—. Para algunas cosas soy un hombre bastante arcaico; soy un fiel creyente de que un compromiso debe tener un símbolo, que todo el mundo sepa que pronto serás mi esposa.

Frank expuso ante ella una cajita de terciopelo negro. Diana jadeó y se llevó la mano a la boca, al tiempo que él la abría y exhibía un anillo de oro con un rubí con forma de gota, en cuya base tenía cinco pequeños diamantes. No era enorme y ostentoso, era del tamaño justo para los gráciles dedos de Diana.

Ella no tenía palabras, ni siquiera se le había pasado por la mente que él le fuera a ofrecer algo así.

—¿Te gusta? —preguntó él al no tener respuesta de Diana.

—Es precioso —susurró—. Pero, amor, yo...

—Sé que no has aceptado del todo ser mi esposa —interrumpió la posible negativa de Diana—, y que nos comprometimos para poder tener un poco de libertad en nuestros actos. —Sonrió, cautivador—. Pero esta tarde me has confirmado que mi seducción ha sido exitosa y nuestra unión, inevitable. Ya eres irrevocablemente mía y yo siempre he sido tuyo... No necesito nada más para saber que nos pertenecemos, ¿qué otra prueba más necesitas tú para tener la certeza de que envejeceremos juntos?

Diana se quedó mirándolo a los ojos. Sonrió al tiempo que apoyó su frente en la de él. Frank tenía toda la razón, él había despertado en ella algo que jamás pensó que poseía.

Era su turno de arriesgarlo todo, de tener fe.

—Frank Smith, marqués de Somerton... ¿me concedes el maravilloso honor de ser tu esposa? —preguntó, rompiendo una vez más las convenciones. No había forma de contradecirlo, ya no tenía dudas ni temores, él las derribó como un gigante blandiendo su fe en ella como un ariete.

—El honor será todo mío, mi amor —aceptó Frank sonriendo como un niño. Burbujeando de felicidad, sacó el anillo de compromiso de su cajita, lo deslizó en el dedo anular izquierdo de su futura esposa y acto seguido le besó los nudillos—. Te queda perfecto...

Diana, con una sonrisa femenina adornando su rostro, admiró el anillo; era lo más hermoso que había visto en su vida. Hacía más de una década que no lucía uno, y jamás se atrevió a usar el de Juno para aparentar ser viuda. Su anillo de compromiso era en verdad algo extraordinario; delicado, elegante, una verdadera obra de arte, llena de perfección.

—Es la primera joya que ostenta el marquesado desde hace veintidós años. El antiguo marqués perdió todas las joyas, y cuando nos abandonó, mi madre empeñó el anillo de las marquesas para poder huir... No quise recuperarlo, siempre pensé que, si tenía la fortuna de encontrar el amor, mi esposa debería usar joyas nuevas e iniciar una nueva tradición familiar.

—Oh, Frank... Me siento muy honrada, esto tiene tanto significado para mí, no sé qué decir...

—Solo di que me amas.

—Siempre... Te amo, Frank.

—Y yo a ti, mi valiente Diana, cada segundo de mi vida.

Capítulo XIX

Emily contemplaba el mapa y comparaba sus hojas de cálculo, fruncía el entrecejo al mismo tiempo que hacía un mohín con los labios. Con una pieza de ajedrez, terminó de delimitar la zona donde pudo haberse llevado a cabo el asesinato de Grant.

Sonrió satisfecha consigo misma. Tal como había conjeturado, de las dos millas por las cuales se extendía la propiedad de Grant, el área de búsqueda se redujo a solo un cuarto de esa distancia.

—Los números nunca fallan —susurró con una pizca de petulancia. Su estómago, en ese instante, protestó, indicio claro de que ya se acercaba la hora de la cena.

—¿Terminaste de hacer tu magia, duende? —interrogó Horatio a sus espaldas, ladeando su cabeza y observando el mapa con interés.

Emily dio un gritito asustada y le dio un manotazo.

—Imbécil, casi me matas del susto.

—Exagerada, todavía eres una mujer joven, no morirás por una simple broma. —Entrecerró sus ojos—. Ni siquiera eres capaz de fingir un desmayo.

—Sabes que detesto esas artimañas dramáticas... pero si te interesa, mi secreto es no apretar el corsé.

—Espero que tus pretendientes no manejen ese tipo de información...

—¿Cuáles pretendientes?

—No sé, supongo que todavía tienes pretendientes.

—Oh, eres tan inocente, Horatio. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Mis pretendientes se fueron esfumando con el tiempo, dudo que esta temporada conozca a un hombre que valga mi soltería. A estas alturas ya asumí que en esta familia ocuparé el rol de la tía excéntrica y consentidora... Incluso ya estoy pensando en adoptar alguna mascota, ¿qué me dices, un gato o un perro?

Horatio miró a su hermana como si le hubiera salido otra cabeza. No creía que el destino de Emily fuera quedarse soltera.

Debía haber un pobre cristiano capaz de soportarla. Desde que Frank se comprometió, empezó a creer en los milagros.

—Dejemos el tema de tu auspicioso futuro para otro día. Has terminado, ¿sí o no? —insistió con su pregunta para cambiar el incómodo matiz de la conversación.

—Aquí —señaló con autoridad, apuntando con el dedo una zona del mapa.

—¿Estás completamente segura?

—Tan segura como que el agua moja y el cielo es azul.

—Si logramos encontrar alguna pista en esa zona, te juro que recomendaré tus servicios para Scotland Yard... como asesora científica... remunerado, lógicamente.

—Lógicamente, no trabajo gratis, mi querido Horatio. Esto solo fue una cortesía profesional.

—Suenas como una verdadera mercenaria.

Emily sonrió con malicia y alzó la mirada.

—¿Y qué averiguaste? —interpeló la voz seria de Frank a espaldas de Horatio, quien no logró reprimir un jadeo de susto. Emily dio una risotada poco femenina.

—Demonio idiota —reprendió Horatio—. Casi me matas del susto.

—Eres un hombre joven, no morirás —sentenció Frank, indolente. Acto seguido, miró a su

hermana—. Emily, ¿lograste algún resultado?

—Así es, lo dejé señalado en el mapa... Que Horatio te ponga al día —sentenció dirigiéndose a la puerta—. Diviértanse con su caso escabroso.

—¿Lograste hacer todas tus diligencias? —insistió Frank sin perder el tiempo.

—Soy un hombre muy eficiente, milord —aseveró Horatio, socarrón.

—¿Y?

—Y... el herrero no hizo la llave. Grant acudió a él para encargarle ese trabajo, pero el señor Freeman lo rechazó de plano, no es tonto y no accedió a la petición porque sabía que no era para algo bueno. Grant, casi desesperado, le ofreció mucho dinero, pero el hombre tiene ética. Supuso que hizo la copia en otra parte, fuera del pueblo. Eso confirma la información de Ada, Grant fue su contacto e hizo todo lo demás y, gracias a su coartada, podemos asegurar que él no fue quien entró a la casa de la señorita Stone a robar los documentos. Debió ser su cómplice.

—¿Y cómo sabes que Freeman no miente? —cuestionó con suspicacia.

—Llámalo intuición... y la cara de desagrado que puso el herrero cuando mencioné a Grant... Murió debiéndole dinero.

—Debía dinero en el burdel, al herrero... Me pregunto si le debía a alguien más.

—Si debes dinero en un burdel, es porque en verdad estás en aprietos financieros, y Grant era cliente habitual.

—A propósito de aprietos financieros, hoy llegó una carta de Justin informando que ya tiene el acta de defunción de los padres de Jacob, y que va a tardar el asunto de la copia de la compraventa de Greenfield. Para nuestra desdicha, el abogado de Abel Grant murió hace un mes y todo se volvió un caos en esa oficina por culpa de los herederos, pero le aseguraron que le iban a entregar una copia el lunes. También me contó que Ernest va a llegar mañana con la documentación que obtuvo en Belfast, los certificados de nacimiento de Diana y el de Juno, junto con la copia del acta del matrimonio Gallagher. Cuando llegue, nos podrá ayudar para hacer averiguaciones sobre la situación financiera de Barnaby Grant.

—No ha salido tan mal después de todo.

—Lo importante es que nadie sepa que esos documentos existen... ¿Confirmaste si la carta de recomendación de Ada Townsend era verdadera?

—No fue agradable importunar a la señora Grant en pleno velorio, pero accedió a mostrarme unas notas escritas por él. La letra y firma son de Grant. No hay duda de ello, solo faltaría corroborar en la casa de *madame* Joséphine si Ada estuvo trabajando allá. Iré después de cenar.

Frank lo miró con cierta desaprobación.

—Me ofendes, demonio... Mis intereses en esa casa son puramente profesionales. Sabes que no me gusta pagarle a una señorita por sus favores. Lo que sí te aseguro que haré, será divertirme un rato, lo que menos he hecho es disfrutar de mis vacaciones con ocio... Mañana, después del desayuno, comenzaré con las pesquisas en el río.

—Asumo que necesitarás ayuda.

Horatio se quedó pensativo y serio por unos momentos. Le costaba delegar trabajo si no estaba seguro de las capacidades de los demás. Pasaba muchos malos ratos cuando otros le arruinaban escenas de crimen o pasaban por alto detalles importantes.

—Si necesitas a alguien meticuloso y cuidadoso te puedo recomendar a Peter —agregó Frank—. Que no te engañe su apariencia de gigante torpe. Ese muchacho es muy inteligente. También Emily es una buena opción... si está de buen humor.

—¿Y tú?

Frank sonrió.

—En cuanto pueda te ayudaré, mañana es el funeral de Grant, iré a presentar mis respetos a la viuda. Después me encontraré con Diana para ir a la iglesia.

—¿Van a ponerle fecha a tu matrimonio?

La sonrisa de Frank se ensanchó como única respuesta.

—Más te vale que sea pronto —aconsejó Horatio—, he visto a mamá escribiendo cartas todo el día. Cuando menos lo esperes, esto parecerá un hotel.

—A decir verdad, no me importa si tengo que invitar a doscientas personas con tal de casarme con Diana.

—Vaya... Es extraño verte así.

—¿Así cómo?

—Total y absolutamente feliz... y despreocupado por gastar una fortuna. —Horatio sonrió—. Si sigues así, todos pensaremos que tendremos la misma suerte que tú.

—Estoy seguro de que no es suerte... Simplemente, se trata de no hacer lo que el resto espera que hagamos, sino lo que realmente queremos y nos hace feliz...

Horatio se quedó pensativo unos instantes, meditando las palabras de su hermano.

—Oh, eres un embaucador, solo expones con palabras bonitas el lema familiar.

—¿Y cuál sería ese lema, según tú?

—Como dice tío Michael, «mientras más indecoroso e inapropiado sea»... —Alzó sus cejas con picardía.

—«Mejor».

El funeral de Barnaby Grant fue todo un acontecimiento social. Las caras de triste solemnidad de familiares, vecinos, amigos, conocidos y simples curiosos, contrastaban con el brillante sol matutino y el cielo despejado. A paso lento y respetuoso, fueron tras el cortejo fúnebre para dar el último adiós a uno de los terratenientes más influyentes —sin embargo, no el más querido— de Somerton.

Frank escoltaba el cortejo a lomos de *Maximus*. Solo asistió porque el cargo que ejercía lo obligaba, y también por si cabía la posibilidad de hallar algún indicio entre la gente que acompañaba a su viuda. Pero fue inútil, lo único que obtuvo fueron miradas suspicaces —dado su vínculo con Diana Gallagher, conocida por su conflicto con Barnaby por Greenfield— y la sensación de haber perdido su tiempo. La procesión fue tan multitudinaria que no hubo manera de observar a conciencia.

Ya en el cementerio, lo único evidente y revelador fue lo austero de las pompas fúnebres —incluso la palabra pompa quedaba grande—; un ataúd tosco, un carruaje en exceso traqueteante, una lápida de arenisca, arreglos florales sencillos.

La viuda de Barnaby Grant lloraba sin consuelo al echar el primer puñado de tierra sobre el féretro. El hijo de ambos, Alan, parecía un cachorrillo asustado con los ojos enrojecidos y el rostro desencajado.

Frank sintió lástima por la viuda y su incierto futuro. En cambio, debía reconocer que, en el fondo de su corazón, esa misma lástima era menos intensa al ver al agresor de Jacob en tan penosa situación. A veces, el castigo por las malas acciones se pagaba el doble y provenía de la vida misma, de las consecuencias que acarrearán los actos de quienes no conocían la bondad.

Barnaby Grant, vivo o muerto, había arruinado a su familia. A Frank nada le quitaba de la cabeza que ellos estaban en una situación financiera más que complicada, pero ¿hasta qué punto?

Solo Dios lo sabía, y pronto Ernest tendría respuestas; ese día había llegado al alba a Somerton Court y, como le gustaba estar un paso adelante, le informó que mientras viajaba a Belfast había ganado tiempo enviando cartas a Londres para mover a sus contactos financieros. Si todo salía bien, no solo confirmarían lo obvio, sino que también, lo que se les escapaba y podría dar sentido a todas las piezas de ese rompecabezas que no lo dejaba dormir tranquilo.

Al terminar la ceremonia fúnebre, la gente se dispersó. El espectáculo había terminado. Frank se había mantenido a una distancia más que prudente de los curiosos, llevando de las riendas a su caballo. Solo se separó de *Maximus* cuando se acercó a la tumba para darle sus respetos a la viuda. No tardó demasiado, ya había divisado al vicario que se aproximaba a ellos. Frank se apartó para que el señor Hyde pudiera brindarle unas últimas palabras de consuelo a los dolientes.

Pronto sus miradas se cruzaron. No fue necesaria mayor señal para el vicario, sabía que debía acercarse al marqués.

—Buenos días, milord —saludó el señor Hyde con su habitual tono zalamero—. Muchas gracias por haber hecho acto de presencia en esta triste ocasión.

—Nobleza obliga, señor Hyde —respondió Frank, lacónico—. Necesito tratar algunos asuntos con usted en privado. Mi prometida nos debe estar esperando en la iglesia.

El señor Hyde alzó levemente sus cejas y no le quedó más remedio que seguir al marqués, quien en su tono de voz dejó muy claro que no admitiría ninguna clase de negativa.

Cada uno tomó las riendas de sus respectivos caballos y montaron en dirección a la iglesia.

Frank impuso un trote constante y rápido, y un silencio que al vicario le incomodaba y lo ponía nervioso.

Tras diez minutos de absoluto mutismo, el señor Hyde se aclaró la garganta. Frank no se dio por aludido con esa llamada de atención.

El vicario insistió carraspeando un poco más fuerte. Frank lo miró de soslayo con altivez, asintió con su cabeza conminando al señor Hyde a que hablara de una vez por todas.

—Supongo que con el sensible fallecimiento del señor Grant —dijo el vicario, elevando su voz por sobre el sonido de los cascos de los caballos—, a su señoría no le urgirán los papeles que me solicitó en nuestra entrevista del lunes.

—Supone mal, señor Hyde —respondió Frank con voz acerada—. El asunto es más serio de lo que esperábamos en ese momento. Sobre eso y otros temas es que le he pedido esta entrevista, y espero que ni el joven Archibald ni el señor Fletcher estén merodeando en su oficina, es imperativo mantener el secreto.

Si antes el vicario estaba intrigado, ahora era peor con las crípticas palabras del marqués.

Al acercarse a la iglesia, Frank divisó a Diana que se apeaba de *Hércules*. Jamás la había visto enfundada en un traje de amazona. Su futura esposa no tenía nada que envidiarle a las beldades de Londres. El color verde esmeralda del vestido y el sombrero alto a juego destacaba los tonos rojizos de su cabello, el cual había peinado de otra forma, haciéndola ver tentadora.

—¿No es esa la señora...? Perdón, ¿no es ella su prometida? —rectificó el vicario. Si hacía seis días la señora Gallagher se veía cambiada sin el luto, ahora era, simplemente, otra mujer.

—Es mi prometida —confirmó Frank orgulloso—. La futura lady Somerton —subrayó, con la implícita exigencia de que empezaran a referirse a ella de otro modo.

Diana, al notar que Frank aceleraba el trote de *Maximus* para ir a su encuentro, sonrió y saludó con su mano.

Frank se apeó y, sin soltar las riendas de su caballo, saludó a Diana con un casto y respetuoso beso en los nudillos.

—Tan hermosa como siempre, mi señora —halagó Frank esbozando esa sonrisa que Diana conocía tan bien y que siempre le seducía—. Dichosos los ojos que la ven.

—Dichosa yo, mi señor —respondió ella con su coquetería habitual, desvió su mirada hacia el vicario que se apeaba de su caballo—. Buenos días, señor Hyde —saludó e hizo una leve reverencia.

—Buenos días... eeeh... —vaciló. Diana movía su cabeza conminándolo a que la llamara por su nombre, ¿qué le pasaba a ese pobre sujeto?

—Señora... —animó Diana.

—Señora Gallagher —dijo casi aliviado. Lo lógico era seguir llamándola de la manera habitual. Sin embargo, el cambio era tan radical que ya dudaba en llamarla señora.

En apariencia, ya no era esa mujer severa, seria y siempre enojada que discrepaba cada palabra que emitía cualquier persona de Somerton. Siempre en pie de guerra, siempre queriéndose salir con la suya.

No era solo el color de su ropa, incluso su piel parecía haberse rejuvenecido. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinte? ¡Imposible, si esa edad tenía cuando llegó al pueblo!, ¿o no? Vaya, en realidad, nunca se lo había preguntado.

Sin decir nada más, Diana y Frank entregaron las riendas a unos chicos que se encargaron de llevar a los caballos a pastar y tomar agua, por su parte, otro chico llevó el caballo del vicario al establo de la iglesia.

El señor Hyde se dirigió a su oficina. Antes de abrir la puerta, echó un vistazo por los alrededores, pero no vio a nadie merodeando. Aliviado, entró e invitó a Diana y a Frank a tomar asiento frente a su escritorio, al tiempo que él hacía lo mismo del lado opuesto.

—Bien, milord —dijo el vicario—. ¿En qué le puedo ayudar?

—Lo primero y más importante, queremos fijar fecha para nuestro matrimonio —manifestó Frank con su tono serio y comedido.

—Permítanme darles mis más sinceras felicitaciones a ambos —dijo el señor Hyde. Tomó un libro donde registraba las fechas de las distintas ceremonias que realizaba—. Déjeme sugerirles que fijen la fecha después de las siguientes tres semanas para realizar las amonestaciones de rigor.

—Cuando tú lo decidas, querida —delegó Frank.

Diana sonrió con velada picardía.

—¿Primero de septiembre? —sugirió ella buscando la aprobación de Frank, la cual llegó sin dilación en una sonrisa.

El vicario revisó en el registro y asintió.

—No hay impedimento para ese día... —Procedió a entintar su pluma y comenzó a escribir—. Primero de septiembre, a las diez de la mañana... Frank... Smith, lord Somerton... y la...

—Señorita Diana Stone —terció ella antes de que el vicario escribiera su nombre.

El señor Hyde la miró como si Diana se hubiera convertido en un dragón.

—Todo tiene una explicación —aseguró ella, impasible—. Y todo lo que le diré quedará bajo secreto de confesión.

El vicario solo atinó a asentir con su cabeza.

Y así, Diana le confesó a un estupefacto señor Hyde el porqué fue conocida como la viuda señora Gallagher, y no como Diana Stone, y quién era el verdadero dueño de Greenfield.

El vicario escuchaba boquiabierto la increíble historia y todas sus implicancias. Comprendió la actitud de Diana a través de tantos años en que todos alimentaron una infinidad de rumores

—sobre todo, por parte de un rencoroso Barnaby Grant en contra de su hermano— y la relegaron a ser una paria.

—Por eso mi nombre debe ser registrado como Diana Stone —concluyó ella.

—Y debo subrayar que, de momento, nadie debe enterarse de esta información, señor Hyde, porque estamos en medio de la investigación del asesinato del señor Grant, y estamos seguros de que ese hecho está ligado al incendio de la casa de la señorita Stone. No está de más señalar que esto también debe estar bajo secreto de confesión.

Eso fue demasiado para el vicario, su mandíbula se abrió sin remedio.

—Pero... pero... pero... —balbuceó anonadado.

—Pero usted no divulgará esta información a nadie. A nadie —enfaticó Frank—. Es muy posible que en este pueblo tengamos a un asesino suelto y nadie puede obstruir esta investigación o el resultado será un desastre. ¿Está claro?

El señor Hyde asintió con su cabeza.

—Más que claro, milord. —Soltó el aire de sus pulmones, volvió a entintar su pluma y procedió a escribir el nombre «Diana» en su registro. Sin embargo, cuando estaba a punto de escribir el apellido «Stone», detuvo el trazo—. Pero... tenemos un problema, no podemos dar las amonestaciones.

—¿Por qué? —interpelaron Diana y Frank al unísono.

—Porque las amonestaciones son públicas. De este modo, los feligreses saben quiénes se casarán y, de tener algún motivo para impedir la unión, lo notifiquen a la iglesia. No podemos dar nombres falsos y, en este caso, no puedo publicar la amonestación a nombre de Diana Gallagher o el matrimonio podría ser calificado de fraudulento en el futuro, y anulado.

—Entonces, ¿cuál es la opción que nos ofrece? —preguntó Frank mirando fijo al vicario.

—Una licencia común —respondió con celeridad—. Cuesta cuatro chelines y, una vez emitida, pueden casarse dentro de los próximos quince días sin la necesidad de las amonestaciones, pero deben firmar un papel que asegure que no hay impedimentos legales para la boda.

Frank y Diana se miraron, se hablaron al oído y llegaron rápidamente a un acuerdo.

—Entonces tomamos la licencia común —decretó Diana. Frank esculcó sus bolsillos y sacó cuatro chelines poniéndolos sobre la mesa—. ¿Dónde tenemos que firmar?

El señor Hyde sonrió un poco tenso. ¡Vaya premura con los novios! Pero los entendía, viviendo bajo el mismo techo, la señorita Stone era una solterona en toda la dimensión de la palabra... una solterona bellísima y el marqués debía tener sangre en las venas. Era lógico el apuro.

—Iré a buscar la declaración que deben firmar y la licencia. —Se levantó de su asiento y dirigió sus pasos a la oficina contigua.

—Señor Hyde —llamó Frank y el vicario se frenó en seco—. Ya que va a la otra habitación... Por casualidad, ¿ha encontrado el registro de Greenfield?

—Si me dan unos minutos, lo encontraré, me faltaba revisar la última pila de carpetas. La verdad sea dicha, el registro era un desorden descomunal.

—No importa si le toma todo el día, tenemos todo el tiempo del mundo, señor Hyde —señaló Frank.

—Les puedo ofrecer una taza de té mientras esperan.

—No se moleste, señor Hyde —se apresuró a negar Diana—. Pierda cuidado.

El vicario asintió y se internó en la habitación contigua.

Al quedar a solas, Frank y Diana se besaron breve pero intenso.

—¿Te sientes mejor, querida? —preguntó Frank. Esa mañana Diana se quedó un rato más en cama, y la noche anterior, cuando él fue a visitarla a su habitación, ella solo le pidió que la abrazara.

Solo había una cosa que hacía que las mujeres sanas y jóvenes se indispusieran de un momento a otro. Y habiendo vivido con su madre y hermanas, Frank comprendía de qué se trataba.

—Mejor —contestó ella sin querer dar mayores explicaciones. Tenía sus métodos para lidiar con esa molestia mensual sin tener que interrumpir del todo sus actividades habituales, no podía permitirse perder tres o cuatro días solo por un poco de sangre—. No te preocupes, mi amor. —Le dio un beso tierno, una verdadera caricia con sus labios.

—Bien... —La miró de arriba abajo con un leve tinte de lujuria—. Definitivamente, el verde es un color que te sienta perfecto, querida —dijo Frank en voz baja, cambiando de tema para coquetear con descaro.

—Emily dijo lo mismo —aseveró Diana—. Tiene vestidos muy bonitos.

—Y tú también tendrás vestidos y pantalones bonitos...

—¿Pantalones? —interrumpió alzando una ceja.

—Me encanta cómo te quedan los pantalones, no me privaré de ese privilegio. ¿No tienes que hacerte pruebas de la ropa que mandaste a confeccionar?

—A ti no se te escapa nada, pasado mañana iré al atelier de la señora Morrison.

—Si es que el señor Hyde encuentra el registro este siglo —condicionó, haciendo una mueca divertida que le arrancó a Diana una risita femenina.

—¡Al fin! —Se escuchó la voz del vicario en la sala contigua. El tono era cercano al alivio supremo. Entró en la estancia con entusiasmo, blandiendo su tesoro—. ¡Encontré la carpeta!

—¿Me permite verla? —solicitó Frank y el señor Hyde se la entregó de inmediato, orgulloso de su proeza burocrática.

Frank revisó la primera hoja, en la cual se dejaban anotaciones, se indicaban las modificaciones y qué papeles se agregaban al registro. Ahí estaba anotado que Abel había dejado todo en regla antes de morir, y había añadido una copia de la compraventa de Greenfield. Frank comenzó a dar una rápida ojeada a los papeles; había documentos antiguos, del propietario que precedió a la familia Grant, otros que acreditaban el momento en que la propiedad pasó al abuelo de Abel y cómo se sucedió la tierra de padres a primogénitos.

Y nada más.

El rostro de Frank fue evidente.

—¿Sucede algo malo, milord? —preguntó el vicario ante el repentino cambio en la expresión de lord Somerton.

—En la hoja de anotaciones se establece que Abel Grant actualizó el registro cuando vendió la propiedad a Jacob Gallagher... Pero no están los papeles que acreditan ese traspaso.

Diana masculló una maldición. El señor Hyde hizo como que no la oyó.

—¿Qué quiere decir, milord? —preguntó el vicario con nerviosismo y temor.

—Que alguien entró a su oficina y robó el registro de Greenfield en sus propias narices.

Capítulo XX

Ernest entró sigiloso en la cocina de Somerton Court como si fuera un espía. Observó que la señora McDowell preparaba unos emparedados para el almuerzo con afán y tarareando una canción. Famélico y haciéndosele agua la boca, esperó a que ella saliera. Había sido una mañana más que ajetreada, llegó al alba, y se desayunó la noticia de que su hermano se casaba y que el principal sospechoso del incendio de Greenfield había sido asesinado. Todo se había complicado de una manera que no sospechó ni en sus peores pesadillas.

Las complicaciones siempre le abrían el apetito, ya había desayunado dos veces y ahora quería asaltar uno de esos tentadores emparedados. Pudo haberlos pedido, pero también estaba en una misión secreta y no debía delatarse... No todavía.

Al cabo de dos minutos tuvo la oportunidad, la cocinera salió de la estancia y él aprovechó para estirar la mano y alcanzar uno.

Una mano femenina y familiar interceptó su robo dándole un golpecito.

—¡Espere a que los sirvan en el comedor! —reprendió la señora Wilde.

Ernest puso su mejor cara de cachorrillo indefenso y hambriento. El ama de llaves pensó cómo era posible que dos hermanos tan parecidos físicamente, se expresaran de un modo tan diferente; la verdad, no imaginaba a lord Somerton recurriendo a esa artimaña infantil para obtener comida.

Tal vez por eso siempre le pareció que lord Ernest era más encantador.

—Oh, Samantha, no seas dura conmigo —pidió Ernest haciendo un puchero, luego inclinó su cabeza estudiando al ama de llaves con interés—. El campo te ha puesto amargada.

—No, milord, resulta que me gusta mucho mi trabajo y deseo mantenerlo —respondió con cierta rigidez.

—¿Desde cuando eres tan formal conmigo? —interpeló Ernest. Llevaba meses esperando volver a verla.

—Desde que tengo un trabajo decente, lord Ernest —zanjó con el tono más estricto que pudo imprimir en su voz.

—Así veo... —Sonrió—. ¿Podemos conversar en privado?

Wilde resopló, con un gesto lo conminó a salir de la cocina y lo guio hasta su pequeño despacho, lugar donde organizaba todo lo relacionado con su trabajo.

Ernest entró y miró la estancia con curiosidad, era un lugar femenino y bien iluminado. Había un escritorio y sobre él, pluma, tinta, libros de inventario, de cuentas, recibos. Todo bien organizado y dispuesto. Samanta se sentó detrás del escritorio e invitó a que él se sentara frente a ella.

—¿Alguien en Somerton te ha reconocido? —preguntó Ernest directo, sin mediar algún tipo de introducción banal.

—No, milord. Aquí estoy segura —respondió esbozando una sonrisa y entrelazando los dedos—. Lord Somerton ha sido muy respetuoso, no pude pedir mejor patrón. Jamás ha señalado mi pasado, y el de ninguna chica, en realidad. Solo tiene la ridícula manía de comer con nosotras en la cocina.

—Detesta comer solo —afirmó Ernest y luego entrecerró sus ojos—. ¿Hasta cuándo me vas a tratar como si no me conocieras? —interpeló, harto del modo impersonal que usaba el ama de llaves hacia él.

—Lo conozco, milord. Sé la clase de persona que es, pero sabe perfectamente que no puedo hablar con usted de esa forma, yo ya no soy una prostituta.

—Jamás te he tratado como una —replicó serio.

—Usted fue el primer hombre que me trató como una persona valiosa, milord. Eso siempre se lo voy a agradecer, me va a faltar vida para retribuir lo que hizo por mí.

—Yo solo te di la oportunidad. Estaba en ti cambiar tu destino.

—Insistió hasta el cansancio, reconózcalo —replicó—. Pero lo hizo en el momento justo, usted tuvo más fe en mí que yo misma. —Wilde suspiró—. ¿Qué es lo que quiere, milord?

—Quiero saber si eres feliz, Samantha.

El ama de llaves esbozó una temblorosa sonrisa.

—Lo soy, tengo un muy buen trabajo, tengo dignidad, amigas... No puedo pedir más.

—¿No has pensado en tener familia? —interpeló inclinándose ligeramente hacia adelante—. Si me dices que no te han llovido los pretendientes no te lo creeré.

—He tenido suficientes hombres para toda la vida, milord, como para salir a buscarlos o que ellos me encuentren. Prefiero quedarme aquí en mi día libre y leer un buen libro en el jardín en vez de ir al pueblo... Además, ya estoy vieja, tengo treinta y dos años...

—Y pareces de veinticinco —se apresuró a acotar.

—Pero no los tengo... y aunque quisiera, estoy segura de que a ningún hombre respetable le agradaría la idea de enterarse de que su esposa ejerció la prostitución durante diez años. Al cabo de un tiempo me lo va a reprochar, una puta siempre será una puta —afirmó con crudeza, mirando a Ernest a los ojos—. No me gusta la idea de mentirle al hombre con el que pasaré el resto de mi vida. Tarde o temprano la verdad nos alcanza. No quiero correr ese riesgo, milord.

—Entiendo... Entonces, ¿te quedarás aquí para siempre?

—Si tengo suerte, hasta que me saquen con los pies por delante de la puerta —dijo con voz decidida y confiada, pero a Ernest el brillo de esos ojos castaños y vivaces, evidenciaba mucho más.

Entre ellos se impuso un denso silencio. Ernest desvió la mirada hacia la pequeña repisa que estaba llena de libros, entre ellos, destacaba «Orgullo y prejuicio».

Solo le bastó leer el título para hacerle recordar la primera vez que vio a Samantha, dos años atrás. Ella vestía del mismo modo, bien cubierta y severa, con colores opacos como si fuera la gobernanta de un orfanato. Ella entraba a una librería. Él, embobado, se quedó frente al aparador fingiendo que miraba los títulos y esperó a que ella hiciera su compra. Nunca le había pasado que una mujer le atrajera de esa forma, tan poderosa, casi como si se tratara de un llamado de la naturaleza. Tenía que conocerla, a lo mejor era una institutriz o tal vez, efectivamente, trabajaba en un orfanato. No le importó.

Era la cosa más absurda que le había pasado en su vida, pero tampoco lo cuestionó.

Samantha compró el libro y salió de la tienda con una sonrisa de satisfacción. Ernest la siguió, no le agradó la idea de acecharla de ese modo, pero tampoco quería abordarla de la nada o decirle algún halago con poesía barata... ¡Qué complicación!

Decidió seguirla, saber dónde trabajaba o vivía y encontrar una forma menos escabrosa y retorcida de conocerla.

Grande fue su sorpresa cuando la vio entrar en el Masquerade, el burdel más caro y exclusivo de Londres.

El primer sentimiento que lo invadió fue la desilusión, le dolió sentirla, como si le hubieran clavado una daga en el pecho...

Sin embargo, esa misma noche, Ernest entró en el Masquerade, dispuesto a conocer a la mujer

que se le había llenado el rostro de felicidad por comprar una novela romántica. Primero pagó por una noche completa, pero no la tocó, solo conversó con ella durante un par de horas y cuando el sueño lo venció, se durmió para que ningún otro cliente la solicitara por si se desocupaba.

Samanta, curtida por la experiencia de los años, no se ilusionó con ese cliente que solo conversaba y se quedaba dormido de cansancio. Lord Ernest no era un aristócrata ocioso, se levantaba temprano y trabajaba. Extraño era decir poco, que el hermano de un marqués se ganara la vida como si fuera un hombre común.

Rara vez podía decir que le gustaba estar con un cliente y Ernest era el más peculiar de todos, pero le encantaba conversar con él, era tan abierto, divertido y simpático. Le hablaba como si fueran amigos de toda la vida. Con él no sentía que era una furcia, le permitía pensar que era solo una mujer normal... una decente. Al término de esa semana él ya lo sabía todo de ella. El trato de sus encuentros era que iban a conversar, pero siempre con la verdad.

Y ella nunca le mintió. Después de todo, estaba en deuda, él había pagado por yacer con ella, pero solo pedía que hablara con honestidad.

Samantha no desnudó su cuerpo, pero sí su alma.

Padre alcohólico y golpeador, un pequeño comerciante que terminó matando a su esposa frente a sus cuatro hijos. Samantha en ese entonces tenía quince años. Trabajó en lo que pudo para mantener a la familia, pero terminó convirtiéndose en prostituta a los veinte, su virginidad sirvió para enviar a sus hermanos a la casa de una tía en el campo... Su habilidad para satisfacer y su lozana y perenne belleza le hizo escalar posiciones hasta llegar a ser una de las más caras y solicitadas del Masquerade.

Con ese dinero pudo mantener a sus hermanos hasta que pudieran valerse por sí mismos...

Y así fue, lo logró. Todos pudieron formar familias, obtener trabajos decentes y un poco de educación, pero para ella era muy tarde.

De todas formas, a pesar de que disfrutaba —y esperaba— las visitas de lord Ernest, no se ilusionaba. Él en algún momento se iba a aburrir o, si tenía algo de suerte, le iba a proponer que fuera su amante. Aquello era una buena opción, todavía estaba sana —la *madame* del burdel exigía a sus clientes que usaran condón, por eso era el más caro, sus trabajadoras eran bellas y no estaban enfermas de sífilis— y él le daría un buen pasar sin preocupaciones.

La cuestión fue que él sí le hizo una propuesta, pero una que nunca imaginó. Le ofreció educación, que obtuviera un oficio en una academia en régimen de internado para mujeres. La familia de él era una de las benefactoras del proyecto. Al final de sus estudios, a las mujeres se les buscaba un empleo bien remunerado y estable entre las familias aristocráticas.

Al principio ella lo rechazó, pero todas las noches él la trataba de convencer de que todavía era joven, que podía tener un trabajo mejor, que no era necesario venderse toda la vida.

Durante treinta noches insistió. Noche a noche ella se negó.

En la noche número treinta y uno él la convenció.

Ernest fue su último cliente, el que nunca la tocó.

Mientras Samantha estudió, él la visitaba una vez al mes y la llevaba de paseo a museos o al parque. A ella siempre le daba miedo y vergüenza encontrarse con algún cliente antiguo. Y, aunque aquello nunca sucedió, Londres era como una ciudad maldita para ella, una gran prisión.

Ernest, sabiendo esto, se aseguró de que su empleo fuera en Somerton Court. No importaba si dejaba de verla, tal vez la distancia haría que su obsesión por ella, remitiera.

Pero había sido inútil. Lo supo en cuanto ella abrió la puerta de Somerton Court nueve días atrás.

¡No podía ser! Obstinado, se convenció de que esos latidos frenéticos se debieron a la

impresión de ver a su amiga tan bella como siempre, fingiendo que eran prácticamente desconocidos. El viaje a Belfast fue como caído del cielo, unos días afuera y una gran distracción le permitirían ordenar sus pensamientos.

Esa mañana, cuando volvió de su misión y Samantha lo recibió ejecutando su papel de ama de llaves, poniéndolos a ambos en su lugar, Ernest debió aceptar que su corazón se gobernaba solo, y que era un estado independiente de su cerebro, el cual siempre trató de convencerlo de que todo lo que hizo por ella fue a causa de un sentimiento puramente altruista, que solo eran buenos amigos y que disfrutaba de su conversación y compañía.

Su cerebro bien podía irse al infierno. Su corazón era el que le decía que no importaba que Samantha Wilde fuera siete años mayor que él, o que ella no fuera casta y pura, o que no tuviera dinero ni posición. Simplemente, ella era la mujer de su vida, y en cualquier momento iba a dejar a su hermano sin ama de llaves.

—Sammy...

—Sí, milord.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Aquí estás, Belcebú! —exclamó Horatio. Miró al ama de llaves que abrió grandes sus ojos castaños y se llevó las manos al pecho del puro susto—. Disculpe, señora Wilde, por la repentina intromisión. —Centró su atención en su hermano—. Necesito que nos acompañes al río.

Ernest resopló frustrado.

—¿Qué necesitas?

—Que nos ayudes a buscar una aguja en un pajar.

—Acabo de llegar esta mañana, ten piedad.

—Solo somos Emily y yo, Frank fue al funeral de Grant y luego se va a encontrar con la señorita Stone en la iglesia, para fijar la fecha de su matrimonio.

—¿Y el resto?

—Organizando un matrimonio... mamá no se irá de aquí hasta que Frank haya dado el sí en frente de toda la familia.

Ernest miró de soslayo a Samantha, que no podía evitar sonreír por aquel intercambio. Se aclaró la garganta y se levantó.

—Después me sigue explicando ese extraño concepto que tiene sobre la felicidad, señora Wilde... —advirtió como si hubieran estado hablando del clima.

Ernest acompañó a Horatio, dejando a Samantha a solas.

Ella dio un suspiro largo y hondo, solo esperaba que lord Somerton se casara pronto para que su familia se fuera.

Mejor dicho, para que Ernest se fuera y su corazón volviera a latir en paz.

—Tiene que ser blanco —demandó Eleanor con ilusión, señalando una imagen de un catálogo, mientras Diana se hacía las pruebas de sus vestidos nuevos en el atelier de la señora Morrison—. Se va a ver preciosa, como la reina. Ella se casó de blanco para representar su pureza.

—Pues tenía entendido que solo fue porque era el color perfecto para destacar el encaje del vestido —rebatió Sophie un tanto incrédula ante la afirmación de Eleanor—. El blanco no indica nada, solo que te puedes permitir lavar el vestido con regularidad.

—El blanco es un color que se volvió muy popular desde la boda real, ya casi ninguna novia

elige otro color —añadió la señora Morrison, mientras estudiaba el largo del faldón—. Aunque, claro, usted puede usar otro color ya que es viuda.

Diana hizo un mohín, no le agradaba la idea de entrar a la iglesia vestida de blanco... Podían intentar consolarla de todas las formas posibles, pero en un rincón oscuro de su conciencia la palabra pureza estaba manchada.

—El blanco es un color precioso para una novia, independiente de si es soltera o viuda —convino Diana para darle en el gusto a Eleanor—, pero es terrible que se ensucie con solo mirarlo. Soy demasiado inquieta y siempre estoy ocupada. No voy a tener posibilidad de volver a usarlo.

—Cuando me casé con August mi vestido de novia fue de color azul, lo usé hasta que ya no hubo manera de reformarlo de acuerdo a la moda —intervino Minerva, dando un suspiro y rememorando lo feliz que se sentía cada vez que se lo ponía—. Pero los tiempos cambian, imagine si su vestido de novia lo usa una futura hija. Eso sí puede ser algo muy especial, que usted inicie una hermosa tradición familiar.

La idea de tener hijos inquietaba a Diana, quien trató de componer una sonrisa con relativo éxito. Sin embargo, Minerva notó que ella solo lo hizo por amabilidad y la entendía. Se decían tantas cosas negativas respecto a ser madre por primera vez a una edad avanzada, pero en su experiencia, todo era tan relativo que era mejor no pontificar sobre esa materia. Cada mujer era un mundo.

—Oh, no tema, querida, usted es una mujer muy joven todavía —intentó convencerla, sin poner en evidencia frente a la modista, que Diana no había engendrado a Jacob—. Tenga fe, la naturaleza es muy sabia —afirmó mirando los ojos de Diana—. Cuando me casé con August tenía treinta y tres años, pensé que no íbamos a tener hijos en común, pero ya ve, concebí tres preciosas hijas. El Señor Todopoderoso nos bendijo con algo de equilibrio con tantos varones en la familia.

Diana sonrió. Algo en el cálido, sincero y sereno tono de voz de la señora Montgomery lograba apaciguar sus temores y eso le abrigó el alma y la animó. Le hizo recordar a su propia madre, no recordaba su voz, pero sí la sensación de recibir palabras de ánimo y consuelo.

—Oh, me encanta la idea de dejar en herencia mi vestido de novia —reconoció Diana—. Si no es una hija puede ser una nuera, nieta, una sobrina o, incluso, una cuñada... —Sonrió de verdad, debía ver el lado bello de la vida—. ¡Está decidido! Elegiré el vestido más blanco y hermoso para mi boda.

—Aaaaaaah, es tan romántico —terció Sophie aplaudiendo—. Si me llego a casar también usaré un vestido que pueda heredar a un pariente... A veces no todos pueden comprar un vestido nuevo.

—Señora Gallagher, ¿ha pensado en algo especial para el ajuar nupcial? —intervino críptica la señora Morrison ante los agudos oídos de las señoritas Montgomery, quienes no pudieron evitar dar unas risitas con su solapada sugerencia.

Un tanto escandalizada, la señora Morrison pensó que las jovencitas londinenses eran mucho más «despiertas» que las de Somerton. O, tal vez, estas señoritas en particular, manejaban más información de lo debido. ¡Qué inmoralidad!

Mientras tanto, la piel de Diana pasaba por todos los tonos de rojo. Estaba muy, muy segura de que lo menos que iba a usar en su noche de bodas era un ajuar. Imaginó a Frank desnudo...

—¿No creen que hace mucho calor? —soltó Diana abanicándose con su mano, en un vano intento de desviar sus candentes imágenes mentales.

Sophie y Eleanor rieron un poco más fuerte.

—Niñas, compórtense —advirtió Minerva con beata autoridad—. Si me permite la sugerencia, señora Gallagher —miró de soslayo a la modista, no se le podía olvidar que todos creían que Diana era viuda—, un ajuar nupcial siempre es bienvenido. Es más, ese será mi regalo para usted.

El primer impulso de Diana fue rechazar el ofrecimiento, pero Minerva le sonreía con tanta ilusión que no fue capaz de atreverse a desairarla de ese modo. Además, debía reconocer que no podía pedir mejor suegra, respetaba sus decisiones, la trataba con cariño y siempre la integraba a ella y Jacob en todas las actividades familiares. Es más, todos se comportaban del mismo modo, como si siempre hubieran formado parte de esa hermosa familia.

—Será todo un honor, señora Montgomery —aceptó Diana.

—Oh, nosotros somos los honrados, querida. Estás haciendo inmensamente feliz a mi hijo, no hay forma de retribuir el amor que le das.

—Creo que sí hay una forma, y ya lo hacen —replicó Diana con emoción.

—¿Y cómo, querida?

—Permitiéndonos ser parte de su familia, sin poner ninguna condición.

Establecer un área de búsqueda en un mapa no era lo mismo que recorrerla *in situ*, y media milla era demasiado para tres personas. Horatio prefirió confiarle la misión de buscar algún tipo de evidencia a Emily y Ernest.

En la mañana del tercer día de búsqueda ya se habían resignado a que la tarea que llevaban a cabo era titánica. El único consuelo para Horatio era que, gracias a su hermana, no tenían que buscar a lo largo de dos millas, y que esa parte de la ribera del río no era una zona transitada. Todavía estaba la posibilidad de encontrar un indicio.

El calor del sol de agosto comenzaba a ser más intenso, Horatio había dividido y asignado tres áreas para investigar; Emily, río arriba; Ernest, río abajo y él en la parte central.

Estaba cansado. Si no fuera porque disfrutaba de los desafíos que le brindaba su trabajo, solo podría catalogar esas vacaciones como las peores de toda su vida...

—¡Horatio! ¡Horatio! —llamaba Emily haciéndole señas.

Horatio se irguió y se hizo sombra con las manos para divisar a su hermana. Respondió del mismo modo y llamó a Ernest con un silbido.

Al cabo de unos minutos, ambos llegaron al lado de una eufórica Emily que solo quería mostrar sus hallazgos.

—Bien, duende, espero que sea algo bueno —dijo Horatio.

—Creo que es muy bueno. Miren. —Señaló con una vara una serie de huellas borrosas que estaban impresas sobre la tierra suelta—. Estas huellas se pierden aquí. —Avanzó unas cinco yardas donde había algo de pasto—. Pensé que continuarían, pero encontré esos rastros...

—¿Será sangre esa mancha sobre esa roca? —advirtió Ernest.

—Eso mismo iba a mostrarles, y también la tierra aquí la movieron... es extraño.

Los tres hermanos observaron las huellas alargadas por largos segundos.

—Y si... —Horatio se alejó un poco y se acostó en el suelo—. Ernest ponte sobre mí, como si me estuvieras estrangulando.

—No voy a negar que muchas veces me dieron ganas de hacer eso cuando algunos idiotas osaban molestarnos... Pero era más divertido dejar ranas en sus camas —bromeó Ernest haciendo lo que su hermano le pidió—. En la práctica, esto es muy escalofriante —agregó

fingiendo que lo estrangulaba, Horatio le sujetaba las muñecas y pataleaba, enterrando sus talones en la tierra haciendo fuerza.

Emily observaba la demostración con interés, mientras se alejaba un poco y comparaba que el rastro que dejaron sus hermanos era similar al que encontró.

Algo pequeño reflejó el sol cerca de la orilla donde la tierra estaba húmeda... Emily se acercó con cuidado de no pisar las huellas.

—Horatio, creo que esto te va a interesar —dijo Emily, al tiempo que sus hermanos se levantaban de su pequeña demostración y se acercaban a su lado.

Era una pisada nítida, grande, firme y en el centro de la huella un botón plateado con un trozo de tela rasgado.

Horatio tomó el botón con sumo cuidado y sacó un pañuelo de su bolsillo, exponiendo la nueva prueba sobre él. La tela, embarrada y húmeda, parecía ser de seda color marrón con un diseño en relieve. El botón era de plata y ostentaba un labrado peculiar que el lodo no dejaba apreciar del todo.

—La ropa de Grant no estaba rasgada cuando hallamos su cuerpo —aseveró Horatio, serio—. Estoy casi seguro de que esto debió pertenecer a su asesino.

—Y, para tener botones de plata, debes tener dinero... o aparentar que tienes dinero —conjeturó Ernest.

—Si yo fuera el asesino, habría eliminado la prenda rota, pero me habría quedado con los botones... —añadió Emily y sus hermanos la miraron alzando sus cejas—. Por favor, ni siquiera tío Greg, que es un duque, arrojaría sus botones de plata...

—No lo sé... ¿Qué tan astuto será el asesino? —elucubró Ernest.

—Bueno, confiemos en que siga creyendo que estamos investigando un incendio y no un asesinato. Y sea un idiota que se delate solo —repuso Horatio.

—Creo que es hora de que empecemos a pasear por el pueblo y tener los ojos bien abiertos —sentenció Emily—. Y justamente debemos hacerlo, hay un matrimonio que organizar —argumentó socarrona.

—A este lugar le hace falta un cuerpo de policías —masculló Horatio.

—Y de bomberos... —añadió Ernest—. Pero primero, hay que resolver este misterio.

Capítulo XXI

Bristol, sábado 2 de agosto de 1840.

Querido Frank:

Primero que nada, felicidades por tu compromiso. No me sorprende pero sí me alegra mucho... Las bromas por tu futuro cambio de estado civil me las reservaré para cuando vuelva. Me imagino cómo debe estar mamá de emocionada con los preparativos —aún sin tener fecha concreta—. El único consejo que te puedo dar es que contrates mucho personal doméstico, porque Somerton Court parecerá un hotel.

Pasando a otro tema... No puedo creer que hayan asesinado al principal sospechoso del incendio. Esta situación no va nada bien, y lo que te voy a contar la complica mucho más.

Tal como te comenté en mi carta anterior, ha sido difícil —mas no imposible— obtener la documentación de la compraventa de Greenfield. Pero eso no es lo importante, me aseguraron que me tendrían los papeles el lunes —o martes a más tardar, si de nuevo no se van a las manos los hijos de Henry Pole—.

Lo que sí es importante —y preocupante— es que ayer, desde la oficina de abogados, me enviaron un mensaje; un hombre llamado Jerome Ferguson llegó al lugar pidiendo la misma documentación que yo. Afortunadamente, estos abogados no son ineptos y, al igual que a mí, le solicitaron una declaración jurada de la tutora de Jacob en que autorizara a copiar y retirar los documentos.

¿Me creerías que este impostor presentó una carta falsificada? Los abogados —gracias a Dios— lo notaron enseguida. Sin informarle a este sujeto que yo me había adelantado, compararon las firmas de la declaración que llevé yo, la de Ferguson y la de las copias de las escrituras de la compraventa.

Cuando se negaron y le dijeron que iban a llamar a la policía, el tipo salió corriendo antes de que terminaran de amenazarlo. Por este hecho, tomaron medidas de seguridad más drásticas y están haciendo dos copias adicionales de las escrituras; una para mí, otra para la oficina y la otra la dejarán en la bóveda del banco con la original en casilleros separados.

Apenas terminé de leer ese mensaje, fui a la oficina de abogados y pedí que me describieran a ese tal Ferguson —sería iluso de mi parte pensar que ese es su verdadero nombre—. Ni alto ni bajo, cabellos y ojos castaños, entre treinta y cuarenta años, bien vestido, su forma de hablar y expresarse era bastante pomposa. En fin, es tan común y olvidable como puede ser un cuarto de la población masculina de Inglaterra.

Esto es muy serio, Frank. Estoy seguro que quieren eliminar todo rastro de que la propiedad perteneció legalmente a Jacob Gallagher. Pero, al mismo tiempo, la situación es extraña. En un caso hipotético, si se prueba que la

propiedad no es de Jacob, esta pasaría a Barnaby Grant, porque él era el heredero de Abel Grant, pero ahora ambos están muertos, y el hijo de Barnaby es demasiado joven para estar tramando este tipo de fraudes —ni siquiera debe saber en qué parte de Inglaterra está Somerton—.

Espero que las investigaciones estén dando resultados, porque con Grant muerto, siendo honesto, no sé qué pensar.

Pretendo estar de regreso el jueves. Si mis planes cambian, te lo haré saber. Cuidense mucho...

Justin Montgomery.

Unos repentinos golpes en la puerta hicieron que Frank diera un respingo.

—Pase —autorizó lacónico, al tiempo que doblaba la carta que acababa de leer. Lo había dejado más que inquieto.

—¿Interrumpo algo importante? —preguntó Ernest entrando en el despacho de Frank.

—Novedades de Justin. —Resopló fatigado y se refregó la cara.

—No parecen ser muy buenas —comentó sentándose en la silla que estaba frente al escritorio de su hermano.

Frank, sin emitir palabra, le entregó la carta a Ernest, quien empezó a leerla con avidez.

—Maldición —masculló Ernest al terminar—. ¿Qué problema tiene la gente de este pueblo con la señorita Stone?

—Greenfield es la propiedad más grande de este pueblo, después de Somerton Court. Cualquier persona que se apodere de estas tierras se convierte de inmediato en el terrateniente más grande de la zona. Aquí, la mayoría de la gente se dedica al comercio y a la manufactura, por lo tanto, quienes poseen tierras tienen mayor poder e influencia y pueden subir peldaños en la escala social. Si tienes suficiente ambición, puedes llegar a ser parte de la Cámara de los Comunes.

—Tierras, dinero, poder —resumió Ernest.

—Y bien sabes lo que sucede cuando alguien sin escrúpulos y mucha ambición posee esas tres cosas.

Ernest resopló como única respuesta, coincidiendo con su hermano. A ambos se les vinieron unos cuantos nombres a la cabeza, empezando por su propio progenitor.

—Y bien, ¿a qué has venido?

Ernest no alcanzó siquiera a tomar aire para responder cuando alguien golpeó la puerta. Frank alzó su dedo, disculpándose con su hermano, y autorizó a quien fuera que estuviera llamando.

Era la señora Wilde.

—Ni se imagina lo que Archie me dijo... —Wilde se frenó en seco al ver la ancha espalda de Ernest—. Disculpe, milord, no sabía que estaba acompañado.

—No se preocupe, ¿qué iba a decirme?

El ama de llaves miró de soslayo a Ernest, que se había dado vuelta para observarla. Dos pares de ojos azules la escrutaban, pero solo uno de ellos lo hacía de un modo que la ponía nerviosa... Debía ponerle fin a eso.

—Archie vino hace un rato a traer el encargo semanal —informó logrando que su voz sonara normal.

—¿Y qué pasó, no había dentífrico? —ironizó Frank.

—No, nada de eso, él me dijo: «No sabe *na'á* lo que pasó con la señora Grant» —imitó el

acento gangoso de Archie y Ernest apretó los labios aguantando la risa, pero no fue suficiente y se le escapó una carcajada.

—Ernest —amonestó Frank, serio. Sentía que ella le traía información importante. Dirigió su atención hacia su ama de llaves, que miraba fijo a su hermano, entrecerrándole los ojos—. Continúe, por favor, Wilde.

Ella parpadeó como si estuviera volviendo al momento.

—Bueno... ¿en qué estaba?...

—La señora Grant —repuso Ernest.

—Ah, sí. —Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Yo le dije: «¿Acaso me ha visto en el pueblo? ¡Lógico que no sé! Usted es el único que trae chismes a esta casa decente». Él me miró serio, haciéndose el altanero, y me contestó: «Si no fuera por mí, este pueblo sería muy aburrido y desinformado». —Wilde chasqueó su lengua—. Yo, para puro herir su vanidad le dije: «Usted no es el único que “informa” a la gente, ¿qué me dice del señor Fletcher?».

—Resuma, Wilde —apremió Frank.

—A eso voy, milord. Archie, ofendido, dijo: «Fletcher se entera gracias a mí... y, de hecho, no tiene idea de lo que ha sucedido». Y puso su cara de tener un tesoro.

—¿Y qué ha sucedido? —intervino Ernest muy interesado.

—No me interrumpa... Er... lord Ernest. —El hermano del marqués le estaba poniendo los nervios de punta. Interiormente, Samantha estaba a un paso de salir corriendo, ¡casi lo llama por su nombre de pila! Lord Somerton la miraba, impávido—. Bien, Archie me dijo: «Un hombre, parecía un abogado, le informó a la señora Grant que debía abandonar su casa esta semana, porque todos los bienes del difunto Barnaby Grant fueron embargados. Si viera el grito que dio esa mujer antes de desmayarse. ¡Está en la ruina arruinada!».

Ernest alzó las cejas y abrió ligeramente su boca. Frank no expresó nada.

—Muchas gracias por la información, señora Wilde. Sin duda, será de mucha ayuda —dijo Frank al cabo de unos segundos en silencio—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo, milord —respondió desviando la mirada hacia Ernest en tan solo un parpadeo, casi imperceptible. Hizo una leve inclinación y se retiró.

Frank volvió a restregarse la cara, estaba cansado.

—Si no fuera porque lo que dijo Wilde es serio estaría desternillándome de la risa —masculló Frank y luego resopló—. Ahora van a embargar a esa pobre mujer. Sabía que Grant tenía deudas, pero no a ese nivel. Voy a tener que hacerle una visita para tener más detalles de lo ocurrido... A propósito de ello, ¿no has tenido novedades de tus contactos en Londres?

Ernest negó con su cabeza.

—Pero si quieres, te acompaño a ver a la señora Grant.

—Sí, creo que va a ser de mucha ayuda. —Se levantó de su silla, haciéndose el ánimo de salir, luego recordó—: ¿Qué ibas a decirme?

Ernest se rascó la cabeza con el dedo índice y sonrió, avergonzado.

—Vaya, lo olvidé. —Se encogió de hombros—. No debió ser importante... lo siento por distraerte.

—No importa... ¿No sabes si Diana y las demás llegaron de su visita a la modista?

—No han regresado, de lo contrario, habría escuchado las voces de esos duendecillos escandalosos, pero creo que pronto llegarán, no perdonan la hora del té. —Le dirigió una sonrisa pícaro—. ¿Ya decidieron qué día se van a casar?

Frank sonrió de medio lado.

—En cuanto Diana tenga listo su vestido de novia.

—Quién lo diría... —Ernest se levantó de su asiento para acompañar a su hermano a la casa de la viuda de Grant.

Enfilaron sus pasos a la puerta, Frank se detuvo y Ernest por poco choca con él.

—Por cierto... —Dio media vuelta—. ¿Ha habido algún problema con mi ama de llaves?

Ernest alzó sus cejas provocando surcos en su frente.

—Ninguno —respondió inocente.

—Noté que te miraba de un modo extraño —insistió suspicaz.

—Debió ser porque estaba a punto de carcajearme mientras ella imitaba la voz de Archie —mintió descarado.

—Es difícil contener la risa mientras Wilde cuenta un cotilleo —admitió Frank. Abrió la puerta e invitó a su hermano a salir—. Después de ti.

Diana entró en la biblioteca de Somerton Court. Ahí estaba Jacob leyendo. Sonrió al verlo tan tranquilo y concentrado, mas él al sentir su presencia alzó la vista y le sonrió de vuelta.

—Aquí estás, debí suponerlo —dijo Diana sentándose al lado de Jacob y le besó la cabeza—. ¿Qué lees, hijo?

—La señora Wilde me recomendó «Persuasión». Es una historia de amor.

—Y, ¿te gusta?

Jacob asintió con la cabeza, muy entusiasmado.

—Me falta poco para terminarlo. Me cae muy bien el capitán Wentworth, se parece un poco a lord Somerton. Es serio y noble.

Diana sonrió. Sí, él era así, pero también debía agregar una infinidad de cualidades que mejor no enumeraba en ese momento.

—Mañana vamos a Greenfield a visitar a los arrendatarios y supervisar a los muchachos —anunció Diana—. Tenemos que poner al día los libros de cuentas. Cuando todo se tranquilice un poco, intentaremos hacer que tus estudios sean más regulares.

—Está bien, mamá —respondió animado, pero luego su expresión cambió—. Mamá, ya que te vas a casar, ¿este año me vas a enviar a un internado?

Diana frunció el entrecejo, extrañada por esa interrogante.

—No, jamás lo he considerado, ¿por qué me lo preguntas?

—Lord Somerton y todos sus hermanos estudiaron en Eton. Cuentan historias muy divertidas de sus días en ese colegio.

—¿Y tú quieres estudiar ahí?

—Me gustaría intentarlo —contestó aparentando naturalidad.

—No sé si sea una buena idea. —Diana suspiró—. Puede que Eton no sea muy diferente a la escuela de la señorita Castle. —«O puede ser mucho peor», pensó renuente—. Me refiero a la poca amabilidad de algunos niños...

La expresión de Jacob cambió de súbito, el entusiasmo que se vislumbraba en sus ojos se apagó. Diana no sabía si había cometido un error al desanimar a su hijo. ¡Qué difícil era ser madre! Pero tenía miedo a separarse de él, de no poder protegerlo, de que lo trataran mal por no ser aristócrata.

Sin embargo, Jacob estaba creciendo, era un muchacho inteligente y maduro que necesitaba algo de autonomía e independencia. No podía ser egoísta, debía dejar que él tomara decisiones, que se equivocara, que acertara, que supiera qué se siente al tener éxito, o lamentar los fracasos.

Eso era la vida que todos recorrían y Jacob no era diferente al resto.

—Pero podemos hacer lo siguiente —propuso—. Solo falta un mes para que se inicien las clases en Eton, y creo que no estamos a tiempo para matricularte. ¿Qué tal si este año nivelas tus estudios con un tutor? Y así estarás preparado para que entres al próximo.

Jacob sonrió, soltó el libro que tenía entre sus manos y abrazó a su madre.

—Gracias, má. Te prometo que estudiaré mucho.

—Sé que lo harás, hijo mío...

—Estarás muy orgullosa de mí, estudiaré mucho y me convertiré en un médico.

—¿Médico? —Diana se separó un poco de ese abrazo—. ¿No vas a ocuparte de Greenfield?

—Oh, sí, pero también seré un médico, uno bueno que no le negará la atención a nadie con mala reputación o si tiene poco dinero. Y tendré una esposa, una inteligente, ella se ocupará de Greenfield, como tú.

—Veo que lo tienes todo planificado. ¿Y qué pasará con tus hijos? No le vas a sobreexigir a tu esposa a que trabaje más que tú. Sabes todo lo que conlleva Greenfield —preguntó siguiendo el juego.

—Pues, creo que los criaremos entre todos, en familia. Tú serás una gran abuela y lord Somerton también.

Diana rio. La imaginación de Jacob volaba muy alto.

—Y supongo que también tendré hermanos y hermanas... —agregó Jacob.

—Ojalá Dios nos bendiga con una familia, hijo mío —aseveró Diana, sin sentir esa aguda opresión en el pecho cuando mencionaban el tema. De a poco se entregaba a lo que tuviera deparado, sus mortificaciones se atenuaban con el cariño y apoyo de esa formidable familia.

¡Qué distintas serían las personas si tan solo fueran un poco más flexibles en sus juicios y dieran amor y comprensión en abundancia!

—Todos tendrán tus ojos, como yo —aseguró Jacob.

—Bueno, hay que darle tiempo al tiempo... Primero, lord Somerton y yo nos tenemos que casar.

—Mamá Minnie dijo...

—¿Mamá Minnie? —interrumpió Diana—. ¿Por qué la llamas así?

—Oh, ella me dijo que odiaba la idea de que sus nietos le llamaran abuela, y como pronto me convertiré en su primer nieto, debía referirme a ella de ese modo para poner el ejemplo.

—Oh, es tan especial la señora Montgomery —afirmó Diana con emoción—. ¿Te gusta llamarla así?

Jacob asintió con brioso ademán.

—Entonces, ¿qué te dijo mamá Minnie?

—Ella dijo lo mismo que tú, tiempo al tiempo. —Inclinó su cabeza y miró el cielo raso, dubitativo—. Mamá, ¿qué significa eso?

—Que hay que tener paciencia, y que todo pasará a su debido momento...

—Aaaaah...

Silencio. Jacob tomó su libro y buscó la página en que se había quedado su lectura.

Diana le acarició la cabeza a su hijo y besó su coronilla. Jacob se acomodó poniendo su cabeza en el regazo de su madre, y continuó con su lectura.

La conversación había terminado.

Frank se desplomó agotado sobre el asiento de su escritorio. Echó la cabeza hacia atrás y se refregó la cara. La cálida luz dorada del crepúsculo que se colaba por la gran ventana, comenzaba a decrecer, pero todavía era suficiente para iluminar la estancia.

Entornó los ojos. Tenía hambre. Estaba de muy mal humor. Cada día que pasaba, cada pista que se descubría, le confirmaba que el culpable del asesinato de Grant y quien estaba intentando hacer todo lo posible por apropiarse de Greenfield eran la misma persona y se estaba riendo en su cara.

Tener muchas pruebas y que no recayeran en ningún sospechoso en concreto era, en verdad, desesperante.

La visita realizada junto con Ernest a la viuda de Grant para confirmar la información de Archie resultó ser tan esclarecedora como confusa. El abogado que fue a informarle a la mujer sobre el embargo del patrimonio de su esposo, representaba a una empresa de inversiones y préstamos llamada West y Asociados.

La pobre mujer estaba desesperada. Barnaby Grant administraba todo con absoluto celo y nunca dio señales de estar en bancarrota.

Y en siete días más estaría en la calle, si es que alguno de sus familiares tenía la bondad de recibirla durante un tiempo con su hijo. Ambos tendrían que verse en la obligación de empezar a trabajar para salir adelante.

Lamentablemente, esa era la realidad de muchas mujeres al quedar viudas de esposos derrochadores e irresponsables, quienes, en un intento desesperado por salvar su estilo de vida, recurrían a prestamistas usureros. West y Asociados aplicaban una tasa de interés exorbitante. Ernest, al ver el detalle de la deuda, solo podía catalogar a esa empresa como una máquina creada con el único propósito de provocar la quiebra de sus clientes.

Frank conjeturó que quizás el motivo por el cual Abel Grant nunca quiso ceder o venderle las tierras a su hermano, fue porque conocía sus vicios y secretos, y el trabajo de generaciones se convertiría en un desperdicio. Abel quería a Greenfield más de lo que evidenciaba y Frank lo entendía. Si él se hubiera visto en una situación similar, también habría hecho lo mismo; venderle la tierra a alguien que sí le sacaría provecho y no dejárselo a un pariente que solo traería la ruina.

Frank resopló, solo deseaba proteger a Diana, a Jacob y su legado, el trabajo de ocho largos y arduos años.

No bastaba tener la frágil certeza de que contaban con un respaldo de los documentos. Había alguien que estaba empeñado en hacer desaparecer el rastro...

¿Tanta ambición? ¿Cómo apoderarse de sesenta acres de tierra sin que nadie lo note? Cualquier persona en el pueblo, si comete semejante fraude, no quedaría impune. Sería un suicidio social, como ponerse la soga al cuello en frente de todos...

¿Quién? ¿Cómo?

—Tengo tanta hambre y estoy tan cansado que no puedo pensar. Joder —maldijo, rumiando su mal humor.

Dos golpes secos resonaron en la puerta y provocaron un débil eco en la estancia.

—Pase —autorizó lacónico, sin siquiera tomarse la molestia de abrir los ojos. Estaba repantigado sobre su asiento con los tobillos cruzados y sus manos entrelazadas sobre su abdomen.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó cautelosa, la femenina y sedosa voz de Diana.

Frank abrió los ojos y cambió su postura con una pereza digna de un gato al sol. Los músculos de su cuerpo protestaron con agudo dolor, señalando la constante tensión acumulada

durante el día.

Diana se acercaba a él con su semblante preocupado. Él notó que ella llevaba puesto un vestido nuevo. Flores rojas desperdigadas sobre el algodón color marfil, que dejaba al descubierto sus hombros y acentuaba su sinuosa cintura. Los labios de Frank apenas se curvaron en una sonrisa cansada, pero fue lo suficientemente sincera.

—Solo intentaba descansar y pensar... Te ves hermosa, eres un verdadero ángel. —Se puso de pie y fue a su encuentro—. Abrázame, querida —pidió, su voz tenía un cierto tinte de súplica—. Te necesito.

Diana lo abrazó fuerte y él se aferró a ella, dando un sentido y largo suspiro que depositó sobre el cálido hombro femenino.

Se quedaron largos segundos así, quietos y compartiendo la balsámica tibieza de sus cuerpos. A Frank le pareció prodigioso aquel contacto. De súbito el cansancio se alejaba, sentía que el alivio le recorría los músculos. Nunca hubiera imaginado que tan solo el calor de un abrazo tuviera semejante poder.

No importaba qué tipo de contacto tuviera con Diana, ya fuera inocente o erótico, siempre le proporcionaba descanso a su cuerpo y a su mente. Solo eran ellos dos y esa sensación que apaciguaba sus sentidos.

Ambos suspiraron al mismo tiempo, sin perder del todo ese abrazo, se separaron un poco para mirarse.

—Horatio nos informó de la prueba que hallaron en el río y Ernest lo de la señora Grant —dijo Diana—. ¡Qué terrible! Nunca hubiera imaginado que Barnaby estuviera en la bancarrota.

—Creo que nadie lo imaginó, querida. Por cierto, hoy llegó una carta de Justin. Me informó que un tipo fue al bufete de Pole con una declaración jurada falsa, solicitando que le entregaran los documentos de la compraventa de Greenfield, pero no logró su objetivo.

—Dios bendito... —Acarició el rostro de Frank y su áspera barba que ya tenía varios días—. Con razón estás así, mi amor... Lo lamento tanto. Me siento tan culpable por someter a todos a esta presión. No debería estar pasando esto, todos deberían estar descansando, disfrutando de su tiempo en familia.

—No es culpa tuya. No vuelvas a decir eso —amonestó Frank suave pero con vehemencia—. Es culpa de un malnacido que sobrepasó todo límite y te juro que, tarde o temprano, lo vamos a atrapar. Estoy seguro de que resolveremos esto.

Diana asintió con su cabeza, acto seguido se alzó sobre la punta de sus pies, y besó a Frank con ternura. Él respondió del mismo modo, acariciando con sus labios la tentadora boca de Diana. Un leve gemido emergió de la garganta de ella, fue la señal de que su deseo iba en aumento. Esas noches en que sus besos y caricias fueron corteses y castos, resultaron ser una larga prueba que se convirtió en una tormentosa delicia.

—Por favor, dime que esta noche podré tener algo más de ti —apremió Frank en un susurro grave por el creciente deseo que lo torturaba.

—Esta noche podrás tener más —respondió sobre sus labios—. Lo tendrás todo, vida mía... mi demonio.

—¿Tu demonio? —Terminó el beso para mirar con cierta diversión a Diana—. ¿De dónde has sacado eso?

—Tus hermanos son los culpables, «el demonio aquí», «el demonio allá», «Amudiel esto», «Amudiel esto otro» —se justificó—. Omiten casi por completo tu nombre... Había escuchado que ese era tu alias en Londres, pero no que tu familia lo usaba.

—Aaaah... Pues debo informarte que yo no soy el único demonio.

—Cuéntame —demandó coqueta.

—Cuando entré a Eton, a Thomas y a mí nos llamaban los «Herederos del Diablo», a causa de la reputación de nuestros progenitores —comenzó a relatar Frank. Qué cosa tan curiosa, el dolor de esa vieja cicatriz ya no era tan punzante como antes—. Ya sabes que, al principio, no lo pasamos bien. Pero decidimos jugar su juego, vengarnos, imponer nuestras reglas, y como éramos los vástagos del mismo Satanás, decidimos tomar nombres de ángeles caídos y demonios. Thomas adoptó el de Alastor. Al año siguiente, entró Ernest y el hermano de Thomas, Alec, ellos se hicieron llamar Belcebú y Badariel, respectivamente... Fuimos los cuatro primeros y luego esa tradición la mantuvieron Justin, Horatio y otros primos y amigos de nuestras familias. —Rio de buena gana ante un repentino recuerdo—. Incluso, para aumentar más nuestro demoníaco prestigio, comenzamos a hacer rituales de bienvenida a los nuevos. Escapábamos de noche y hacíamos una fogata de iniciación. ¡Qué idiotas éramos!

—Supongo que el director de Eton sintió alivio cuando el último demonio dejó su colegio.

—Nuestras familias son prolíficas, creo que todavía quedan unos cuantos demonios haciendo de las suyas. Llegamos a un punto en que ya no llamaban a nuestros padres para que nos controlaran. A veces nos castigaban, pero la mayoría de las veces. —Se encogió de hombros—... No hacían nada porque sabían que nosotros no actuábamos si no había alguna provocación que lo justificara.

—Con razón Jacob tomó un súbito interés por asistir a ese colegio. Dentro de todo lo que pasaron, ustedes disfrutaron esa época.

Frank sonrió. Sí, debía admitirlo, cuando ya eran una pequeña legión de demonios y ángeles caídos, era muy divertido.

—Ah, querida mía. Nuestra familia es muy especial, ni te imaginas el infierno al cual vas a entrar cuando nos casemos.

—Creo que me hago una idea. —Sonrió seductora—. Quizás esta noche... cuando Amudiel visite mi alcoba...

—Se abrirán las puertas del infierno.

—Si el señor Hyde nos escuchara, estaría escandalizado por tener unos feligreses tan blasfemos. Pero no me importa, me encanta cómo suena.

Capítulo XXII

Diana encendió varios candelabros y su habitación se bañó de una cálida luz dorada que le confirió un aire onírico. Estaba decidida y ansiosa, en su primera vez, ella quería verlo, quería que él la viera a plenitud. Quería recordarlo para siempre.

Se sentó en el taburete que estaba frente a su tocador y miró su reflejo en el espejo. Sentía mucho calor, estaba sonrojada, solo vestía una bata de seda blanca que transparentaba su cuerpo y resaltaba todavía más el rubor de su piel. Desarmó su peinado; una a una fue retirando las horquillas y liberó su cabello, el cual cepilló hasta dejarlo suave y brillante, haciendo resaltar sus tonalidades rojizas a la danzante luz de las velas.

El reloj del vestíbulo dio una solitaria campanada que reverberó en todo Somerton Court. Esa era la señal de que pronto se iniciaría el ritual que se llevaba a cabo todas las noches desde que Diana visitó, por única vez, la alcoba de Frank.

Sin embargo, a diferencia de las tres últimas noches, ella no esperaba a su prometido en medio de las sombras.

Diana oyó el débil sonido de la cerradura y dirigió su atención a la puerta, la cual se abrió sin emitir ruido. La silueta de Frank se recortó en el umbral. Todavía estaba vestido, solo se había quitado la levita.

Sin decir una palabra, se internó en la estancia y cerró la puerta. Diana escuchó el clic del pestillo y tragó saliva. De pronto, el cuerpo de Frank se le antojó más grande a medida que se acercaba, como si fuera una bestia depredadora y ella, su presa.

Una presa que estaba dispuesta a ser devorada sin mayores dilaciones.

Frank se situó tras de ella, frente al espejo. Diana lo miró a través del reflejo y él le devolvía la mirada, mas ella no se atrevió a bajar la vista y verse a sí misma, le había invadido cierta renuencia a contemplar la pasión en su propio semblante.

—Te ves hermosa, como un ángel que está a punto de caer. Inocente y voluptuosa —halagó Frank y acto seguido besó su cuello.

La piel de Diana desprendía una excitante fragancia, vestigios de su jabón de azahar y esencia de mujer. La mano izquierda de ella se aferró a la nuca de Frank, al mismo tiempo que ella se ofrecía, inclinando más su cabeza y entornando sus ojos, disfrutando de esos besos que le erizaban la piel y aumentaban su deseo.

Frank continuó con su seducción, besando, lamiendo la tersa piel y llenó sus manos, tomando los pechos de ella. La seda era una delicada y sensual barrera que solo lograba exacerbar los sentidos de ambos. Diana gimió de deleite y se removió en su asiento, juntando sus muslos, intentando apaciguar ese frenético palpitar que se instaló en su feminidad en cuanto sintió que él abría la puerta.

—Abre los ojos y mírate, mi amor —ordenó Frank—. Te ves absolutamente hermosa.

La profunda voz de Frank la persuadió a obedecer. Se atrevió a mirar y se encontró con los ojos azules de él clavados en ella y que destilaban lujuria. Se veían como una pintura representando dioses paganos. Él como si fuera un hermoso Eros, oculto tras su cuello y las hebras de su cabello, tomando sus pechos y ella como una ninfa entregada a los placeres que el dios le prodigaba.

—Recuerda que te amo, Diana.

—Y yo también, con toda mi alma.

Frank, sin dejar de mirarla a través del espejo, se irguió y comenzó a desnudarse. Diana contemplaba embelesada cómo se revelaba la masculina piel ante sus ojos. Al fin pudo apreciar en todo su esplendor la virilidad y fuerza que él poseía en cada músculo de su ser.

En cada movimiento que él ejecutaba con premeditada parsimonia, la desafiaba a que tomara lo que estaba ofreciendo. Pero ella estaba disfrutando con ese voluptuoso juego en donde se había convertido en una perversa observadora, atenta a cada movimiento, a cada prenda que él se quitaba.

Y cuando él se despojó del pantalón, Diana fue consciente de que ella misma cubría la desnudez de Frank en el reflejo del espejo. Una sonrisa ladina curvó los labios de él y el gesto se repitió en ella.

Frank se acercó y, con delicadeza, empuñó el cabello de Diana en una coleta. Besó la nuca femenina con lascivia, arrastró sus labios por el cuello, abrió la bata de seda para dejar el hombro al descubierto y siguió besando, urgente. Recorrió el camino de vuelta, sin separar su boca de la tersa piel hasta llegar a la oreja. Diana no resistió el sensual asedio y fue al encuentro de él.

Se besaron como si no lo hubieran hecho nunca, con una desesperación por unirse de algún modo y que los dejó sin aliento. Sus lenguas se entrelazaban en feroz contienda, luchando por poseer al otro, saboreándose, tentándose a ir más allá.

Frank besaba con hambre, con su mano libre recorría los pechos de Diana y descendía hasta su vientre, una y otra vez. Ella abrió sus piernas, quería que él la tocara, que la llevara a la cima del éxtasis. Quería que él la penetrara.

Él dejó de besarla con brusquedad en el instante en que Diana pedía más, solo por el placer de provocar a esa mujer que respiraba agitada, y que no había podido evitar dar un gemido lastimero al perder el candente contacto.

—Ahora la pregunta es, ¿quieres que esta noche intente entrar en ti? —preguntó Frank solemne.

—Jamás lo había deseado tanto —respondió Diana del mismo modo.

—Entonces, ponte de pie, querida, inclínate y apoya las manos en el tocador —indicó Frank. Por primera vez, desde que iniciaron ese viaje erótico, él estaba al mando de la situación. Diana había derribado sus temores y barreras tomando lo que quiso de él, en el momento y medida en que ella lo deseaba.

Ahora él quería observar a Diana en un rol más pasivo, saber hasta qué punto ella iba a permitir que él fuera un poco más dominante.

Diana, inmersa en esa nueva experiencia, obedeció. No temía. Frank, aunque estuviera cegado por la lujuria, jamás iba a tomar nada que no fuera consentido y ofrecido con libertad.

Frank hizo a un lado el taburete y ancló sus manos en las caderas de Diana. Ella entornó sus ojos, sin embargo, pudo sentir el calor de la piel ajena a través de la seda y la dureza de una ardiente erección reposando entre sus nalgas.

—Separa tus piernas, vida mía —demandó Frank—. Déjame tocarte.

Y ella así lo hizo. Frank tomó posesión del cuello con sus labios, acarició uno de los pezones con sus dedos, y una mano llegó al vértice del triángulo que formaban los rizos que cubrían el anhelado monte de venus. Con sus dedos se abrió paso entre los pliegues de su húmeda feminidad.

Diana siseaba ante esas íntimas caricias, la estaba matando de deseo. Podía sentirlo en todo su cuerpo. Frank no le daba tregua, la estaba desbordando de sensaciones.

—Voy a entrar con mi dedo —anunció Frank en un susurro—. Necesito saber si estás preparada para mí. No te tenses, seré gentil.

Ella, sin abrir sus ojos y respirando superficialmente, asintió.

Lento e inexorable, él la penetró. Diana jadeó ante esa invasión. Por un momento, sus demonios se apropiaron de su mente, e intentaron recordarle la horrible sensación de ser poseída a la fuerza.

Ella se petrificó, rígida como una vara, esperando sentir dolor.

—Soy yo, Diana. El hombre que te ama y te amará toda la vida. Vuelve a mí, por favor.

La voz de Frank fue como un rayo de luz que engulló esa terrible oscuridad. Diana abrió sus ojos y se vio a ambos en el reflejo. Frank había dejado de moverse, estaba quieto, escrutándola con amorosa preocupación.

—Eres tú la que manda —aseguró Frank—. Tú decides si me quedo o me voy. Volveré cada noche a intentarlo, porque mereces que lo haga.

Y Diana supo, sin ninguna duda, que él cumpliría su palabra.

—Quiero intentarlo —sentenció firme, mirándolo a los ojos a través del espejo—. ... Nos lo merecemos.

—Recíbeme, mi vida. Siénteme.

Frank retiró su dedo, pero sin salir del todo, y volvió a entrar. Diana miró la mano de él cubriendo su sexo y se quedó ensimismada observando cómo se movían los tendones cada vez que él acariciaba su interior. No había dolor, sino un creciente ardor.

Por puro instinto, ella movió sus caderas hacia adelante, intentando obtener esa exquisita fricción que la catapultaba al placer.

—Eso... búscalo —animó Frank—. No lo dejes ir, puedo sentir cómo tu interior me aprieta.

Llena de coraje, Diana insistió, meciéndose sobre la palma de Frank, al mismo tiempo que él entraba y salía de ella, extrayendo y esparciendo su humedad en todo su sexo.

Se sentía tan cerca, se elevaba y elevaba, y no lograba alcanzar el cielo.

Gimió frustrada.

Frank dio una ronca y seductora risa. Diana estaba en un punto sin retorno.

Detuvo nuevamente aquella lasciva estimulación. Tomó a Diana entre sus brazos y la llevó a la cama. La depositó con dulzura sobre el colchón y, a la postre, él también se acostó. No necesitó que él le indicara nada, ella supo lo que debía hacer.

Montó a Frank a horcajadas y se quitó la bata por completo. Rio femenina y coqueta cuando las manos de él cubrieron sus pechos. Frank tenía una fijación con esa parte de su cuerpo, no podía estar sin tocarlos. Diana gimió gustosa, ella disfrutaba de esas caricias.

—Tómame, Diana —demandó Frank—. Estás lista para mí, hazlo.

Diana asintió y tomó la erección de Frank. Intentó guiarlo con un poco de torpeza y él le ayudó a encontrar su acuoso centro. Ella percibió la punta roma y carnosa resbalando por todo su sexo, tentándola, provocándola. De súbito, Diana lo sintió justo en su entrada, bajó un poco sus caderas y fue consciente de cómo ella se abría para él. El dolor no existía. Era maravilloso, necesitaba más. Despacio, fue descendiendo sin dificultad, reconociendo la sensación, asimilando el calor de él atravesándola, acogiendo dentro de ella toda esa longitud. Frank retuvo el aire en sus pulmones, estar dentro de Diana era como entrar en un carnal paraíso; cálido, sedoso, lleno de vida.

Ya estaba hecho. Diana se quedó unos segundos quieta, convenciéndose de ello. Frank volvió a respirar, retornó a la tierra.

Él se retiró tan solo un par de pulgadas y embistió. Ella jadeó y tensó su interior. Un ramalazo de placer la recorrió desde su centro hasta la punta de sus pies. Se sentía delicioso.

—Hazlo otra vez —apremió Diana, intentando repetir la sensación.

Y, como buen amante, él obedeció.

Pronto, Diana se sumergió en una vorágine de sensaciones en la que sus cuerpos se sincronizaron, sus almas se fusionaron y llegaron a un atávico entendimiento. Sus movimientos se llenaron de brío, al tiempo que sus voces se fundían en jadeos, besos y gemidos.

Frank hundió sus dedos en las caderas de Diana, impeliendo su envite y, como respuesta, el interior de ella se contraía a un primigenio ritmo constante y poderoso que apenas él podía soportar. Ardía en la lava de las profundidades de Diana, la cual se había convertido en su celestial infierno personal.

—¡Frank!

Él la sintió, incluso antes que ella misma se diera cuenta. Se bebió esa imagen junto con todas las sensaciones que recorrían su cuerpo; Diana meciéndose con abandono, gimiendo, mientras él percibía cómo dentro de ella todo se estremecía y se inundaba de espeso calor. Fue hermoso verla alcanzar la gloria, derrotando todos sus demonios como la guerrera invencible que era.

No necesitó más. Junto a los últimos espasmos del placer de Diana, Frank se dejó llevar por ella y el clímax lo despedazó y arrasó con su cordura. Se drenó sintiendo que nunca se vaciaba, que el placer era infinito y que solo con Diana podía igualar esa sensación. Se dio cuenta de que jamás necesitaría a otra mujer para saciar su pasión.

Mientras ella se desplomaba sobre su pecho, cansada, saciada y feliz, Frank pensó que nunca más volvería a sentir que su alma se corrompería. Diana no solo había acabado con sus propios demonios que intentaron arrebatarle su libertad de disfrute, sino que también con su amor, su entrega y su luz, había terminado con la maldición que condenaba la estirpe de Somerton a la perdición.

A las seis de la mañana, Ernest se levantó raudo y sigiloso. Antes de salir de su habitación, entreabrió la puerta para confirmar si había alguna doncella merodeando. No deseaba testigos de ninguna clase. Para su alivio, solo vio que Frank salía de la habitación de Diana vestido con la ropa del día anterior.

—Vaya demonio suertudo —masculló para sí mismo, mientras observaba la dirección que tomaba su hermano.

En el momento en que Frank se internó en su alcoba, Ernest salió de su habitación y bajó a la primera planta para buscar a Samantha. Desde que él llegó, ella lo evitaba como si él fuera el mismísimo diablo.

Bueno, debía admitir que Belcebú, su alias, no era muy halagador.

Ernest husmeó en el vestíbulo, en el comedor, en la cocina, en la pequeña oficina de ella, en el salón de estar, en la salita de la marquesa, en el despacho de Frank.

—La biblioteca, estúpido —se reprochó—. Ahí debe estar esa mujer obcecada.

Enfiló sus pasos hacia esa estancia y abrió la puerta, discreto.

Ahí estaba Samantha, de pie al lado de la ventana, absorta en su libro. Se veía tan tranquila y a gusto. Sonreía. Sí, estaba disfrutando de esa historia.

—Siempre te gustó leer, Sammy —interrumpió Ernest, logrando que ella diera un respingo y cerrara el libro de golpe.

Samantha, nerviosa, dio media vuelta y dejó el libro en su correspondiente sitio. Rehuyendo la mirada azul de Ernest, hizo una leve reverencia.

—¿Qué se le ofrece, milord?

—Conversar, Samantha. Sabes que me gusta hacer eso contigo —respondió natural, cerrando la puerta de la biblioteca tras de sí.

—Creo que ya hemos conversado todo lo que había que conversar...

—Y yo creo que quedaron algunos temas pendientes —terció con cierto tono autoritario—. Estábamos hablando acerca de la felicidad.

—No me diga que se ha levantado tan temprano solo para tener algún tipo de conversación existencial —replicó belicosa.

—Pues, no me has dado alternativa. Te la has pasado evitándome todos estos días.

—Será porque soy ama de llaves —ironizó, poniendo sus brazos en jarra—. Esta casa no se maneja sola, tengo trabajo que hacer, milord.

—¿Y qué hay de tu día libre? —presionó Ernest.

—Lo que haga en mi día libre no es de su incumbencia.

Ernest, frustrado, dio cuatro largas zancadas hasta llegar a ella. Samantha por puro instinto de conservación retrocedió uno. Él entornó los ojos y apretó los labios, reprendiéndose por asustarla. Estaba perdiendo el control. No sabía cómo decirle lo que sentía sin que ella pensara que él estaba jugando.

—Sammy... —Respiró hondo para recobrar el temple, al tiempo que la miraba a los ojos—. Te he extrañado mucho todo este tiempo... ¿Recibiste mis cartas?

Samantha asintió, pero la verdad sea dicha, nunca las abrió. Cobardía, quizás, de enterarse que él hacía su vida y ella ahora ya no pertenecía a esa realidad.

—¿Por qué no me respondiste? —insistió.

—Porque una mujer como yo tiene que saber cuál es su lugar, milord. No quise seguir alentando nuestra amistad, porque la distancia me hizo notar que me estaba costando más caro de lo que imaginé —confesó—. Por el bien de los dos, necesito que se mantenga alejado de mí.

—¿Te he hecho algo malo? —preguntó, dolido por el rechazo de ella. No se conformaba con su inexplicable negativa.

—Nunca, jamás.

—Entonces... ¿por qué me pides eso?

—Porque ya no podemos ser amigos como antes.

—¿Por qué?

—Porque mientras menos sepa de usted, será mejor para ambos... Por favor, ya hizo todo lo que podía por mí. Logró darme armas para vivir con dignidad por el resto de mi vida... Déjeme conservar eso junto con los días y noches que me regaló. El tiempo es un bien que nunca vuelve y usted me lo dio sin pedirme nada a cambio.

Ernest la miraba como si no comprendiera.

Samantha aprovechó el desconcierto de él, y emprendió su huida, mas fue inútil; cuando estaba a un par de pasos de abrir la puerta, una mano fuerte apresó su muñeca y, de pronto, tenía a Ernest a tan solo una pulgada de distancia.

—No, tienes razón. Ya no podemos ser amigos como antes... —convino Ernest casi sobre sus labios—. Y antes de que pienses que mis intenciones no son honorables, estás muy equivocada. Empieza a considerar la idea de verme como tu esposo todos los días que te quedan de vida —declaró por fin, poniendo su destino en las manos de ella.

Samantha abrió los ojos como si fueran a salir de sus cuencas y se tapó la boca con su mano libre. Ernest la miraba serio, determinado... Sus ojos... ¡Dios bendito! ¡Él no estaba bromeando!

El sonido de la aldaba de la puerta principal resonó a la distancia. Samantha estaba petrificada. Ernest besó, reverente, la mano que cubría la boca femenina.

—Ve a abrir, he esperado dos largos años para decir lo que siento por ti, un par de horas no harán gran diferencia.

Soltó la muñeca de Samanta con suavidad.

Ella retrocedió un par de pasos, incrédula de todo lo que había sucedido en un minuto.

¡Debía ser un sueño! Sí, eso debía ser. En cualquier momento iba a despertar en su cama, lista para otro día de trabajo.

El sonido de la aldaba volvió a insistir y ella dio un respingo. Su corazón latía tan rápido que creía que iba a estallar en cualquier instante.

No, no era un sueño. Él estaba ahí con sus ojos clavados en ella y acababa de decirle que iba a ser su esposo.

Lord Ernest había perdido todo sentido de la realidad.

—Ve, Samantha —conminó Ernest—. A esta hora solo podría tratarse de Justin.

Samantha recuperó algo de su voluntad y salió de la biblioteca. Ernest se quedó mirando la puerta con una sonrisa boba. En toda su existencia, él jamás se había sentido tan liviano. Al fin ella sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Iba a tener que hablar con sus padres, podían ser muy flexibles y liberales, pero nunca había probado hasta dónde llegaban sus límites.

Samantha valía el intento. ¡Infiernos que sí lo valía!

Capítulo XXIII

Justin entró al despacho después de su hermano y su futura cuñada, quien llevaba aferrada a su pecho las escrituras de la compraventa de Greenfield, como si fueran un tesoro. La misión del fiscal de Old Bailey había resultado exitosa y Diana sentía que podía respirar tranquila, ya tenía todos los documentos reunidos y en su poder. No había nada que temer, nadie podría quitarle las tierras a su hijo.

Cuando todos se sentaron en sus respectivos asientos, Frank escrutó el rostro sonriente de su hermano, lo conocía muy bien para saber que, tras esa despreocupada fachada, tenía algo importante que informar.

Por su parte, Diana no se acostumbraba todavía a distinguir a los gemelos. Si no fuera por la ropa y por el tono de voz ligeramente más jovial de Justin, no notaría la diferencia entre ambos pelirrojos. Toda una paradoja, tomando en cuenta que ella misma tuvo una hermana gemela. Casi todos los días había algo que le recordaba a Juno y ese enlace significativo e inigualable que compartía con ella, siempre la extrañaba... todos los días.

Por supuesto, también extrañaba a sus hermanos, pero lo sentía de otra forma, la relación era diferente. Siempre hubo una barrera que los separaba indefectiblemente y, si bien existía el cariño, no era del todo profundo. El trato, la educación y las expectativas que su padre tenía sobre Jason y Odiseo; dividía a los hermanos en «ellos están hechos para mandar y ustedes para obedecer». No existía la confianza y complicidad fraterna. Los hermanos de Diana estaban destinados a seguir el mismo patrón jerárquico que su padre. Ellos, si se hubieran enterado de la forma en que perdió su virtud, la habrían llevado a rastras al altar para que se desposara con el cerdo bastardo y, de este modo, conservar el honor familiar.

Diana dejó de divagar, volvió al momento y le sonrió a Justin.

—Muchas gracias, señor Montgomery, por haberme hecho este inmenso favor. Mi gratitud hacia usted y toda su familia es infinita —afirmó Diana convencida.

—Ha sido un placer... Y, por favor, no es necesaria tanta formalidad, pronto seremos parientes y tenemos casi la misma edad —replicó Justin con ligereza—. Usted vendría a ser la hermana madura y respetuosa que nunca tuve.

Diana rio con diversión.

—Entonces, usted también debe hacer lo mismo —convino Diana entusiasmada.

—Por supuesto, ante todo, igualdad. —Justin hizo una breve pausa y miró de reojo a su hermano. Frank, si bien compartía el buen humor, no se le veía del todo distendido. Tal parecía que ya había terminado lo ligero de la conversación—. A juzgar por la demoníaca expresión de mi hermano, creo que, junto con Ernest, nos llevamos la parte más fácil de todo este entuerto.

—La más fácil, pero la menos divertida —aseveró Diana—. Se perdió el paseo al río para ayudar a Emily a realizar sus cálculos matemáticos. Es realmente envidiable su inteligencia.

—Sobre todo para hacernos perder la paciencia —añadió Justin, guasón.

—Ver a papá flotando a la deriva es algo irrepetible —intervino Frank, curvando sus labios de un modo casi inapreciable y que duró poco—. Ayer recibí tu carta.

El tono seco de las últimas palabras fue elocuente.

—De haber sabido que el servicio postal iba a ser tan lento, no hubiera desperdiciado tinta. —Justin chasqueó su lengua e hizo un gesto de decepción—. En fin, señorita Diana, si yo fuera usted, resguardaría esos documentos en un lugar secreto y seguro. La persona que anda detrás de

Greenfield no está escatimando en esfuerzos.

—¿Pasó algo más en Bristol desde que me enviaste la carta? —interrogó Frank, intuyendo una respuesta afirmativa.

—El fuego ha sido un arma sospechosamente recurrente en este caso, y dudo que sea una mera y cruel casualidad —sentenció Justin a modo de introducción—. Dos días después de haber enviado la carta, se me hizo entrega de las copias de la compraventa, y me informaron que llevaron copias adicionales a la bóveda bancaria del bufete, como medida de seguridad, dada la sospecha de robo. Con lo que no contábamos era que iban a llegar tan lejos, esa misma noche incendiaron la oficina de los abogados.

Frank masculló una palabra malsonante que Diana no logró escuchar, pues ella también rumiaba su propia palabrota.

—Si bien hubo daños materiales —continuó Justin—, los registros de los demás clientes no se encontraban en la oficina. Cuando el señor Pole falleció, sus hijos iniciaron un conflicto sobre el bufete de abogados, y los archivos de los clientes más antiguos se hallaban en la oficina del difunto señor Pole. Por ese mismo motivo tardaron en tener las copias.

»Ahora, mi pregunta es, ¿por qué se empeñan tanto con Greenfield? Convengo en que es una propiedad bastante grande, pero tampoco es como para tomarse demasiadas molestias... ¿o sí?

—Eso estamos tratando de dilucidar —respondió Frank—. La persona que está detrás de todo esto, está apostando fuerte. Si el territorio de Greenfield se une a otros treinta o cuarenta acres, convierte a su propietario en dueño de medio pueblo.

Justin alzó las cejas, ese tipo de poder era peligroso en manos de una persona sin escrúpulos. Frunció el ceño y resopló.

—A ver... —Justin se levantó de su asiento y comenzó a pasearse. Se metió una mano en el bolsillo del pantalón y chasqueaba sus dedos de vez en cuando. Se concentraba mejor si se movía—. Necesito tener algo de orden, porque las cosas han cambiado mucho desde que me fui. Entre los sospechosos, ¿tenemos quienes cuenten con esos terrenos y que colinden con Greenfield?, aparte de ti, claramente.

—Teníamos encabezando la lista al señor Grant, quien ya lleva una semana muerto. Él era quien tenía un interés abierto hacia las tierras e intentó impugnar la compraventa de Greenfield. Las tierras de Grant, junto con las de Lord Radcliffe, limitan al sur con las tierras de Jacob, lo que los convierte en vecinos. Luego están el señor Fernsby y el señor Relish; ellos tienen sus propiedades al norte de Greenfield. Los tres últimos intentaron proponerle matrimonio a Diana pensando que ella era la dueña de las tierras.

—¿Nadie más? —insistió Justin.

—Nadie más que sea vecino directo —contestó Diana—. A menos que empecemos a mirar de otro modo a los vecinos que colinden con los sospechosos.

—Y estos vecinos indirectos, ¿son grandes como los sospechosos o más pequeños? —indagó Justin sin dejar de moverse.

—Mucho más pequeños, entre dos y veinte acres como mucho —aseveró Diana.

Justin hizo un gesto de negación, no le convencía ese tipo de ambición desmesurada para un terrateniente menor.

—Creo que también se debe considerar —intervino Frank—, esa empresa de inversiones que embargó las propiedades de Grant.

—¿Embargo? —Los pasos de Justin se detuvieron ante ese nuevo antecedente.

—Ayer mismo le notificaron a la viuda de Grant que el patrimonio de su esposo estaba embargado en su totalidad, y que tenía una semana para abandonar su casa. La suma de dinero

que debía Barnaby era tan exorbitante que hasta quedó debiendo dinero —informó Frank con acritud—. Ernest está viendo el modo de negociar, para que esa mujer no tenga que seguir pagando las deudas de su esposo.

—¿Y qué sabemos de esta empresa? —preguntó Justin con cierto entusiasmo. Debía reconocer que el tema era serio pero muy interesante.

—De momento, nada. Pero Ernest ya está en ello. Mientras iba de camino a Belfast pidió información financiera de todos los sospechosos a sus contactos en Londres, y que la remitieran acá.

—Ernest siempre está un paso adelante —comentó con una sonrisa, por eso siempre su hermano lo asesoraba en la fiscalía. Reanudó sus pasos—. Bien, ¿qué más hay?

Frank y Diana se miraron, sorprendidos. Hasta ese momento no habían dimensionado la magnitud de todos los hechos. Solo poniéndolos sobre la mesa comenzaba a tomar algo de forma.

—Robaron los documentos de Greenfield desde el registro de propiedades de la vicaría —respondió Frank. Justin se detuvo y prestó atención—. También, Horatio, Ernest y Emily hallaron el lugar donde dieron muerte a Grant, y una posible prueba que incrimina a su asesino; un botón de plata.

Los pasos de Justin se reanudaron al tiempo que hacía una mueca irónica, como si dijera: «nada mal». Podía sentir en los huesos que todo estaba convergiendo para darle sentido a todo.

—Interesante... —comentó Justin—. Aparte de nosotros, ¿quién más maneja toda esta información?

—El vicario, y bajo secreto de confesión —subrayó Frank—. La investigación y la verdadera causa de muerte de Barnaby Grant se han mantenido en absoluta confidencialidad. La gente en Somerton, prácticamente, se ha olvidado del incendio de Grant House y prefieren estar distraídos en mi futuro matrimonio con Diana.

—Vaya gente ociosa, pero conveniente para nosotros. El posible asesino debe estar muy tranquilo pensando que todos son unos ineptos... —Se quedó pensativo un momento—. Me pregunto cuándo habrán robado el registro de la vicaría, antes o después del incendio.

—Creo que eso ya es irrelevante —determinó Frank—, lo importante es que están intentando eliminar toda evidencia que pruebe quién es el dueño legítimo de Greenfield. Es perentorio que este sujeto no sepa que Diana ha recuperado toda la documentación.

Justin asintió y comenzó a morderse la uña de su dedo pulgar, cavilando.

—¿No tienen la sensación de que el asesinato de Grant y la desaparición de los documentos están relacionados? —interpeló, dejando de caminar.

—Definitivamente —respondieron Frank y Diana, dándole a Justin una mirada más que elocuente.

—El punto es que no tenemos el común denominador que vincule ambos casos —señaló Diana—, sin eso, las certezas se acaban.

—Pues yo creo que ya es hora de hacer que esa rata salga de su madriguera —propuso Justin. Diana casi podía ver cómo su futuro cuñado se frotaba las manos de la pura emoción—. Debemos mostrarle que no ha ganado esta partida.

—¿Y tienes algo en mente? —interpeló Frank alzando una ceja.

—Una *soirée*^[5].

Lord Somerton y familia tienen el inmenso placer de invitarle a la primera soirée de Somerton Court, cuyo fin será celebrar su compromiso de matrimonio con la señora Diana Gallagher.

El evento se llevará a cabo el día lunes 11 de agosto, a las seis de la tarde.

Estaremos esperando la confirmación de su asistencia, la cual dará un mayor realce a este evento.

—Me enorgullece mi caligrafía —sentenció Eleanor admirando su trabajo—. Simplemente, soy genial.

—Deja de jactarte de tus habilidades, Ellie —amonestó Sophie mientras escribía lento y con cuidado una invitación—. No todas tenemos la misma facilidad artística que tú.

—Tener bonita caligrafía no es algo que sirva demasiado en el mundo real. —Suspiró Eleanor con dramatismo—. Así que déjame disfrutar de mi minuto de gloria, Sooophiiiiiaaaa.

—No me llames Sophia, lo odio... Ya está esta —sentenció, ignorando a su hermana menor. Inclino su cabeza evaluando su trabajo—. No está tan mal... ¿Cuántas nos faltan, Emy? —preguntó mirando a su hermana mayor, quien también escribía invitaciones.

—Mamá dijo que son cincuenta invitados. —Emily dio una rápida mirada, contando los sobres que estaban listos para ser enviados—, si hacemos veinte más, terminamos.

—Menudo plan de Justin. Lo hace solo para conocer mujeres guapas —alegó Eleanor—. Espero que lleguen a la *soirée* solo señoritas sosas y que él no pueda tener ninguna conversación inteligente con ellas.

—¡Eres muy mala, Ellie! —exclamó Sophie entre risas—, Al pobre Justin lo vas a matar del aburrimiento si le deseas semejante porvenir... Además, ya es hora de que nuestros hermanos empiecen a sentar cabeza. Deben aprender de Frank, no hizo más que fijarse en Diana y supo que no debía perder el tiempo para no dejarla escapar.

Emily y Eleanor suspiraron. Ah, el amor. Solo se entregarían si existía ese hermoso sentimiento, ya sabían que la conveniencia no servía para alcanzar la felicidad.

—Bueno, pero esto no se trata de flirtear, sino de atrapar a un imbécil que no deja a nuestra futura cuñada en paz —zanjó Emily, tras unos segundos de ensoñación—. Apurémonos para que envíen estas invitaciones y todos las tengan antes del té de las cinco... Y oremos para que esto acabe pronto.

Samantha salió al patio trasero de Somerton Court abrazando una pequeña caja sobre su pecho. Sus pisadas eran rápidas y firmes, pero, de pronto, ya no fueron suficientes y empezó a correr. Su carrera la llevó más allá del gallinero, los establos, el huerto, los jardines, y no se detuvo hasta llegar a un rincón solitario de la propiedad. Era una zona donde alguna vez hubo un jardín, pero al no ser cuidado durante décadas, la vegetación silvestre lo había devorado, convirtiéndolo en una especie de nostálgico fantasma que se negaba a morir. Siempre acudía a ese mágico lugar en sus días libres para leer a placer.

Pero, esta vez, no era su día libre ni sabía si lo que leería le iba a dar placer.

«¿No recibiste mis cartas?».

Todavía podía recordar la expresión dolida de los hermosos ojos azules de Ernest cuando le hizo aquella pregunta.

Se sentó en un viejo banco de fría piedra, carcomida por las inclemencias del paso del tiempo

y la intemperie.

Con dedos temblorosos, abrió la primera carta.

Liverpool, 21 de mayo de 1840.

Mi muy querida Sammy:

Espero que hayas recibido mi mensaje a tiempo, pero si no lo recibiste, te vuelvo a decir que lamento mucho no haber acudido a nuestro último paseo, pero me fue imposible. Surgieron inesperados problemas y me he visto en la obligación de realizar varios viajes fuera de Londres, y no tuve posibilidad de aplazarlos. De hecho, en este mismo instante, estoy en Liverpool cerrando un par de negocios urgentes.

Pero basta de justificativos, quiero decirte que es mi más profundo deseo poder compensarte en cuanto pueda ir a Somerton. No conozco ese lugar, pero algo bueno ha de tener para poder hacer algo divertido en tus días libres.

Debo confesarte que, todo el tiempo en que no estamos juntos, extraño mucho nuestras conversaciones. Desde que entraste a la academia, he añorado cada hora de esas largas noches en las que me quedaba contigo. Es una sensación de vacío constante al cual me he habituado, y la felicidad que siento cuando damos nuestros paseos, son horas que atesoro en mi corazón. Pero no haberte podido ver antes de que partieras, agudiza ese anhelo de pasar mi tiempo a tu lado.

Apenas pueda poner en orden mis asuntos iré a visitarte.

Tuyo.

Ernest Smith.

Londres, 10 de junio de 1840.

Mi muy querida Sammy:

No sé si recibiste mi carta anterior. Al llegar a Londres pensé que encontraría alguna respuesta de tu parte, mas solo hallé silencio. Sé que debes estar enojada conmigo por no haber acudido a nuestro paseo, y no voy a desperdiciar tinta en tratar de excusar lo inexcusable. Debí haberte dado el lugar que te corresponde, nuestra amistad siempre tiene que estar por sobre todas las cosas; yo soy el que tiene libertad para acomodar horarios y agendas, mientras que la tuya estaba supeditada a una institución que velaba por tu educación. Lo siento mucho, te prometo que te compensaré en cuanto pueda viajar a Somerton.

Tengo entendido que mi hermano partirá a finales de este mes a establecerse allá, mientras tanto, nosotros iremos a Cragside a visitar a nuestros parientes y permaneceremos unas semanas allá, y luego iremos a Somerton. Es un compromiso ineludible, pero tengo la esperanza de que, finalmente, llegaré a verte.

Por favor, responde esta carta, necesito saber si me has perdonado, si estás bien, si te acostumbras a Somerton... o si ya no deseas verme más.

Tuyo.

Ernest Smith

Cragside, 10 de julio de 1840.

Mi muy querida Sammy:

Hasta hace diez días no me ha llegado ninguna respuesta de tu parte en Londres... Debo admitir que estoy desolado y me ha costado mucho armarme de valor y enviarte esta carta, porque tengo la ominosa sensación de que será la última.

Tengo mucho que decir y mucho que explicar, y no lo haré por este medio, porque tengo que hacerlo mirándote a los ojos.

Si por algún motivo lees esta carta, lo único que diré es que no quiero perderte. Aunque te cueste creerlo, eres parte de mi existencia y me niego a que lo nuestro quede relegado a un dulce recuerdo.

Esto no puede terminar así.

Tuyo.

Ernest Smith.

—Pensé que siempre podría ser tu amigo...

Samantha alzó sus ojos que estaban vidriosos, y se encontró con los de Ernest que la miraban fijo.

—Siempre lo fuiste, el más querido, el único —reconoció Samantha con un hilo de voz.

—Necesito que me perdones por lo de esta mañana. No lo hice como un hombre honorable debe hacerlo. —Ernest puso una rodilla en el suelo y quedó a la altura de Samantha—. Ni siquiera te pregunté si sientes algo por mí... Creo que esta es la peor declaración de amor en la historia de la humanidad. —Se aclaró la garganta, nervioso—. Samantha Wilde, te amo, desde que te vi comprando «Orgullo y prejuicio» en una librería. Te amé, incluso cuando descubrí que no eras lo que todo el mundo espera de una mujer. Te amé cuando escuché tu voz por primera vez. Amé cada noche que pasé a tu lado, conociendo a la valiosa e inteligente mujer que no tuvo más alternativa para mantener a su familia que vender su vida, y te amé mucho más, cuando decidiste tomar el camino más difícil, que fue empezar otra vez.

»Durante dos años, me convencí de que el amor que sentía, era una obsesión que disfracé de amistad para no volverme loco. Pero tu silencio al no responder mis cartas me obligó a enfrentar lo que siento... y lo que siento siempre fue amor. Quiero ser tu esposo, quiero estar contigo, no me importa tu edad, quiero...

Los dedos de Samantha se posaron sobre los de Ernest haciéndolo callar.

—No sigas... es imposible... yo soy... yo era una prostituta. El hermano de un marqués no puede hacer eso, milord. Es una locura —contradijo Samantha con los ojos anegados en lágrimas—. No importa cuánto me ames, no importa cuánto te ame...

—Entonces, ¿me correspondes? —interrumpió Ernest emocionado, con la esperanza burbujeando briosa en el centro de su pecho—. ¿Me amas, Sammy?

—Te odié cuando me propusiste ir a la academia en vez de ser tu amante —respondió con suavidad—... pero te amé cuando me di cuenta de que podía ser una mujer decente y ganar mi sustento sin venderme. Te amé cuando lord Somerton, aun conociendo mi pasado, me trató con dignidad... Te he amado desde que comprendí que nunca intentaste tomar ventaja de mí. Siempre me respetaste, incluso cuando yo no lo hacía... Sin embargo, este amor que siento no

vale nada...

—¡Sí lo vale! —intervino Ernest—. Para mí vale toda mi vida, todo mi trabajo, todos mis propósitos... No acepto que renuncies a lo nuestro por lo que puedan decir los demás sobre lo que es correcto o decente...

—¿Y los «demás» incluyen a tu familia? —replicó escéptica.

—He hablado con mis padres...

Samantha ahogó un grito. Sabía que venía el fin, los padres de Ernest conocían su pasado. Ella no era capaz de aceptar que él se peleara con su hermosa familia por ella... no valía ese sacrificio. Se tapó los oídos, no quería escuchar. Iba a perder su trabajo.

—Les dije que me quedaría aquí, porque Samantha Wilde, la mujer que amo, no quiere volver a Londres. Les dije que tu pasado dejó de ser relevante en el momento en que entraste a la academia, porque de eso se trata ese lugar, de segundas oportunidades, de redención, de sacar lo mejor de las mujeres y que vuelvan a tener dignidad... Tú eres una mujer digna, mereces ser feliz, maldita sea... Merezco ser feliz a tu lado.

»Al principio me miraron sorprendidos, pero tras un prolongado silencio, me respondieron que debía agradecer que ellos no eran unos hipócritas que pontificaban una cosa y luego la negaban. —Sonrió al recordar lo nervioso que él estaba, y el asombro de sus padres, de verdad no lo esperaban—. Sammy, si ellos me ven feliz no necesitarán nada más... Y tú me harás feliz si aceptas ser mi esposa... Bueno, también me dijeron que me iban a extrañar mucho y que tal vez debía llegar a un acuerdo con Frank para hacer una boda doble, porque ya estaba siendo difícil reunir a toda la familia para la boda de mi hermano.

Samantha lo miró atónita sin destaparse los oídos, de todas formas, pudo escuchar las palabras de Ernest.

¡Imposible!

—La verdad sea dicha —prosiguió Ernest—. Nada de lo que haga mi hermano o yo va a superar lo que hizo nuestro progenitor. Casarme con una ama de llaves, porque eso eres, un ama de llaves —subrayó con vehemencia—, no es motivo de oposición de mi familia. No necesito casarme con ninguna heredera para lograr posición, porque lo que quiero y necesito para mi vida está justo frente a mí. Y lo que tengo, lo he ganado con mi trabajo, con mi esfuerzo, porque quiero elegir con quién pasar el resto de mi vida, no que mi situación económica elija por mí. No quiero repetir los errores de mi progenitor, por dinero le hizo miserable la vida a su esposa y a sus hijos. No voy a consentir que eso vuelva a pasar. —Suspiró, sabía que Samantha era un hueso duro de roer, pero su expresión de espanto y su silencio era inquietante—. Sammy, elígeme, elígenos y te juro que no te arrepentirás.

Las lágrimas que bailaban al borde de las pestañas de Samantha cayeron al vacío. Era toda una ironía, era más difícil aceptar casarse con Ernest que haber decidido vender su virginidad al mejor postor.

Ernest la miraba serio, decidido. Parecía que se fuera a quedar una eternidad esperando su respuesta.

—¿Qué más tengo que hacer para demostrarte que seremos felices? —interrogó él en un hilo de voz—. He esperado dos años para que te des cuenta de lo maravillosa que eres, Sammy.

Silencio.

Ella tomó una bocanada de aire. Ernest aguantó la respiración.

—No tienes que hacer nada más. —Tomó la cara de Ernest entre sus manos—. Te amo... con toda mi alma. Acepto ser tu esposa.

Y ella lo besó.

El hombre alzó sus cejas y esbozó una sonrisa al leer la elegante y pulcra invitación. Al fin en ese miserable pueblo se llevaría a cabo un evento social de real categoría. No como esas fiestas donde todos se ven obligados a mezclarse con el populacho.

Hizo una mueca, le daba lo mismo que Diana Gallagher... No... que Diana Stone estuviera ahí. En realidad, poco le importaba esa mujer, le era indiferente su vida o su destino. Ella, de todas formas, ya había ganado mucho con ese ventajoso matrimonio, que podía considerarse una compensación del destino... Por más que ella proclamara que era la dueña de Greenfield, no tenía forma de comprobarlo, era infructuoso. Tampoco había posibilidad de que recuperara sus preciados documentos. Todos los que existían ya se habían convertido en cenizas. Ya no había ningún rastro...

Por lo que a la ley respecta, al morir Abel Grant, su patrimonio pasó a su medio hermano Barnaby, y al morir este... No había sido su intención matarlo, pero, a fin de cuentas, terminó siendo beneficioso y le ahorró un dolor de cabeza. Estar todo el tiempo encima de ese sujeto para presionarlo, no era una tarea agradable de llevar a cabo.

Pronto Greenfield pasaría a ser parte de su patrimonio, y nadie se daría cuenta. Su futuro inmediato era tan prometedor que cualquier heredera en Londres no dudaría en bajar su estatus para casarse con él.

Teniendo tierras, dinero, posición y poder, sus probabilidades de salir de ese pueblo eran infinitas...

Podía hacer lo que quería, tomar lo que quería y hasta podía darse el lujo de destruir lo que quería.

Entintó su pluma, con una perversa sonrisa en los labios escribió:

«Estoy muy agradecido por la invitación. Confirmando mi asistencia.»

Capítulo XIV

Los días que se sucedieron con los preparativos de la *soirée* fueron de arduo trabajo para toda la familia. Minerva, como matriarca, tomó las riendas de la organización y delegó tareas a cada hombre, mujer y niño de Somerton Court con precisión militar.

Diana iba con avidez tras ella a cada paso como su asistente, tomando nota de todo lo que debía considerar para la organización de un evento social. Minerva misma al asignarle ese cargo, le dijo:

—Me ayudará a llevar a cabo esta *soirée* para que aprenda lo único que le falta para ser una gran marquesa y, eso es, saber cómo organizar una reunión social exitosa.

Diana sonrió con gratitud, pero pronto su gesto se ensombreció con cierto pesimismo.

—Voy a aprender cuanto tenga que enseñarme, pero dudo que en el futuro tenga que organizar alguna actividad social. —Minerva enarcó las cejas con sorpresa, Diana se apresuró a aclarar—. No es porque no quiera, sino porque no inspiro simpatía en la gente del pueblo... Haber sido «la amante de Grant» me granjeó una reputación injusta, y muy pocos se atrevieron a ver más allá... Frank fue uno de ellos. —Esbozó una genuina sonrisa que evidenciaba el amor y agradecimiento que sentía—. A fin de cuentas, soy una persona orgullosa, no me agrada la idea de blandir mi futuro título para conminar a las personas a que me acepten.

—Usted haga lo que tenga que hacer, y ponga todo el empeño en ello —aconsejó—, por experiencia propia le digo que la gente, en general, tiene mala memoria cuando recibe algo a cambio.

—¿Mala memoria? —interpeló incrédula. En Somerton no existía el término de «mala memoria», recordaban cada pecado y cada error—. No entiendo, señora Montgomery.

Minerva le brindó una sonrisa que se llenó de nostalgia.

—Hace veinte años, nuestras familias se formaron en medio del escándalo y asumimos que nuestro inexorable destino sería el ostracismo, pero mi cuñada, Olivia, vizcondesa Rothbury, sin importar ese mal pronóstico, se empeñó en llevar a cabo una labor social para la educación de las mujeres. El precepto de este proyecto es: no importa la edad, el pasado, el estado civil, la clase social, o la inteligencia que tenga una mujer. Todas tienen posibilidades de educarse, lograr un trabajo digno y surgir —resumió con orgullo—. Cada una de las mujeres de la familia aportó con tiempo y trabajo para ese proyecto y, aunque nuestra reputación nos precedía, logramos convertirnos en miembros influyentes de la aristocracia y burguesía londinense. Y la buena sociedad ha olvidado, convenientemente, nuestro pasado.

»Ellos creen que hacemos caridad, pero en realidad, lo que nosotras hacemos es brindar armas para que una mujer se pueda defender en la vida con dignidad.

—Vaya —susurró Diana con asombro.

—Por eso mismo, usted tendrá mucho trabajo —dictaminó Minerva—. El pueblo de Somerton necesita educación, sobre todo las mujeres para que puedan ser autosuficientes, como usted. La nobleza, en general, ha olvidado que los títulos se otorgaron por servicios al país, y esa tradición es la que debe perpetuarse.

—Si las mujeres pudieran ir al Parlamento, sin duda, usted lograría grandes cosas —elogió Diana con absoluta sinceridad. Minerva Montgomery era inspiradora.

—Eso es algo que no sucederá ahora, pero estoy segura de que algún día ocurrirá... Y ahora, tenemos una *soirée* de compromiso que organizar.

Frank abotonaba el chaleco de seda azul con excesiva parsimonia. Al rozar el botón de oro, sintió una agobiante inquietud. No podía negar que estaba nervioso. Si bien cabía la posibilidad de que el plan fuera un verdadero desperdicio de tiempo y dinero, también podría ser exitoso para ponerle fin a la situación que enturbiaba su felicidad.

Inspiró profundo.

Era hora de que terminara esa charada.

Bajó la escalera y llegó al vestíbulo. Toda su familia ya estaba lista y dispuesta con sus mejores trajes para la ocasión. Una *soirée* en Londres no es más que una reunión íntima que no requiere de mayores galas, pero en Somerton, se tomaba como un evento de alto vuelo, que le confería un mayor *status* a todo aquel que fuera invitado.

Frank recorrió con la mirada a sus padres; siempre a la altura de la ocasión. Cada vez que los veía juntos, sonriéndole de esa forma, solo pensaba en lo mucho que deseaba tener algo así en el futuro... Y, sin duda, lo estaba logrando. Sus tres hermanos le dieron su masculina aprobación, pegándose codazos entre ellos. Sus hermanas, en cambio, le dieron elogios entusiastas y abiertos. Jacob también estaba listo, era su primera vez en un evento de adultos, pero en su calidad de hijo de Diana, debía estar en ese momento tan importante. Sin duda, su futura esposa había hecho un trabajo extraordinario con ese niño que cada día sentía más suyo. No importaba si vestía con sencillez o con elegancia, su porte, su forma de mirar y de expresarse, eran de una persona que llevaba la grandeza en la sangre.

¿Y Diana...?

No alcanzó a terminar de formular su pregunta, sintió los pasos de ella descendiendo por la escalera con exuberante garbo femenino.

Seda roja, vaporosa, viva, ardiente y sensual como el fuego. Un color que reflejaba esa fuerza de la naturaleza que era Diana. Sus hombros iban al descubierto en un escote que dejaba vislumbrar el nacimiento de sus pechos, para el deleite visual de Frank, y que despertaba sus más profundos instintos elementales.

Y, para rematar esa soberbia apariencia, diamantes y rubíes engalanando el esbelto cuello con un fastuoso collar y diminutos pendientes que adornaban sus orejas.

—Cierra la boca, Frank —susurró Ernest con cierta malicia.

—No lo molestes —amonestó Emily—. Ya te llegará tu hora de estar embobado con tu Sammy.

—Que conste que ella quiso trabajar en vez de ser invitada —replicó orgulloso.

—Silencio los dos —intervino August lacónico, logrando que sus hijos dejaran de cuchichear.

Al llegar frente a la familia, Diana les sonrió con timidez e hizo una reverencia. Frank avanzó hacia ella, tomó su mano enguantada y le besó los nudillos, mirándola a los ojos.

—Devastadora. No hay otro término para describir lo bella que te ves esta noche.

La blanca tez de Diana se sonrojó. No por las palabras de Frank, sino por esa mirada depredadora que le daba y decía todo aquello que no podía verbalizar frente a su familia.

—Muchas gracias, milord —respondió coqueta—. Debo decir que usted se ve irresistible.

—Ya lo veremos —replicó Frank articulando sin voz.

Una sensual amenaza.

—Se acercan los primeros invitados, milord —anunció el ama de llaves, luciendo un sencillo vestido de fiesta de color gris, cuyo diseño iba acorde a su cargo. Miró de soslayo a Ernest, quien

le sonreía con orgullo, pensando en que ella se veía absolutamente seductora. Samantha lo enamoraba más con lo que ocultaba que con lo que mostraba.

—Muchas gracias, señorita Wilde —dijo Frank. Le ofreció el brazo a Diana—. Que comience el espectáculo, milady.

Una orquesta de violinistas amenizaba la velada, exquisitos manjares deleitaban el paladar, el vino y el champán en abundancia alegraban y desinhibían a los invitados que asistieron en su totalidad, tal como fue pronosticado. Asistir a la *soirée* del marqués —con un motivo tan significativo como su compromiso— era sinónimo de superioridad.

Frank y Diana, como anfitriones, al igual que los miembros de la familia Montgomery, se paseaban entre los invitados, conversando banalidades y frivolidades. Algunos invitados daban disimuladas miradas suspicaces y uno que otro comentario ácido, disfrazado de inocente amabilidad.

Lo normal en cualquier encuentro social, ya fuera en Londres o Somerton.

Para Diana fue como una clase práctica de escuchar y responder con feroz elegancia, sin lanzarse a la yugular del invitado. Admiraba el temple y la sangre fría de Frank, era un juego que él dominaba a la perfección.

Y cuando sus nervios iniciales ya habían sido superados, comenzaron a echar a andar su plan.

—Lord Radcliffe, señor Clearwater —saludó Frank, quien iba acompañado por Diana—. Les reitero mi agradecimiento por asistir.

—El placer ha sido todo nuestro —respondió Frederick, al tiempo que lord Radcliffe inclinaba su cabeza—. Felicitaciones a ambos por su compromiso. El demonio ha sabido jugar sus cartas —comentó con un ligero retintín de burla.

—Un demonio verdadero no se presta para juegos que no representan ningún desafío —sentenció Diana con altivez.

—¿Y usted lo ha sido? —replicó escéptico.

—Claramente es un desafío —intervino Frank—. El corazón de una mujer es un tesoro inestimable y el desafío es conservarlo cautivo. —Sonrió cínico—. Debería proponerse sentar cabeza, señor Clearwater. Hasta la abeja más diligente se cansa de ir de flor en flor a riesgo de perder su aguijón si se equivoca.

—Es verdad —agregó Diana—, perder el aguijón, las vísceras y morir lentamente... ¡Qué desgraciada la pobre abeja!

—¡Oh, ustedes dos son imposibles! —Rio Frederick—. Dos contra uno es una contienda desigual. Mi primo, aquí presente, se ha quedado sin habla.

—No soy tan descarado como tú, Fred. Me estás haciendo pasar la peor vergüenza de mi vida —masculló con evidente fastidio.

—No se preocupe, lord Radcliffe —replicó Frank—. Conozco desde hace tiempo al señor Clearwater, sé que tiene una insana afición por sobrepasar los límites. Tal vez es hora de enviarle una carta a su madre para que lo ponga en vereda.

—Podrías mencionarle a su madre sobre su talento para los versos románticos, es todo un conquistador —añadió Diana desenfadada.

—Claramente debí venir solo —sentenció Radcliffe, amonestando tácitamente a su primo—... Cambiando de tema, y si me permite la indiscreción, ¿a quién le debo los elogios por tan magnífica velada? —preguntó dándole una apreciativa mirada a Diana.

—Oh, lamento decepcionarlo, milord —contestó Diana—. Si bien participé en los preparativos, fue la madre del marqués quien ha logrado esta maravilla. Fue una experiencia enriquecedora haberla asistido.

—Por lo que veo lady Somerton la está guiando para su futuro rol como marquesa.

—Ella es muy generosa. Pero debo advertirle que se refiera a ella como señora Montgomery. Ella no usa su título desde hace décadas, le sugiero que no lo haga para evitar situaciones incómodas —aconsejó Diana con amabilidad.

—Oh, entiendo. Gracias por el aviso, hubiera sido un terrible error.

—Siempre es un placer, lord Radcliffe... —Diana hizo un breve silencio y sonrió afable—. Ahora es mi turno de ser indiscreta, y tengo la impresión de que usted es una persona confiable en ese sentido. ¿Ha tenido novedades sobre la señora Grant? Dado que nuestras familias no han tenido las mejores relaciones, no me atrevo a personarme en su casa para darle algo de consuelo en su terrible situación.

—Aaaah, pobre mujer. Ayer me he enterado de que su hermano mayor la ha recibido de mala gana. Apenas tiene espacio en su casa, pero, afortunadamente, solo son ella y Alan.

—¡Qué triste situación! —expresó Diana con auténtico pesar—. Creo que ahora comprendo el afán del señor Grant por impugnar mis tierras, con esa cantidad de deudas...

—Por cierto, ¿logró recuperar algo de su casa? —consultó Radcliffe con amabilidad.

—Lo perdí todo, incluso las escrituras de mis tierras, pero Dios me ha bendecido con una fabulosa familia que no ha escatimado en esfuerzos, y han recolectado nuevamente mis papeles ante una eventual impugnación por parte del señor Grant... —Suspiró—. Su fallecimiento fue del todo inesperado.

—Una verdadera tragedia —intervino Frank.

—Indudablemente... —convino Radcliffe—. Imagínese, Fred y yo habíamos cenado en casa de Barnaby. Al día siguiente viajamos a Londres por una semana. Llegamos justamente el día de su funeral... ¡Qué frágil es la vida!

—Por eso hay que aprovecharla, lord Radcliffe —aconsejó Frank—. Nunca se sabe...

Se hizo un segundo de silencio, señal suficiente de que ya no había más que conversar.

—Si nos disculpan, debemos seguir haciendo nuestro trabajo —anunció Diana, como si de verdad lamentara tener que dejar de compartir con ellos.

—Por supuesto, es su celebración —dijo Radcliffe—. Les reitero mis felicitaciones... Espero que no haya resentimientos, señora Gallagher, por mi pasado comportamiento.

—¿Cuál comportamiento? —interpeló Diana con una sonrisa femenina y cómplice.

Diana dio media vuelta como la diablesa que era y Frank apoyó su mano en la espalda baja de su prometida, apartándose del barón y su primo.

—Clearwater usaba botones de latón y Radcliffe, de nácar —murmuró Diana.

—Me atrevería a descartarlos, de momento. Podremos corroborar con otros invitados si ellos notaron la ausencia de Radcliffe y Clearwater antes de la muerte de Grant —sentenció Frank—. Relish y Fernsby también tienen coartadas que ya hemos comprobado. Ninguno de ellos mató a Grant. Pero estoy seguro que debe estar aquí.

—Quizás el culpable es tan pedante que no exhibirá sus botones de plata en una simple *soirée* —sugirió Diana.

—Usó una prenda con botones de plata para asesinar... Debe ser una persona que le gusta lucirlos en cualquier ocasión en la que deba ostentar su poder económico —rebató Frank.

—Es un buen punto de vista —convino.

—¡Señora Gallagher! —llamó una entusiasta voz femenina. Frank y Diana miraron hacia su

derecha.

—Señora Fletcher —saludó Diana con una sonrisa—. Muchas gracias por haber asistido.

—Veo que me hizo caso —aseveró con una sonrisa de satisfacción—. De rojo se ve devastadora. —Miró de soslayo a Frank—. Sin duda, milord, usted vio todo ese potencial y no perdió el tiempo.

—Lo vi, pero no ese día precisamente, señora Fletcher —aseveró Frank.

Diana jadeó, sorprendida.

Frank y la señora Fletcher la miraron extrañados.

«Un error de cálculo lo puede cometer cualquiera», pensó el hombre internándose en el despacho de lord Somerton, el cual se encontraba en penumbras gracias a la pálida luz de la luna que entraba por las ventanas.

«Y sin duda, si la atención está puesta sobre otros, nunca sabrán si quien escucha usará esa información».

De todas las estancias de la primera planta de Somerton Court, ese era el lugar más obvio para empezar a registrar.

La suave y lisa superficie del escritorio estaba despejada de libros y papeles. El hombre rodeó el mueble y se dispuso a revisar los cajones.

El sonido del picaporte lo alertó. Raudos, se agachó para esconderse tras el escritorio. Una risita femenina seguida de un grave gruñido masculino. Una cálida y tenue luz iluminó parte de la estancia, tal vez era una lámpara.

La puerta se cerró en medio de sonidos de pasos y besos.

—Te ves tan hermosa, Sammy —halagó la voz masculina. El hombre la identificó de inmediato como la voz del marqués, y alzó las cejas con sorpresa.

—Oh, querido. —La mujer jadeó—. ¿Por qué me tientes de esta manera? Estoy trabajando.

—Porque te quiero anhelante para nuestro matrimonio.

El hombre frunció el ceño, ¿de qué diantres hablaban ellos?

—Lo único que lograrás será que mi voluntad flaquee.

—Ya te dije, Sammy, nuestra primera vez será en nuestra noche de bodas.

—Oh, Ernest. Te amo tanto.

¡Ernest! Oh, eso explicaba mucho. Era el hermano del marqués... Entonces, ¿quién era Sammy?

El sonido de la cerradura de la puerta resonó en la estancia. Los amantes estaban absortos el uno en el otro.

—¡Cielo santo! —exclamó una voz masculina.

El hombre estaba seguro que esa sí era la voz del marqués. Ernest masculló una maldición y Sammy ahogó un grito.

—Ernest, ¿podrías no distraer a mi ama de llaves? —amonestó lord Somerton a su hermano—. Estamos en medio de una fiesta.

—Solo quería a mi prometida por cinco minutos. Habrías hecho lo mismo si se te hubiera dado la oportunidad —replicó Ernest desenfadado.

—Probablemente, pero no es el caso. Señorita Wilde, la necesita la señora MacDowell en la cocina, es la hora del brindis.

—Enseguida, milord —respondió el ama de llaves.

—Demonio aguafiestas —masculló Ernest.

—¿Qué dijiste, Belcebú? —interpeló Frank.

—Que vamos a la fiesta.

La luz de la lámpara bajó su intensidad, pero no se movió de su lugar. Tal parecía que la habían dejado sobre el escritorio.

—Escuché lo que dijiste, idiota —señaló el marqués.

La puerta se cerró y su eco se propagó por toda la estancia, para dar paso al silencio.

El hombre botó el aire de sus pulmones y, de inmediato, tomó otra profunda inspiración. Esperó un minuto más, agachado, casi temiendo proyectar una borrosa sombra a causa de la luz.

Finalmente, se alzó. No se atrevió a avivar la luz de la lámpara de cristal y, en la cálida y mortecina penumbra, prosiguió con su misión.

Abrió el primer cajón.

Vacío. Lo cerró.

El segundo cajón. Solo hojas de papel en blanco. Lo cerró.

Tercer cajón. Una carpeta.

El hombre no pudo reprimir una risita nerviosa, sacó la carpeta y aumentó tan solo un poco la intensidad de la lámpara para poder revisar con calma.

«Testimonio de escritura»...

«Compraventa»...

«Sesenta acres, denominada “Greenfield”»...

«Diana Stone, en calidad de tutora legal»...

«A nombre de Jacob Gallagher»...

«Treinta mil libras»...

—¡Sí! —exclamó en voz baja.

Su primer impulso fue quemar los papeles, pero se arrepintió. Había demasiada gente circulando por toda la casa y el olor llamaría la atención de inmediato.

Enrolló los documentos de la compraventa y los escondió a sus espaldas. Nadie lo descubriría.

Dejó la carpeta vacía en el cajón.

—Yo que usted, dejaría esos papeles donde los encontró.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Frank.

Diana boqueó intentando hilar palabras coherentes. Sentía una mezcla de euforia, nervios y miedo.

—Oh... es que... ¡Qué notables son sus botones de plata, señora Fletcher! Es un trabajo de orfebrería sin igual.

La mujer se miró los botones de su vestido y sonrió con orgullo.

Frank también miró los botones. ¡Eran idénticos al que encontraron en el río! Pero dudaba que la señora Fletcher fuera la asesina de Grant. En cambio, el hijo de ella...

Morgan Fletcher siempre estuvo ahí, inocente, amable, lejos de toda atención. Jamás hubiera pensado en sindicarlo como sospechoso, pero ahora, aquel minúsculo detalle lo situaba en el mismo lugar donde murió Barnaby Grant.

—Oh, podríamos decir que son una reliquia familiar —respondió la señora Fletcher con un aire de satisfacción—. Mi esposo, años antes de morir, diseñó y mandó a hacer botones de plata

y nos los regaló a mis hijos y a mí; seis a cada uno, son casi un amuleto de buena suerte. Cuando mis hijas se casaron les entregué sus respectivos botones y los usan en su vestido más bonito. Mi Morgan los luce en uno de sus chalecos... lamentablemente, perdió uno hace poco, dice que no se dio cuenta. Es una verdadera lástima.

—¡Qué bella tradición, señora Fletcher! —elogió Diana nerviosa—. Hace un momento vi a su hijo, pero...

—Oh, hace un minuto me dijo que necesitaba ir... —Se inclinó hacia Frank y susurró—: Ha bebido demasiado y ya sabe...

Frank sonrió, comprensivo.

Sabiendo cómo era Fletcher, ya habría llegado a sus oídos el rumor de que Diana ya había recuperado los documentos de Greenfield. Ese hombre solo podía estar husmeando en un solo lugar.

Frank emergió de las densas sombras que lo ocultaban a la vista de un sorprendido Morgan Fletcher. Durante un segundo, el marqués rememoró la reunión general con el servicio doméstico de Somerton Court, llevada a cabo una hora antes de la *soirée*. Todos tenían una misión: vigilar a los invitados ante cualquier comportamiento fuera de lo habitual, y reportarlo con discreción a cualquier miembro de la familia del marqués. Frank no podía ser tan iluso de pensar que el personal que obedecía las órdenes de Samantha Wilde, no estuviera al tanto de la situación general.

Asimismo, la familia también tenía su propio plan de acción, dependiendo de cada eventualidad.

—Señor Fletcher, no me haga repetir mi orden —insistió Frank con suma tranquilidad.

—No sé de qué habla, milord...

—Usted sabe perfectamente de qué le hablo... Acaba de delatarse frente a mis ojos y yo soy un ministro de fe ante la ley.

»Sabemos que usted es el cómplice de Grant en la desaparición de los papeles de Greenfield. Después de todo, le convenía a su institución financiera, West y Asociados, que esas tierras pasaran a Barnaby Grant, ¿o no? Solo esas escrituras se interponen en su objetivo de poseer la mitad de las tierras de Somerton. Comprendo su codicia, son ciento veinte acres de poder —resumió Frank, encajando todas las piezas del rompecabezas que era ese caso. Había algo de especulación, pero no era irrisoria.

Morgan Fletcher rio.

—Vaya imaginación, milord... No es un delito poseer una financiera y hacer préstamos —admitió a medias—. No es mi problema que Grant se haya endeudado hasta el pelo.

—Es cierto, poseer empresas no es un delito, pero sí es un delito la usura. Hoy en la tarde nos llegó la esclarecedora información sobre la honestidad de West y Asociados y resulta que es muy cuestionable, tanto, que ya va camino a Londres una por parte de la fiscalía de Old Bailey...

—Esbozó una sonrisa torva, casi demoníaca—. Digamos que mi imaginación vuela más alto aún... Sé que Barnaby Grant no murió ahogado. Es más, puedo probar que usted lo estranguló a media milla del límite de las tierras de Grant y Greenfield. Verá, en ese lugar encontramos huellas de dos hombres, la sangre de la víctima, el botón de plata del victimario. —Frank esculcó su bolsillo y sacó un pequeño objeto que dio un débil centelleo—. Su madre nos acaba de contar una adorable historia sobre el origen de tan singular botón, es casi un amuleto familiar. Me temo

que ya no es de buena suerte, al menos para usted. Este botón lo sitúa a usted en la escena del crimen, el lugar donde murió Barnaby Grant... Va a tener que conseguir un muy buen abogado, señor Fletcher, hay demasiadas pruebas que lo incriminan.

—Usted está loco —replicó, vehemente.

—Creo que sí. ¿Sabe qué? Da igual lo que haga con esos papeles, son falsificaciones hechas por una niña de quince años... Son una copia muy buena, salvo por el último párrafo. Nos dimos el lujo de que ella hiciera una broma infantil.

Morgan no pudo reprimir sentir una oleada de furia. El marqués le hablaba con un tono que le hacía sentir como si él fuera un imbécil.

Podía ser que le estuviera lanzando un farol para dejar los documentos.

O podían ser, efectivamente, falsos.

¡Mierda!

—Bien —añadió Frank—, por el bien de su impresionable madre, le sugiero que no haga una estupidez y nos acompañe por las buenas.

—¿Nos acompañe? —cuestionó burlón—. Solo lo veo a usted. —Rio mientras pensaba en cómo escapar. No había duda, Somerton le estaba lanzando un farol... tal como estaba haciendo con los documentos. Conocía el juego, tenían que ser los reales. Su madre, lamentablemente, iba a sufrir el daño colateral, pero la compensaría. West y Asociados podía manejarlo desde las sombras, sus planes solo se postergarían por un tiempo.

Giró la manilla de la lámpara para iluminar todo el despacho y, para gran sorpresa de Fletcher, la luz reveló la presencia de tres hombres más. Ernest, Horatio y Justin. Sus semblantes, a la luz dorada, se tornaron espeluznantes. Unos verdaderos demonios que estaban a punto de reclamar su tributo.

Un ominoso escalofrío recorrió la espalda de Fletcher. Jamás iba a poder contra ellos, debía escapar.

No desperdició el tiempo, tomó la lámpara de aceite y la lanzó hacia ellos, quienes, por poco, la esquivaron.

El fuego se extendió sobre el lustroso piso de madera y alcanzó la alfombra, convirtiéndola en una mortal laguna infernal.

Frank soltó una furibunda palabrota.

Un fallo inesperado. No había plan perfecto.

Fletcher, aprovechando la distracción, corrió a toda velocidad hacia la ventana y embistió contra los vidrios que estallaron a su paso.

—¡Horatio, Justin, no lo dejen escapar! —ordenó Frank—. ¡Robará el primer caballo que encuentre! ¡Ernest, ocúpate del fuego!

Los tres hombres, ignorando los murmullos de los invitados que se acercaron curiosos a causa del escándalo, corrieron hacia los establos. *Maximus*, *Hércules* y *Breeze* estaban ensillados, habían sido preparados ante esa eventualidad.

—Previmos todo, menos la maldita lámpara —masculló Frank, rumiando su molestia, al tiempo que montaba a su caballo.

El error en el plan no lo anticiparon, así como no contaron con el osado movimiento de Fletcher de lanzarse contra los vidrios para escapar.

—¡Va hacia el campo! —avisó la voz de George, el encargado de los establos—. ¡Tomó el caballo de lord Radcliffe!

Frank azuzó con las riendas a *Maximus* y emprendió su carrera con Horatio y Justin a la saga, quienes montaban a *Hércules* y a *Breeze*, respectivamente.

No pasó demasiado tiempo de carrera, cuando el sonido de los cascos del caballo de Radcliffe, delató el rastro de su jinete que lo conducía entre las plantaciones doradas de trigo y avena, dejando un borroso sendero a su paso.

Frank espoleó más a *Maximus* y la velocidad del galope aumentó.

Fletcher, con la cara y las manos ardiendo por los numerosos cortes que sufrió en su desesperada huida, sintió que sus persecutores estaban casi encima de él. Estaba perdiendo su ventaja con espantosa rapidez.

Dirigió su montura hacia una mole oscura que se imponía en el horizonte. Era el bosque de Somerton Court, lugar donde cazaba de vez en cuando y lo conocía como la palma de su mano. Al fin la suerte le sonreía.

Frank maldijo entre dientes, debía alcanzarlo antes de que llegara al bosque. Si Fletcher lograba ese objetivo, la persecución iba a llegar a su fin.

La distancia fue acortándose más y más. *Maximus* era un purasangre sin igual, su galope era veloz y ligero. Fletcher, sintiendo encima al marqués, comenzó a exigirle más velocidad a su corcel, azuzándolo cruel con la fusta, a tal punto que el golpe repercutía agudo y doloroso en sus muñecas.

El bosque se hacía inmenso, estaba cerca.

Frank logró alcanzarlo. Ambas monturas galopaban a la misma velocidad.

Fletcher, desesperado, desvió el rumbo hacia su derecha para alinearse a la montura de Frank y, al acercarse, le propinó un golpe de fusta directo a la cara de su oponente. Frank logró impedirlo, usando su antebrazo como escudo y, en un osado movimiento, se inclinó hacia la izquierda, estirando el brazo lo que más pudo para intentar atrapar las riendas del caballo de Fletcher. Este último, anticipando las intenciones del marqués, comenzó a propinarle una miriada de encolerizados golpes de fusta sobre la espalda y nuca. Frank, comiéndose los latigazos de dolor, aguantó en pos de alcanzar las riendas.

Con lo que no contaba Fletcher, era con que Horatio había llegado por su lado izquierdo. Morgan no alcanzó a reaccionar cuando le tomaron las riendas y las tiraron para detener la montura.

El caballo terminó su veloz carrera violentamente, expulsando al agresivo jinete de su lomo. Fletcher cayó al suelo dando un golpe seco y un alarido de dolor reverberó en la soledad.

Justin los alcanzó a los pocos segundos.

La persecución había terminado.

Frank y Horatio se apearon de sus caballos. Fletcher, tendido de espalda, no dejaba de chillar de dolor. Pronto se dieron cuenta de que el hombre tenía una fractura expuesta en su pierna derecha. El hueso quebrado de su fémur, rasgó carne y piel con la caída.

—No creo que vaya a escapar. —Fue la cruel broma de Justin al apearse de *Breeze*, Horatio solo murmuró un lacónico «ajá» como respuesta.

—Para su desgracia, mi prometida ya no está sola. No íbamos a permitir que le robaran dos veces los documentos de Greenfield.

»Hubiera sido un real incordio si usted hubiera leído el último párrafo al reverso de este documento falso —señaló Frank, al tiempo que hacía rodar el cuerpo de Fletcher sin piedad, y le quitaba las escrituras que había robado—. «El que lee esto es un tarado». Supongo que así se hubiera sentido al notarlo.

—Lástima que nos perdimos la cara de tarado que hubiera puesto —sentenció Justin—. Ahora solo me está dejando sordo con sus chillidos.

—Señor Morgan Fletcher, en nombre de la Policía Metropolitana de Londres, queda usted

arrestado. Se le acusa del asesinato de Barnaby Grant, incendio de Grant House, usura, asociación ilícita, conspiración y robo de animales... —enumeró Horatio—. Le sugiero que se encomiende a Dios, porque será el único que lo podrá librar de la horca.

Morgan Fletcher no escuchó nada de lo que dijo Horatio. El agudo e interminable dolor le hizo perder el sentido.

Capítulo XXV

El reloj del vestíbulo dio dos campanadas. Había sido un día largo y agotador. Frank, con mucho placer, se habría desplomado sin más sobre su cama, pero los golpes que recibió por parte de Fletcher le hacían imposible estar tendido de espaldas.

Adolorido, se desnudó ante la tenue luz de la vela que estaba sobre la mesita de noche, y se acostó de lado pensando en todo lo desagradable que tendría que hacer al siguiente día. Al amanecer, debía llevar a Morgan Fletcher a la cárcel de Cornhill, en Shepton Mallet, para que esperara su juicio y, después de ello, visitar a la señora Fletcher para informarle sobre los crímenes que había cometido su preciado hijo.

La pobre mujer, hasta ese momento, pensaba que Morgan se había escabullido de la *soirée* para ir a divertirse a la casa de *madame* Joséphine.

Una verdadera lástima.

En ese momento le pareció que ser magistrado era un trabajo muy ingrato. Odiaba dar malas noticias.

El destino de Morgan Fletcher, para ignorancia de su madre, había sido muy distinto. Después de haber sido atendido por un médico, yacía inconsciente gracias al láudano que le hicieron ingerir para que no diera alaridos al reacomodar el hueso. Ese hombre no iba a tener un despertar muy feliz con sus sentidos embotados, adolorido y encerrado en el calabozo de Somerton Court.

Frank ya se imaginaba las habladurías que surgirían en el pueblo cuando la verdad fuera conocida. Prácticamente, no había testigos, solo era su palabra y la de toda su familia. Ya se asomaba en su mente, la ridícula idea de convocar una asamblea para informar al pueblo sobre los hechos...

Resopló, estaba tan cansado que no estaba pensando con claridad.

¡Que se fueran todos al demonio, no iba a dar explicaciones!

Cuando Frank volvió a Somerton Court, se encontró con que todos los invitados de la *soirée* se habían ido en cuanto escucharon la voz de Ernest gritando como loco «¡fuego, fuego!».

En realidad, todo se trató de una exagerada actuación por parte de su hermano, pero muy efectiva para despedir a los invitados sin caer en la mala educación, brindándoles un motivo más que suficiente para desocupar Somerton Court en poco tiempo. El fuego se sofocó con eficiencia y prontitud, y ahora su despacho ostentaba una gran mancha negra sobre el piso. De hecho, lo que más lamentaba Frank era la pérdida de la alfombra, le había costado una pequeña fortuna.

Frank cerró los ojos, los párpados le pesaban.

Evocó en sus recuerdos a su hermosa prometida, su semblante preocupado, y las lágrimas de alivio que brotaron al verlo sano y salvo. ¡Cómo amaba a esa mujer! Las últimas semanas, Diana había cambiado tanto, y él solo podía amarla más y más. Podía echarle la culpa al destino, cuando la conoció él estaba tan determinado a no dejarse llevar por sus instintos, a mantenerse alejado lo más posible, que no vio lo inexorable que era su unión. Todo lo empujaba a ella, primero, la más primitiva, esa atracción compulsiva que sintió la primera vez que la vio. Luego nació la preocupación natural y humana por quien necesitaba de su protección. Después surgió esa amistad sincera y recíproca. No se dio cuenta en qué momento se enamoró tanto de Diana. Solo sabía que quería estar con ella hasta dar su último aliento de vida.

El casi inapreciable sonido de la puerta al cerrarse le indicó que Diana había llegado. Solo bastaba un gesto entre ellos para saber quién visitaría a quien. Esa noche era el turno de ella.

—¡Dios bendito! —exclamó Diana en un susurro—. ¡Tu espalda, cariño!

Frank podía hacerse una idea de cómo lucía su espalda. Fletcher descargó en ella toda la furia y frustración que sentía. El marqués podía catalogar como justicia divina que ese sujeto se hubiera caído del caballo y se fracturara el fémur de la peor manera posible.

—Ese Fletcher es un maldito malnacido —masculló Diana, al tiempo que se sentaba al lado de él, con el dilema de tocar o no la piel. Apenas ella posó sus dedos en una leve caricia, Frank siseó—. Oh, lo siento, mi amor. Mañana esto tendrá un color horrible, no tendrás un rincón sin moratones.

—Esto va a pasar, mi amor. El dolor ha sido un precio bajo si se trata de la seguridad de ustedes y Greenfield —aseguró Frank, sin moverse. Diana pasó por encima de él y se acostó para quedar frente a frente—. Me temo que esta noche no estoy en condiciones de ser un buen amante. Hasta ahora, no había notado lo importante que son los músculos de mi espalda a la hora de amar —bromeó haciendo una mueca divertida. Diana le sonrió enternecida.

—Creo que podré esperar por ti, mi hermoso Amudiel. Ya no hay nada de qué preocuparse. —Diana le acomodó un mechón de cabello a su prometido, y admiró sus ojos azules, oscurecidos por la sombra que él mismo proyectaba—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros... por creer en mí —dijo con apenas un hilo de voz. Un nudo se había formado en su garganta. Sentía que, al fin, después de una larga década, podía ver su futuro con claridad, emoción, alegría y esperanza. Ya no estaba en la incertidumbre de vivir a ciegas en medio de la bruma.

Ya nunca más serían solo ella y Jacob. Ahora tenía una gran familia que, ante la adversidad, entregaba su ayuda sin condiciones ni escatimar esfuerzos.

—Ha sido un placer estar a tu servicio —murmuró Frank, perdido en los ojos castaños de Diana, que relucían por esas lágrimas que no caían—. Siempre, desde el primer día.

—Te amo, Frank.

—Y yo a ti, cada segundo de mi vida, mi hermosa Lilith.

—¿Lilith? —interrogó con curiosidad.

—La tradición judía dice que fue la primera mujer, antes que Eva —respondió Frank entrelazando sus dedos con los de Diana, el rubí de su anillo de compromiso dio un hermoso destello—. Lilith tiene una fama horrible, es la encarnación de todo lo que es ser una mala mujer. Sin embargo, yo no la considero así. Adán quería una mujer sumisa, sometida a su voluntad y a la de Dios. En cambio, Lilith siempre fue rebelde, se consideraba su igual y no toleraba ser inferior, y lo abandonó... El hombre se ha empeñado en tener una Eva a su lado, pero yo he sido bendecido con una Lilith.

Diana sonrió, sintió orgullo de ser una «mala mujer».

—Entonces, soy la perfecta compañera para Amudiel —afirmó besando los nudillos de su ángel caído, su demonio.

—No dudes de ello... No hay nadie como tú, mi diablesa.

Once días después, y tras comprar otra licencia común de cuatro chelines, Frank estaba por fin frente al altar al lado de Diana... Pero no eran los únicos, también lo estaban Ernest y Samantha —con su respectiva licencia de cuatro chelines—, para sorpresa de muchos de sus familiares, dado que Minerva no había alcanzado a dar a todos esa nueva noticia.

En una despejada y calurosa mañana del veintidós de agosto, el vicario de la Iglesia de San Miguel y Todos los Santos los declaró como marido y mujer, ante una numerosa concurrencia,

pocas veces vista en Somerton, en donde los matrimonios solían ser mucho más íntimos y sobrios. Pero gracias a los familiares y amigos del marqués y su hermano, el matrimonio adquirió un inusitado cariz festivo que contagió a todo el pueblo. Jamás, en la historia reciente de Somerton, tuvieron un matrimonio doble que contara con la ilustre presencia de vizcondes, condes y duques con sus respectivas familias.

Somerton Court no había dado abasto; y sí, parecía un hotel. Los invitados que llegaron tarde tuvieron que conformarse con buscar alojamiento en la posada del pueblo, la cual, afortunadamente, tenía vacantes, era limpia, cómoda y la comida era muy deliciosa.

Muchos, muchos curiosos —incluyendo al infaltable Archibald Howard— se apostaron a la salida de la iglesia para ver a los recién casados y a los inusuales invitados. No solo era para gritarles sus parabienes y lanzarles arroz y trigo, también tenían que comprobar si era cierto que la viuda Gallagher se casaba de blanco y que lord Ernest contraía nupcias con el ama de llaves de Somerton Court... ¡Un ama de llaves! Si ya era escandalosamente inusual que un marqués se casara con una terrateniente irlandesa sin rango y viuda, que su actual heredero aparente lo hiciera con alguien más inferior todavía, era el doble de inusual... No, inusual, no. ¡Inverosímil!

Inverosímil y todo, eran enlaces por amor, aquello era innegable, se les notaba en los rostros sonrientes, pletóricos de felicidad... A esas alturas, ser testigos de dos matrimonios por amor entre aristócratas y plebeyas, no era más escandaloso ni indecente que haber tenido entre ellos a un asesino, ladrón, usurero y conspirador.

Morgan Fletcher se había convertido en la vergüenza de Somerton.

Había sido enjuiciado, las pruebas y testimonios que se presentaron fueron tan contundentes que al jurado le costó poco deliberar un veredicto y una sentencia. La señora Fletcher asistió junto con amigos y familiares con la esperanza de que su hijo fuera absuelto de los cargos. No obstante, a medida que avanzaba el juicio, la desazón la embargó. Muchas de las preguntas que no tenían respuestas, fueron aclaradas.

Era inútil cerrarse a la verdad que era tan evidente.

En primer lugar, salió a la luz ante el jurado, que Diana Gallagher, era en realidad Diana Stone y que era la tía y tutora de Jacob Gallagher, y él era el dueño de Greenfield.

Que Barnaby Grant era un despilfarrador y ansiaba impugnar Greenfield para poder sanear sus deudas, y que la empresa de Morgan Fletcher era una entidad financiera fraudulenta, que tenía todos los pagarés de Grant y le cobraba intereses imposibles de amortiguar.

En un principio, ambos conspiraron para apropiarse de Greenfield sobre la base del rumor de que Diana había comprado las tierras, aprovechándose de la soledad y vejez de Abel Grant. Ella era un fraude.

Pero al descubrir que nada era lo que parecía, Grant se echó para atrás. Fletcher lo asesinó e intentó hacer desaparecer todo rastro de esa compraventa, incluso fue a Bristol a la oficina del abogado de Abel Grant y, al no poder obtener los papeles, la quemó.

Lo demás ya era historia.

La reputación de Diana fue limpiada —al menos para quienes asistieron al juicio— y Morgan Fletcher fue condenado a la horca. Su ajusticiamiento se llevaría a cabo en pocos días, si es que no moría antes por la gangrena que estaba comiéndose su pierna. Las condiciones insalubres de la cárcel de Cornhill no hicieron más que empeorar su herida.

Una vez más, Frank confirmaba que los pecados se pagaban en la tierra, no en el infierno.

Y él, en ese momento, vivía en el paraíso.

Diana, ahora lady Somerton, lucía un elegante vestido de novia de un blanco inmaculado, y se veía tan tentadora como angelical. Los sentidos de Frank estaban exacerbados, llevaba once días

de celibato y sentía que ya eran once años. Al principio fue por su espalda maltrecha, después fue por las visitas, que mantenían a los novios entretenidos en tertulias, improvisadas *soirée*, salidas al pueblo, competiciones de tiro, carreras de caballos. Al final de la noche, estaban tan extenuados y había tanta gente alrededor —y muchos menores de edad—, que mejor era conservar el decoro en habitaciones separadas.

Ya estando casados, Frank no hallaba la hora de llevársela de la fiesta para irse de luna de miel.

Diana no sabía el destino. Sería una sorpresa.

Lo único que sabía era que no debía preocuparse por el cuidado de Jacob, mamá Minnie se lo llevaría unas semanas a Londres mientras durara la luna de miel.

Diana estaba tranquila, sabía que su hijo no podía estar en mejores manos. Los Montgomery eran una bendición en sus vidas, y Diana estaba feliz con que una parte de esa formidable familia se quedara en Somerton; Ernest y Samantha vivirían un tiempo con ellos hasta que pudieran comprar una pequeña propiedad en el pueblo. Su nuevo cuñado era un hombre de negocios, no necesitaba cultivar la tierra. Solo precisaba de una casa lo suficientemente grande para él, su esposa... y ojalá algunos niños. Samantha también tenía las mismas preocupaciones que Diana, quien terminó dándole los mismos consejos que recibió por parte de Minerva. Y, al repetir esas palabras, ella sintió que de verdad tenían esperanza. Ya habían vivido más de media vida, debían tener fe en la media vida que les quedaba y disfrutarla al máximo.

Y hablando de familias formidables y únicas, durante los días previos a su matrimonio, Diana pudo conocer a todos esos hombres y mujeres que desafiaron a la sociedad, y terminaron ganándose el respeto de quienes pretendían relegarlos al ostracismo.

Frank le contó las historias de todos ellos. Al final, tuvo que bosquejarle un árbol genealógico para que Diana no se confundiera de quién era quién. Y fue de gran ayuda, ya que, para el día de la boda, Diana ya conocía a la mayoría, por lo que la fiesta fue una experiencia llena de conversaciones distendidas y muchas bromas.

La historia que más le impresionó —por lo impactante y enrevesada— fue la de la tía de Frank, Margaret, lady Hastings. Veintidós años atrás, había sido apostada —junto con sus hijos— por su propio esposo, lord Swindon. El que ganó la apuesta fue su concuñado —el cual, en ese entonces, no tenía idea que Margaret era hermana de su cuñado, lord Rothbury— y se armó un escándalo de proporciones épicas, cuando lord Swindon pidió de vuelta a su esposa por medio de una conversación criminal, y terminó siendo asesinado por el progenitor de Frank. Y el antiguo marqués fue apresado gracias a un amigo de lord Hastings, lord Corby, quien, al descubrir su identidad, se ganó dos puñaladas en el proceso y, agonizante, lo reportó a Bow Street.

¡Eso sí era una historia!

Una que le resultaba muy familiar, a Diana le parecía que ciertos sucesos no le eran del todo desconocidos... Ahora que lo pensaba, los había leído en las novelas de Hubert White... ¿Acaso el famoso novelista era pariente o amigo de Frank? Después de todo, su esposo tenía todos sus libros autografiados.

¡Qué intriga! ¡Qué emocionante!

—Diana, querida —la llamó Frank, distrayéndola de sus sorprendentes cavilaciones—. Llegó Thomas.

Diana sonrió, por fin iba a conocer al segundo demonio de esa impresionante cofradía de hombres de bien. ¡Toda una ironía! En vez de denominarse los Herederos del Diablo, debían ser nombrados como Ángeles Guardianes.

Pero ellos preferían la mala reputación. El temor era un arma efectiva en manos de quienes la blandían con sabiduría.

Frank la guio entre parientes y amigos, hasta llegar al vestíbulo de Somerton Court, donde estaba un hombre de desordenados cabellos castaños claros. Llevaba gafas que se sostenían en una nariz recta y decididamente varonil. La forma de los cristales de sus gafas, daban la impresión de aumentar un poco el tamaño de sus vivaces ojos marrones. Sus facciones eran duras y anguladas, y ostentaba una complexión similar a la de Frank. La señora Lewis, la nueva ama de llaves de Somerton Court, recibía el sombrero y la levita que él se quitaba, para solo quedar en mangas de camisa y chaleco.

Thomas, con una gran y genuina sonrisa, avanzó en cuatro briosas zancadas y le dio un gran abrazo a Frank.

—Felicidades, primo —congratuló Thomas, sin romper el abrazo—. Estoy muy feliz por ti, viejo demonio.

—Gracias, estoy muy contento de que hayas podido venir. Solo faltabas tú —replicó Frank palmeándole la espalda a Thomas.

—Asuntos en Londres me retuvieron más de la cuenta, pero ya estoy aquí. No me lo podía perder, al menos, este abrazo y conocer a tu esposa.

Diana miraba a ese par de hombres que no dejaban de sonreírse ni temían demostrarse cuánto se querían. Le enternecía que su lazo fuera tan estrecho, eran como hermanos.

—Déjame presentarte a mi esposa —dijo Frank separándose y la miró con orgullo—. Thomas, tengo el inmenso placer de presentarte a Diana, Diana, él es...

—Thomas «Alastor» Swindon, el demonio de la venganza —intervino ella con una gran sonrisa. Casi sentía que lo conocía de tanto que Frank y los demás decían de él—. Es un placer conocerlo al fin, milord.

—Una flor irlandesa —señaló Thomas guasón, reconociendo el acento de Diana—. Ya veo por qué te has casado con ella, no es una damita silenciosa.

—Y no solo eso. Es una próspera terrateniente y posee las mejores gallinas ponedoras del reino. Ya probarás los huevos, son inigualables... ¿Sabías que las gallinas obedecen a un nombre?

No, Frank no podía evitar mencionarlo.

—No, no tenía idea —respondió Thomas.

—Diana les pone nombre a todas las gallinas y le obedecen. Es impresionante.

—Apuesto que tú también obedeces cuando te llama por tu nombre —bromeó Thomas socarrón.

—Debo admitir que lo hago con mucho gusto —replicó Frank de muy buen humor.

—Definitivamente, eres un demonio con suerte —señaló Thomas con sinceridad. Se inclinó regio y saludó—: Es un inmenso placer conocerla, milady... Sin embargo, ya que se ha convertido en mi prima, le exijo que me trate por mi nombre de pila o mi apodo, me da igual.

—Entonces, dejaremos las formalidades si me llama del mismo modo —replicó Diana con una inamovible sonrisa.

—Así será. —Miró de soslayo hacia el interior de Somerton Court y luego a Frank—. ¿Qué tan terrible es la situación?

—La fiesta no tiene para cuándo terminar —respondió pellizcándose el puente de la nariz.

—Cuando nuestras madres se juntan... Dios nos pille confesados. Diana, ¿no te han informado lo inmensa que es la hazaña que acabas de realizar al casarte con Frank? A este hombre no le tenían fe. Todos, menos yo, por supuesto, pensaron que moriría soltero.

»Ahora nuestras madres querrán que todos nos casemos. —Miró a su nueva prima y le alzó las cejas, fingiendo reproche y luego dirigió su atención al marqués—. Frank, estoy feliz por ti, de verdad, pero les has dado motivos para pensar que ya es tiempo de sentar cabeza. Ya lo veo venir, sus intentos serán descarados. Dios bendito, ni siquiera se tomarán la molestia de fingir que no les importa nuestra soltería, si ya dos demonios han contraído nupcias al mismo tiempo. Ya me parecía raro ese estilo de vida monacal de Ernest, ¡se lo tenía bien guardado!

—No exageres —refutó Frank, riendo—. No llegarán al extremo de obligarte a ir a bailes para conocer debutantes.

—No lo sé, Frank, esa despreocupación por parte de ellas me parece falsa... —respondió metiendo el pulgar en el minúsculo bolsillo de su chaleco—. Bien, mi madre me ha contado en sus cartas cómo ustedes se conocieron y todo lo demás, por lo que no necesito que me den detalles sobre su emocionante historia de amor. Mi regalo de matrimonio para ustedes será darles la oportunidad para escapar a su luna de miel. —Sonrió malvado, como el demonio que era.

Frank y Diana respondieron a ese gesto y asintieron entusiasmados. Ella ya se había despedido de Jacob, anticipando la posible huida.

—Vayan al carruaje —apremió Thomas—. Ahora.

—¡Gracias! —dijo Frank, al tiempo que le daba un abrazo de despedida—. Supongo que te veremos antes de que empiece la temporada.

—Posiblemente —respondió con ambigüedad y se separó de su primo.

—Gracias, Thomas. Eres el mejor. —Diana le dio un beso en la mejilla y le regaló su ramo de novia—. Toma, para que tu entrada sea más impresionante.

Thomas lo recibió como mero acto reflejo. Pero no pudo reprimir el escalofrío que le recorrió la espina dorsal, el cual le auguraba el ominoso destino de ser el siguiente.

¡Pamplinas!

Thomas se aclaró la garganta y sonrió burlón.

—Sin duda Frank eligió sabiamente... —entonó su mejor voz de barítono y recitó—: ¡Que se abran las puertas del infierno, y Amudiel se vaya a su ardiente luna de miel! —Con una maléfica risotada dio media vuelta, y los dejó a su libre albedrío.

Y mientras Diana y Frank se tomaban de la mano y salían por la puerta principal, Thomas se internó en el gran salón de Somerton Court. Tomó una honda inspiración para exclamar:

—¡El alma de la fiesta ha llegado! ¡Les anuncio que los marqueses de Somerton se fueron a su luna de miel! ¿Quién quiere el ramo de lady Somerton? ¡Mis manos arden!

Decenas de cabezas se voltearon hacia donde estaba él y comenzaron a saludar por medio de silbidos, vítores y chanzas a viva voz por llegar tarde.

—¡Alastor tiene el ramo, es el siguiente! —exclamó Ernest burlón y feliz por ver a su primo.

Thomas lanzó el ramo al centro del salón, tomando a todos por sorpresa. Lo atrapó su padre, Michael Martin, lord Hastings, quien dio una risotada.

—Ya estoy casado con tu madre, ¡ridículo! —bromeó lanzándoselo de vuelta—. ¡Inténtalo de nuevo!

Thomas lo atrapó y, sin dilación, volvió a lanzar el ramo. Lo alcanzó su tío, Andrew Witney, lord Rothbury.

—¡Tienes peor puntería que Ravensworth, muchacho miope!

—¡Y eso que tengo dos ojos buenos! —intervino el aludido duque de Ravensworth—. Terrible que hasta un tuerto me gane.

—Todavía me debes cinco guineas de la última vez, duque —replicó Rothbury.

Todos rieron. Lord Rothbury devolvió el ramo.

Varios pares de ojos femeninos —y muy solteros— observaban con desilusión, cómo el ramo de Diana volaba por los aires entre manos masculinas.

Thomas dio un gemido de frustración y alcanzó el ramo antes de que cayera al suelo.

—Tío Andrew, se supone que debes apoyarme... y no soy miope, veo borroso de otra forma —reprochó, mirando el ramo como si fueran serpientes en vez de azahares.

—¡Aunque no lo creas lo estoy haciendo! —replicó Andrew guasón.

—Menudo traidor —masculló, sacó un pequeño ramillete y lo prendió en un ojal de su chaleco.

Y así lo hizo con cada ramillete, no quedó bolsillo u ojal sin flores.

—Ahora eres un lindo y viril limonero —sentenció Ernest cuando llegó al lado de su primo, llevando a su flamante esposa de la mano, quien iba vestida con un sobrio y elegante vestido color marfil—. Pero eso no le restará significado al ramo que has recibido, Diana te ha elegido, serás el siguiente... —bromeó solo por mero placer de fastidiar a Thomas—. ¡Al fin llegaste, so bribón!

Se dieron un gran abrazo y palmearon sus espaldas. A Samantha casi le pareció una competencia de quién golpeaba más fuerte.

—Tarde pero llegué —replicó Thomas sonriente.

Ernest se separó de su primo y, con un semblante lleno de felicidad, miró a su esposa

—Sammy querida, te presento a mi primo, Thomas Croft, lord Swindon.

—Bienvenido y gracias por venir, milord —saludó formal Samantha, dando una femenina reverencia.

—El «milord» déjelo para reuniones formales en donde haya gente pomposa a que le moleste la familiaridad —sugirió Thomas—. Somos primos, por lo que Thomas o Alastor me viene bien.

—Me parece perfecto —accedió Samantha, más relajada—. Entonces, debes llamarme por mi nombre de pila.

—Sammy es de Samantha, ¿no? Dudo que te llames Samuela.

—Sí, Thomas, es Samantha —respondió con una risita femenina.

—¡Uf! Tengo que preguntar para no meter la pata... Bien, dejando las bromas de lado, les deseo la mayor de las dichas en su matrimonio.

—Gracias —dijeron Ernest y Sam al unísono.

—¿Ustedes no necesitan ayuda para fugarse a su luna de miel? Ya usé el factor sorpresa con Diana y Frank, va a ser más difícil ahora, solo se me ocurren ideas escandalosas y un poco obscenas.

—Paciencia nos sobra —aseveró Samantha, mirando de soslayo a Ernest—. Así que guarda tu peculiar y desenfadado ingenio para otra ocasión.

—Bueno, de todas formas, mi ofrecimiento sigue en pie para cuando quieran —reafirmó Thomas—. Iré a saludar a mi madre que me está dando una severa reprimenda con su mirada. Tengo veintinueve años y todavía me pone los nervios de punta.

—Ve, demonio —dijo Ernest.

—Nos vemos en el lanzamiento de mi ramo —se despidió Samantha socarrona.

—Créanme que me esconderé en cuanto hagan el anuncio, suficiente tengo con uno. —Y dicho esto, se alejó.

Ernest y Samantha se rieron de buena gana, pero pronto él dejó de hacerlo cuando se quedó prendado en los ojos avellanados de ella.

—Te amo, Sammy... ¿lo sabes?

—Lo sé, yo también te amo.

—¿Te acostumbrarás a ser llamada lady Ernest Smith?
—Va a ser divertido. Mis hermanos se caerán de espalda cuando reciban mi carta.
—Me gustaría ver eso. —Rio—. ... Espero caerles bien cuando los conozca.
—Te adorarán, querido...
—Lo dices porque tú me adoras, mi bella Sammy... ¿Qué te parece si hacemos sufrir a Thomas de nuevo para irnos de luna de miel?
—¿Quieres que le lance el ramo a él?
Ernest lo pensó por un momento, luego negó con la cabeza.
—No eligió el nombre de Alastor como algo antojadizo, es el demonio de la venganza. Solo Frank es tan loco como para hacerle bromas sin temer a las represalias. Hagámoslo sufrir solo un poco.
—Muy bien, que así sea, mi Belcebú.
Samantha sonrió con cierta perversión, y Ernest sintió la imperativa urgencia de irse a su luna de miel.

—¿Ahora me dirás a dónde iremos? —preguntó Diana al cabo de veinte minutos de traqueteante viaje en calea.
—Pronto lo descubrirás, milady. —La miró de soslayo y esbozó una sonrisa.
—Oh, tengo mucha curiosidad... lo que me recuerda... Hace un tiempo me dijiste que tienes todos los libros de Hubert White autografiados.
La sonrisa de Frank se volvió misteriosa.
—«La dama del bosque», «La caída del granuja», «La reivindicación del conde», «Una dama impetuosa», «Volver a ti», «Susurros a medianoche» —mencionó Frank cada una de sus historias—. Tengo entendido que pronto publicará una nueva novela.
—¡Nooooo! ¡En serio!... ¿Lo conoces?
—Tanto que ya sé cómo se va a llamar su próximo libro —reveló ufano—. «Y llegó con el verano».
Diana abrió su boca, impresionada.
—Ya quiero leerlo.
—Probablemente, él mismo nos entregará la primera copia.
Diana dio un gritito de emoción, no todos los días se conocía a un autor tan famoso. Frank rio ante esa espontánea reacción.
—Va a ser todo un honor... Cuéntame, ¿dónde lo conociste?
—De toda la vida... En realidad, Hubert no es un hombre... Su nombre real es Minerva Montgomery.
La cara de Diana fue un poema.
¡Ahora todo tenía sentido!
Diana dio otro gritito de emoción y aplaudió.
Frank rio de nuevo, sentía un inefable orgullo por su madre, no sabía de dónde ella sacaba tiempo para escribir. Lo lamentable era que nadie —a excepción de su círculo íntimo— sabía lo grandiosa que era Minerva.
Durante muchos años intentó ser tomada en cuenta enviando sus manuscritos a todos los editores de Londres. Nadie quería publicar las novelas de romance, suspenso y crítica social, escritas por una mujer. Las catalogaban de ser simplonas, sin profundidad. Pero cuando las firmó

como hombre, ahí sí aceptaron publicar esas «obras de arte sutilmente transgresoras».

Tuvo la oportunidad de darse a conocer, pero ante el éxito instantáneo que alcanzaron sus novelas, desistió. No era su afán ser famosa y que su vida tranquila fuera trastocada.

—Impresionante —dijo Diana, todavía anonadada con esa revelación—. Todas las mujeres de tu familia son formidables, no hay otra palabra para describirlas.

—Y por eso te amo, porque tú, Diana, eres formidable. ¿Todavía no te das cuenta de ello?

Diana se derritió de amor.

—Oh, Frank... Yo también te amo. —Suspiró profundo—. Con todo mi corazón, eres un hombre magnífico. —Y mientras decía esas palabras Diana divisó hacia dónde se dirigían. No era muy lejos y, sin embargo, no podía ser más perfecto—. Vamos al claro —susurró—. Pero ¿no se supone que solo se puede entrar a pie?

—Si damos un rodeo podemos entrar por un sendero que encontramos hace poco. Pasaremos cinco días en la casa del guardabosque y luego nos iremos a Bath.

Diana esbozó una sonrisa. Frank, demonio y todo, aún tenía algo de inocencia. Ella dudaba que fueran a llegar algún día a Bath.

La calesa viró hacia un oscuro sendero y se adentró con lentitud al interior del bosque. Diana inspiró la fragancia del lugar y, de inmediato, le hizo evocar su primer beso. Por impulso, se tocó los labios y en su cuerpo vibró la emoción de ese inefable y prístino momento.

Se sentía como si fuera la primera vez. Sin embargo, era diferente, ya no era la misma Diana que había entrado y salido de ese bosque; su vida, su alma, sus sueños, sus ambiciones, se habían transformado. Era otra mujer, más segura, más feliz, más optimista, con más poder sobre su vida.

Toda una ironía, ser una mujer casada le obligaba a depender de un hombre en tantos aspectos. Pero no sentía miedo e incertidumbre, porque había unido su vida a Frank, quien respetaba su autonomía, su independencia y sus decisiones. No importaba que en el papel figurara como tutor de Jacob, ella, en la práctica, seguiría llevando las riendas de Greenfield hasta que su hijo fuera mayor de edad.

El claro se presentó ante ella, luminoso, fresco, idílico. Su corazón comenzó a latir ligero ante la expectativa. Su matrimonio al fin iba a ser consumado. No importaba si ya hubiera hecho el amor antes, esta vez era muy especial.

Frank detuvo la calesa y se apeó. Le ofreció la mano a Diana para que ella descendiera. Ella observó la cabaña, estaba casi igual que la primera vez, con la salvedad de que estaba aseada y su techo estaba reparado. Frank la llevó de la mano hasta la puerta de acceso, la cual abrió.

—Debemos cumplir con la tradición, milady. —Tomó a su esposa en brazos, arrancándole un gritito de sorpresa y una risa nerviosa, cruzó el umbral dando un gran paso con el pie derecho—. No soy un hombre particularmente supersticioso, pero tratándose de ti y de nuestro futuro, me transformo en un creyente. —Le dio un beso casto—. Iré a dejar a los caballos al establo. Ponte cómoda.

La depositó en el suelo con suavidad y salió de la estancia cerrando la puerta.

Diana recorrió el lugar con la mirada. Tenía todo lo esencial para vivir cómodamente, estaba limpia, el piso de madera había sido encerado y abrigado, los muebles olían a limón y cera de abeja. No había paredes que separaran las habitaciones. No obstante, tras un velo, se recortaba las formas de la cama.

Sonrió, bendita fuera la modista que le confeccionó el vestido para quitárselo sin ayuda.

Diez minutos después, Frank entró en la cabaña. Todo estaba muy silencioso. Dirigió su mirada hacia la cama, detrás del velo se podía ver la silueta del perfil de Diana.

De rodillas sobre el colchón de plumas, desnuda. A la espera.

Frank inspiró hondo, toda su sangre corrió rauda por sus venas para agolparse en un solo lugar. Se dirigió a un rincón donde había un pequeño tocador, vertió agua en la palangana y se lavó las manos. Acto seguido, se desnudó.

Corrió el velo, Diana alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Quiero que te acuestes, querido —ordenó ella con suavidad.

Frank, sin decir una palabra, obedeció.

Diana gateó sobre él hasta llegar a sus labios y lo besó con hambre, famélica de él.

Sus lenguas se enzarzaron en una erótica y feroz batalla, sus bocas se mordían, se chupaban y acariciaban. Las manos de Frank se recrearon en los pechos de Diana, se colmó de esa carne firme y apretó con gentileza. Ahogó un gemido al sentir cómo la mano de ella apresaba su miembro y comenzaba a estimularlo con cadenciosa perversidad.

No había duda, ella estaba al mando.

Y él se dejaría hacer todo lo que ella quisiera.

Todo, absolutamente todo.

Los besos de Diana comenzaron a descender por el cuerpo de Frank, dejando un rastro de humedad. Jugueteó con la punta de su lengua con los pequeños pezones masculinos, para luego, succionarlos. Dio una larga lamida por sus pectorales, y siguió su sensual recorrido por el vientre, hasta encontrarse con ese camino de vellos claros que la guiaban hacia esa caliente erección, la cual ansiaba recibir alguna clase de atención.

Y sí, ella tenía en mente una clase de atención en particular. Leyó un picante e ilustrativo libro, escrito por John Cleland, llamado «Fanny Hill», el cual lo encontró en un rincón oscuro de la inmensa biblioteca de Somerton Court. Le dio ideas indecorosas que deseaba poner en práctica. Ya le platicaría a su esposo sobre su descubrimiento.

Probablemente, él ya lo había leído.

Arrodillada entre las fuertes piernas masculinas, tomó la rígida erección. A sus sentidos llegó el suave aroma masculino, que era una mezcla entre la fragancia del jabón de lavanda, excitación y piel. No era desagradable, para ella era sensual. Resuelta a seguir adelante, echó hacia atrás el prepucio con delicadeza y dio una lánguida lamida al glande.

—¡Oh, Diana! —exclamó Frank con voz estrangulada, reprimiendo el impulso de embestir contra esa virginal y perversa boca.

De todas las cosas que pensó que Diana podía hacer, esa era la que menos esperaba él. Cerró los ojos y se entregó a ella.

Diana se llenó de valor. Se sintió osada, atrevida y poderosa. Volvió a dar unas lamidas errantes por el borde carnosos, un perfecto preludio que tenía a Frank a un paso de perder el juicio. Y cuando él ya empezaba a habituarse a ese lúbrico placer, ella engulló su miembro hasta donde pudo.

Frank jadeó. La voluptuosa sensación fue arrebatadora.

La boca de Diana imitó el constante movimiento de él cuando estaba dentro de ella. Entraba y salía de su húmeda y exuberante cavidad. Pronto, se ayudó con su mano, empuñando el miembro desde la base, siguiendo el ritmo lascivo de su boca. Ella lo sintió más duro, más grueso, más caliente.

—¡Diana! —gimió Frank, casi suplicante—. Voy a... ¡Dios! —siseó en un hilo de voz.

Diana arrastró sus labios por última vez y admiró su obra.

El pecho de Frank subía y bajaba, agitado. Los músculos de su vientre estaban tensos, al igual que los de sus largos muslos. Los preciosos ojos azules, ocultos tras los párpados entornados.

Ese glorioso miembro erguido, que clamaba por más. Y ella se encontraba en las mismas

condiciones, sentía todo su sexo rezumando de espesa y anhelante miel femenina.

Estaba lista y dispuesta... más que dispuesta.

—Ahora quiero estar debajo de ti —demandó—. Quiero sentir tu peso sobre mí.

Las tornas cambiaron. Pero Frank, esta vez, no obedeció al pie de la letra. Instó a Diana a elevar sus caderas y él devolvió el deleite recibido.

Diana sintió que la pecaminosa boca de Frank besaba su sexo con lujuriosa pasión, labios y lengua acariciaban su sensible centro. Alternaba entre lamidas largas y succiones enloquecedoras.

Ella había llegado a tal nivel de excitación que todo estímulo se sentía extático. Se contoneaba y su espalda se arqueaba exigiendo más. Todos sus sentidos convergían en ese punto paradisíaco que se albergaba entre sus resbalosos y carnosos pliegues.

—¡Más! ¡Más, por favor! ¡Me desespero, demonio! —exigió impúdica, rasguñando el éxtasis.

—Me encanta verte disfrutar, mi hermosa Lilith —aseveró, limpiándose la boca e impregnando su antebrazo con el sabor de su amada.

Guió su miembro a la ansiosa entrada de su esposa y la penetró, lento e inexorable. Diana le dio la bienvenida con un gemido de gozo y lo envolvió en su denso calor.

Frank se inclinó sobre ella y se alineó de tal modo que no hubiera una pulgada sin que sus pieles y sexos se rozaran. Y sin más preámbulos, esa atávica unión de cuerpos, corazones y almas, comenzó.

No fue lento, ni suave.

Fue un acto lleno de poder, de una armonía ancestral que reclamaba a sus cuerpos a que se encontraran en cada vigorosa acometida. Diana, ebria de pasión, acariciaba los sólidos pectorales, hundía sus dedos en cada surco del varonil vientre, deslizaba sus palmas con codicia por la ancha espalda, mas sus manos cuando llegaron al final de esta, se anclaron en la plenitud de esas nalgas que se relajaban y contraían al son de las embestidas.

Y la sensación se potenció. La cabaña se inundó de gemidos, jadeos, siseos y resuellos. Sus movimientos se aceleraron, el clímax se volvió inminente.

—¡Frank!

—¡Diana!

No pudieron prolongarlo más.

Rutilante, ardiente, demoledor. El placer se apoderó de cada fibra de su ser. Hombre y mujer se colmaron de ese glorioso deleite que le abría las puertas del paraíso.

Frank se desmoronó al lado de Diana. Ella lo abrazó con las pocas fuerzas que le quedaban. Ambos sonreían por la satisfacción de alcanzar juntos la cumbre del placer.

El cielo, el infierno y lo terrenal no eran reinos divinos emplazados en territorios separados. Cada persona los tenía dentro de su corazón y los vivía de acuerdo a sus propias experiencias, convicciones y decisiones.

Frank y Diana lo comprendían a cabalidad.

No importaban cuántas vicisitudes les tenía deparado el destino. Lo que realmente importaba era que, estando juntos, amándose y comprendiéndose, el paraíso estaba al alcance de su mano.

Desde ahora y para siempre.

Epílogo

Para entender a Frank Smith, sexto marqués de Somerton, no bastaba con haber intercambiado algunas palabras en una conversación, o haber sido uno de sus compañeros de estudios, o haber bailado un vals en una fiesta, o haber trabajado en algún caso con él.

Nadie, salvo el círculo de amigos y parientes que lo rodeaba, lo conocía.

El marqués era un hombre que, a sus treinta años, había contraído nupcias por amor con Diana, una extraordinaria mujer irlandesa, la cual era mucho más que la turbia reputación que le endilgaba la gente del pueblo. Solo él la conocía de verdad. Y la adoraba.

Un año después de su unión, justo el día de su aniversario de matrimonio, Frank se paseaba nervioso frente a la puerta de su habitación, esperando el nacimiento de su primogénito. Diana llevaba trece horas de trabajo de parto y solo se oía, cada cierto rato, algún gemido de dolor.

A su lado estaba Jacob, tanto o más nervioso que él.

—¿Qué hora es, papá? —preguntó el muchacho por enésima vez.

Frank miró su reloj de bolsillo. Eran las dos de la tarde, solo habían pasado cinco minutos desde la última vez que su hijo le hizo la misma pregunta.

Tomó aire para responder...

Un gemido largo y gutural rompió la tirante tranquilidad que imperaba en el ambiente.

Frank y Jacob se quedaron petrificados mirando la puerta.

El llanto de un bebé.

El reloj de bolsillo se resbaló de la mano de Frank.

Pasaron cinco minutos y hubo otro gemido, el cual fue menos largo, pero más desgarrador que el primero.

Jacob miró a Frank, quien estaba con una expresión que no podía interpretar del todo. Era como una mezcla de felicidad, asombro y terror.

Pasaron otros cinco minutos y la puerta se abrió. Minerva salió de la habitación con una gran sonrisa.

—Pasen, Diana quiere verlos —invitó Minerva. Ninguno de los dos se movió, a ella le pareció ver dos cachorrillos asustados—. No pongan esas caras, ella se encuentra bien, solo está muy cansada.

Frank y Jacob no sabían que estaban conteniendo el aliento hasta ese momento. Lo notaron porque, de pronto, sintieron que el aire salía de sus pulmones en una larga espiración.

Al entrar, sus ojos se centraron en Diana. Parecía ser otra mujer con su rostro cansado pero más hermoso que nunca. Su cabello caoba estaba tiernamente desordenado, y algunos mechones se le pegaban en la clara piel, anegada en sudor. Su cuerpo parecía estar hundido en la cama, mas no aparentaba fragilidad. Sus labios estaban curvados en una triunfal sonrisa.

Frank, decidido, fue a ver a su esposa. Depositó un suave beso en la frente de Diana y se sentó al lado de ella, a la orilla de la cama.

—¿Estás bien, amor mío? —interrogó Frank acariciando el rostro de su amada marquesa. Se veía más fuerte que nunca.

La amaba más que nunca.

—Sí —susurró—. Dieron bastante trabajo, pero ya están aquí, y eso es lo importante —añadió con cierta picardía brillando en sus ojos.

—¿Dieron? —repitió, pensando que había escuchado mal.

—Son dos, mellizos, mi demonio. Vaya suerte la nuestra —respondió Diana. En su voz se

irradiaba una inconmensurable felicidad.

La mirada de Frank se desvió de inmediato hacia el otro extremo de la habitación, donde estaba Minerva, la partera y Jacob, quien miraba curioso dos bultitos gruñones.

No pudo evitar entreabrir su boca y quedar anonadado.

En su corazón explotó un inefable sentimiento de un inacabable amor, que no sabía que podía experimentar de ese modo. Era similar al que sentía por Jacob y, sin embargo, también era nuevo.

—Felicidades, hijo mío, eres padre de un niño y una niña —anunció Minerva llevando un bulto entre sus brazos y la partera llevaba el otro.

—¿Dos? —Frank balbuceó lo evidente. Todavía no digería bien la noticia.

—¡Son dos, papá! —corroboró Jacob riendo alegre. Él, al ver a su madre en buenas condiciones, tuvo más interés en conocer a los nuevos integrantes de la familia—. No son feos. Mis hermanitos son los bebés más hermosos del mundo.

—Ahora, ¿qué nombres les pondremos? —terció Diana mirando a Frank. El tono de su voz era más animado.

Ambos habían acordado no buscar ningún nombre hasta ver el rostro de su hijo para decidir. Ahora debían pensar rápido porque eran dos.

Minerva y la partera le entregaron los bultitos gruñones a Frank, y le ayudaron a que los sostuviera, uno en cada brazo.

—Son tan pequeñitos —dijo Frank en un hilo de voz, al tiempo que sus lágrimas cayeron. Sus hijos se veían muy despiertos y vigorosos. Uno de ellos tenía el cabello con pelusas rojizas, y ojos que daban la impresión de que se volverían azules con el paso del tiempo, mientras que el otro ostentaba cabellos claros y ojos marrones. Eran una perfecta combinación de su esposa y él. Le dio un beso a cada uno en la frente—. ¿Cuál es la niña y cuál es el varón? —preguntó, ávido por saber.

—La de ojos marrones es la niña, ella nació primero —contestó Diana—. El niño nació más rápido y apenas se quejó, pero se ve muy saludable.

—Ambos niños son muy saludables, milord —intervino la partera con mucha seguridad—. Si me permite el atrevimiento, lady Somerton fue una gran mamá primeriza, llevo décadas trayendo niños al mundo y pocas veces veo un parto tan bueno en alguien de la edad de la marquesa. Tiene buenas caderas y es notoria su excelente salud y fuerza.

Frank le dio una mirada de orgullo a su esposa, su valiente, valiente Diana.

—Nombra tú al niño y yo a la niña —propuso Frank.

Diana sonrió, le pareció un trato más que justo.

Se cernió un silencio que se extendió por largos segundos. Todos esperaban expectantes por la decisión.

—Erin —dijo Frank.

—Liam —nombró Diana casi al mismo tiempo que su esposo.

—Los dos pensamos en nombres irlandeses —señaló Frank, con mucho orgullo por el nivel de compenetración que tenía con Diana. En ocasiones pensaban diferente, no obstante, la mayoría de las veces, compartían esos pequeños pero enormes detalles que los unían cada día.

Más y más.

Diana sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien, querido —intervino Minerva emocionada—. Es hora de que Diana intente alimentar a Erin y Liam. Jacob, cariño, ve a la casa de tu tío Ernest, ahí está tu abuelo, y da la buena nueva.

—¡De inmediato, mamá Minnie! —respondió el niño y salió corriendo con sus largas piernas.

Minerva sonrió y dio un suspiro. En tan solo un año ya tenía cuatro nietos; Jacob, su nieto de corazón; Austin, quien ya tenía dos meses y alegraba las vidas de Ernest y Sammy y, ahora, Erin y Liam.

No podía pedirle más a la vida, salvo buena salud y muchos años más para disfrutar de esta nueva etapa de su existencia.

Observó cómo Frank y Diana admiraban embelesados a sus hijos, maravillados con el milagro de la vida. Ver sus rostros llenos de la más absoluta dicha le confirmó que había decidido bien veintitrés años atrás, cuando puso su felicidad y el amor en primer lugar, en vez de lo que los demás esperaban de ella.

«Si tú eres feliz, tus hijos lo serán».

No había duda de ello. Ahora faltaba que el resto de sus hijos también encontraran la felicidad, del modo que fuera, con quien fuera.

Sí, eso iba a ocurrir tarde o temprano. No los presionaría, al menos, no de un modo tan descarado.

Agradecimientos

Siempre es complicado dar las gracias al final de una novela. No es por el hecho de agradecer en sí, sino por la cantidad abrumadora de personas a las cuales les debo mi gratitud.

A los lectores, principalmente, por permitirme una vez más entrar en sus corazones. A quienes adquieren mi trabajo y me apoyan con sus palabras de aliento. Gracias por hacer de este trabajo algo maravilloso.

A mis lectores beta, quienes se arman de paciencia y tienen nervios de acero para soportar la incertidumbre de la espera. Nicole, Julia, Hans, Raimín, Alejandra, Grace, Jelly, Margarita, Camila, Ana, Alfredo. Tienen mi eterna gratitud.

A mi familia, por ser gran fuente de inspiración, ellos nunca saben cuándo una oración dicha por ellos saldrá en una novela. Desde mis padres hasta mis hijos, gracias por darme una vida llena de amor, sabiduría y enseñanzas.

A mi esposo, Alfredo. El hombre que es capaz de decir que me ama cada segundo de su vida... El sentimiento es mutuo, milord. Han pasado diez años y todavía podemos decir: «Y vivieron felices para siempre».

[1] «*There's no smoke without fire*», expresión inglesa cuyo equivalente en español es «Si el río suena, es porque piedras trae».

[2] Juego de palabras en inglés, el apellido *Clearwater* quiere decir agua clara, mientras que *Filthywater* significa agua inmunda.

[3] Juego de cartas, predecesor del *Black Jack*.

[4] Ada Lovelace, fue una matemática, informática y escritora británica, célebre por su trabajo acerca de la calculadora de uso general de Charles Babbage, la denominada máquina analítica. Entre sus notas sobre la máquina, se encuentra lo que se reconoce hoy como el primer algoritmo destinado a ser procesado por una máquina, por lo que se la considera como la primera programadora de ordenadores.

[5] Fiesta de sociedad, acto social o función teatral o musical que se celebra al atardecer o por la noche.